

Por el autor de *El poder del perro*

DON WINSLOW



SATCURI

Una novela inspirada en **Shibumi**, el clásico de Trevanian

«Al acabar una novela de Don Winslow queda una sensación de vacío y el deseo de que llegue pronto la siguiente.»

Sergio Vila-Sanjuán (*La Vanguardia*)

PRIMERA PARTE

Tokio, octubre de 1951

1

Nicholai Hel contempló la hoja de arce que, cayendo de la rama, revoloteó a causa de la suave brisa y se posó delicadamente en el suelo. Era hermosa.

Saboreó el primer atisbo de la naturaleza que veía después de pasar tres años de prisión, incomunicado en la celda de una cárcel americana, aspiró el aire diáfano del otoño, se llenó los pulmones y lo retuvo unos instantes antes de soltarlo.

Haverford lo confundió con un suspiro.

—¿Se alegra de estar al aire libre? —le preguntó el agente.

Nicholai no respondió. El americano carecía de importancia para él, era un comerciante más, como el resto de sus compatriotas, que trapicheaban espionaje en lugar de coches, crema de afeitar o Coca-Cola. Nicholai no tenía la menor intención de sostener una conversación disparatada ni, menos aún, de permitir que ese funcionario accediese a sus pensamientos íntimos.

«Evidentemente, me alegro de estar libre», pensó mientras volvía la vista hacia las paredes grises y desoladas de la cárcel de Sugamo. Se preguntó por qué los occidentales experimentaban la necesidad de verbalizar lo evidente e intentaban definir lo inexpresable. Pertenecía a la naturaleza de la hoja de arce caer en otoño. «Maté al general Kishikawa, lo más parecido a un padre que he tenido, porque hacerlo forma parte de mi

naturaleza... y porque era mi deber filial. Los americanos me encarcelaron porque, dada su naturaleza, no podían hacer otra cosa.»

Y en ese momento le ofrecían la «libertad» porque lo necesitaban.

Nicholai reanudó el paseo por el sendero empedrado y flanqueado de arces. Un tanto sorprendido al experimentar una punzada de ansiedad por estar fuera del espacio cerrado y reducido de su celda, combatió la sensación de mareo desencadenada por el cielo abierto. Ese mundo era inmenso y estaba vacío; ya no quedaba nadie allí, salvo él mismo. Tras haber sido su propia y adecuada compañía durante tres años, a los veintiséis volvía a entrar en un universo que ya no conocía.

Haverford lo había previsto, pues consultó a un psicólogo para informarse de las cuestiones que afrontan los presos cuando vuelven a la sociedad. Freudiano clásico y con típico acento vienes, el especialista advirtió a Haverford que «el sujeto» seguramente se había acostumbrado a las limitaciones de su encarcelamiento y que al principio quedaría abrumado por el enorme espacio con el que se toparía en el exterior. Añadió que era aconsejable trasladarlo a una habitación pequeña, sin ventanas y con acceso voluntario a un patio o jardín para que se aclimatara poco a poco. Los espacios abiertos y las grandes urbes, con sus bulliciosos pobladores y el ruido incesante, seguramente alterarían al sujeto.

Por consiguiente, Haverford consiguió un cuarto pequeño en una tranquila casa refugio de los suburbios de Tokio. Por lo que averiguó de lo que podía saberse de Nicholai Hel, dedujo que el hombre no se agobiaría ni se disgustaría con facilidad. Hel mostraba un anormal dominio de sí mismo, una serenidad que casi resultaba condescendiente y una seguridad que con frecuencia traspasaba el límite y se convertía en arrogancia. A primera vista, Hel parecía la combinación perfecta de su madre rusa aristócrata y de su padre sustituto samurái, el criminal de guerra Kishikawa, a quien había librado del deshonor de la soga del verdugo con un único golpe de dedo en la tráquea.

«A pesar del pelo rubio y los intensos ojos verdes, Hel es más asiático que occidental —concluyó Haverford—. Incluso su manera de caminar es asiática..., con las manos cruzadas a la espalda para ocupar el menor

espacio posible y no causar inconvenientes a quienes se acercan desde el otro lado, con el cuerpo alto y delgado ligeramente encorvado por recato. De apariencia europea y esencia asiática». Tenía sentido, ya que su madre, expatriada, lo había criado en Shanghai y, cuando los japoneses tomaron la ciudad, Kishikawa se hizo cargo de su educación. A la muerte de la progenitora, Kishikawa trasladó al niño a Japón para que viviera y estudiase a las órdenes de un maestro de go, un juego de mesa indescriptiblemente complejo y sutil, una especie de ajedrez japonés, aunque cien veces más enrevesado.

Hel se convirtió en maestro por derecho propio.

Por consiguiente, no era de extrañar que reflexionase como un asiático.

Nicholai percibió que su acompañante pensaba en él. Se dijo que los americanos son increíblemente transparentes y que sus pensamientos resultan tan obvios como los guijarros en el lecho de un estanque límpido y plácido. Le daba igual lo que Haverford pensase: no se pide opinión al empleado de una tienda de comestibles, pero le molestó. Centró la atención en el sol que le daba de lleno en la cara y notó el calor en su piel.

—¿Qué quiere? —preguntó Haverford.

—¿En qué sentido?

Haverford rió entre dientes. Casi todos los hombres que abandonan un largo cautiverio desean tres cosas: una copa, una comida y una mujer, no siempre en ese orden. Como no estaba dispuesto a consentir la arrogancia de Hel, dijo en japonés:

—En el sentido de qué es lo que quiere.

Ligeramente impresionado al percatarse de que Haverford hablaba japonés e interesado porque se había negado a ceder una piedra minúscula del tablero, Nicholai replicó:

—Supongo que no es capaz de conseguir una taza de té aceptable.

—A decir verdad, he dispuesto una modesta *cha-kai*. Espero que la encuentre aceptable.

«La formal ceremonia del té», pensó Nicholai. Era bastante interesante.

Un coche esperaba al final de la calzada. Haverford abrió la portezuela trasera y dejó pasar a Nicholai.

2

La *cha-kai* no solo fue aceptable, sino sublime.

Nicholai saboreó cada sorbo de la *cha-noyu* mientras permanecía cruzado de piernas en el suelo acolchado con tatamis, junto a la mesa lacada. El té era excelente, lo mismo que la geisha que estaba arrodillada a poca distancia, la suficiente como para no oír la poca conversación.

Nicholai comprobó sorprendido que el funcionario Haverford conocía muy bien la ceremonia del té y sirvió con impecable cortesía e intachable ritual. Al llegar a la casa de té, Haverford se disculpó porque, por necesidad, no había más invitados, y condujo a Nicholai hasta la *machiai*, la sala de espera, donde le presentó a una geisha bella y exquisita.

—Se llama Kamiko-san y hoy será mi *hanto* —explicó Haverford.

Kamiko hizo una reverencia, entregó el quimono a Nicholai y le ofreció *sayu*, una taza de la misma agua caliente que utilizaría para preparar el té. Nicholai bebió un sorbo y, mientras Haverford se disculpaba y salía a preparar la infusión, Kamiko llevó a Nicholai al *roji*, el «terreno del rocío», un jardincillo en el que no había flores, sino rocas. Se sentaron en el banco de piedra y, sin conversar, disfrutaron de la paz y la tranquilidad.

Minutos después, Haverford, ataviado con el quimono, se acercó a una pila de piedra y se lavó con toda la ceremonia la boca y las manos con agua limpia; franqueó el pórtico del medio para entrar en el *roji* y dio formalmente la bienvenida a Nicholai con una reverencia. Por su parte, este se purificó en la *tsukubai*.

Para entrar en la *cha-shitsu*, la casa de té, tuvieron que atravesar una puerta corredera de solo noventa centímetros de altura, lo que los obligó a agacharse, acto que simboliza la frontera entre el mundo físico y el reino espiritual de la casa de té.

La *cha-shitsu* era exquisita, elegante por su simplicidad y expresión acabada del *shibumi*. Fieles a la tradición, ante todo se dirigieron a un rincón en cuya pared colgaba el *kakemono*, el pergamino caligrafiado para conmemorar la ocasión. En su papel de invitado, Nicholai admiró las hábiles pinceladas que representaban el símbolo japonés del *satori*.

Nicholai pensó que se trataba de una elección interesante. El *satori* es el concepto budista zen del despertar súbito, la comprensión de la vida tal como es. No surge como consecuencia de la meditación o el pensamiento consciente, sino que se presenta con el susurro de la brisa, el chisporroteo de la llama o la caída de una hoja.

Nicholai no conocía el *satori*.

Delante del *kakemono*, en un pequeño pie de madera, había un cuenco con una única ramita de arce.

Se aproximaron a una mesa baja, sobre la cual había un hornillo de carbón y un hervidor. Mientras Nicholai y Kamiko se sentaban en el tatami, con las piernas cruzadas y junto a la mesa, Haverford hizo una reverencia y abandonó la estancia. Segundos después sonó el gong y regresó con el *chawan*, el cuenco de cerámica roja que contenía el batidor y la cucharilla del té más un paño.

En su condición de *teishu* o anfitrión, Haverford se arrodilló delante de la mesa, en el lugar que le correspondía, directamente frente al hornillo y a Nicholai. Limpió los utensilios con el paño, llenó el cuenco con agua caliente, aclaró el batidor, tiró el agua en otro cuenco y volvió a secar con cuidado el del té.

Aunque disfrutó del ritual secular, Nicholai no quiso caer en la complacencia. Era evidente que el americano había investigado y estaba al tanto de que, en los pocos años de libertad de los que había disfrutado en Tokio, antes de que lo encarcelaran, Nicholai había creado un hogar japonés

formal, criados incluidos, y había respetado las tradiciones ancestrales. Seguramente sabía que la *chai-kai* le resultaría nostálgica y reconfortante.

Nicholai pensó qué le había producido esos sentimientos y que debía de ser cauteloso.

Haverford le ofreció la cucharilla del té, abrió un pequeño recipiente e hizo una pausa para dar tiempo a su invitado a que apreciase el aroma. Sorprendido, Nicholai se percató de que se trataba de *koi-cha*, procedente de plantas centenarias que solo se cultivan a la sombra en determinadas zonas de Kioto. No podía ni imaginar lo que ese *mat-cha* había costado y, a renglón seguido, se preguntó qué precio supondría para él, ya que los americanos no habían apelado a semejante extravagancia a cambio de nada.

Haverford hizo una pausa para llegar al momento exacto, introdujo un pequeño cucharón en el recipiente y extrajo seis medidas de té verde claro, finamente molido, que volcó en el *cha-wan*. Utilizó el cucharón de bambú para echar agua caliente en el cuenco, cogió el batidor y mezcló los ingredientes hasta formar una pasta espesa. Examinó lo que acababa de hacer, se dio por satisfecho y le pasó el cuenco a Nicholai.

De acuerdo con el ritual, Nicholai hizo una reverencia, cogió el *cha-wan* con la diestra, lo pasó a la mano izquierda y lo apoyó en la palma. Lo giró tres veces en el sentido de las agujas del reloj y bebió un largo sorbo. El té era excepcional. Nicholai terminó amablemente de beber con un ruidoso sorbo. A continuación limpió el borde del *cha-wan* con la mano derecha, lo giró una vez en el sentido de las agujas del reloj y se lo devolvió a Haverford, que hizo una reverencia y bebió.

La *cha-kai* entró en una fase menos formal cuando Haverford limpió de nuevo el *cha-wan* y Kamiko añadió carbón al hornillo para preparar una infusión menos espesa. De todas maneras, era imprescindible respetar las formalidades y, en su condición de invitado, Nicholai tomó la palabra para referirse a los utensilios empleados en la ceremonia.

—El *cha-wan* es del periodo Momoyama, ¿no? —le preguntó a Haverford, pues había reconocido el tinte rojo característico—. Es muy bonito.

—Sí, es Momoyama, pero no se trata del mejor ejemplar —respondió Haverford.

Ambos sabían que ese cuenco del siglo XVII era francamente de un valor incalculable. El americano se había tomado muchísimas molestias y había incurrido en gastos considerables para organizar esa «modesta» *chakai*. Nicholai se preguntó a qué se debía.

Haverford fue incapaz de disimular su satisfacción al descubrir la sorpresa que le había preparado.

«Hel, no te conozco, pero tú tampoco sabes quién soy yo», pensó Haverford mientras volvía a sentarse con las piernas cruzadas.

A decir verdad, Ellis Haverford era distinto a los matones de la Compañía que, durante tres días de interrogatorios brutales, habían convertido a Nicholai en sangriento picadillo. Oriundo del Upper East Side neoyorquino, había rechazado Yale y Harvard y había optado por Columbia, pues le parecía inconcebible que alguien quisiera vivir en un lugar que no fuese la isla de Manhattan. Se especializó en historia y en lenguas orientales cuando bombardearon Pearl Harbor, y, por lo tanto, valía para trabajar en las oficinas de los servicios de inteligencia.

Haverford no quiso seguir ese camino, se alistó en los marines y dirigió un pelotón en Guadalcanal y una compañía en Nueva Guinea. Con condecoraciones como el Corazón Púrpura y la Cruz de la Armada en su pecho, finalmente se dio cuenta de que desaprovechaba su educación, accedió a dedicarse al aspecto secreto de la guerra y acabó entrenando movimientos autóctonos de resistencia a los japoneses en las selvas de la Indochina francesa. Hablaba de un modo fluido francés, japonés y vietnamita, y era capaz de hacerse entender en algunas zonas de China. Tan aristocrático, a su manera, como Hel, aunque procedente de una familia con mucho más dinero, Ellis Haverford era uno de esos contados individuos que parecen estar cómodos en cualquier ambiente, incluida una exclusiva casa de té japonesa.

Kamiko sirvió té suave y se presentó con la *mukozuke*, una bandeja de tentempiés ligeros: *sashimi* y verduras en escabeche.

—La comida está bien —dijo Nicholai mientras Kamiko servía.

—Es basura —afirmó Haverford para cumplir con los formalismos—. Lamento no poder ofrecerle algo mejor y lo siento mucho.

—Es más que suficiente —añadió Nicholai y, sin darse cuenta, adoptó los modales japoneses que hacía años que no tenía ocasión de utilizar.

—Y usted es más que amable —replicó Haverford.

Nicholai reparó en la atención pasiva que Kamiko les prestaba y propuso:

—¿Cambiamos de idioma?

Haverford estaba al tanto de que Hel hablaba inglés, francés, ruso, alemán, chino, japonés y, curiosamente, vasco, de modo que tenía dónde elegir. Propuso hablar en francés y Nicholai aceptó.

—Sintetizando, me ha ofrecido cien mil dólares, la libertad, un pasaporte costarricense y las direcciones particulares del comandante Diamond y sus aprendices a cambio de un servicio que, por lo que supongo, incluye un asesinato.

—La palabra «asesinato» es de mal gusto, pero he de reconocer que ha entendido correctamente los elementos básicos del trato —dijo Haverford.

—¿Por qué me han elegido?

—Porque posee ciertas características singulares..., que se combinan con las habilidades concretas que la misión requiere.

—¿A qué se refiere?

—Todavía no tiene por qué saberlo.

—¿Cuándo empiezo? —quiso saber Nicholai.

—Más bien se trata de saber cómo empieza.

—De acuerdo. ¿Cómo empiezo?

—En primer lugar, le arreglaremos la cara —contestó Haverford.

—¿Le parece desagradable? —preguntó Nicholai, consciente de que su semblante antaño guapo se había convertido en un enredo torcido, inflamado y dislocado a causa de los puñetazos y los cachiporrazos del comandante Diamond y sus secuaces.

Nicholai había trabajado como traductor para los americanos hasta que mató a Kishikawa-san; Diamond y sus pistoleros a sueldo lo golpearon antes de someterlo a horribles experimentos que distorsionan la mente con

drogas psicotrópicas. El dolor había sido bastante intenso y la desfiguración todavía peor, pero lo que más lo afectó fue la pérdida del control, la terrible impotencia, la sensación de que Diamond y sus repugnantes ayudantes le habían arrebatado el ser, con el que habían jugado de la misma forma en que un niño malintencionado y estúpido se entretiene con un animal cautivo.

«Cuando llegue el momento me ocuparé de ellos —pensó—. Me encargaré de Diamond, de sus matones, del médico que me dio las inyecciones y que, con impasible interés clínico, observó las consecuencias que provocaron en el "paciente"... Todos volverán a verme, aunque fugazmente, segundos antes de morir. En este momento tengo que llegar a un acuerdo con Haverford, algo imprescindible si quiero vengarme. Al menos él es interesante: va vestido de manera impecable, no hay dudas de su educación y, está claro, es hijo de lo que en Estados Unidos pasa por ser la aristocracia.»

—En absoluto —replicó Haverford—. Estoy convencido de que, cuando dañamos algo, debemos repararlo. Me parece que es justo.

Nicholai concluyó que, de forma sutil y muy poco americana, Haverford intentaba decirle que no formaba parte de ellos. Por descontado que lo era, tanto su vestimenta como su educación no eran más que un barniz de la misma vasija resquebrajada.

—¿Y si no quiero que me reparen? —preguntó Hel.

—En ese caso y muy a mi pesar tendremos que cancelar nuestro acuerdo —repuso Haverford amablemente, contento porque en francés quedaba suavizado lo que en inglés habría sido un ultimátum tajante—. Su aspecto actual daría pie a preguntas, cuyas respuestas no coinciden con la tapadera que con mucho esfuerzo hemos creado para usted.

—¿Ha dicho tapadera?

—Una nueva identidad —respondió Haverford, y recordó que, pese a ser un asesino eficiente, Hel era neófito en el universo del espionaje—. Una nueva identidad que incluye una historia personal ficticia.

—¿De qué se trata? —dijo Nicholai.

Haverford negó con la cabeza.

—Aún no tiene por qué saberlo.

Nicholai decidió ponerlo a prueba y añadió:

—Estaba bastante satisfecho en mi celda. Podría regresar.

—Ya lo creo —coincidió Haverford—. Nosotros podríamos decidir que lo juzgamos por el asesinato de Kishikawa.

Nicholai se dijo que Haverford había jugado bien sus cartas y llegó a la conclusión de que debía ser más cauteloso en sus negociaciones con él. Comprendió que no había forma de lanzar un ataque y se replegó como la marea que mengua lentamente.

—La operación de mi cara..., supongo que hablamos de cirugía...

—Así es.

—También supongo que será dolorosa.

—Muy dolorosa.

—¿Cuánto durará la recuperación?

—Varias semanas —respondió Haverford. Llenó nuevamente la taza de té de Nicholai, la suya y, con una inclinación de cabeza, pidió a Kamiko que preparase más—. De todas maneras, no las desaprovechará. Tiene mucho trabajo por delante. —Nicholai enarcó las cejas—. Su francés —puntualizó Haverford—. Su vocabulario es impresionante, pero el acento deja mucho que desear.

—Si lo oyese, mi niñera francesa se sentiría muy ofendida.

Haverford pasó a hablar en japonés, idioma más adecuado que el francés para manifestar un amable pesar.

—*Gomen nosei*, pero su nuevo dialecto tiene que ser más sureño.

A Nicholai le habría gustado saber a qué se debía, pero no preguntó nada, pues no quería mostrarse demasiado curioso ni, mucho menos, interesado.

Kamiko mantuvo una distancia prudencial y, al percatarse de que Haverford había terminado de hablar, hizo una reverencia y sirvió el té. Llevaba un peinado maravilloso, tenía piel de alabastro y ojos chispeantes, y Nicholai se picó al notar que Haverford se había dado cuenta de que la miraba.

—Hel-san, está todo arreglado.

—Se lo agradezco, pero no —repuso Nicholai, para nada dispuesto a conceder al americano la satisfacción de haber percibido correctamente sus necesidades físicas. Si lo hacía revelaría su debilidad y concedería la victoria a Haverford.

—¿Está seguro? ¿Habla en serio? —insistió el otro.

«Si no hablara en serio, habría permanecido callado», pensó Nicholai. En lugar de responder a la pregunta, dijo:

—Algo más.

—Lo escucho.

—No mataré a un inocente.

Haverford rió entre dientes.

—Me parece hartamente improbable.

—En ese caso, acepto.

Haverford hizo una reverencia.

3

Nicholai luchó denodadamente por mantenerse consciente.

Ceder el control era una abominación para un hombre que había regido su vida por el principio del firme dominio de sí mismo. Evocó recuerdos de la tortura farmacológica a la que los americanos lo habían sometido. Por eso se esforzó por no perder la conciencia, pero la anestesia surtió efecto y lo durmió.

De niño había experimentado con frecuencia estados mentales espontáneos en los que quedaba apartado del momento y se encontraba tumbado en un prado sereno y lleno de flores. No sabía cómo ocurría ni por qué, pero le resultaba pacífico y delicioso. Definía esas pausas como sus «tiempos de reposo», y no entendía que alguien pudiese vivir sin experimentarlos.

El bombardeo de Tokio, la muerte de amigos, Hiroshima, Nagasaki y la detención de su padre sustituto, el general Kishikawa, por criminal de guerra (el hombre culto que le había dado a conocer el go y una vida civilizada, disciplinada y reflexiva), lo privaron de sus preciosos «tiempos de reposo» y, por mucho que lo intentó, no consiguió recuperar la serenidad que en el pasado le había resultado natural.

Fue aún más difícil recobrar la tranquilidad cuando lo subieron a un avión con las ventanillas pintadas de negro y lo trasladaron a Estados Unidos, donde descendió con la cara vendada, como si estuviese herido. Le costó todavía más trabajo mantener la ecuanimidad cuando introdujeron su

camilla en el hospital y le colocaron agujas en el brazo y una mascarilla sobre la nariz y la boca.

Cuando volvió en sí, el pánico lo dominó porque tenía los brazos atados a la camilla.

—Va todo bien —aseguró una americana—, pero no queremos que se dé la vuelta ni que se toque la cara.

—No lo haré.

Ella rió y no le creyó.

Nicholai habría seguido discutiendo, pero el dolor era agudo, como si una luz espantosamente brillante rielase delante de sus ojos. Parpadeó, controló la respiración y envió la luz al otro extremo de la estancia para observarla sin pasión. El dolor seguía existiendo, pero se había convertido en un fenómeno distante, interesante debido a su intensidad.

—Le daré un analgésico —dijo la enfermera.

—No es necesario —replicó Nicholai.

—Verá, no podemos permitir que haga muecas ni que apriete las mandíbulas. La intervención de los huesos de la cara fue muy delicada.

—Le garantizo que permaneceré totalmente inmóvil —insistió Nicholai.

A través de las rendijas de los ojos, Nicholai vio que la enfermera introducía el analgésico en la jeringuilla. Era una de esas mujeres de aspecto celta y saludable, de piel blanca, pecas, pelo rojizo y antebrazos fornidos. Nicholai espiró, relajó las manos y las deslizó por los nudos de las ataduras.

La enfermera se mostró muy molesta.

—¿Me obligará a llamar al médico?

—Haga lo que considere necesario.

El médico se presentó al cabo de unos minutos. Hizo alarde de examinar las vendas que tapaban la cara de Nicholai, cacareó tan satisfecho como una gallina que acabara de poner un huevo magnífico y dijo:

—Las intervenciones quirúrgicas han ido muy bien. Espero excelentes resultados. —Nicholai ni se molestó en responder con una tontería parecida—. Mantenga las manos lejos de la cara —advirtió el médico. Se volvió hacia la enfermera y apostilló—: Si no quiere analgésicos, pues no los

quiere. Ya la llamará cuando se harte de su estoicismo. Tarde un rato en presentarse si desea infligirle una pequeña venganza.

—De acuerdo, doctor.

—Yo trabajo bien —puntualizó el médico a Nicholai—. Tendrá que dar un buen zurriagazo a las mujeres. —Nicholai tardó un rato en desentrañar el significado de esas palabras—. Me temo que persistirá una ligera parálisis en algunos músculos faciales, pero no será grave. Lo ayudará a mantener su porte indiferente.

Nicholai no pidió analgésicos... ni se movió.

4

Gracias a la noche y a las cuchilladas de la lluvia monzónica, la persona a quien llamaban Cobra permaneció totalmente inmóvil.

Cobra vio que el hombre hundía los pies en el barro y chapoteaba por el sendero que conducía hacia los arbustos entre los que llevaría a cabo su trabajo. Como era su rutina, Cobra esperaba al hombre. Había aguardado muchas noches para conocer los hábitos de su presa.

El hombre se aproximó y quedó cerca del lugar en el que Cobra esperaba, entre los bambúes, junto al estrecho sendero. Concentrado en su destino, el tipo no vio nada cuando enjugó la lluvia torrencial que inundaba su rostro.

Cobra escogió ese momento para desenroscarse y atacar. Plateado como la lluvia, el cuchillo cortó el muslo del hombre. La víctima percibió un dolor extraño, miró hacia abajo y se llevó la mano al rasgón ensangrentado de la pernera del pantalón. Era demasiado tarde: la arteria femoral estaba cercenada y la sangre manó alrededor de su mano y entre sus dedos. Conmocionado, se sentó y vio cómo fluía su vida hacia el charco que no tardó en formarse a su alrededor.

Cobra ya se había esfumado.

5

Puede que le alegrara que Nicholai Hel hubiera aceptado el trato, pero el comandante Diamond no manifestó abiertamente su entusiasmo.

—Es un chalado medio nipón y no tiene las ideas claras —dijo.

—Ni más ni menos —replicó Haverford—. Y usted ha tenido que ver con eso, ¿no?

—Era un agente comunista.

Diamond se encogió de hombros. Era cierto que había dado unos cuantos golpes a Hel y lo había utilizado como conejillo de Indias para poner a prueba algunas técnicas farmacéuticas novedosas. ¿Y qué? Estaban en conflicto con el bloque comunista y se trataba de una guerra sucia. Además, Hel era un mierda arrogante..., su actitud superior y condescendiente daban ganas de hacerle daño.

Diamond supuso que lo había perdido de vista cuando lo trasladaron a la nueva CIA y abandonó Japón para cumplir una misión en el Sudeste asiático, pero el inquietante Hel lo siguió como la cola de una cometa. En su momento tendrían que haberlo ejecutado..., pero ahora se disponían a usarlo como en su provecho.

Era como ese rojillo marica de Haverford, otro gilipollas sabelotodo. Joder, en la guerra Haverford había combatido con el Viet Minh. Además, ¿cómo era posible que se llamara Ellis?

—Hel no era agente comunista, agente soviético ni agente de nada. Dicho sea de paso, es lo que demostró el «interrogatorio» al que lo sometió.

Haverford despreciaba a Diamond, desde su aspecto hasta lo más profundo de su presunta alma. Parecía una guitarra hipertensa, con los labios finos y los párpados caídos, y su aspecto interior era incluso más desagradable. Matón aburguesado que habría sido un nazi entusiasta de no ser por la desgracia de haber nacido en Estados Unidos, Diamond pertenecía a esa clase de agentes de inteligencia que el Ejército parecía producir en serie como otros tantos dispositivos: seres sin imaginación, brutales y con los prejuicios intactos pese a la reflexión y la educación.

Haverford lo odiaba, detestaba a su generación y aquello en lo que pretendían convertir las relaciones entre Estados Unidos y Asia.

John Singleton, jefe del Buró para Asia de la CIA, se encontraba al otro lado del amplio escritorio y contemplaba el debate. La cabellera cana caía sobre su rostro rugoso como la nieve en una montaña rocosa y sus ojos azules tenían el tono del hielo.

Era un auténtico «político de la Guerra Fría»; de hecho, se trataba del hombre más gélido que Haverford conocía.

La crueldad había convertido a Singleton en un hombre legendario. Eminencia gris de la comunidad de inteligencia washingtoniana, era respetado e incluso temido desde el Departamento de Estado hasta el Capitolio, e incluso en la Casa Blanca.

«Tienen sobrados motivos para recelar», pensó Haverford. Comparados con Singleton, Maquiavelo era un ingenuo niño del coro, y los Borgia, modelos de un cuadro de Rockwell. Al lado de Singleton, hasta el mismísimo diablo parecería el ángel Lucifer antes de la caída.

Jefe del Buró para Asia de la OSS (la Oficina de Servicios Estratégicos, precursora de la CIA) durante la guerra, Singleton era el presunto responsable de operaciones guerrilleras en China y Vietnam, e incluso pensaban que había influido en la decisión de arrojar las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki.

Después de la guerra, sobrevivió políticamente a la «pérdida» de China, a la invasión por sorpresa de Corea e incluso a los ataques de McCarthy y sus secuaces. A decir verdad, en ese momento Singleton quizás era más

poderoso que nunca, algo que sus numerosos enemigos atribuían, aunque en voz baja, a su estrecha relación con Satán.

Desde el otro lado del escritorio miró a los agentes rivales y le preguntó a Haverford:

—¿Hel es inestable?

—Todo lo contrario —contestó Haverford—. Nicholai Hel es el hombre con más dominio de sí mismo que conozco.

—¿Qué le pasa, se ha enamorado de ese tío? —intervino Diamond, que torció la boca al pronunciar esa burda insinuación homófoba.

—No, no estoy enamorado de él —repuso Haverford con tono cansino.

—Señor, suspenda la misión —le solicitó Diamond a Singleton—. Resulta demasiado arriesgada y Hel es imprevisible. Dispongo de asesinos más fiables en el sur de China y podríamos enviarlos a...

—Hel es perfecto —lo interrumpió Haverford.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Singleton.

Haverford expuso su argumentación: Hel hablaba fluidamente chino, ruso y francés; era un consumado experto en artes marciales que no solo ejecutaría a su víctima, sino que lo haría para que la forma de la muerte resultase ambigua, factor decisivo a la hora de conseguir el mejor resultado.

—¿Por qué el francés es importante? —preguntó Diamond.

—Ese es precisamente el motivo por el que le pedimos que viniera —respondió Singleton—. Adelante, Ellis.

—Hel se presentará como un traficante de armas francés —explicó Haverford, que se anticipó con intenso placer a la turbación de Diamond—. Su tapadera consistirá en vender armas al Viet Minh.

Diamond torció los labios y esbozó una mueca de contrariedad.

—Queremos que esté al tanto de la situación porque afecta a sus competencias en Indochina.

«¿Al tanto de la situación? —se preguntó Diamond para sus adentros—. Como si no tuviera suficientes problemas tratando de evitar que los gabachos organicen otra guerra sin que mi propio equipo envíe ayuda al enemigo.»

—¿Está diciendo que piensa trasladar...?

—Claro que no. Solo es una tapadera para que Hel llegue a Pekín —precisó Haverford—. De todas maneras, no queríamos que reaccionase desmesuradamente cuando sus radares lanzaran pitidos.

Diamond miró con furia a Haverford y dijo:

—Mantenga a su hombre fuera de mi territorio.

—No se preocupe.

Diamond estaba muy preocupado. Si los datos de la Operación X y su verdadera participación en ella llegaban a Washington... «X» era una operación en Indochina, dirigida por los gabachos, y suponía que la tenía perfectamente controlada, pero la aparición de Hel amenazaba con contaminarla.

Diamond se dirigió a Singleton:

—Señor, si no le molesta, me gustaría estar informado de todas las fases del proceso.

—Lo estará —aseguró Singleton—. Ellis, manténgalo al corriente de lo que hace.

—Sí, señor.

—Ellis, haga el favor de quedarse unos minutos.

Diamond abandonó la reunión. Cuando cogió el ascensor pensó que Nicholai Hel estaba en libertad y experimentó un temblor involuntario en la pierna. «Afróntalo, le tienes miedo..., por motivos de peso. Es un asesino consumado y está resentido contigo. Por no hablar de la Operación X..., si es que existe la más remota posibilidad de que se sepa.» No podía permitirlo.

—¿Conoce Hel la identidad de su objetivo? —le preguntó Singleton a Haverford.

—Aún no le he dicho nada.

Singleton reflexionó unos instantes y preguntó:

—¿Hay algo de cierto en lo que Diamond ha dicho acerca de que Hel es imprevisible?

—En mi opinión, no —contestó Haverford—. De todos modos, he tomado la precaución de proporcionarle un anclaje..., por emplear una metáfora náutica.

Singleton despidió a Haverford, consultó la agenda con su secretario y vio que disponía de unos minutos para reflexionar. Entró en su estudio privado, tomó asiento y contempló el tablero de go, abierto sobre la mesa.

Hacía varias semanas que jugaba esa partida contra sí mismo y, paulatinamente, las configuraciones de las piedras opuestas se tornaban hermosas. Casi se podían considerar agradecidas en la interacción entre el yin y el yang de los contrarios. Solo en el *go-kang* la vida prometía el equilibrio perfecto.

Diamond sería Diamond, y Haverford..., Haverford. Prácticamente eran elementos fijos del tablero. Sin embargo, Hel... Singleton movió una piedra negra.

Nicholai Hel no tardaría en conocer la identidad de su objetivo y entonces se sentiría motivado. ¿Y qué haría?

¿Cómo reaccionaría ese jugador de go? No era exagerado afirmar que el futuro inmediato de Asia dependía de la complicada máscara de Nicholai Hel.

—Un «anclaje» —musitó Singleton para sí—. ¡Qué interesante!

6

Solange era tan bonita como su nombre.

Su pelo era del mismo color que el oro trenzado, con mechas ambarinas, y sus ojos tan azules como el mar a mediodía. La nariz aguileña revelaba la colonización romana de su Languedoc nativo, y sus labios llenos no podían ser más que franceses. Un tenue ramillete de pecas salpicaba su tez de porcelana casi monótonamente perfecta; la suave curva de sus pómulos altos evitaba lo que podría haber sido una severidad poco favorecedora. Era alta, ya que solo medía una cabeza menos que Nicholai; tenía las piernas largas y el cuerpo rotundo, y sus pechos tensaban el vestido azul, sencillo pero elegante.

Fue su voz lo que más afectó a Nicholai. Poseía un tono ronco pero delicado, con esa sedosidad tan peculiar de los galos que es amable y sensual a la vez.

—Bienvenido a mi hogar, *monsieur*. Espero que se sienta cómodo.

—No tengo la menor duda de que así será.

Solange extendió la mano para que se la besase, como si la cara de Nicholai no estuviese cubierta de vendajes. De todas maneras, Nicholai cogió esa mano de dedos largos y delgados y la besó, por lo que tanto sus labios como el algodón del vendaje rozaron la piel de Solange.

—*Enchanté*.

—¿Quiere ver su habitación?

—*S'il vous plait* —respondió Nicholai, y se percató de que el largo vuelo de Estados Unidos a Tokio lo había agotado.

—*S'il vous plait* —lo corrigió amablemente la mujer para hacer más sostenido el sonido de la a.

Nicholai aceptó la crítica y repitió la frase imitando la pronunciación de Solange.

La francesa lo premió con una sonrisa de aprobación.

—¿Es posible que su niñera procediese de Tours? Reconozco que se trata del acento más puro de Francia, pero usted tiene que adquirir el *accent du Midi*.

—Por lo que tengo entendido, es el motivo por el cual estoy aquí.

—Yo soy del sur, de Montpellier —añadió la mujer.

—No lo conozco.

—Pues es hermoso —confirmó Solange—. Soleado, cálido y la luz...

El dormitorio de Nicholai era sencillo y elegante, las paredes estaban pintadas de un amarillo alegre sin resultar chillón y los pocos muebles eran de un azul ni muy claro ni muy oscuro que se complementaba perfectamente con el tono de las paredes. La amplia cama, que parecía inmensa comparada con el catre de la celda, estaba cubierta con un edredón azul. Sobre la mesilla de noche había un jarrón con un único crisantemo.

—Se trata de una flor japonesa, ¿no? —preguntó Solange.

—Sí.

—¿Ha añorado las flores?

—Sí —respondió Nicholai, que se sintió intensamente conmovido—. Se lo agradezco.

—*Problème*.

—¿Cómo dice?

—La forma gramatical correcta es «*pas de problème*», pero..., *comment vous dites...*, bueno, en «vernáculo» sería, lisa y llanamente, «*problème*». *Oui?*

—*D'accord*.

—Bien dicho —aseguró la francesa—, pero tiene que dar más énfasis a la «d». *Comme ça*. —Esbozó con los labios una forma que a Nicholai le

resultó bastante atractiva—. *D'accord*.

—*D'accord*.

—Por favor, el sonido debería ser un poquitín más nasal. —Nicholai repitió la expresión y pasó el sonido por la nariz—. *Formidable*. Fíjese en cómo arrastro la cuarta sílaba, si bien es solo un matiz. Por favor, con cuidado, no tiene que hablar como un campesino, sino como un sureño culto. ¿Está cansado o prefiere comer?

—Estoy más hambriento que cansado.

—Me he tomado la libertad de preparar la comida.

Solange lo condujo hasta el pequeño comedor. La ventana permitía ver el *karesansui*, el jardín de piedras japonés, rodeado por una alta tapia de bambú. Estaba diseñado con gracia y Nicholai recordó el jardín que había creado con meticulosidad en su hogar de Tokio. Había sentido cierta satisfacción en aquella casa antes de tomar la decisión de matar a Kishikawa-sama.

—¿Puedo disponer libremente del jardín? —preguntó Nicholai.

—Por supuesto. Este será su hogar mientras permanezca aquí.

—¿Tendría la amabilidad de decirme cuánto tiempo estaré aquí?

—El tiempo que tarde en recuperarse —respondió Solange, y desvió con habilidad la respuesta a la pregunta que en realidad le había hecho. Apostilló con sonrisa traviesa—: Y en aprender correctamente el francés.

Solange señaló una silla que se encontraba junto a la mesa. Nicholai tomó asiento mientras la mujer se dirigía a la cocina.

Al igual que el resto del interior de la casa, la estancia era europea, y Nicholai se preguntó dónde había comprado los muebles. Llegó a la conclusión de que probablemente no era ella quien los había adquirido, sino que habían sido sus jefes estadounidenses los que entregaron los recursos para imitar una casa rural francesa, aunque con *karesansui*. Sin duda supusieron que asimilaría su «tapadera» francesa a través de una especie de osmosis decorativa, y seguramente lo hicieron tras consultar con un «psicólogo», uno de los sacerdotes de la nueva religión civil americana. De todas maneras, la estancia era agradable y abría el apetito.

Otro tanto podía decir del aroma que le llegó desde la cocina: una fragancia delicada, tal vez con regusto a vino, y si acaso con el perfume a humedad de las setas. Solange regresó, depositó la cazuela de barro en la mesa, la destapó y dijo:

—*Coq au vin*. Espero que le guste.

El aroma era muy tentador.

—Hace años que no degusto cocina europea.

—Espero que le siente bien. De todas maneras, a partir de ahora es imprescindible que ingiera, sobre todo, comida francesa.

—Encantado pero ¿puede explicarme por qué?

Solange apretó los labios, hizo un mohín encantador y respondió:

—Me gustaría decirlo con delicadeza, pues no tengo intención de ofender...

—Por favor, vaya directamente al grano —la interrumpió Nicholai, aunque dudaba de que la brusquedad formase parte del repertorio de la francesa.

—Tal como son las cosas, usted huele a japonés, *Il faut que vous ayez l'odeur d'un vrai français*.

—Ahora lo entiendo.

Estaba claro que tenía razón. Desde la celda de la cárcel, Nicholai deducía por el olor la nacionalidad de quien recorría el pasillo. Los americanos olían a ternera, los rusos al potente aroma de las patatas y los guardias japoneses a pescado y verduras. ¿Ya qué olía Solange? Solo percibió la fragancia de su perfume.

—¿Puedo servir? —preguntó la francesa.

—Si es tan amable...

Ella sirvió una generosa ración de pollo al vino, cogió puntas de espárragos de una fuente y las puso en el plato de Nicholai. Llenó una copa de vino tinto y explicó:

—Es aconsejable beber el mismo vino con el que se cocina el pollo. *Monsieur*, me refiero a vino francés de calidad.

—Llámeme Nicholai.

—*Et bien*, Nicholai —repuso—. Haga el favor de llamarme Solange.

—¡Qué nombre tan bonito!

La francesa se ruborizó, y fue encantador. Tomó asiento, se sirvió y esperó a que Nicholai catara la comida, después de lo cual preguntó:

—¿Le gusta?

—Es extraordinaria. —Nicholai no faltó a la verdad.

Sutiles pero característicos, los sabores maduraron en su boca y el gusto del vino evocó comidas juveniles en casa y con su madre. «Creo que podría acostumbrarme al vino europeo..., si sobrevivo», pensó—. Felicitaciones al cocinero.

La mujer ladeó la cabeza.

—*Merci*.

—¿Lo ha preparado usted? —preguntó Nicholai, sorprendido.

—Me chifla cocinar. En los últimos años no he tenido muchas ocasiones, por lo que representa una gran alegría.

Solange cogió el tenedor y comió con un entusiasmo que en una japonesa habría parecido poco elegante, pero que en ella resultó vital; comió con una *joie de vivre* que Nicholai no había visto durante los años de la guerra, la hambrienta ocupación y la incomunicación carcelaria. Fue todo un placer verla disfrutar de la comida. Al cabo de unos minutos, Nicholai preguntó:

—El hombre a quien tengo que imitar, ¿se alimentaba a la francesa incluso en Asia?

—Es lo que tengo entendido.

—¿Cómo se las ingenió?

—Con dinero —replicó Solange, como si fuese lo más obvio del mundo—. El dinero da pie a todo.

—¿Por eso trabaja para los americanos? —preguntó él, que se arrepintió en el acto y se cuestionó por qué había experimentado el impulso de ofenderla.

—*Tout le monde* —respondió Solange—. En nuestros días todos trabajamos para los americanos. —«Incluido tú, *mon ami*», pensó, sonrió y se incorporó de la silla—. He preparado una *tarte tatin*. ¿Le apetece?

—Me encantaría.

—¿Café?

—Si tiene, prefiero té.

—Nicholai, a partir de ahora tomará café —puntualizó Solange—. *Un express avec une cigarette.*

La mujer se marchó y al cabo de un minuto regresó con la tarta de manzana, el café expreso y un paquete de Gauloises, que dejó sobre la mesa.

—Le ruego que disculpe mi descortesía —dijo Nicholai—. Ya no estoy acostumbrado a conversar.

—*Problème.*

A Solange le encantó que su huésped se disculpase.

La tarta era deliciosa y, por sorprendente que parezca, el café mucho más. Nicholai se repantigó en la silla y Solange le acercó el paquete de tabaco.

—Coja dos, enciéndalos y pásame uno.

—¿Habla en serio?

La francesa se echó a reír.

—¿Nunca ha ido al cine?

—No. —Nicholai siempre consideró extraño eso de sentarse a contemplar las fantasías de otros proyectadas en una cinta de celuloide.

—Me encanta el cine —aseguró Solange—. Me habría gustado ser actriz.

Nicholai estuvo a punto de preguntarle qué se lo había impedido, ya que era muy atractiva, pero se dio cuenta de que la respuesta podía apenarla y se abstuvo de formularla. Por lo tanto, sacó dos cigarrillos del paquete, los sujetó entre los labios, rascó una cerilla y los encendió. Le pasó uno de los pitillos cuando vio que la punta brillaba.

—*Formidable* —opinó Solange—. Paul Henri se moriría de envidia.

Aunque no supo de quién hablaba la mujer, Nicholai tragó el humo y reprimió las ganas de toser. Los puntos de sutura le dolieron.

—Ha pasado mucho tiempo —reconoció cuando se recuperó.

—Ni que lo diga. —Solange se rió de él, pero Nicholai no se sintió ofendido ni incómodo. Fue como si compartieran un momento divertido y

también rompió a reír. Nuevamente le dolió la cara y comprendió que había pasado mucho tiempo desde la última vez que disfrutaba en compañía. Solange pareció adivinarle el pensamiento y dijo—: Es muy agradable, ¿no? Diría que usted y yo no hemos tenido demasiadas oportunidades de reírnos.

—El mundo tampoco las ha tenido —añadió Nicholai.

Solange volvió a llenarle la copa de vino, hizo lo propio con la suya, la levantó y brindó:

—Por tiempos mejores.

—Por tiempos mejores.

—Nicholai, tiene que aprender a fumar —lo reprendió—. Todos los franceses fuman.

—En Shanghai, cuando era niño, escamoteaba cigarrillos. Los chinos fuman como chimeneas. Bueno, fuman y escupen.

—Creo que podemos prescindir de los escupitajos.

Después de comer, Nicholai dio un paseo por el jardín.

Estaba muy bien construido. Los senderos serpenteaban por una zona de grava primorosamente rastrillada para imitar el oleaje. El «islote» de hierba corta y piedra que se encontraba en el centro del «mar» representaba las montañas de Japón. De forma estratégica, en el camino habían situado arbustos para que en cada curva la perspectiva cambiase.

«Como la vida misma», reflexionó Nicholai.

Las semanas siguientes transcurrieron en medio de una agradable rutina. Nicholai se despertaba temprano y salía al jardín a meditar. Cuando aparecía, Solange lo esperaba con el café con leche y el cruasán y, a pesar de que le llevó cierto tiempo acostumbrarse a la idea de desayunar un bollo, acabó por gustarle. Después conversaban y la francesa aprovechaba para corregirle el acento y proponerle palabras de la jerga al uso y lenguaje vulgar. Solange era una supervisora exigente, con una actitud que Nicholai agradeció.

Por su parte, ella era consciente de que el más ligero desliz, un anacronismo inoportuno o el uso de una formalidad envarada podrían costarle la vida a su huésped. Por ese motivo lo presionó, insistió en que todo fuese perfecto, desafió su intelecto y apeló a su considerable talento para los idiomas. Nicholai superó con creces sus expectativas y el afán de superación lo convirtió en un discípulo extraordinario.

Durante la comida charlaban, y a continuación Nicholai daba su acostumbrado paseo por el jardín. Como sabía que necesitaba estar a solas, Solange fue lo bastante discreta como para no aceptar su amable invitación a acompañarlo. En ese rato descansaba y luego se dedicaba a los preparativos de la cena. Cuando Nicholai regresaba, repasaban mapas de Montpellier y fotos de algunas cafeterías, restaurantes y puntos de referencia que los que han nacido allí conocen. Lo acribilló a preguntas sobre el Carré Sainte Anne, el mercado, quién vendía los mejores

melocotones y dónde podías comprar una botella de buen vino a un precio razonable.

Tras la sesión de estudio de la tarde, Nicholai se iba a su habitación a descansar, estudiar y sumergirse en una gloriosa bañera japonesa de madera. Salía del agua casi hirviendo maravillosamente renovado y se vestía para la cena, que siempre se basaba en la gastronomía francesa y era extraordinaria. Después tomaban café y una copa de coñac, conversaban con tono relajado y a veces escuchaban la radio antes de que Solange se retirara a su dormitorio.

Era entonces cuando Nicholai se ponía el *gi* y salía al jardín a practicar su ritual nocturno. Al principio, Solange miró a través de las ventanas de su habitación y lo vio realizar las complicadas maniobras del *kata* (los repetitivos ejercicios de las artes marciales) de la *hoda korosu*, la «matanza sin armas». Daba la sensación de que bailaba, pero, al cabo de varias noches de observación, Solange comenzó a percibir que Nicholai combatía con numerosos enemigos imaginarios que procedían de todas direcciones y que los movimientos de la «danza» eran, en realidad, bloqueos defensivos seguidos de golpes letales. En el supuesto de ser un baile, se trataba de la danza de la muerte.

Nicholai disfrutaba mucho con esas sesiones, ya que practicar ejercicio en el jardín era una alegría que serenaba su mente y su espíritu y, por añadidura, la intuición le indicó que quizá necesitaría aguzar sus herrumbradas aptitudes si quería sobrevivir a la misión, cuyo objetivo Haverford seguía sin revelar.

Por lo tanto, practicó los ejercicios con ahínco y se alegró al descubrir que su mente y su cuerpo reaccionaban incluso después de años de inactividad relativa, por mucho que hubiera hecho miles de flexiones y estiramientos en la celda, y que recobraba los movimientos complejos y sutiles de la *hoda korosu*.

Había empezado a estudiar la «matanza sin armas» durante su segundo año en Tokio. Esa exclusiva variante del kárate, que significa «con la mano vacía», le fue inculcada por un anciano maestro japonés de ese arte letal que, en un primer momento, se negó a transmitir los antiguos secretos a un

occidental. Nicholai perseveró noche tras noche, sobre todo adoptando una posición dolorosa al borde del tatami y observando, hasta que por fin el maestro lo llamó y le dio una paliza que se convirtió en la primera de muchas lecciones.

Para la *hoda korosu* era imprescindible el dominio de la *ki*, la fuerza vital interna que procede de la gestión correcta de la respiración. Es la *ki*, que fluye a través del cuerpo desde el abdomen inferior a todas las venas, músculos y nervios, la que proporciona fuerza letal a los golpes de la *hoda korosu*, incluso a corta distancia.

El otro elemento fundamental es la capacidad de serenar la mente y liberarla para la creatividad, lo que permite encontrar un arma letal entre los objetos corrientes que nos rodean ante un ataque súbito e inesperado.

A medida que recuperaba la práctica, las primeras noches le resultaron brutales por su torpeza y se habría sentido abrumado si su ineptitud no hubiera sido cómica. No tardó en desarrollar velocidad y fuerza y, poco después, recuperó ciertas aptitudes e incluso un poco de elegancia. En ocasiones mediante golpes en la espalda con una vara de bambú, el maestro le había enseñado a entrenarse con absoluta seriedad y a imaginar a sus enemigos a medida que se deshacía de ellos; fue lo que Nicholai hizo mientras iba de aquí para allá por el jardín, repetía el prolongado *kata* docenas de veces y, finalmente, se detenía, con el *gi* empapado en sudor. A continuación se daba un baño rápido, se desplomaba sobre la cama y no tardaba en conciliar el sueño.

Al cabo de dos semanas, una mañana Solange lo sorprendió cuando le dijo:

—Nicholai, hoy es un gran día.

—¿A qué se debe?

—Al desvelamiento, por decirlo de alguna manera.

—¿El desvelamiento de qué?

—De usted, de su rostro.

Una vez por semana, Nicholai había acudido a la consulta del médico para que la fornida enfermera irlandesa le cambiara el vendaje, hay que reconocer que con muy poca delicadeza. Además, lo había mantenido

deliberadamente lejos del espejo hasta que se cumplió el proceso de cicatrización, por lo que estaba a punto de ver por primera vez su rostro reconstruido.

En el caso de que estuviera nervioso o preocupado, lo cierto es que no lo demostró. Fue como si Solange le hubiese dicho que iban a una exposición de fotos o al cine. Se lo tomó con mucha calma. «Si se tratara de mí, estaría muy alterada», pensó Solange, pero Nicholai estaba fresco como una mañana de marzo y tranquilo como un estanque de aguas mansas.

—El médico ha dicho que puedo quitarle el vendaje.

—¿Ahora? —quiso saber Nicholai.

—Si le apetece...

Nicholai se encogió de hombros. Sería agradable librarse de las vendas, aunque en realidad no sentía demasiada curiosidad por ver su cara. Había pasado varios años en prisión incomunicada, donde el aspecto no tenía la menor importancia, ya que no había nadie que pudiese reaccionar, salvo los guardias.

De repente notó una punzada de preocupación, sensación que lo sorprendió y le desagradó. De pronto su aspecto le importó y se dio cuenta de que era a causa de Solange.

«Su opinión me importa», se dijo asombrado. «Me da miedo su reacción cuando el vendaje caiga y yo siga siendo feo.» Nicholai no sabía que experimentaba esos sentimientos.

Llegó a la conclusión de que se trataba de una situación extraordinaria.

—Estoy listo —aseguró.

Entraron en el cuarto de baño. Solange lo hizo sentar en un taburete, delante del espejo; se situó a sus espaldas y desenrolló delicadamente las vendas.

Era guapísimo.

«No hay forma humana de describirlo —concluyó Solange—. Es un hombre hermoso.» Sus ojos de color verde esmeralda destacaban por encima de los pómulos altos y afilados. Su mandíbula era fuerte y el mentón con hoyuelo resultaba encantador, pero sin ser afeminado. También

parecía muy joven, daba la sensación de que tenía mucho menos de veintiséis años y no se notaba lo que había padecido.

—¡Buen trabajo, doctor! —exclamó Solange—. ¿Está satisfecho?

Al ver la sonrisa de la francesa, Nicholai se sintió aliviado. Fuera cual fuese el resultado, Solange habría sonreído, pero Nicholai se alegró de que la habilidad del cirujano les hubiese ahorrado esa indignidad.

—Creo que no me reconozco —admitió.

—Es muy guapo.

—¿Lo dice en serio?

—Vaya, vaya, pretende que lo piropee —bromeó Solange—. Sí, hablo en serio. Es muy guapo. He de reconocer que me hace sentir vieja.

—Es bella y lo sabe.

—Pero empiezo a marchitarme. Tal vez debería visitar a ese médico...

8

Haverford se presentó por la tarde.

Examinó la cara de Nicholai como si se tratase de un producto cuya viabilidad debía comprobar: el resultado le pareció satisfactorio.

—El médico ha hecho un buen trabajo.

—Me alegro de que le guste —repuso Nicholai.

Se sentaron en el comedor. Haverford puso una carpeta sobre la mesa, la abrió y, sin más preámbulos, leyó:

—Usted se llama Michel Guibert, tiene veintiséis años y ha nacido en Montpellier, Francia. Tenía diez años cuando su familia se trasladó a Hong Kong para continuar con la empresa de importación y exportación de su padre. Sobrevivió a la ocupación japonesa porque su familia vivía en la Francia de Vichy y, por consiguiente, estaba en paz con las potencias del Eje. Una vez terminada la guerra, ya tenía edad suficiente como para dedicarse a la empresa familiar.

—¿A qué se dedicaba mi familia?

—A las armas —puntualizó Haverford—. *La famille* Guibert ha participado en el mercado negro de armamento desde los tiempos de los mosquetes.

—¿Existe la familia Guibert de carne y hueso o es pura invención?

—Papá Guibert es real —respondió Haverford.

—¿Y tiene un hijo?

—Lo tenía —añadió Haverford, y depositó sobre la mesa fotos de alguien que podría haber sido el pequeño Nicholai mientras jugaba alegremente en un patio chino, ayudaba en la cocina y sonreía mirando el pastel de cumpleaños—. Por desgracia, Michel sufrió un atroz accidente de tráfico. Por lo que me dijeron, quedó desfigurado y necesitó una intervención reconstructiva masiva. Ahora vuelve a parecerse al de antes.

—¿Organizaron ustedes ese «accidente»? —quiso saber Nicholai.

—Claro que no —contestó Haverford—. Ya está bien, ¿cree que somos monstruos?

—Hummm... ¿Y la madre?

—Ha muerto hace poco, y esa pérdida lo ha afectado intensamente.

—Debo reconocer que me sorprende y que me horroriza —masculló Nicholai.

—Esa muerte lo ha hecho madurar —prosiguió Haverford—. Tenía fama de jugador y mujeriego, y hace tres años que papá lo desterró a Francia. Se gastó un pastón de la familia en Mónaco, se arrepintió de tanto libertinaje y ha vuelto con la intención de redimirse.

—¿De qué manera? —preguntó Nicholai.

—Todavía no tiene por qué saberlo —precisó Haverford—. Estudie el expediente. Solange lo ayudará a descifrar los detalles. Cuando conozca al dedillo su nuevo pasado le daré información sobre su nuevo futuro.

«Mi nuevo futuro», repitió Nicholai para sus adentros. Era una idea singularmente americana, perfecta gracias a su ingenuo optimismo. Solo los estadounidenses podían tener un «nuevo» futuro que contrastaba con el «viejo».

—Necesitamos fotos —añadió Haverford.

—¿Para qué?

Haverford explicó que porque estaban montando un archivo sobre Guibert. Dadas las circunstancias, nadie que se dedicase al tráfico de armas llegaría muy lejos sin contar con un perfil en todos los servicios de inteligencia que participaban en ese juego. A través de topes colocarían las fotos en la CIA, el Deuxième Bureau y los archivos del MI-6, que luego serían filtradas a los chinos. Insertarían fotos de Michel Guibert en los

viejos archivos policiales del Kuomintang, que en ese momento los rojos revisaban. Los «sabios del laboratorio de revelado» se encargarían de que Guibert apareciese en las calles de Kowloon, los casinos de Mónaco y los muelles de Marsella.

—Cuando hayamos terminado, acabará convencido de que es Michel Guibert y de que durante la guerra estuvo en Hong Kong —apostilló Haverford—. Antes de que se me olvide, a partir de ahora solo responderá al nombre de «Michel». Olvídense de «Nicholai». Michel, ¿me ha entendido?

—Por muy difícil que resulte aceptar esa idea, diría que sí, que lo he entendido —repuso él.

Solange entró en el comedor con un montón de ropa que dejó sobre el respaldo de una silla.

—Michel, aquí tiene su ropa nueva. *Très chic*.

La francesa salió a buscar más cosas.

Nicholai examinó las prendas, que parecían usadas. Llegó a la conclusión de que era lo que correspondía. Tenía todo el sentido del mundo, pues cuando te metes en la piel de otro también te pones su ropa, que no es nueva, sino usada. Miró las etiquetas. Parte del vestuario más viejo era de un sastre de Kowloon, si bien la mayoría procedía de Francia, sobre todo de tiendas aparentemente caras de Marsella. Algunas camisas y dos trajes presentaban etiquetas monegascas. En su totalidad se trataba de ropa cara y de tejidos ligeros como la seda y el algodón. Nicholai reparó en varios pantalones de sarga color caqui..., de pinzas, por supuesto. Por lo visto, a Michel le gustaban los trajes de tonos blanco y caqui con camisas de colores vivos y sin corbata.

La ropa olía a sudor, a tabaco y a colonia. Nicholai pensó que Haverford sabía muy bien lo que se hacía, ya que el muy cabrón no había dejado nada al azar.

Solange volvió a aparecer con más prendas, se detuvo con la yema del índice sobre los labios y contempló el guardarropa y a Nicholai.

—Veamos, ¿qué se pondrá para la primera foto? Está tomada en Hong Kong, ¿no? —Su gran concentración en esa parodia fue encantadora. Eligió

una camisa, la desechó, cogió otra y la combinó con un traje—. Así sí, ¿no? *Oui... parfait.*

Le pasó las prendas a Nicholai y le ordenó que se cambiase. Cuando salió del dormitorio vestido de Michel, vio que Haverford tenía la cámara a punto. Salieron al jardín en busca de un fondo «difuminado y al aire libre». Repitieron el mismo proceso muchas veces a lo largo de una tarde que para Nicholai fue dolorosamente aburrida, aunque Solange se lo pasó muy bien eligiendo los conjuntos de Michel.

Cuando Haverford, por fin, se marchó, Nicholai dijo:

—Ha sido insufrible.

—Para mí fue divertido —reconoció Solange—. Me encanta la moda, y Michel tiene buen gusto, ¿no?

—¿Ha sido usted quién ha elegido esa ropa?

—Exactamente. No pensaré que permitiré que lo vistan sin tener en cuenta la moda, ¿verdad?

Después de cenar *suprêmes de poulet à l'estragon* con judías verdes *à la provençale* y, como postre, *tarte aux poires frangipane*, así como el expreso, el coñac y el cigarrillo de rigor, Nicholai estudió el expediente de Guibert. La invención era impresionante por su volumen y sus detalles, pero Nicholai no tuvo dificultades para memorizar trivialidades aparentemente importantes como el *tabac* preferido de Michel en Montpellier, el whisky favorito de su padre o el apellido de soltera de su madre. Con la mente atiborrada de detalles, se puso el *gi*, salió al jardín a practicar el *kata*, se bañó y se acostó.

9

La sensación de proximidad, de que alguien andaba cerca, lo despertó.

Durante los años entre rejas había desarrollado una conciencia casi extrasensorial de la presencia de otro ser humano, una percepción como de radar de la distancia y el ángulo de aproximación exactos del intruso.

Había alguien en su habitación en ese momento.

En una fracción de segundo evaluó las posibilidades y se decantó por el jarrón que había sobre la mesilla de noche como el arma más adecuada y accesible. Entonces percibió la fragancia de Chanel n.º 5 y notó la presencia de la mujer. A través de las persianas se colaba suficiente luz de luna como para ver a Solange de pie en la puerta, con el cuerpo más expuesto que oculto por la bata negra transparente.

—Tres años sin una mujer es mucho tiempo —señaló la francesa—. Yo diría que demasiado, ¿no?

El perfume lo embriagó cuando Solange se acercó a la cama y le besó en la boca, las orejas, el cuello, el pecho y siguió bajando. Nicholai se sintió mareado de placer cuando ella hizo cosas deliciosas con su boca y con sus dedos finos y elegantes, por lo que no tardó en jadear:

—Solange, por favor, deténgase. Temo que..., y no me gustaría que..., antes de que...

Solange se detuvo, rió afablemente y replicó:

—*Mon cher*, creo que después de tres años no tardará en recuperarse.

La mujer volvió a colmarlo de atenciones, y Nicholai no tardó en notar la oleada imparable que recorrió su cuerpo; su espalda se encorvó como el más poderoso arco de un samurái y Solange lo retuvo con los labios hasta que él se desplomó en el lecho.

—*Très fort* —le susurró Solange al oído y se deslizó por encima de su cuerpo.

—Bueno, después de tres años...

La francesa rió y apoyó la cabeza en el pecho de Nicholai. El contacto de la cabellera de la mujer con su piel le pareció maravilloso. Descansaron un rato y poco después Nicholai notó que se recuperaba.

—Ya lo decía yo —musitó Solange, y bajó la mano para acariciarlo—. Lo quiero dentro de mí.

—¿Está...?

—¿Húmeda? —Solange le cogió la mano y lo guió para que lo comprobase—. Claro que sí, querido, desde hace semanas.

La francesa lo poseyó.

A Nicholai le costó asimilar la belleza de la mujer que se elevó y cayó sobre él. Sus ojos azules brillaron de entusiasmo, su largo cuello se cubrió de gotitas de sudor y su boca sensual sonrió de placer. Nicholai estiró los brazos y acarició esos pechos generosos, tan distintos a los de las delicadas japonesas con las que había estado. Solange gimió con actitud aprobadora. Su belleza y el ardor húmedo de su cuerpo lo envolvieron. La cogió de la cintura, le dio la vuelta para quedar sobre ella, hundió los labios en la curva de su cuello y la amó con firmeza, pero sin prisa.

Expresiva en su excitación, Solange gimió guturalmente y, para alentarle, pronunció en francés las peores vulgaridades, le clavó las uñas en las nalgas y lo aferró. Sus sudores se mezclaron, rodaron juntos y la francesa anunció su *petit mort*, se arqueó, lo retuvo en su interior y añadió:

—*Vous me faites briller. Vous me faites jouir.* Goce conmigo. Ahora es el momento.

La voz y las palabras de la mujer lo llevaron a saltar desde el precipicio, ya no había forma de contenerse y se vació en ella, cayó sobre su cuerpo y

notó que los pechos de Solange se aplastaban bajo su peso. Permanecieron un rato en silencio y poco después la oyó musitar:

—¿Es demasiado trillado reconocer que me gustaría fumar un cigarrillo?

Nicholai se levantó, buscó el paquete de tabaco, se llevó dos cigarrillos a la boca, los encendió y le entregó uno.

Incorporaron la cópula a la rutina cotidiana, si bien sus encuentros sexuales no tuvieron nada de rutinario.

A Solange le encantaba vestirse para la alcoba y, por lo visto, disponía de una variedad inagotable de lencería que le gustaba exhibir. Nicholai tampoco se mostró reacio a convertirse en el público de ese desfile de ropa erótica, ya que Solange se cambiaba el peinado, el maquillaje e incluso el perfume para adaptarse a la vestimenta. Tenía un gusto exquisito, osadamente erótico pero sin traspasar la línea de lo ridículo, siempre elegante y jamás chabacana. Sus gustos en la cama también eran eclécticos y entregó a Nicholai hasta el último rincón de su ser, gozó cada vez que la poseyó. Todo lo refinada que era en la mesa se tornaba intensa y sorprendentemente carnal en la alcoba.

—Tiene boca de marinero —dijo Nicholai una noche sin el menor atisbo de desaprobación.

—Pues usted adora mi boca, ¿no? —espetó Solange, y se dedicó a demostrarle cuánto apreciaba esos labios.

Nicholai amaba su boca, sus manos, sus dedos, *sa cramouille, sa rose*. No tardó en llegar a la conclusión de que la amaba. Una noche, tras un encuentro sexual contundente, Solange dio una calada al cigarrillo postcoital y dijo:

—Michel, no se ofenda, pero hace el amor como los japoneses.

Nicholai se sintió un poco desconcertado y más curioso que ofendido.

—¿Y eso es malo?

—No, no, claro que no —se apresuró a responder Solange—. No tiene nada de malo, simplemente es distinto a..., a como lo hacen los franceses.

Es un poco..., *comment vous dites...*? Es un poquitín «técnico», ¿no le parece? Puesto que es francés, debe hacer el amor *d'une manière plus sensuelle*, como si fuera música más que ciencia.

Solange sabía que, por desgracia, él no tardaría en irse a cumplir el encargo de los americanos. Dado que era hombre, tenía necesidades y las satisfaría, probablemente en un burdel. Las chicas hablarían y no sería bueno que se refiriesen al francés que hacía el amor como un japonés.

—¿Esto también forma parte de mi entrenamiento? —preguntó Nicholai, y la traspasó con la mirada. Parecía herido—. ¿Usted forma parte de mi entrenamiento?

—Pese a su aspecto juvenil —replicó la francesa y se negó a bajar la cabeza avergonzada—, la ingenuidad no va con usted. ¿Me está preguntando si me prostituyo para los americanos? Querido, ambos estamos al servicio de ellos. Yo follo para ellos y usted mata. No se muestre tan dolido, porque lo cierto es que me encanta hacer el amor con usted. *Vous me faites briller*. Usted me hace brillar, ¿eh?

Nicholai reparó en el formal «vous», opuesto al «tu» de carácter más íntimo, y se preguntó si ella interpretaba la relación entre ambos como un negocio más.

Fuera como fuese, Solange le enseñó a hacer el amor como los franceses.

10

Dos noches después intentaron matarlo. Nicholai estaba en mitad de un *kata* difícil, «el tigre aparece a través de los bambúes», cuando la sensación de proximidad apuntó a que no se encontraba solo en el jardín. Vestido de negro y con una daga siniestra en la mano derecha, el primer asesino descendió de la tapia por delante de Nicholai. Este se percató de que el hombre que intentaba matarlo centraba la mirada ligeramente por encima de su hombro, de modo que supo que a sus espaldas había otro asesino.

La embestida de la daga fue baja, justo en el sitio donde Nicholai la esperaba. Adoptó una posición gatuna, con la diestra trazó una curva a baja altura y hacia fuera y apartó de su cuerpo la mano que empuñaba la daga. Avanzó, agarró al atacante por el cuello del *gi*, lo empujó, giró sobre sí mismo y le empotró la cabeza en la tapia del jardín. Oyó cómo se rompía el cuello, pero no se detuvo a mirar mientras esquivaba el hacha que el segundo atacante dirigió hacia su cabeza. Nicholai se irguió, cerró la mano izquierda hasta convertirla en zarpa de tigre y golpeó los ojos del asaltante al tiempo que con la diestra le asestaba un puñetazo en la entrepierna. Dejó caer la mano izquierda, sujetó el codo del brazo con el que el hombre sostenía el hacha y se puso de puntillas. La extremidad se partió como una rama seca y el hacha cayó. Nicholai giró para dar la espalda al atacante y le asestó un codazo en el plexo solar. Soltó el brazo roto, volvió a girar y le dio un golpe de *shuto* en la carótida.

El hombre se desplomó.

Nicholai se arrodilló a su lado, le tomó el pulso y se maldijo por haber aplicado demasiada fuerza. No había recobrado sus habilidades hasta el punto de calibrar con exactitud la fuerza de un golpe, y el hombre estaba muerto. Fue lamentable, ya que le habría gustado interrogarlo y averiguar quién lo había enviado y para qué.

«Torpe, torpe e impreciso... —se regañó Nicholai—. Tendrás que mejorar.»

Regresó a la casa y marcó el número que Haverford le había dado por si estallaba una crisis. Cuando el americano contestó, Nicholai dijo:

—En el jardín hay dos cadáveres. Supongo que querrá retirarlos.

—Permanezca dentro de la casa. Enviaré inmediatamente un equipo de limpieza.

Nicholai colgó. Solange estaba de pie junto a la puerta y lo miraba. Se cubría con una sencilla bata de seda blanca, sujeta por un ancho cinturón de seda con un lazo que pedía a gritos que lo deshicieran. Con la mano derecha aferraba un cuchillo de cocina, que sostenía a la altura del muslo.

—¿Está bien?

—Estoy bien. Quizás un poco más jadeante de lo que me gustaría. — Nicholai se sorprendió porque continuaba impertérrito y enseguida llegó a la conclusión de que todavía estaba afectado por el subidón de adrenalina, que encubría lo que podía sentir ante ese peligro que había salvado por los pelos y el asesinato de dos individuos. Miró el cuchillo y preguntó—: ¿Pensaba utilizarlo?

—Solo en caso necesario —contestó Solange—. ¿Están muertos?

—Sí.

—¿Está seguro?

—Totalmente seguro.

Solange se dirigió a la cocina y volvió con dos vasos de whisky.

—No sé qué opina, pero a mí me hace falta.

Nicholai cogió el vaso y lo vació de un trago. «Tal vez estoy más alterado de lo que sospechaba», concluyó.

—Está temblando —apostilló Solange.

—Pese a las percepciones en sentido contrario, no soy un asesino experimentado —reconoció Nicholai.

Era verdad. Había matado a Kishikawa-san por afecto, concepción difícil de entender por la mentalidad occidental. Ese acto de misericordia no lo inmunizó para poder liquidar sin más a dos seres que, a pesar de que habían intentado matarlo, seguían siendo humanos. A medida que sus niveles de adrenalina descendieron, experimentó una mezcla extraña y contradictoria de alborozo y pesar.

Solange asintió para demostrar que lo comprendía.

El «equipo de limpieza» llegó sin darles tiempo a terminar la segunda copa. Excepcionalmente vestido con camisa suelta y tejanos azules, Haverford franqueó la puerta de la cocina al tiempo que preguntaba:

—Dios mío, ¿se encuentra bien?

—Estoy bien —repuso Nicholai.

—¿Qué diablos ha sucedido? —preguntó Haverford.

Nicholai le refirió el ataque, omitió los detalles del contraataque y añadió que lamentaba la muerte del segundo individuo. Oyó los suaves sonidos producidos por el equipo que se puso manos a la obra en el jardín, retiró los cuerpos, limpió la sangre y devolvió el orden original a los senderos de piedra. «Como si no hubiera pasado nada», reflexionó Nicholai.

El jefe del equipo entró, habló en voz baja con Haverford y se retiró.

—Son japoneses —informó Haverford.

Nicholai negó con la cabeza y puntualizó:

—Son chinos o, como mínimo, trabajan para los chinos. —Haverford lo miró con expresión de curiosidad—. Los japoneses no emplean hachas. Son los chinos quienes las usan, y, además, son típicas de las sociedades secretas chinas. Por añadidura, un asesino japonés no adopta tan fácilmente la postura del «mono colérico que pinta la pared». En China hay alguien que quiere mi muerte... o la de Michel Guibert.

—Lo averiguaré —aseguró Haverford—. También incrementaré las medidas de seguridad en torno a la casa.

—No lo haga —pidió Nicholai—. Solo servirá para llamar la atención. Sería interesante averiguar cómo se enteraron de que estoy aquí.

Haverford frunció el ceño; Nicholai disfrutó con su desconcierto, pues era una grieta agradable en el muro de su seguridad en sí mismo, grieta que casi valía una muerte.

—Probablemente deberíamos trasladarlo —dijo el agente.

—Le ruego que no me cambie de sitio —replicó Nicholai—. Esta casa es agradable y hay pocos peligros. En el caso de que fueran japoneses, los asesinos volverían a intentarlo hasta conseguirlo. Sin embargo, los chinos piensan de otra manera y nunca repiten una estratagema fracasada. Estoy a salvo hasta que me marche de aquí.

Haverford asintió con la cabeza.

—¿Puedo tomar un trago de whisky?

Después de que Haverford y del equipo de limpieza se marcharan, Nicholai y Solange se acostaron, pero no hicieron el amor. Ninguno tenía muchas ganas de sexo tras los que había pasado. Permanecieron largo rato en silencio y finalmente Nicholai musitó:

—Lo siento mucho, le ruego que acepte mis disculpas.

—¿De qué se disculpa?

—De haber derramado sangre en su casa.

Solange detectó algo de vergüenza en la expresión de él. Esa matanza representaba el fin de la juventud. Sabía que cualquier persona decente y con alma sentiría repulsión al cobrarse una vida. También sabía que no podía aliviar su dolor, sino compartirlo; darle a entender que, más que un monstruo, era un ser humano imperfecto que vivía en un mundo defectuoso.

—¿Cree que es la primera vez que veo cómo derraman sangre? —preguntó Solange.

Apoyó la cabeza en el pecho de Nicholai, se dejó rodear por su brazo y le contó su historia.

Fue una niña hermosa, el orgullo del *quartier*. Incluso de cría, su piel, sus ojos, su melena y la perfecta estructura ósea de su rostro la convirtieron en una joya. Al entrar en la adolescencia, los hombres del barrio le dirigieron miradas avergonzadas y de soslayo, pero los forasteros que estaban en la ciudad no fueron tan amables y manifestaron de forma clara sus deseos con todo lujo de detalles.

Mamá defendió afanosamente la virtud de su hija. Le proporcionó una educación culta y religiosa en un colegio de monjas y la llevó a la iglesia los domingos y los días de guardar. Se esforzó, sobre todo, por ocultar a Solange cómo obtenía el dinero para pagar su bonita ropa y los zapatos nuevos.

A veces quedaba dinero para ir al cine, y Solange se adentraba en la hermosa y fresca sala a oscuras, contemplaba las fantasías plateadas que se desplegaban ante sus ojos y soñaba con que en el futuro se convertiría en actriz.

Todos aseguraban que, sin lugar a dudas, era lo bastante bonita como para serlo.

Su madre no estaba de acuerdo porque, en su opinión, las actrices eran poco más que putas.

Solange conoció a Louis en un baile de etiqueta que celebraron sus respectivas escuelas y le pareció perturbadoramente apuesto. Era alto y delgado, tenía el pelo castaño y ondulado; sus ojos de mirada cálida eran de tono pardo y le pareció inteligente y encantador. Hijo de un destacado médico de la ciudad, se trataba de un comunista apasionado y rico, hasta cierto punto.

También sentía pasión por Solange. Se preocupó realmente por ella y no pudo dejar de poner a prueba su virtud cuando se sentaban bajo los árboles de las orillas del canal, en el cine, incluso en casa de sus padres cuando no estaban o en el apartamento de la madre de ella si «había salido».

A mamá le daba terror que su hija se hubiese convertido en una belleza. Aunque se sintió orgullosa, el temor la dominó y comenzó a sermonearla

incesantemente sobre la maldad de los hombres. «No quieren más que sexo, y tu amado Louis no es distinto. No cedas..., solo una *salope* se acuesta con hombres antes de casarse.»

Una noche Louis y Solange pasaron frente a una casona de cuatro plantas.

—¿Qué es eso? —preguntó Solange.

—Es un burdel —respondió Louis.

En ese instante se abrió la puerta y Solange vio que su madre salía a fumar un cigarrillo. Tenía revuelta la melena negra y los labios hinchados. Encendió el pitillo y, cuando se volvió, se topó cara a cara con su hija.

—Vete a casa —le rogó, y se le quebró la voz—. Por favor, Solange, vete.

Pasmada, Solange permaneció inmóvil.

Al final, Louis la cogió del brazo y se la llevó.

Entrado el año y después de que los aliados invadieran el norte de África, los nazis llegaron al sur de Francia. Los soldados alemanes ocuparon la ciudad, la policía los ayudó a localizar a los judíos, se organizó la Resistencia y la Gestapo intervino para perseguir a sus integrantes.

El jefe de la Gestapo en Montpellier era el coronel Hoeger. Una tarde salió del centro de operaciones para disfrutar del sol y también acabó disfrutando de la contemplación de Solange.

—¡Mire esa muchacha! —exclamó el capitán—. ¿Cuántos años le pone?

—¿Dieciséis, diecisiete?

—¡Qué cara y qué cuerpo! —añadió Hoeger—. Averigüe quién es.

—Es una cría.

—Fíjese bien, está en su punto.

La casa de *madame* Sette se había convertido en el burdel preferido de las fuerzas de ocupación alemanas y su dueña no tardó en enriquecerse.

En cuanto a Solange, se habituó al oficio de su madre y aprendió la penosa lección según la cual, a medida que pasa el tiempo, lo insoportable se convierte en algo corriente. Mamá y ella mantuvieron una relación civilizada aunque emocionalmente distante, y Marie se sintió aliviada porque ya no tenía que ocultar lo que hacía. Solange iba de vez en cuando a casa de *madame* Sette para llevar comida a su madre, acercarle el pintalabios olvidado o cualquier otro recado de poca importancia. Las chicas la apodaron «señorita remilgada», pero acabaron por cogerle afecto, y, cada vez que la veía, *madame* Sette insistía en que pensase en ir a su casa a ganar dinero.

Como es obvio, Solange siempre se negó.

Se acercó cada vez más a Louis. Pasaban juntos prácticamente todo el tiempo libre del que disponían, si bien Louis estaba muy ocupado con sus estudios en la prestigiosa y antigua Facultad de Medicina de Montpellier.

Estaba más ocupado si cabe con la Resistencia y sentía más pasión que nunca por el comunismo, ya que ahora vivía en estrecha intimidad con el fascismo. Al principio solo hizo de recadero y recorrió la ciudad en bicicleta, con mensajes cifrados ocultos en los libros de texto; su talento y su valor no tardaron en llamar la atención de los cabecillas, que le encomendaron mayores responsabilidades.

Los riesgos se intensificaron, situación que aterrorizó a Solange. Conocía las cámaras de tortura del sótano del centro de operaciones de la Gestapo, había oído a los pelotones de ejecución y había evitado con cuidado los puntos donde habían construido apresuradamente patíbulos para los resistentes capturados. Le suplicó que tuviera mucho cuidado.

Louis aseguró que lo tendría, pero el peligro también le resultó estimulante y regresó de las misiones que le encomendaron con su aguda *joie de vivre* a flor de piel. Quería vivir, lo que incluía hacer el amor con la bella muchacha a la que amaba tantísimo.

Solange se negó.

—No quiero convertirme en mi madre.

Había llevado a su madre una fiambarrera con caldo caliente porque Marie estaba resfriada y el coronel Hoeger estaba en el salón del burdel.

Con el rostro encendido por el alcohol, la miró y su expresión fue de deleite y sorpresa.

—¿Trabajas aquí?

—No.

—¡Qué lástima! —El coronel la contempló de arriba abajo, lenta y lascivamente, sin disimular su deseo—. ¿Tienes nombre?

—Sí.

El tono de Hoeger se tornó más tajante:

—¿Cómo te llamas?

—Solange.

—Solange —repitió Hoeger, y lo saboreó tanto como le habría gustado catarla a ella—. Bonito nombre para una joven hermosa.

Tres días después, Hoeger fue a por todas. Esperó en la puerta hasta que vio que Solange cruzaba la plaza y la abordó.

—*Bonjour, mademoiselle.*

—*Bonjour, monsieur.*

—Solange, ¿hay algo fascinante en la acera?

—No, señor.

—En ese caso, haz el favor de mirarme.

Solange levantó la cabeza y lo observó.

Hoeger se disculpó por el comportamiento descortés que había mostrado en el burdel e hizo una propuesta clara y, según dijo, «civilizada»: en lugar de ser puta, Solange se convertiría en su querida. Le proporcionaría un apartamento adecuado, dinero para ropa y otros lujos y, de forma esporádica, regalos adecuados y muy generosos. A cambio, la joven..., bueno, seguramente ya sabía lo que quería a cambio, de modo que no era necesario entrar en detalles.

La chica lo abofeteó.

A Hoeger no lo habían abofeteado desde que era niño y recorrió la plaza con la mirada para ver si había testigos. Recordó su posición y dijo:

—Eres muy maleducada.

—Muy distinta a usted, señor, que acaba de hacer una propuesta indecente a una joven de diecisiete años.

—Si quieres irte, eres libre.

—*Bon après-midi.*

—*Bon après-midi.*

En cuanto llegó a su casa, Solange se dejó dominar por el pánico. Tembló durante diez minutos, se preparó una taza de té y se sentó a la mesa de la cocina para recuperarse. Después llegó Louis, pero la joven no mencionó el encuentro por miedo a que su amado cometiese una locura heroica.

Dos días después detuvieron al chico.

—Fue una semana digna de una novela de Zola —explicó Solange a Nicholai, mientras permanecía tumbada y con la cabeza apoyada en el ángulo de su brazo—. Fue realmente mala.

Se expresó con ironía y excluyó la posibilidad de sentir lástima de sí misma, pero Nicholai percibió un dolor profundo en su tono de voz cuando prosiguió el relato.

Pillaron a Louis con las manos en la masa: lo pararon mientras iba en bici y encontraron los mensajes cifrados en el libro de anatomía. Lo trasladaron al sótano del centro de operaciones de la Gestapo, donde Hoeger lo torturó. El guapo muchacho no tardó nada en dejar de serlo. Por desgracia, Louis era valiente y leal, estaba comprometido y se negó a revelar nombres.

Solange se enteró por la tarde. Se metió en su cuarto, lloró, se lavó la cara, se peinó, se puso el vestido más bonito que tenía, estudió su imagen en el espejo y se desabrochó los dos botones superiores para insinuar el profundo canalillo. Se sentó frente al espejo del dormitorio de su madre y se maquilló como había visto hacer a las prostitutas.

Fue andando hasta el centro de operaciones de la Gestapo y preguntó por el coronel Hoeger.

Cuando la condujeron a su despacho, Solange permaneció de pie ante el escritorio, se obligó a mirarlo a los ojos y afirmó:

—Si deja en libertad a Louis Duchesne, será suya. Ahora, cuando quiera y de la forma que sea. Hoeger la miró y parpadeó.

—Sé que me desea —dijo Solange.

El coronel se desternilló de risa.

Hoeger rió hasta que las lágrimas rodaron por sus mejillas carnosas. Sacó un pañuelo del bolsillo, se secó los ojos y se puso de pie.

—¡Descarada, sal de mi despacho! ¿Acaso crees que pondré en riesgo mi trayectoria y traicionaré a mi país a cambio de tener el honor de desvirgarte?

Solange no se inmutó y preguntó:

—¿Puedo verlo?

—Desde luego —replicó Hoeger—. El jueves a mediodía podrás ver cómo lo ahorcamos.

En la plaza, alrededor del patíbulo de cuyo travesaño colgaban cinco sogas, la gente se apiñó y aguardó en medio de un hosco silencio hasta que se acercó un vehículo militar alemán. Los soldados fueron los primeros en abandonar de un salto la parte trasera y luego sacaron a un grupo de prisioneros, cinco en total, condenados a muerte.

Louis fue el último en descender.

La situación no tuvo nada de romántica ni de heroica. Louis había sido espantosamente maltratado, cojeaba, estaba conmocionado y llevaba las manos atadas a la espalda mientras lo conducían al patíbulo. Se detuvo junto a la horca con la camisa blanca manchada de sangre y el pantalón marrón sucio y paseó la mirada por los presentes, como si no entendiera lo que pasaba. Solange se preguntó si la estaba buscando.

En ese momento pensó que tendría que haberse entregado, tendría que haberlo amado hasta las últimas consecuencias. «Tendría que haberle hecho sitio en mi interior y haberlo rodeado con las piernas para no soltarlo jamás.»

Un soldado recorrió la hilera de condenados. Finalmente llegó a Louis, le echó la cabeza hacia atrás sin miramientos, le pasó la soga con el nudo

corredizo alrededor del cuello, se agachó y le ató los tobillos. Por orden del coronel, no encapucharon a los condenados.

Louis parecía aterrorizado.

Otros soldados se interpusieron en fila entre los congregados y el patíbulo para que nadie intentase intervenir o echara a correr y tirase de las piernas de los ahorcados para partirles el cuello y no prolongar la agonía.

Solange se obligó a mirar.

Un militar dio la orden.

El metal y la madera crujieron y Louis se desplomó.

Sacudió el cuello y se balanceó. Pendió y se retorció: agitó las piernas, los ojos se le salieron de las órbitas y sacó la lengua a medida que su rostro enrojecía y finalmente adquiría un tono azulado.

Aunque pareció transcurrir una eternidad, poco después se quedó quieto.

Solange deambuló en medio de la gente.

Oyó que alguien afirmaba que Louis era un héroe.

—¿Qué ha dicho?

Las palabras habían salido de boca de Patrice Reynaud, maquinista de tren que había sido amigo de Louis. Patrice siguió andando y repitió:

—Tu Louis fue todo un héroe.

«Tu Louis... —repitió Solange para sus adentros—. Si hubiese permitido que fuera mi Louis...»

Esa misma noche, Solange caminó hasta la casa de *madame* Sette, entró en la pequeña oficina y le comunicó que estaba en condiciones de empezar a trabajar.

—*Chérie*, ¿por qué ahora? —preguntó la *madame*, que la miró con escepticismo.

—Madame, ¿qué tiene de malo que empiece ahora? ¿Para qué retrasar la realidad de la vida?

—A tu madre no le gustará.

A Marie le sentó fatal. Chilló, soltó una perorata y lloró.

—Nunca quise esta clase de vida para ti. Esperaba que tuvieses algo mejor.

Solange pensó que a ella también le habría gustado otra existencia, pero la vida había decidido por su cuenta.

Madame Sette se mostró encantada y convirtió la situación en todo un acontecimiento. Durante una semana se dedicó a promover la subasta de la virginidad de Solange. Sabía que obtendría una cifra muy elevada.

—Te daré la mitad. Es más de lo que suelo ofrecer —explicó la *madame*.

—Me parece bien —aceptó Solange.

Madame le aconsejó que lo guardara en vez de despilfarrarlo. Insistió en que metiera los ahorros en el banco y trabajase mucho, con lo cual en el futuro podría abrir su propio negocio. Una mujer debía tener dinero en este mundo, su propio negocio.

Solange estuvo de acuerdo.

Llegó la gran noche y el salón estaba atestado de militares alemanes. La mayoría de los franceses de la zona no quisieron saber nada, y los que se interesaron quedaron intimidados por la palabra de los resistentes, que prometieron no tratar nada bien al hombre que pujase por la virtud de una mártir.

Solange se dejó vestir por la *madame*.

Tosca burla del traje de novia, la bata blanca y transparente apenas disimulaba sus formas y el velo de encaje blanco estaba delicadamente sujeto a su melena, por lo que caía libre, brillaba sobre su espalda y acrecentaba la imagen de virginidad. Estaba ligera y sutilmente maquillada, con unos suaves trazos de perfilador para destacar sus bellos ojos y la pizca de colorete adecuada para una novia joven.

Solange sintió asco.

Sintió asco cuando la *madame* insistió en examinarla para comprobar su pureza, asco cuando la vistieron para la parodia de la ceremonia de los esponsales, asco cuando se instaló en la «suite nupcial» y se preparó, asco cuando la condujeron al salón, en el que se impuso el silencio al tiempo que los hombres refrenaban su lujuria. Sintió asco cuando la *madame* comenzó

la puja, que ascendió rápidamente, pues había hombres dispuestos a dedicar una pequeña fortuna con tal de poseer lo que vieron bajo la bata de la novia.

Hoeger se mantuvo callado y su posición y autoridad hablaron por él. Permitted que la subasta alcanzase cifras inauditas y a renglón seguido levantó el índice de la mano derecha. La puja tocó a su fin. Nadie, y menos aún sus subordinados, tuvo el valor necesario para presentar una oferta que superase la del jefe de la Gestapo en la ciudad.

Madame contó rápido hasta tres y dio por terminada la subasta.

Hoeger cogió a Solange del brazo y la condujo por el pasillo hasta la «suite nupcial». Le arrancó la ropa, la echó sobre la cama y la poseyó.

Solange gimió. Suspiró de placer, le dijo que era su hombre, le pidió que la tomase con más fuerza e insistió en que el sexo era maravilloso, tanto como él. Añadió que, de haberlo sabido, se lo habría permitido antes, en cualquier momento. Corcoveó, se puso rígida y gritó al correrse.

—Eres una bestia hermosa. No me imaginaba que eras así —jadeó Hoeger.

Solange suspiró.

—¡Cuánto placer!

El coronel cerró los ojos y volvió a concentrarse en el sexo, inmerso en su propio disfrute.

Entonces Solange cogió de debajo del colchón el cuchillo que Reynaud le había dado, lo levantó y lo degolló.

La Resistencia la sacó del burdel y la escondió en la parte trasera de un camión de verduras con rumbo a Marsella.

Una vez allí, encontró trabajo en los prostíbulos frecuentados por los alemanes. Su misión consistía en escuchar y recoger cabos sueltos, gracias a lo cual descarrilaron trenes, interceptaron mensajes y los resistentes escaparon justo antes de que la Gestapo fuese a buscarlos. Si por añadidura algún militar era abatido a balazos en su cafetería preferida o a la puerta de la casa de su querida..., tanto mejor.

Solange jamás volvió a Montpellier.

Durante el crudo invierno de 1946, sobre todo a causa de la hambruna, regresó al único trabajo que conocía y se convirtió en amante de un militar americano. Cuando este volvió a su país, se buscó otro... y luego un tercero. El último estaba deseoso de casarse con ella y llevarla a Texas, pero Solange replicó que se dejara de tonterías.

Poco después conoció a un agente de la OSS, que le dijo que una mujer como ella les resultaría muy útil.

Tras contarle eso, Solange puso fin a su relato. Nicholai la estrechó entre sus brazos hasta que ella se quedó dormida.

11

Por la mañana, Nicholai pidió a Haverford que fuese a verlo y exigió conocer la identidad de la persona a la que pretendían que aniquilase.

—Creo que tengo derecho a saberlo porque ahora también me he convertido en objetivo —puntualizó Nicholai mientras tomaba el café con cruasán.

Solange se había ido un rato antes para comprar algo de comida.

Haverford lo escuchó, pareció buscar respuesta en su taza de café con leche y, finalmente, levantó la cabeza y repuso:

—Tiene razón. Ha llegado el momento.

—¿De quién se trata?

—Del delegado soviético en la China roja, Yuri Voroshenin —contestó Haverford.

El nombre golpeó a Nicholai como si le hubieran asestado un bofetón, pero, tal vez gracias a la ligera parálisis de sus músculos faciales, se las apañó para mantener una expresión serena mientras fingía que no sabía de quién se trataba y preguntaba:

—¿Por qué hay que eliminarlo?

—Por Corea —repuso Haverford.

Incitado por los soviéticos, el loco de Kim había invadido Corea del Sur, y Estados Unidos no había tenido más remedio que intervenir. Cuando el contraataque de MacArthur alcanzó la orilla del río Yalu, cercano a la

frontera con China, Mao llegó a la conclusión de que lo habían presionado y envió trescientos mil soldados a Corea.

Estados Unidos y China entraron en guerra. Por si eso fuera poco, el conflicto aisló a China de Occidente y la obligó a aceptar la hegemonía soviética, con lo que se creó un bloque comunista ininterrumpido que abarcaba desde el Elba hasta las costas del Pacífico.

—Tenemos que torpedear las relaciones entre Pekín y Moscú —concluyó Haverford.

—¿Matando a Voroshenin? —preguntó Nicholai—. ¿De qué servirá?

—Entregaremos pruebas suficientes a los rusos como para que culpen a los chinos. Obviamente, estos sabrán que no han sido ellos y sacarán la conclusión de que los soviéticos sacrificaron a uno de los suyos con el propósito de responsabilizar a los chinos y exigir más concesiones, tal vez bases permanentes en Manchuria.

Nicholai pensó que una de las estratagemas típicas del go consiste en sacrificar una hilera de piedras para que tu adversario se equivoque en la interpretación de tu estrategia. Era una actitud muy poco característica en los americanos, que se regodean con el juego pueril de las damas. Tras esa maniobra había una mente más retorcida. Quizá la de Haverford, aunque era evidente que carecía de la autoridad necesaria para dar el visto bueno a un asesinato de ese calibre.

Nicholai se preguntó quién estaba detrás de esa estrategia y quién era el jugador de go.

—Hábleme de Voroshenin —le pidió.

12

—Sáquese de la cabeza la idea de que lo enviamos a matar a un diplomático inocente —le dijo Haverford a Nicholai.

Yuri Andreovitch Voroshenin era un miembro de alto rango del KGB, hecho que los chinos conocían y que los molestaba profundamente.

—Por encima de todo, nuestro Yuri es un superviviente —advirtió Haverford.

Expuso cuanto la CIA sabía acerca de Yuri Voroshenin.

Nacido en San Petersburgo en 1898 e hijo de un maestro, desde niño había sido un revolucionario comprometido. A los quince años ya había cumplido condena en tres cárceles zaristas y, a los diecisiete, escapó por los pelos de la horca de los traidores y fue deportado a Siberia. En 1914, los bolcheviques le ordenaron que se alistara en el Ejército y apareció como jefe del amotinamiento de 1916, durante el cual muchos soldados regresaron del frente.

Haverford sacó una foto en la que se veía al joven Voroshenin con gabán del ejército y gorra con visera. Alto, delgado y con las típicas gafas de montura metálica de los intelectuales rusos de izquierda, mostraba una sonrisa abierta y feliz que resultaba insólita en un revolucionario fervoroso.

El gran año de 1917 estaba en su país y era agente de la división de Petrogrado de la Comisión Extraordinaria de Todas las Rusias para Combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje, la «Checa» o VChK. La violencia campaba por sus respetos en la ciudad famélica y los soldados

desmovilizados abatieron a tiros, robaron y violaron. Las muchedumbres saquearon iglesias, tiendas y los hogares de los ricos. Las esposas y las hijas de banqueros, generales y funcionarios zaristas se vendieron como prostitutas para alimentar a sus familias hambrientas.

Nicholai lo sabía todo sobre la Checa de Petrogrado.

—No hace falta que diga nada más —lo interrumpió Nicholai—. Mi madre me ha contado cuanto hay que saber.

La Checa inició el llamado Terror Rojo, la guerra de exterminio de sus «enemigos de clase», y abatió a decenas, y en ocasiones a cientos de rusos «blancos», en un solo día, a veces sin someterlos a juicio ni realizar los procedimientos de rigor. Voroshenin participó alegremente en la matanza y, cierta vez, durante una reunión del partido, preguntó: «¿Para qué molestarse en crear el Comisariado de Justicia? Llamémoslo Comisariado de Exterminio Social y sigamos adelante».

Siguieron adelante.

Sus torturas se convirtieron en la materia de la que están hechas las pesadillas. Ató a los militares rusos blancos a tablones y los introdujo lentamente en los hornos; metió a los presos en barriles tachonados de clavos y ordenó que los lanzasen cuesta abajo y arrancó la piel de las manos de los cautivos para fabricar «guantes». Su nombre se convirtió en un arma que las madres utilizaron para asustar a sus hijos.

En 1921, contribuyó a sofocar el motín de la base naval de Kronstadt, lo que se consiguió tras un intenso baño de sangre. A continuación centró su atención en los obreros en huelga de la ciudad helada y muerta de hambre. Restauró el orden con ayuda de los pelotones de fusilamiento, las cachiporras y las cámaras de tortura; luego se dedicó a demoler algunos sectores de la ciudad para proporcionar combustible al resto. Tanta actividad llamó la atención del poder en ascenso en Moscú, es decir, de José Stalin.

—Poco después aparece en China —continuó Haverford—. Por mucho que cueste entenderlo, surge ni más ni menos que en Shanghai.

Al fin y al cabo, fue por insistencia de Stalin que, en 1927, los nacionalistas asesinaron a los comunistas de dicha ciudad, y Stalin supuso

que a Chiang Kai-shek le resultaría útil un consejero experimentado en esas cuestiones.

Nicholai lo recordaba perfectamente, a pesar de que, cuando sucedió, era muy pequeño. Solía merodear por las calles de Shanghai, distinguía a los «rojos» de los «verdes». Cuando se produjeron los asesinatos a tiros, los apuñalamientos y las decapitaciones de millares de jóvenes rojos, su infancia terminó.

—Le perdemos la pista durante quince años —apostilló Haverford—. Nadie sabe dónde estuvo ni lo que hizo, pero suponemos que participó en el asesinato de Trotski en México, así como en la escenificada matanza de Sergéi Kírov por parte de Stalin como pretexto para iniciar las grandes purgas de los años treinta.

La purga se volvió en contra del propio Voroshenin. La paranoia del dictador dio pie a que encarcelara y ejecutase a sus subordinados más valiosos y despiadados, sobre todo a los que tenían algo que contar, por lo que Yuri acabó en la temida cárcel moscovita de Lubianka.

La trayectoria de Voroshenin tendría que haber llegado a su fin en ese punto, con un balazo en la nuca. Era un superviviente y apeló a su talento, su astucia y su valentía para sobrevivir a los interrogatorios. Se convirtió en una fuente de información demasiado valiosa como para liquidarlo y pasó tres largos años en una celda, oyendo los gritos y las ejecuciones de hombres menos talentosos mientras aguardaba la más mínima oportunidad. Posteriormente, Voroshenin dijo que la cárcel enseña a tener paciencia.

—Es verdad —coincidió Nicholai, y Haverford se ruborizó.

Cuando invadió Rusia, Hitler abrió las puertas de la prisión. Ante ese ataque, Stalin ya no podía darse el lujo de mantener entre rejas a sus mejores hombres. Voroshenin fue rápidamente rehabilitado y excarcelado.

La suerte volvió a acompañar a Yuri.

En lugar de ser enviado a los campos de batalla de la guerra contra los alemanes, apeló a sus antiguas conexiones en el Kuomintang para que lo destinaran a China y se reunió con Chiang Kai-shek en Chongqing. Su misión no consistió en ayudar al generalísimo a luchar contra los japoneses,

sino en seguirle la pista a Mao y los comunistas, en quienes Stalin vio, acertadamente, a sus rivales tanto potenciales como futuros.

A Voroshenin no le dolieron prendas a la hora de combatir a sus hermanos marxistas. Había dejado de ser un auténtico creyente, ya que en Lubianka perdió la fe, y en ese momento se había convertido en un cínico insensibilizado que solo confiaba en el progreso de Yuri Voroshenin. En ese aspecto, estaba dispuesto a aliarse con quien conviniera y a traicionarlo con la misma facilidad.

Haverford le mostró a Nicholai otra foto de Voroshenin, vestido de caqui y en compañía de Chiang, a las puertas de un templo taoísta. Con la cabeza descubierta, el pico de viuda ralo y la piel pálida y tensa a causa de los años encarcelado, aún desprendía cierta vitalidad. Tenía los hombros anchos, aunque ligeramente encorvados, y no había engordado un gramo. Hombre apuesto y fornido, descollaba sobre Chiang mientras, para beneficio del fotógrafo, fingían estudiar un mapa.

—Nuestro Yuri pasó con los nacionalistas toda la guerra, e incluso más tiempo —aseguró Haverford—. Cuando ordenó a sus agentes que regresaran de China, Stalin temió que Mao los hubiera contaminado y por eso los sometió a las purgas.

Una vez más, Voroshenin tendría que haber sido el primero en caer, pero se anticipó a todos a la hora de delatar a sus camaradas, motivo por el cual se convirtió en el supervisor más que en la víctima principal de esa purga. Realizó personalmente los interrogatorios, dirigió las torturas, supervisó las ejecuciones y, en algunos casos, apretó el gatillo.

Y ahora estaba de nuevo en China.

—Es el hombre al que Stalin escogió como representante en China —concluyó Haverford.

Se trataba de una bofetada deliberada, pero ¿qué podía hacer Mao? Aislado del exterior y deseoso de desarrollar un gobierno y una economía viables para su país, Mao necesitaba ayuda rusa y, si ello lo obligaba a meterse el orgullo en el bolsillo, el presidente estaba dispuesto a sonreír, a hacer una reverencia y a guardárselo.

Al menos, de momento, se tragaría su orgullo.

Nicholai estuvo atento al esbozo biográfico del asesino y torturador ruso, esbozo que en su mayor parte era innecesario. Gracias a su madre, la condesa Alexandra Ivanovna, sabía mucho de Yuri Andreovitch Voroshenin.

Lo que cabía preguntarse era cómo cumplir la misión.

A principios de 1952, Pekín era, probablemente, la ciudad más vigilada del mundo. Por todas partes había miembros de la policía secreta china y los «comités para mantener el orden», los chivatos e informantes voluntarios, estaban en todos los edificios y en todas las fábricas.

Por si eso fuera poco, los extranjeros suponían una rareza. Mao aprovechó la guerra de Corea como pretexto para deportar a «espías» y «agentes», y los pocos occidentales que quedaron se vieron sometidos a vigilancia constante.

—¿Por qué supone que yo tengo más posibilidades de coronar con éxito este cometido que cualquiera de sus «valores activos»?

Esa cuestión se había evaluado a todos los niveles en Langley, y Haverford se planteó hasta qué punto debía compartir la respuesta con Nicholai Hel.

—La misión exige a alguien que hable chino fluidamente, pero que, si la situación lo requiere, se haga pasar por ruso —respondió Haverford.

—Sin duda tiene en nómina muchas personas con ese perfil —precisó Nicholai.

—Así es, pero, además de políglota, nuestro hombre debe ser brillante, ecuánime y un asesino experimentado que pueda llevar a cabo la tarea sin el beneficio de una pistola u otro arma al uso. Es aquí donde la lista de candidatos se reduce considerablemente.

Nicholai comprendió el razonamiento. Sería muy difícil conseguir un arma en un Estado policial y, por añadidura, Voroshenin no permitiría que se le acercase un asesino armado. Aunque tenía sentido, Nicholai supo que existían otras salvedades por las cuales el grupo de candidatos quedaba reducido a su persona y se preguntó si Haverford estaba al tanto de los motivos personales que tenía para asesinar a Voroshenin. Sin lugar a dudas, era muy manipulador y no titubearía si los conociera. De todas maneras,

Nicholai dudaba de que los supiera, era imposible que los hubiera averiguado. «No, me ha elegido por otras razones», se dijo.

—También necesita un hombre lo bastante desesperado como para aceptar una misión con escasas posibilidades de éxito y prácticamente ninguna de escapar en el caso de que la lleve a cabo. ¿Voy muy desencaminado?

—Solo en parte —replicó Haverford—. Hemos preparado un equipo de extracción, aunque he de reconocer que las probabilidades de éxito son tan escasas que hace falta un hombre que no tenga mucho que perder.

«Pues ese soy yo», se dijo Nicholai.

«Aunque también puede ser "Michel Guibert".»

La identidad resolvía el problema de la inserción de Nicholai en Pekín. Como ruso no tenía «tapadera», ya que en el acto descubrirían que se trataba de un impostor. Evidentemente, tampoco podía ser chino, y tanto la identidad americana como la británica quedaban descartadas.

Los Guibert habían sido muy apreciados por la izquierda internacional desde los tiempos de los anarquistas bigotudos que lanzaban bombas, y papá Guibert había prestado suma atención a los comunistas franceses de Vichy durante la guerra. Por consiguiente, daban el perfil exacto del tipo de capitalistas que los comunistas tolerarían.

Haverford explicó que los chinos estaban interesados en el hijo con un fin muy concreto.

—Tiene que ver con Vietnam —explicó.

—Precise un poco más.

Tanto China como Rusia apoyaban a Ho Chi Minh y a los insurgentes contra el régimen colonial francés en Vietnam. Las tropas del Viet Minh necesitaban armas, a ser posibles americanas, ya que Estados Unidos abastecía a los franceses y así podrían rearmarse con las municiones capturadas. China poseía una considerable reserva de armas estadounidenses requisadas en Corea y también porque los americanos habían armado al Kuomintang, al que los vencedores comunistas habían incautado montañas de armamento estadounidense.

—¿Por qué los chinos no se limitan a enviar las armas al Viet Minh? —preguntó Nicholai.

China compartía frontera con Vietnam, y el Viet Minh controlaba la zona montañosa de dicha frontera, por lo que habría sido fácil trasladar el armamento a través del terreno aislado hasta las fortalezas del Viet Minh.

—Lo hacen, pero todo se reduce a una cuestión de dinero —respondió Haverford. Nicholai se dijo que no podía ser de otra manera—. Los chinos necesitan dinero contante y sonante. A través de este acuerdo les gustaría ganar un poco de pasta, sobre todo divisas. Al mismo tiempo, no quieren que los vean obtener beneficios a costa de sus camaradas revolucionarios. Por lo tanto, usted se convierte en una buena excusa. «Caray, nos encantaría daros las armas, pero los condenados Guibert ya las han cogido. Nos ocuparemos de que os las vendan a buen precio.»

De modo que ese era el plan... Con el nombre de «Michel Guibert», Nicholai sería trasladado a Pekín para cerrar un acuerdo de armas con los chinos bajo el pretexto de que luego cambiaría de chaqueta y se las vendería al Viet Minh.

—Así entraré en Pekín —sintetizó Nicholai—. Dígame, ¿cómo conseguiré la «proximidad operacional» a Voroshenin?

—Usted es el maestro de go —contestó Haverford, y se encogió de hombros.

13

John Singleton recibió la noticia del fracaso del intento de asesinato del «valor activo» Nicholai Hel casi sin sorpresa y con satisfacción contenida. Después de todo, si hubieran podido cargárselo con tanta facilidad, Hel no habría sido el hombre adecuado para ese trabajo..., pues Yuri Voroshenin tampoco era una presa fácil. El hecho de que Hel se hubiese deshecho con gran presteza de quienes pretendían asesinarlo auguraba un buen resultado para la misión.

Mientras ponía una piedra blanca en una nueva posición, Singleton llegó a la conclusión de que Diamond era decepcionantemente previsible. Si a eso sumaba su aparente falta de creatividad, ya podía preocuparse por sus aptitudes para ocupar el puesto que ostentaba en Indochina.

Por su lado, la secular máxima del go según la cual «la línea recta se vence con el círculo, y este con la recta» contenía una gran verdad. Pese a sus numerosas deficiencias, sin duda Diamond era un individuo sincero que, como mínimo, no daría un traspies al examinar detenidamente la situación.

Por no hablar del «círculo», es decir, de Haverford, matizado hasta la imperfección. Singleton recordó el viejo adagio que sostiene que «el liberal es aquel que no toma partido por sí mismo durante un debate», consigna que describía al dedillo a Ellis Haverford. ¿Sería lo bastante valiente como para escoger un camino y recorrerlo?

«Ya veremos», pensó Singleton, y dio la vuelta al *go-kang*.

«Eso es lo maravilloso de jugar a uno y otro lado del tablero... Nunca pierdes.»

14

Diamond dio un puñetazo en la pared. Le dolió. Se miró los nudillos despellejados y volvió a maldecir. Dos en uno, un ataque por sorpresa y los condenados chinos la habían fastidiado. Al menos tuvieron la decencia necesaria para dejarse asesinar.

Un escalofrío de temor le revolvió el estómago. «Hel es la presa verdadera. Tendrás que encontrar una forma más eficaz de atraparlo.»

15

Solange atravesó la puerta.

Nicholai se puso de pie y la ayudó a guardar la compra.

Haverford reparó en esa escena doméstica y se preocupó. Debido al intento de asesinato de la víspera habían adelantado la fecha de la partida de Hel. Al fin y al cabo, había dominado el acento francés del sur, había asimilado en muy poco tiempo lo que le habían asignado y había recuperado su buena forma física. Era hora de ponerse en marcha y no estaba dispuesto a que el agente pusiera pegas porque había encontrado el amor. Pero, claro, ¿quién no se enamoraría de Solange?

—¿Interrumpo? —preguntó la francesa.

—No —se apresuró a contestar Nicholai—. Haverford acaba de traer un expediente para que lo lea.

Recalcó la palabra «lea» para hacerle saber al americano que ya no quería que lo «informase» y que era capaz de entender el expediente por sus propios medios.

Haverford esbozó una sonrisa. Siempre se desencadenaba la lucha por el poder entre un agente y su coordinador; era de esperar e incluso convenía estimularla. Se alegró de ver la asertividad de Hel, pues la seguridad era algo positivo en los agentes. Bueno, era positiva hasta cierto punto. De todas maneras, el buen coordinador sabe cuándo negociar, cuándo insistir y cuándo ceder.

—Estaba a punto de irme —aseguró Haverford, y abandonó la mesa—. Como siempre, los cruasanes estaban *très délicieux*.

—*Merci*. —En cuanto Haverford salió, Solange se volvió hacia Nicholai y preguntó—: ¿Te molesta?

—¿A qué te refieres?

—A que haya sido prostituta.

La pregunta lo sorprendió.

—En Japón es una profesión respetable.

—En Francia no ocurre lo mismo.

—No soy francés —puntualizó Nicholai—. Todo en ti me parece delicioso, gozoso y un honor.

Solange corrió a sus brazos, le cubrió el cuello de besos y musitó:

—Creo que me estoy enamorando de ti.

—Y yo de ti.

Esas palabras sorprendieron a Nicholai tanto como la emoción propiamente dicha, ya que hacía años que no la experimentaba, pues había aprendido a no sentir. En su experiencia, todos los seres queridos se habían ido y, en la mayoría de los casos, habían franqueado el portal de la muerte.

—*Je t'aime, je t'aime, je t'aime*.

—*Je t'aime aussi* —contestó Nicholai, feliz de oír que le había tuteado—. ¿Qué podemos hacer?

—Nada. —Solange suspiró y su aliento cálido y húmedo acarició la piel de Nicholai—. Lo único que podemos hacer es amarnos mientras nos tengamos el uno al otro.

Se dirigieron al dormitorio para eso, para amarse.

Nicholai se levantó mientras Solange aún dormía, fue a la cocina y encontró un bote de té verde oculto en el fondo de un armario. «Nada impide que Michel Guibert le cogiera el gusto al excelente té verde durante los años que pasó en Hong Kong», pensó mientras el agua se calentaba.

Cuando hirvió, la echó en la tetera, esperó un minuto, salió y la vació en la tierra. Repitió el proceso, vertió agua por tercera vez y, mientras

esperaba, evocó el secular y sabio adagio chino sobre la maceración del té: «La primera vez es agua; la segunda, aguachirle, y la tercera, té».

Aguardó expectante, sirvió el té en una taza pequeña y bebió. Lo encontró excelente y refrescante de una forma que el café, por muy bueno que fuese, jamás llegaría a resultar. Llevó el té al jardín, se sentó en uno de los bancos de piedra y escuchó el agua que gorgoteaba entre las rocas.

«Anoche maté a dos hombres en este mismo lugar y ahora no quedan huellas, es como si jamás hubiese ocurrido —se dijo—. En cierto sentido, no ocurrió; en el sentido budista auténtico, esta vida no es más que un sueño, un samsara de percepciones falsas según las cuales estamos separados del resto de los seres o entidades. Al matar a esos hombres he muerto, y en mi supervivencia viven en mí. He cumplido su karma, del mismo modo que ellos han cumplido el mío. Con Voroshenin sucederá lo mismo.»

La consecuencia kármica del ruso había tardado mucho en llegar..., más de treinta años.

A Nicholai le habría gustado saber si Voroshenin se acordaba y, en ese caso, si le preocupaba. Llegó a la conclusión de que probablemente le daba igual.

Se preguntó si de verdad quería seguir adelante.

«Es verdad que los americanos me ofrecen una ingente cantidad de dinero, un pasaporte y la libertad, pero siento la tentación de entrar en el dormitorio, despertar a Solange, liar el petate y largarnos donde no puedan encontrarnos.»

Le habría gustado saber dónde estaba ese sitio.

«No tienes pasaporte, documentos ni dinero. ¿Adónde podríamos huir si nos resultara imposible abandonar Japón?» En esa sociedad cerrada y severa, ¿dónde podían esconderse dos occidentales? ¿Durante cuánto tiempo se las apañarían para permanecer ocultos? En el mejor de los casos, lo conseguirían durante unas pocas semanas. Y después, ¿qué harían? «Como ahora conoces la identidad del objetivo, los americanos tendrían que liquidarte. Y también tendrían que cargarse a Solange. Creerán que has hablado con ella y que le has contado todo. Aunque suele ser cierto aquello

de que lo que no sabes puede matarte, en este mundo patas arriba en el que ahora habito, lo que sí sé también puede acabar conmigo. Si conociera la identidad de mi objetivo, Solange correría mucho peligro.»

«De modo que esta es tu situación. Solange es rehén de tus actos», concluyó Nicholai.

Se dijo que no podía permitir que otro ser querido muriera, ya que no lo soportaría. También se preguntó si podría hacerlo todo, es decir, asesinar a Voroshenin y vivir con Solange. ¿Acaso pretendía demasiado?

«Tal vez», se dijo, pero decidió intentarlo.

Ella abandonó el dormitorio y salió al jardín. Llevaba la melena encantadoramente enmarañada y tenía los ojos hinchados y soñolientos.

Nicholai apoyó el expediente sobre sus piernas y lo cerró.

—¿Ahora tenemos secretos? —preguntó Solange—. No te preocupes, no quiero saberlos. —Encendió dos cigarrillos y le pasó uno—. Me importan un bledo los asuntos masculinos que Haverford y tú estáis tramando. Al final, todo se reduce a comida, vino, sexo y niños. En el fondo, es lo único que nos importa. Y el resto, ¿qué? No es más que un montón de ridículos juegos de hombres. Vete a jugar y cuando vuelvas dame un hijo.

—Me encantaría —reconoció Nicholai—. Me gustaría mucho.

—¡Qué bien! Iré a preparar la comida.

Solange lo besó en la frente y entró en la casa.

Nicholai volvió a examinar el expediente. Sobre la base de un supuesto implícito, se dijo que como ser humano Voroshenin no podía importarle menos, pero lo cierto es que en cuanto objetivo le resultaba sumamente interesante. Desde esa perspectiva, era imprescindible saber cómo funcionaba su mente, sus gustos, sus aversiones y sus costumbres.

Además de sentir predilección por el sadismo, ese hombre también bebía, tal vez en exceso. Lo cierto es que todos los rusos bebían. Nicholai dudó de que fuese uno de los puntos vulnerables de Voroshenin.

En el expediente también se daba a entender que le gustaban las mujeres, hecho que no sorprendió a Nicholai. ¿Podía tratarse de un resquicio a través del cual entrarle? Tal vez, pero la «nueva» Pekín era

famosa por su puritanismo. Los comunistas habían cerrado los burdeles y casi todas las profesionales del sexo habían huido con el Kuomintang. En el caso de que tuviera a una mujer en la ciudad, Voroshenin la mantendría oculta..., lo que abría diversas posibilidades, aunque también se encargaría de que fuese un arreglo muy seguro.

¿Qué más?

Al igual que la mayoría de los rusos, Voroshenin jugaba al ajedrez, y, por lo visto, era un gran experto, como cabía esperar. Le gustaba comer bien, entendía de vinos y durante sus años en China había aprendido a disfrutar de la ópera de Pekín.

Eso era prácticamente todo. Nicholai cerró el expediente.

16

Solange estaba despierta cuando Nicholai entró en el dormitorio.

—Me voy por la mañana.

—Lo sé —reconoció la francesa—. Lo he notado.

Nicholai se tumbó junto a ella, que se dio la vuelta y apoyó la cabeza en su pecho. La abrazó.

—Volveré a buscarte.

—Eso espero.

—Volveré.

Cuando por la mañana Nicholai atravesó la puerta, Solange solo pronunció una palabra: «Sobrevive».

En la calle, una hoja de arce se separó de la rama, brilló trémulamente bajo la luz del sol y cayó.

SEGUNDA PARTE

Pekín, enero de 1952

En Pekín hacía un frío glacial.

Los vientos del norte bajaban desde las extensas llanuras de Manchuria y cubrían los sauces, cuyas ramas estaban encorvadas, por el peso de la nieve, y brillantes, a causa del hielo plateado. El sol era de un tono amarillo pálido y semejaba un disco muy fino en el cielo nacarado.

Nicholai se apeó en la estación de tren y aspiró una bocanada de aire gélido, que le quemó los pulmones. Se subió las solapas del abrigo ruso y se enrolló la bufanda alrededor del cuello.

La calle estaba prácticamente vacía, si exceptuamos un puñado de vehículos militares: camiones soviéticos y *jeeps* americanos confiscados al Kuomintang. La mayoría de las personas se desplazaban a pie y unos pocos afortunados luchaban por evitar que las bicicletas resbalasen en la nieve mientras se inclinaban sobre los manillares para protegerse del viento. Unos pocos conductores de carricoches recogieron a los pasajeros que acababan de llegar y se alejaron pedaleando, a pesar de que las ruedas traseras patinaban a causa de la nieve.

En medio de la nevada apareció un sedán negro, largo y con los parachoques delanteros adornados con banderitas rojas, y se aproximó al bordillo. Un chino fornido, con gabán de lana acolchado y gorra del Ejército Popular de Liberación con la estrella roja, se apeó y abordó a Nicholai.

—¿Camarada Guibert?

—Sí.

—Soy el camarada Chen —se presentó el hombre—. Bienvenido a Pekín. ¡Viva la República Popular!

—*Wan swei*.

—Sí, nos dijeron que habla fluidamente cantones. —Chen sonrió y dio un ligero énfasis a la palabra «cantones» para que Nicholai se enterase de que era inferior al mandarín, variante preferida por el gobierno—. Ha vivido en Guangzhou, ¿no?

—No, en Hong Kong.

—Ah, claro.

«¡Vaya juegos absurdos! ¡Juegos absurdos e interminables!», pensó Nicholai.

—Seré su escolta en Pekín —dijo Chen.

Nicholai se dijo que escolta significaba «espía», «perro guardián» y «chivato».

—Se lo agradezco.

—¿Abandonamos este frío? —Chen hizo una ligera señal en dirección al coche y el chofer se apeó, cogió el equipaje de Nicholai y lo colocó en el maletero. Chen abrió la puerta trasera del lado del acompañante para que Nicholai subiese—. Si es tan amable...

Nicholai se instaló en el asiento trasero del sedán, y Chen dio la vuelta y subió por la otra puerta. La calefacción funcionaba al máximo, pero no servía de nada debido al frío intenso, por lo que Chen movió los pies cubiertos por las botas.

—¡Hace un frío espantoso!

—¿Le molesta que fume? —preguntó Nicholai, pese a que ya sabía la respuesta y también que a Chen le gustaría fumarse un pitillo. Sacó el paquete de Gauloises del bolsillo interior del abrigo y le ofreció un cigarrillo al otro hombre—. Por favor...

—Es muy amable de su parte.

Chen cogió el pitillo y, a renglón seguido, Nicholai se inclinó por encima del asiento y ofreció tabaco al chofer. Por el rabillo del ojo

vislumbró la mirada de contrariedad de Chen y pensó que hay clases incluso en la sociedad «sin clases».

El chofer aceptó el cigarrillo y, con gran regodeo, sonrió a Chen por el retrovisor, por lo que Nicholai supo que no era un ínfimo subordinado. Dedujo que se trataba de un observador que observa al observador. Sacó el mechero francés, encendió los pitillos de los chinos y, por último, el suyo. El coche no tardó en llenarse de humo azul.

—¡Qué bueno! —exclamó Chen.

—Quédese la cajetilla.

—No puedo.

—Tengo más.

Chen la cogió.

Nicholai pensó que llevaba cinco minutos en la incorruptible República Popular y ya habían aceptado el primer soborno.

De hecho, la campaña maoísta contra la corrupción, el derroche y la burocracia de los funcionarios del partido estaba en plena actividad, y cientos de burócratas habían sido sometidos a ejecuciones sumarias y fusilados en público, mientras que otros miles eran enviados a morir lentamente de agotamiento en los campos de trabajo.

Nicholai reparó en que Chen sacaba cuatro cigarrillos del paquete y los dejaba en el asiento delantero para el conductor. Le pareció una actitud prudente.

Era la primera vez que estaba en Pekín. De niño había vivido en Shanghai y la ciudad cosmopolita le había parecido una maravilla. La antigua capital imperial era muy distinta, con anchos bulevares destinados a desfiles militares e inmensos espacios públicos tan abiertos a los vientos que casi parecían una advertencia de lo rápida y totalmente que pueden cambiar las cosas, así como de lo vulnerables que somos a los caprichos del aire.

Chen pareció adelantársele cuando preguntó:

—¿Es la primera vez que está en Pekín?

—Sí —contestó Nicholai, y miró por la ventanilla mientras el coche rodaba por la avenida Jianguomen—. ¿Usted es de aquí?

—Sí, por supuesto —confirmó Chen, como si la pregunta lo sorprendiera—. Soy pekinés de pura cepa, nacido y criado en la ciudad exterior.

Al cabo de dos manzanas, la vía pasaba a llamarse Chang'an y era la principal arteria este-oeste de la urbe; bordeaba el extremo meridional de la Ciudad Prohibida, con sus característicos muros rojos. Nicholai vislumbró la puerta de la Paz Celestial, desde la cual hacía poco más de dos años Mao había proclamado la República Popular de China. Recordó que le habían explicado que aquel día Yuri Voroshenin estaba a su lado.

Enormes placas colocadas a sendos lados de la puerta decían, respectivamente: «¡Viva la República Popular de China!» y «¡Viva la unidad de los pueblos del mundo!».

—¿Qué le parece un pequeño desvío? —propuso Chen.

—Me encantaría.

Chen ordenó al chofer que diera la vuelta a la plaza de Tiananmen, convertida en un laberinto de obras en construcción, ya que la estaban ensanchando para organizar manifestaciones públicas incluso más numerosas. Derribaban edificios, cuyos escombros retiraban o enterraban.

—Cuando esté terminada, podrá albergar más de un millón de personas —aseguró Chen con orgullo.

Nicholai pensó que habían tirado abajo muchos hogares a fin de crear espacio para que sus ocupantes se congregaran públicamente.

Pekín era una ciudad impresionante, imponente y creada para el ejercicio del poder. Pese a que estaba seguro de que también había cambiado, Nicholai se dijo que prefería Shanghai. La China que había conocido era una mezcla variopinta de color y estilo, pues Shanghai había sido un centro de la moda, mientras que los residentes de Pekín parecían cortados con el mismo patrón por su uniformidad, pues en su mayor parte vestían los típicos abrigos acolchados y azules, verdes o grises, los pantalones holgados y las mismas gorras «Mao».

Tras recorrer Tiananmen, el chofer puso rumbo norte por la calle Wangfujing y paró frente al hotel Pekín, edificio de estilo europeo de finales del siglo XIX y principios del XX, de siete plantas, con tres portales

abovedados y soportales en el ático. El chofer se apeó deprisa, sacó del maletero el bolso de Nicholai y se lo entregó a uno de los botones del hotel. El hombre mayor y menudo tuvo que hacer un esfuerzo para levantarlo y trasladarlo al vestíbulo, pero rechazó la mano que Nicholai le tendió.

—Era teniente de alcalde —masculló Chen, y dejó pasar a Nicholai—. Puede considerarse afortunado de seguir vivo.

El vestíbulo parecía una residencia de fantasmas. Nicholai sabía que, en el pasado, había sido el centro del poder europeo en Pekín, donde los barones occidentales del comercio dominaban a los asiáticos, y los camareros chinos corrían de aquí para allá con bandejas repletas de tónicas con ginebra y whiskys con soda mientras soportaban el jactancioso racismo de franceses, alemanes, ingleses y americanos. En Shanghai había sucedido lo mismo, pero en Pekín, a poca distancia del palacio imperial, tuvo que resultar incluso más ofensivo.

Le sorprendió que los comunistas no hubiesen demolido el edificio y convertido en escombros sus dolorosas asociaciones, pero se hizo cargo de que el nuevo régimen necesitaba un lugar donde albergar a los visitantes extranjeros. El vestíbulo estaba limpio pero sin vida, había desaparecido hasta el último ápice de decadencia y ya no transmitía esa sensación de lujo y privilegio que sin duda había tenido en el pasado.

Nicholai se dijo que, del mismo modo que en el capitalismo la vida es agresivamente incivilizada, en el comunismo resulta monótona a propósito.

La recepcionista, una joven que vestía la omnipresente «chaqueta Mao», americana gris, de abotonadura doble y con ceñidor, le pidió el pasaporte y se sorprendió cuando Nicholai la saludó en chino con las siguientes palabras:

—¿Ya ha comido hoy?

—Así es, camarada. ¿Y usted?

—Sí, gracias.

—Habitación 502. El botones le llevará...

—Se lo agradezco, pero cogeré mi bolso —puntualizó Nicholai.

Se llevó la mano al bolsillo en busca de un billete de un yuan para entregárselo al botones, pero Chen se lo impidió.

—En la República Popular no se aceptan propinas.

—No podía ser de otra manera —repuso Nicholai.

—Es un anacronismo imperialista y condescendiente —apostilló Chen.

«Es una carga demasiado pesada a cambio de una modesta remuneración», reflexionó Nicholai.

El viaje en ascensor fue aterrador: Nicholai se preguntó en qué año el servicio de mantenimiento había visitado aquel chirriante aparato. Llegaron sanos y salvos a la quinta planta. Chen lo condujo por el largo pasillo hasta la habitación.

Era una estancia sencilla pero limpia, que disponía de cama, armario, dos sillas, una mesa auxiliar con una radio y un termo de agua caliente para el té. El cuarto de baño tenía un inodoro y una bañera, aunque sin ducha. Las puertaventanas de la habitación daban a un pequeño balcón, al que Nicholai se asomó para contemplar la fachada del hotel y la calle Chang'an este. A su derecha avistó la plaza de Tiananmen.

—Estas habitaciones están reservadas para los huéspedes especiales —precisó Chen cuando Nicholai volvió a entrar.

«No me cabe la menor duda», pensó él. También tuvo la certeza de que las habitaciones contaban con micrófonos ocultos para grabar las conversaciones de los «huéspedes especiales». Se quitó el abrigo, le indicó a Chen que hiciese lo propio y los colgó en el armario.

—¿Me permite ofrecerle una taza de té? —preguntó Nicholai.

—Es muy amable de su parte.

Nicholai sacó del bote dos pizcas generosas de té verde y las echó en la tetera. Añadió agua caliente, esperó unos segundos y sirvió dos tazas. En otras condiciones no habría servido el té de la primera maceración, pero sabía que el combustible para calentar agua escaseaba y que semejante derroche resultaría ofensivo. Entregó a Chen su taza y ambos tomaron asiento.

Tras un silencio bastante incómodo, Chen dijo:

—Está delicioso. Me ha hecho entrar en calor. Gracias.

—No puedo permitir que me dé las gracias por su hospitalidad.

Chen quedó desconcertado ante la idea de que el visitante hubiese cometido el error de pensar que la estancia en el hotel era gratuita, de modo que fue directamente al grano:

—Pero si es usted el que paga la habitación.

—Da lo mismo —replicó Nicholai.

Recordó que los chinos podían ser muy bruscos cuando trataban asuntos comerciales, lo que los diferenciaba radicalmente de los japoneses, que habrían apelado a diez minutos de circunloquios para informar con sutileza al visitante de que, después de todo, era huésped de pago.

Chen se mostró aliviado.

—Esta noche celebramos una cena en su honor.

—No hace falta que se tome tantas molestias ni incurra en gastos.

—Ya está organizada.

—En ese caso, la espero con ilusión.

Chen asintió con la cabeza.

—El coronel Yu, ayudante del general Peng, será su anfitrión.

El general Peng Dehuai era un héroe nacional, uno de los generales decisivos de la Larga Marcha y fundador del legendario Octavo Ejército de Campaña. Hasta hacía poco comandante de las fuerzas chinas en Corea, en ese momento era ministro de Defensa. Peng tendría que aprobar el acuerdo de la venta de armas al Viet Minh a través de «Guibert». Resultaba significativo que hubiera encomendado a un asistente, evidentemente clave, que evaluase a Guibert la primera noche que este pasaba en el país.

Por añadidura, no se parecía en nada a la forma china de hacer negocios que Nicholai conocía. Lo habitual consistía en que el huésped extranjero esperara hasta el hartazgo y, en enero y en Pekín, probablemente acabaría congelado; lo hacían esperar días o semanas, lo embarcaban en reuniones con subordinados de bajo nivel e interminables visitas turísticas y, por último, se dedicaban a negociar.

Peng tenía prisa por cerrar el trato.

—Es todo un honor —afirmó Nicholai.

Chen se incorporó de la silla.

—Estoy seguro de que está agotado y de que le gustaría descansar.

Nicholai lo acompañó hasta la puerta.

Esperó cinco minutos, se puso el abrigo y el sombrero, y salió a enfrentarse al frío.

18

Aunque había estudiado mapas y fotografías aéreas, sabía que no podían sustituir a los conocimientos sobre el terreno. Además, Nicholai quería aprender a orientarse en la ciudad. Tal vez su supervivencia dependería de la decisión inmediata acerca de qué callejón tomar y qué calles evitar, y no tendría tiempo para dudas ni vacilaciones.

A principios de 1952, Pekín era ciudad de contradicciones, que se dividía en amplios sectores gubernamentales y callejones estrechos o *hutong*, en los que vivían la mayoría de sus habitantes. El corazón de Pekín era la Ciudad Prohibida que, como su nombre indica, estuvo cerrada al público en general durante la mayor parte de sus mil años de existencia. Una vez ocupada por el gobierno comunista, que convirtió gran parte de sus edificios en despachos y residencias, seguía estando «prohibida» en su mayor parte casi todo el tiempo.

La «otra» Pekín que rodeaba la Ciudad Prohibida era o había sido una urbe vibrante, activa y cosmopolita, con cerca de dos millones de habitantes, mercados al aire libre, calles con tiendas de moda y pequeños parques y plazas donde actuaban malabaristas, magos y otros artistas callejeros.

Los pekineses autóctonos mostraban la misma actitud bravucona, cínica y de superioridad de los residentes en las grandes ciudades. Para ellos, Pekín era su propio universo, y no estaban del todo equivocados. Todo el mundo había acudido a la ciudad imperial..., no solo toda clase de chinos,

sino, para bien o para mal, del resto del planeta. En consecuencia, los refinados ciudadanos de Pekín conocían las diversas culturas de China, Japón y Europa. Un pekinés acaudalado podía haber comido en restaurantes franceses, haber comprado trajes en sastrerías italianas y relojes a los artesanos alemanes. La mayoría de los pekineses modernos habían lucido trajes ingleses o vestidos franceses y habían bailado al son de la música americana.

Sin embargo, cualquier pekinés que se preciara de serlo, desde los empobrecidos recolectores nocturnos de excrementos hasta el comerciante más rico, proclamaba con orgullo la superioridad de su cultura: las legendarias construcciones imperiales, los puentes, los parques, los jardines, los restaurantes y las casas de té seculares; los teatros, las óperas, los circos, los acróbatas, los poetas y los escritores.

Pekín ya se había convertido en una refinada capital imperial cuando Londres y París no eran más que lodazales plagados de insectos. De todas las capitales europeas, solo Roma podía rivalizar con Pekín en lo que a antigüedad, sofisticación y poder se refiere.

Los pekineses lo habían visto todo. En la memoria viva de muchos ciudadanos, Pekín había sobrevivido a las invasiones de franceses, alemanes, nacionalistas, japoneses y, últimamente, comunistas. La ciudad se había adaptado, había evolucionado y había sobrevivido.

Muchos observadores se sorprendieron de que, pese a sus vinculaciones imperiales, Mao eligiera la ciudad como capital. En opinión de Nicholai, había escogido Pekín por eso. En China nadie podía reivindicar el poder sin esos símbolos: si no poseía el templo del Cielo, el emperador tampoco podía reclamar el mandato celestial, y Nicholai sabía que, a pesar de la propaganda comunista, Mao se veía a sí mismo como el nuevo emperador. No había tardado en recluírse en la Ciudad Prohibida y casi nunca se lo veía fuera.

Los pekineses lo sabían. Habían conocido a muchos emperadores, habían sido testigos del ascenso y la caída de las dinastías; los habían visto construir monumentos en su honor y también desplomarse, y sabían que la

dinastía comunista solo era una más de una larga estirpe. Su época llegaría y pasaría, pero la ciudad perduraría.

Nicholai se preguntó de qué manera se perpetuaría mientras franqueaba la entrada principal, subía por la calle y en Chang'an torcía a la derecha. Mao había hecho planes para la capital y había anunciado que la transformaría «de una ciudad de consumo en una ciudad de producción». Ya habían derribado varias manzanas de casas viejas para crear espacio para nuevas fábricas; empezaban a ensanchar callejuelas para que los tanques las atravesasen, y los arquitectos soviéticos (en opinión de Nicholai, una expresión totalmente contradictoria) se ajetreaban para diseñar unidades habitables, estériles y de cemento con las que sustituir las viejas moradas con patio que constituían el eje de la vida familiar pekinesa.

Los muros de los patios bordeaban las calles residenciales y los *hutong*, y solo disponían de pequeñas puertas que daban a la calle. Dichas puertas daban a otro muro y el visitante tenía que dirigirse a la derecha o a la izquierda, que era la manera de ser más astuto que los espíritus del mal, espíritus que solo se mueven en línea recta. Una vez rodeado ese muro, el espacio desembocaba en un patio interior, casi siempre de guijarros y, en los hogares más ricos, de losetas. El patio solía tener uno o dos árboles de sombra y un brasero de carbón descubierto para cocinar cuando el tiempo era cálido. Según la riqueza o la pobreza de la familia, había una única estructura habitable, de una o dos plantas, en ocasiones con alas separadas para las familias de los hijos varones. Los pekineses vivían de forma privada, discreta y con gran autonomía en esas unidades de familias ampliadas y situadas tras los muros.

Esa situación no le iba bien a un Mao obsesionado por el control, y que se apresuró a condenar el deseo de intimidad por considerarlo una actitud «individualista» y antisocial. Mientras esperaba a que los soviéticos completasen sus atrocidades arquitectónicas, modificó la estructura de las casas con patios y creó «comités para el mantenimiento de la seguridad», que alentaron a los vecinos a espiar a sus vecinos. Brigadas de «serenos» vestidos de negro, la mayoría de los cuales habían sido ladrones, emplearon sus habilidades para merodear por los tejados y estar atentos a los sonidos

de «actividades burguesas», como el agudo repiqueteo de las fichas de mahjong, los trinos de un pájaro que alguien tenía como mascota y murmullos y conspiraciones antirrevolucionarias.

El ataque a la vida urbana también abarcó los espacios públicos. Clausuraron teatros y casas de té, hostigaron a los artistas callejeros para que obtuvieran licencias, y los vendedores de tentempiés se vieron crecientemente obligados a incorporarse a colectivos estatales. Incluso redujeron de forma progresiva el número de conductores de carricoches, que antaño habían atiborrado las avenidas capitalinas, ya que los consideraron «reliquias imperiales» que simbolizaban la «esclavitud humana». No ocurrió de repente, pero sucedió, y el ajetreo que había proporcionado tanto encanto a la ciudad se trocó en una serenidad temerosa, en medio de la cual se vigilaba y se oía cuanto acontecía.

Nicholai reparó en el hombre que se situó tras él incluso antes de abandonar el vestíbulo del hotel. China era pobre en casi todos los recursos salvo la población, por lo que el servicio de inteligencia podía permitirse el lujo de dejar en el hotel a un individuo cuya única responsabilidad consistía en no quitar ojo de encima a «Guibert».

Estaba bien saberlo.

Nicholai deseaba evaluar la cantidad de vigilancia con la que se toparía, de modo que, como diría Haverford, hasta cierto punto «pescaba en río revuelto». Por descontado que su opinión personal era distinta y se relacionaba con las reglas del go. Uno de los principios básicos del juego sostiene que el movimiento atrae más movimiento. El movimiento de una única piedra en una zona del tablero suele provocar el movimiento del adversario. Descubrió que en el campo del espionaje se daba la misma situación y se dio cuenta de que en ese juego era neófito.

Fingió que no se había dado cuenta y cruzó Chang'an para internarse por el viejo barrio de las Embajadas; pasó junto al antiguo edificio de la embajada rusa, que la actual delegación soviética había vuelto a ocupar. Apeló a la visión periférica para escudriñar la fachada del edificio, cuyos miembros de seguridad, aposentados en sedanes rusos, resultaban claramente visibles.

Mantuvo el paso vivo, como si el barrio de las Embajadas lo aburriese y siguió empeñado en dirigirse al oeste, hacia la plaza de Tiananmen.

Recorrió la inmensa plaza, convertida en un caos a causa de las obras, y vio que su perro guardián no lo perdía de vista pero tampoco se acercaba demasiado; luego torció en dirección norte, hacia los grandiosos techos de tejas de la Ciudad Prohibida.

Su seguidor retrocedió y delegó la tarea en otro hombre, por lo que Nicholai se dio cuenta de que la vigilancia de Guibert era prioritaria. El alto perfil del techo del palacio imperial, fácilmente reconocible gracias a un centenar de fotografías, se alzó ante él mientras buscaba un sitio donde quitarle la vida a Voroshenin, un lugar que ofreciese no solo el tiempo y el espacio necesarios, sino también una vía de escape.

Había abrigado la esperanza de que las murallas de la Ciudad Prohibida contasen con el emplazamiento adecuado, pero se dio cuenta de que la zona estaba demasiado vigilada, pues Mao vivía allí, y de que muchos edificios se habían convertido en viviendas para funcionarios de alto nivel o en despachos de la Administración gubernamental.

Nicholai penetró en el palacio, que habían convertido en museo, para entrar en calor y confirmar sus credenciales de turista; permaneció un rato en el recinto, en el caso de que sea correcto decir que «permaneció» sometido al frío cortante de la tarde, y finalmente abandonó la Ciudad Prohibida. Reparó en que tenía un seguidor adicional, giró hacia el este y cruzó un hermoso puente para acceder a la zona meridional del lago de Beihai, helado y plateado junto a los sauces de las orillas.

Como no convenía mostrarse demasiado seguro al caminar, Nicholai adoptó el paso y la pose de quien está ligera aunque despreocupadamente perdido. Se detuvo en la esquina de la calle Xidan, fingió que evaluaba la dirección que tomaría y «decidió» torcer hacia el norte. Sus seguidores continuaron como si nada: uno se dedicó a acomodarse la bufanda y el otro avanzó camino arriba.

Fue suficiente como para que Nicholai les viese claramente las caras sin que se percataran. Nicholai apodó con el nombre de «Galgo» a uno de los hombres, debido a su constitución alta y delgada, y al otro lo llamó Xiao

«Sonriente»^[1] alusión irónica a su expresión sombría. «Seamos justos, a nadie le gustaría que lo arrancaran del vestíbulo caldeado y agradable del hotel para recorrer las calles heladas», se dijo Nicholai.

Aceleró el paso para comprobar si Galgo le seguía el ritmo o si delegaba la vigilancia en otro. Aunque apretó el paso, y el otro puso mucho cuidado en mantenerse bastante detrás de Nicholai cuando este franqueó la puerta sur del parque de Beihai.

Nicholai llegó a la conclusión de que el parque era hermoso y representaba lo mejor del paisajismo asiático. Construido alrededor del óvalo del lago de Beihai, los senderos serpenteaban entre las gráciles hileras de sauces, las piedras situadas de forma impecable y los pabellones perfectamente emplazados. Cada curva planteaba una nueva perspectiva, y el conjunto estaba próximo a alcanzar esa cualidad esquivada que los japoneses denominan *shibumi*, la discreta elegancia.

A decir verdad, en invierno el parque se parecía a una dama anciana y distinguida, enjuta pero bella, que mantiene su posición y su dignidad incluso ante la certeza de la fría muerte. Nicholai pensó que un hombre más talentoso que él con las palabras podría escribir un poema sobre esa mujer.

Caminó hacia el norte bordeando la orilla este del lago y llegó a un puente que cruzaba el agua hasta una isla. Leyó el pequeño letrero que señalaba hacia la isla de Jade y subió al puente de elegantes arcos.

Hizo un alto en el punto más elevado para contemplar el lago y para comprobar si Galgo lo seguía. Su seguidor fue muy listo, pasó a su lado y ni una sola vez volvió la vista atrás mientras caminaba hacia la isla. «Una maniobra inteligente, pues ha previsto que seguiré andando hasta la isla de Jade, aunque también se concede la posibilidad de dar la vuelta en el caso de que yo cambie de parecer», concluyó Nicholai. Miró serenamente el paisaje y vio que Xiao Sonriente se detenía y se quedaba en un pabellón próximo a la entrada del puente.

Nicholai se giró y recorrió el puente hasta la isla de Jade, dominada por la elevada torre blanca que se alzaba en el centro del terreno densamente arbolado. Una senda estrecha y flanqueada por árboles y arbustos conducía hasta la torre, que una placa identificaba, de manera poco sorprendente, con

el nombre de «Pagoda Blanca», erigida en 1651 con motivo de la visita del dalai lama.

«Qué paradójico, sobre todo si tenemos en cuenta que los chinos acaban de invadir Tíbet», se dijo Nicholai.

La torre estaba cerrada. Rodeó la base que, con sus líneas curvas y la «aguja» añadida y con un símbolo budista de oro en lo alto, parecía de factura tibetana más que china.

Terminó el recorrido por la torre y tomó un caminito sinuoso a través de los árboles, en dirección a la orilla sur de la isla de Jade, desde la cual el puente de la Sabiduría Perfecta lo condujo a la zona principal del parque. Una vez en el puente, reparó en los pequeños embarcaderos de las islas y en otros que había a lo largo del estanque y se dio cuenta de que, en los días en los que el tiempo no era tan inclemente, podías alquilar un bote para llegar a la isla.

Nicholai se dijo que la isla de Jade tenía posibilidades, sobre todo de noche, aunque sería muy difícil convencer a Voroshenin de que se desplazase hasta allí. Formado en la paranoia de las purgas estalinistas, no sería fácil convencer al ruso de que fuese a otra parte y, en el caso de que fuera tan buen ajedrecista como sostenía la fama que le acompañaba, no tardaría en detectar que se trataba de una trampa.

De todas maneras, era un emplazamiento para tener en cuenta y, al menos, había cumplido la importante tarea de que los espías de Haverford lo viesen en la pagoda Blanca.

19

Haverford se acomodó y observó a Solange mientras hacía el equipaje.

No le llevó mucho tiempo porque, en realidad, tenía pocas pertenencias. El resto de las cosas, es decir, los libros, las obras de arte, los excelentes utensilios de cocina y hasta la mayor parte de su vestuario, había sido comprado y pagado por la Compañía, que luego lo vendería.

Después de todo, la rentabilidad es la rentabilidad.

Solange había aceptado estoicamente el desahucio y solo había ofrecido una ligera resistencia.

—¿Adonde iré? —preguntó la francesa cuando Haverford se presentó para clausurar la casa.

El agente se encogió de hombros para demostrar que no tenía respuesta. Ese además recordó lo que ambos sabían: la habían contratado para realizar un trabajo determinado durante cierto tiempo. Su misión había acabado, el tiempo se había cumplido y tendría que haber pensado antes en su futuro.

Además, su preocupación era un poco hipócrita. Sin duda, sabía que una mujer con su belleza, su encanto y su indudable talento sexual siempre encontraría un hombre dispuesto a pagarlos. Lo había hecho con anterioridad, volvería a hacerlo y lo que le pagasen sería más que suficiente para sacarla del apuro.

—¿Cómo me encontrará Nicholai?

Había que reconocer que, como interpretación, fue magistral. «Durante un segundo estuvo en un tris de convencerme», pensó Haverford, sonrió

para sus adentros y recordó el comentario de su padre tras rescatarlo de un lío juvenil con una muñequita hollywoodiense de la que creía estar enamorado: «Todas las actrices son putas, y todas las putas son actrices».

«Indudablemente, esta lo es», se dijo Haverford mientras Solange se enjugaba las lágrimas con un pañuelo. Se planteaba cómo la encontraría Nicholai. Haverford evitó explicarle que, en el caso improbable de que sus emociones fueran auténticas, no debía preocuparse por lo que sentía.

La francesa dobló una bata, la guardó en la maleta, hizo una pausa y clavó sus ojos extraordinarios en Haverford, al tiempo que preguntaba:

—¿Cree que usted y yo podríamos llegar a un acuerdo?

Haverford se vio obligado a reconocer que se sintió tentado. ¿A quién no le habría ocurrido lo mismo? Solange era indescriptiblemente hermosa y sin duda sería toda una revelación en la cama, pero le resultaba imposible justificar su presencia en la casa ante los insensibles contables de la Compañía.

—Querida, ya llegamos a un acuerdo. Usted cumplió genialmente su servicio y yo le pagué.

—Me trata como a una puta —espetó Solange, que cerró la maleta con un golpe seco.

Haverford pensó que no era necesario responder. Además, las fuentes en Pekín acababan de enviarle la noticia de que Hel había acudido a su cita en la isla de Jade y que había sido debidamente detectado desde la pagoda Blanca.

20

«Los hombres son tontos —pensó Solange mientras dejaba la casa de Tokio—. Cuatro lágrimas, una mirada encendida, un meneíto de caderas y sus cerebros se desconectan como si accionases el interruptor.»

Haverford era más listo que la mayoría, pero igualmente ciego.

«Como los otros, solo ve lo que quiere ver y nada más. Por otro lado, Nicholai...»

Dommage.

¡Qué lástima!

21

Mientras bebía vodka y miraba por la ventana de su edificio en el barrio de las Embajadas, Yuri Voroshenin se dijo que el problema de la «nueva» China consistía en que ya no había prostitutas..., lo cual suponía un grave inconveniente.

Por decirlo con delicadeza, la «vieja» China no ponía obstáculos entre un hombre y sus necesidades. En Shanghai, por ejemplo, existían varios prostíbulos estupendos. Sin embargo, la República Popular defendía activamente la igualdad de las mujeres en lo que a cuestiones sexuales se refiere, y las chicas dedicadas al placer fueron trasladadas a fábricas y a granjas.

Fue una pésima asignación de recursos y una grave violación del precepto económico acerca «del más elevado y mejor uso».

Voroshenin recordaba otro Pekín, el de los apacibles días de los años veinte y treinta, en los que el Bada Hutong de Tian-giao, justo al sur de la plaza de Tiananmen, se llenó de «flores y sauces» y en los que, en los estrechos callejones del antiguo distrito de Xuanwu, abundaban las casas de té, los fumaderos de opio, los teatros de ópera y, por descontado, los lupanares.

En aquellos tiempos, un hombre podía salir a cenar y a tomar unas copas, asistir a la ópera y satisfacer sus gustos menos estéticos, ya fuera con una de las actrices que había visto en el escenario o con una costosa

cortesana que servía el té, entonaba un aria y después se ponía manos a la obra.

Incluso había disfrutado de las negociaciones con las *madames*, que habrían considerado una grosería ofrecer a sus chicas como platos del menú; por ello pedían a los clientes un «préstamo» para pagar el mantenimiento de la casa o una reparación concreta. Todo se celebraba con gran sutileza y estilo en lugares como la Casa de la Flor Dorada y la Morada de la Pequeña Fengxian.

Eso ocurría antes de que llegasen los puñeteros «reformistas»: primero el remilgado Chiang y luego Mao, por lo que Pekín se convirtió en una ciudad tan asexuada como los eunucos que en el pasado la habían administrado. Claro que había un puñado de «mujeres de la puerta negra»: prostitutas independientes que se arriesgaban a ser detenidas en plena calle. De todas maneras, para apelar a ellas era necesario acceder a farmacéuticos muchísimo mejores que los que en ese momento había en Pekín.

La única persona que practicaba sexo ilícito en la nueva China era el gran puritano: el presidente. Los servicios de información soviéticos habían confirmado que Mao tenía a su total disposición un batallón personal de «actrices» de la ópera nacional. Era de prever que el muy cabrón se diese un festín mientras los demás pasaban hambre.

Incluso desde la perspectiva estalinista, la China de Mao era un país inexistente e irreal de proporciones épicas. Resultaría fácil decir que el loco estaba a cargo del manicomio, pero Mao estaba como una regadera. En última instancia, sus proclamas delirantes eran interesadas y le proporcionaban más poder y dominio.

La lucha contra los tres males despojó rápidamente al país de sus directivos medios burgueses y la recién lanzada campaña contra los cinco males («Veo los tres tuyos y subo dos», ironizó Voroshenin), es decir, contra la evasión de impuestos, el robo, la estafa, el soborno y la sustracción de información económica, no tardaría en despojar a China de la mayoría de los empresarios privados.

Mao había utilizado la guerra de Corea para organizar una caza de brujas dirigida a «espías» y «agentes extranjeros», persecución que

recordaba el Terror Rojo de la Rusia de hacía treinta años. Alentaron a que un vecino delatase al de al lado; suicidios y ejecuciones se convirtieron en hechos cotidianos, y en la ciudad se volvió palpable la atmósfera de recelo, miedo y paranoia.

Por eso el tío Stalin se puso celoso.

Voroshenin terminó el vodka que le quedaba y oyó la peculiar llamada de Leotov. «Ese hombre llama a la puerta como los ratones, con un golpecillo tímido e indeciso», pensó Voroshenin. A medida que transcurrían los meses en esa cárcel gélida y al aire libre, notaba que su ayudante principal le resultaba cada vez más molesto.

Por enésima vez pensó que Pekín los enloquecía.

—Adelante.

Leotov abrió la puerta y asomó la cabeza, como si quisiese cerciorarse por segunda vez de que estaba autorizado a entrar.

—Es la hora de la sesión informativa de las tres.

—Pues sí, son las tres. —Leotov se acercó al escritorio y aguantó de pie hasta que Voroshenin dijo—: Siéntese.

«Todas las tardes hacemos lo mismo —pensó Voroshenin—. Cada puñetera tarde, a las tres en punto, te detienes ante mi escritorio y cada condenada tarde, a las tres en punto, te digo que tomes asiento. Para variar, ¿no puedes entrar y aposentar tu culo flaco en la silla sin que tenga que pedírtelo? Estoy demasiado afectado por este encierro... Necesito una mujer...»

—¿Qué hay de nuevo en el manicomio? —preguntó el delegado. Leotov parpadeó, titubeó y se preguntó si se trataba de una trampa retórica tras la cual acabaría delatándole y purgado—. Me refiero a la sesión informativa.

Leotov suspiró aliviado. Mencionó las novedades habituales, los informes de los topes introducidos en las incontables reuniones de los comités chinos, la opinión del ministro de Defensa chino sobre el estancamiento en Corea, las últimas ejecuciones de funcionarios corruptos y contrarrevolucionarios y apostilló:

—A la ciudad acaba de llegar un nuevo occidental.

Voroshenin estaba terriblemente hastiado.

—Vaya, vaya. ¿Quién es?

—Un tal Michel Guibert.

—¿Solo uno?

—Sí.

Leotov no tenía el más mínimo sentido del humor y era muy literal. Voroshenin pensó que parecía un zángano de los que producían piezas de tractores en la cadena de montaje. Por si eso fuera poco, no servía para nada como contrincante en una partida de ajedrez, pues era lento, poco imaginativo y aburridamente previsible. «Tal vez tendría que detenerlo e interrogarlo por pura diversión.»

—Continúe.

—Es ciudadano de Francia e hijo de un traficante de armas vinculado con el Partido Comunista Francés. Por lo visto, el padre fue muy útil para la Resistencia.

—¿Acaso no lo fueron todos..., una vez ocurridos los hechos? —preguntó Voroshenin—. Leotov, es una pregunta retórica, no hace falta que dé la respuesta correcta. Su intento de hacerlo me resulta insufrible. ¿Qué hace el tal Guibert en Pekín?

—No sabemos exactamente qué hace aquí —replicó Leotov—. Lo que sí sabemos es que esta noche cenará con el ayudante del general Peng, es decir, con el coronel Yu.

«Esa información es bastante interesante —se dijo Voroshenin—. Un francés, simpatizante comunista y traficante de armas será recibido por un funcionario de alto nivel del Ministerio de Defensa. Dudo mucho de que los chinos se planteen comprar armas a los franceses. Debe de tratarse de una cuestión urgente, porque, de lo contrario, los chinos lo harían esperar semanas con el simple propósito de mejorar su posición negociadora. Lo obligarían a escalar peldaños a través de los múltiples niveles de la burocracia antes de llegar a un general importante como Peng..., en el caso de que alcanzase esas alturas. Por consiguiente, el hecho de que un funcionario de alto nivel como Yu lo reciba el primer día...»

—¿Dónde se celebra la cena? —quiso saber Voroshenin.

—En el salón de banquetes del hotel Pekín.

—¿Darán un banquete?

—Eso parece.

Voroshenin clavó la mirada en su ayudante y preguntó:

—Vasili, ¿percibo ironía en su respuesta?

—Claro que no.

Voroshenin frunció el entrecejo hasta que las gotitas de sudor aparecieron por encima del labio superior de Leotov. Se sintió satisfecho y apostilló:

—Llame por teléfono al secretario de Peng. Dígale que, al parecer, mi invitación se ha perdido y que quiero saber a qué hora debo presentarme.

—¿Cree que estará dispuesto a...?

—Le pagamos lo suficiente, ¿no cree? —espetó Voroshenin—. Me conseguiré una invitación a esa pijoosa cena. Dígale que le retuerzan el pescuezo a otro pollo, que sacrifiquen otro pato o que hagan lo que sea necesario.

—De acuerdo, camarada.

—Bueno, ya está bien. Fuera, Vasili. Vaya a ver si los teléfonos funcionan.

Vio que Leotov se incorporaba de un salto, cruzaba la estancia y cerraba poco a poco la puerta para hacer el menor ruido posible y no molestar. Fue una situación profundamente irritante.

También lo fue la repentina aparición de Guibert, el nuevo jugador. La partida estaba en un punto crítico, ya que el movimiento de un caballo e incluso de un peón podía conducir al jaque mate..., ¡y qué placer sería echar del tablero a ese rey!

Hacía veinte años que lidiaba con el aborrecible presidente, que soportaba su ego sin límites, su voracidad sexual, su hipocondría, su hipocresía, sus traiciones infinitas y su ambición desmedida, pero no tardaría en ver la cabeza de Mao en una jaula de bambú colgada de la puerta del Cielo.

Ya habían escogido a su sucesor: Gao Gang, el jefe del partido en Manchuria, estaba preparado para sustituirlo y simplemente esperaba a que,

a través de Voroshenin, los que movían los hilos desde Moscú le ordenaran que actuase.

«Si a lo largo de los próximos meses todo sale como está planificado, sustituiremos al problemático Mao por el complaciente Gao.»

Por consiguiente, no era el momento de complicaciones adicionales, sobre todo si incluían a Peng. El general era demasiado listo y severo e iba a la suya. Ya había rechazado unas cuantas ofertas y no se había dejado comprar. En consecuencia, ¿qué tramaba con el gabacho traficante de armas?

Voroshenin abrió el cajón del escritorio y sacó la botella de vodka. Aunque se había prometido que solo bebería un trago por la tarde, Pekín lo ponía de los nervios y cabía la posibilidad de que el alcohol aliviase su frustración sexual. Quizás habría actrices en el banquete de esa noche... y puede que hasta putas.

Como si existiera alguna diferencia... «Como si existiera alguna posibilidad...», reconoció para sus adentros.

Vació el vaso de un sorbo, miró la hora y decidió ir a visitar a Kang Sheng, el jefe de la Policía secreta china. «Otra promesa rota», pensó compungido. Su parte mejor, más decente, no deseaba visitar a ese hombre; se despreciaba por querer ir, pero, a pesar de todo, no pudo resistirse.

Kang Sheng iba vestido de negro de la cabeza a los pies. En ese momento, el jefe de la Policía secreta china llevaba batín negro, pantalón de pijama y zapatillas también negras, aunque era famoso por aparecer en público con abrigos acolchados, trajes y sombreros forrados en piel, todo del mismo color. En una persona de menor rango, semejante excentricidad en el vestir se habría considerado decadencia contrarrevolucionaria y habría tenido consecuencias potencialmente desastrosas, pero en Pekín nadie se atrevía a pensar, y mucho menos a expresar, semejante opinión.

Kang Sheng había sido el torturador principal del régimen desde 1930. Él mismo había torturado a miles de adversarios de Mao en Jiangxi, y los supervivientes contaban en voz baja que habían oído los aullidos de las víctimas durante las noches interminables pasadas en las cuevas de Yan'an. Lo que Kang no sabía sobre la *xun-ban*, la tortura, aún estaba por descubrir; como los méritos hay que reconocerlos, cabe añadir que Kang Sheng no cesaba en sus esfuerzos por descubrir nuevas formas de producir dolor.

A decir verdad, en ese preciso momento el camarada Kang realizaba diligentemente una investigación.

Su nuevo hogar, próximo a las antiguas torres de la Campana y el Tambor, en el distrito del centro-norte de la ciudad, había sido la mansión de un capitalista fallecido hacía poco. Más parecido a un palacete que a una vivienda, disponía de casas de invitados en las que moraban guardias armados, así como de patios, jardines amurallados y senderos empedrados.

Kang prácticamente no había hecho modificaciones, salvo la construcción de una «cueva» revestida de cemento en lo más recóndito del jardín trasero.

Con una taza de té en la mano, estaba arrepanchigado en un sillón mullido de la cueva y disfrutaba con los gritos de su última víctima.

Se trataba de la esposa de un exgeneral del distrito noroeste, a quien habían acusado de espiar para el régimen del Kuomintang en Taiwán. Joven y bella, con el pelo castaño oscuro, piel de alabastro y un cuerpo cuya contemplación suponía un gran placer sensual, la mujer se negó valerosamente a incriminar a su marido y a confirmar las acusaciones.

Kang agradeció esa lealtad conyugal, ya que prolongó su disfrute.

—Tu marido es un espía al servicio del imperialismo.

—No.

—Cuéntame qué te ha dicho —ordenó Kang—. Dime lo que te susurró al oído en la cama.

—Nada.

Una llamada a la puerta interrumpió el goce del jefe de la Policía secreta, que espetó:

—¿Qué pasa?

—Tiene una visita —repuso un subordinado—. Es el camarada Voroshenin.

Kang esbozó una sonrisa. Había innumerables maneras de obtener poder e influencia.

—Hágalo pasar.

23

Nicholai llegó a la conclusión de que la clave del estado de las tuberías chinas consistía en no aceptar un no por respuesta.

En tres ocasiones intentó obtener agua caliente de los grifos de la bañera y finalmente lo consiguió. El agua manó a una temperatura que parecía una venganza y una reacción a cara o cruz ante sus súplicas reiteradas.

Se introdujo poco a poco en el agua y evocó la bañera de la que había disfrutado en su hogar tokiota; parecía haber pasado una vida desde entonces, aunque en realidad solo habían transcurrido cuatro años. Habían sido días felices aunque efímeros, en compañía de Watanabe-san y las hermanas Tanake, en el jardín que había construido minuciosamente con la finalidad del *shibumi*.

Allí podría haber llevado una existencia feliz, de no ser por la necesidad impuesta por el honor de matar al general Kishikawa, necesidad que provocó su detención, tortura y encarcelamiento posteriores a manos de los americanos.

Luego llegó la oferta de libertad a cambio de un modesto encargo: liquidar a Yuri Voroshenin.

Por si eso fuera poco, para Nicholai no había nada más despreciable que un torturador, pues un sádico que causa dolor a los indefensos merece la muerte.

Voroshenin solo era el primer torturador de la lista de Nicholai.

A continuación le tocaría a Diamond y a los dos acólitos que habían destrozado su cuerpo y su mente y que habían estado a punto de destruir su espíritu. Sabía que los americanos contaban con que no sobreviviría a la misión de liquidar a Voroshenin, pero los desconcertaría y, a renglón seguido, les daría una sorpresa a Diamond y su par de secuaces.

Eso supondría abandonar Asia, probablemente para siempre, idea que lo apenó y le causó cierta preocupación acerca de cómo sería su vida en Occidente. Europeo por etnia, lo cierto es que nunca había estado en el continente. Había pasado toda la vida en China y Japón y, más que occidental, se sentía asiático. ¿Dónde viviría? Por descontado que no iría a Estados Unidos, pero ¿dónde se instalaría?

Se dijo que quizás en Francia, lo que alegraría a Solange. Imaginó la vida compartida en un lugar tranquilo.

Nicholai dejó de pensar en ella para centrarse en el presente. Se imaginó el tablero de go, jugó con las piedras negras y las situó en las posiciones que ocupaban en ese momento. El objetivo consistía en aproximarse a Voroshenin y encontrar una posición desde la cual conducirlo a un lugar vulnerable.

Dada la estrecha vigilancia a la que estaba sometido, Nicholai no podía rastrear a su objetivo y buscar el momento oportuno. Estaba descartado; tendría que encontrar el modo de llevar a Voroshenin a un sitio aislado al tiempo que daba esquinazo a los chinos que lo seguían.

Estudió el tablero imaginario en busca de una oportunidad, pero no dio con ella. Tampoco se preocupó, porque, al igual que la vida, el *go-kang* no es estático ni unilateral. El adversario también piensa y se mueve, y muy a menudo es precisamente su jugada la que genera tu oportunidad.

Se dijo que debía tener paciencia y recordó las lecciones de Otake-san, su maestro de go: «Si es de naturaleza colérica, tu adversario será incapaz de contenerse. Te buscará y dejará abierta la puerta de su vulnerabilidad. Permite que tu enemigo se acerque».

Nicholai se sumergió en la bañera y disfrutó del agua caliente.

24

Al haber dedicado su vida al estudio de la debilidad humana, Kang reparó en la fascinación que el ruso sentía por la tortura. Emanaba de él con la misma intensidad que su olor corporal: apestaba a sudor rancio y a alcohol.

Kang no juzgaba. Era sádico: lisa y llanamente formaba parte de su naturaleza. Si el ruso se unía a él para obtener placer del sufrimiento de los demás, solo se trataba de una opción sexual. Por su parte, el olor era ultrajante. Es imposible cambiar nuestra naturaleza, pero podemos bañarnos.

Voroshenin dejó de mirar a la mujer y dijo:

—A decir verdad, he venido por negocios.

Kang sonrió. «Dices que vienes por negocios. De acuerdo. Le seguiremos la corriente a tu autoengaño», pensó.

—«La raposa aúlla en la ópera» —dijo a su ayudante en alusión a un tipo de tortura relativamente moderada pero refinada que sabía que a Voroshenin le resultaría irresistible, tanto por su afición al dolor ajeno como por su pasión por la ópera pekinesa—. *Manban* —añadió para indicar que quería que los castigos se realizaran lentamente. Sabía que Voroshenin lo apreciaría—. Vayamos a mi estudio. —El ruso lo siguió hasta la habitación contigua y se percató de que Kang había dejado la puerta abierta—. Ha dicho algo de negocios —apostilló Kang, y disfrutó con la incomodidad de Voroshenin.

—Tiene que ver con el francés que llegó hoy —precisó Voroshenin.

Sin duda, Kang ya estaba enterado de su llegada. En Pekín no ocurría nada importante sin el conocimiento del jefe de la Policía secreta.

Voroshenin oyó el aullido agudo que, por cierto, se parecía al de la raposa que ladra llamando a su pareja.

Kang sonrió a modo de reconocimiento y preguntó:

—¿Se refiere a Guibert?

—Creo que se llama así.

—¿Qué pasa con Guibert?

—¿Qué hace aquí? —preguntó Voroshenin.

—Algo relacionado con las armas para nuestros hermanos revolucionarios de Vietnam —respondió Kang.

—¿Armamento para el Viet Minh?

—Eso parece.

—Pero si es francés —puntualizó Voroshenin—. ¿Vende armas que serán usadas contra los suyos?

—¿Desde cuándo los traficantes distinguen entre nacionalidades? ¿Qué saben de la moral capitalista? —preguntó Kang.

El chillido de la mujer estuvo en total consonancia con el entorno.

Voroshenin puso reparos y precisó:

—Vietnam pertenece a la esfera soviética.

—Basta echar un vistazo al mapa para saber que no es exactamente así.

—La independencia vietnamita nunca les ha importado —protestó Voroshenin mientras oía los quejidos de la mujer.

También llegaron a oídos de Kang. Los gemidos acabaron por convertirse en hilo musical.

—No me ofenda. Nos preocupamos mucho por la difícil situación de los pueblos sometidos al azote imperialista.

—¿Es una operación de Peng?

—Eso parece.

—¿Confía en él?

—Yo no confío en nadie.

Entre los escalones superiores de los servicios de inteligencia era un secreto a voces que Peng detestaba a Mao y que no cesaba de buscar la forma de desplazarlo. Solo su influjo y popularidad personales en el seno de las fuerzas armadas mantenían al general con vida y fuera de la cueva en la que se encontraban.

A pesar de que compartía la aversión de Peng por el presidente, Voroshenin sabía que su triunfo significaría un desastre para el Kremlin. Ya tenían al sustituto, que esperaba en Manchuria. Ese hombre era un títere, mientras que Peng actuaría de forma independiente y gradualmente llevaría a China hacia una alianza con Occidente.

No podían permitirlo.

La mujer dio una nota aguda y de pureza cristalina. Voroshenin se puso de pie y dijo:

—Tengo que irme.

«Diez años», pensó Kang. Era imprescindible mantener la alianza con los soviéticos durante diez años más. El desarrollo ultrasecreto de la industria militar ya estaba en marcha en el suroeste y en una década estaría terminado. Para entonces, China dispondría de la bomba atómica, se convertiría en uno de los centros neurálgicos de la economía y habría completado la transformación social. En ese momento se produciría el ajuste de cuentas con los soviéticos neoimperialistas, condescendientes y patriarcales.

Necesitaban otra década de ayuda económica y de protección militar soviéticas para hacer realidad esos planes, y no podían permitir que algo se interpusiera. Por eso Kang se puso de pie, cogió a Voroshenin del brazo, lo condujo a la sala de torturas y preguntó:

—¿La quiere? —El ruso no respondió, y Kang interpretó ese silencio como un sí. Se acercó a la mujer y espetó—: ¿Quieres salvar a tu marido?

—Sí.

—En ese caso, haz lo que te digo.

—Lo que haga falta.

Kang llevó a Voroshenin a un aparte y murmuró:

—Quédesela. Hágale lo que quiera. Es mi regalo. ¿Desea placer adicional? Cuando usted esté a punto de alcanzar el orgasmo, dígame la verdad y muéstrole al oído que su marido ya está muerto. Le garantizo que será exquisito.

Dejó a Voroshenin a solas con la mujer, pero permaneció junto a la entrada de la cueva para saborear el sutil cambio de tono de los gritos de la joven, lo que en la ópera se denomina *wawa diao*: el aria de la máxima emoción.

25

La comida era exquisita.

Nacido en Shanghai, Nicholai era muy exigente cuando se trataba de la superioridad de la gastronomía meridional en relación con su equivalente septentrional, algo peor, pero tuvo que reconocer que esos platos mandarines eran tan soberbios como sorprendentes.

—*Yushangfang* —explicó el coronel Yu cuando Nicholai alabó los alimentos—. Significa «la cocina del emperador». Basta pensarlo para darnos cuenta de que tiene sentido, ya que el emperador podía convocar a los mejores cocineros de un extremo a otro de China. Todos acudieron a cocinar aquí y su herencia perdura.

Nicholai se dijo que no cabía la menor duda.

El banquete se inició con sopa agridulce; a continuación sirvieron costillas de cerdo con vinagre aromático de Chinkiang y *zha xiao wan zi*, albondiguillas fritas de carne de cerdo picada de primera calidad, y, por descontado, *jiaozi*, la pasta pekinesa típica. Yu hizo sentar a Nicholai a su izquierda en la mesa circular, por lo que ocupaba el lugar de honor, y utilizó sus palillos para seleccionar los mejores bocados y ponerlos en el plato de Nicholai, otro gran honor.

El coronel recorrió con la mirada la fuente de orejas de cerdo frías, eligió una y la depositó en el plato de Nicholai. Se sirvió otra, la saboreó y asintió con la cabeza para dar rienda suelta a su aprobación.

—Soy sureño, un simio de las montañas de Sichuan, y tardé en acostumbrarme a la comida del norte. No está mal, ¿eh?

—Es muy buena —respondió Nicholai.

Yu era cualquier cosa menos simiesco. Sorprendentemente joven pese a tratarse del brazo derecho del general Peng, el coronel no era un palurdo, sino un refinado oficial del Estado Mayor. Esa noche vestía de civil, con la chaqueta Mao planchada y las esquinas de los grandes bolsillos perfectamente marcadas. Llevaba corto el pelo negro y espeso.

—Por supuesto que echo de menos mi arroz —afirmó Yu en dirección a todos los presentes—. Los fideos que se comen en esta región...

Los comensales respondieron con las risillas amables que cabía esperar.

—Coronel, estoy seguro de que un hombre de su posición puede pedir que le traigan arroz glutinoso del sur —intervino Voroshenin.

Nicholai quedó impresionado por el mandarín fluido que Voroshenin utilizó y tomó nota de su tono de afable familiaridad con el coronel. Tal vez tenía que ver con los tres *mao-tai* que había tomado durante los brindis previos a la cena. Nicholai también había bebido educadamente esas tres rondas y tuvo que reconocer para sus adentros que lo notaba.

—Pero yo no soy emperador —replicó Yu, afable, si bien todos los comensales oyeron la sutil referencia a Mao, que se hacía transportar el mejor arroz a la ciudad y pedía que lo pelasen a mano para conservar las cáscaras.

Nicholai concluyó que se trataba de un comentario significativo, pues demostraba que Yu se sentía lo bastante seguro como para ironizar sobre el presidente.

Voroshenin se inclinó sobre la mesa y cogió un pie de cerdo. Aprovechó el momento para preguntar a Nicholai:

—¿Es la primera vez que está en Pekín?

—Sí.

—¿Es la primera vez que visita China?

—En realidad, no —repuso Nicholai—. De pequeño viví unos años en Hong Kong.

—Eso forma parte de Gran Bretaña, ¿verdad? —preguntó Voroshenin, pero fue una descortesía, un codazo malicioso a los anfitriones chinos.

—Es lo que creen los británicos —puntualizó Nicholai—.

En realidad, Hong Kong es tan británica como rusa es Mongolia. —Yu se desternilló de risa—. No se ofenda —añadió Nicholai, y miró directamente a Voroshenin.

—No me ofendo —respondió Voroshenin, aunque ambos se percataron de que había sido una ofensa intencionada. No quitó ojo de encima a Nicholai.

El resto de los comensales repararon en la franqueza tan occidental y tan poco china de la situación y, sentado a la izquierda de Nicholai, el escolta Chen se sintió aliviado cuando los camareros relajaron la tensión al presentarse con una bandeja de trocitos de hígado de cerdo, fritos y envueltos en flores de lirio.

Voroshenin siguió erre que erre:

—Por lo que tengo entendido, los franceses tienen varias colonias en Asia.

—La Indochina francesa, para ser exactos —confirmó Nicholai.

—Bien, la exactitud es importante.

—Exactamente.

—Lo que no sé es durante cuánto tiempo podrán retener Vietnam —dijo Voroshenin, y tanteó el terreno—. Ho Chi Minh avanza a pasos agigantados, ¿no?

—Todo es cuestión de tiempo —intervino Yu.

—Y de armas —añadió Voroshenin—. Dada su condición de militar, ¿diría que es imposible que la insurgencia del Viet Minh avance a la fase siguiente de la lucha si no dispone de un suministro fiable de armamento moderno? Lo que quiero decir es que, con lo que tienen, realmente no pueden hacer frente a la capacidad de fuego de los franceses, sobre todo ahora que los americanos se ocupan de armarlos.

—Para triunfar, la insurgencia debe hacer la transición de la guerrilla a la guerra convencional —puntualizó Yu con la vista fija en la fuente—. Es lo que nos ha enseñado nuestro querido presidente.

El coronel cogió un trozo de hígado y lo trasladó al plato de Nicholai.

—Pues sin armas no es posible —insistió Voroshenin.

—Tiene razón, es imposible —se limitó a decir Yu.

—¿Qué lo trae a Pekín? —le preguntó Voroshenin a Nicholai y, aunque cambió de tema, era evidente que sabía muy bien lo que hacía.

—Negocios —respondió Nicholai.

—¿Maquinaria agrícola? —añadió el ruso con falsa inocencia—. ¿Sistemas de riego y esas cosas para contrarrestar el embargo americano? ¡Bien hecho, camarada! Maldita sea, Michel, me resulta conocido. Hay algo en sus ojos... ¿Alguna vez ha estado en Rusia?

Nicholai notó que el soviético estaba pendiente de su reacción. Se dio cuenta de que Voroshenin acababa de tenderle una trampa e intentaba evaluarlo. Le habría gustado saber por qué. ¿Cabía la posibilidad de que tuviera indicios, de que se hubiese producido una filtración de información? ¿Era posible que Voroshenin supiera el verdadero motivo de su estancia en Pekín?

—No —contestó Nicholai—. ¿Alguna vez ha estado en Montpellier?

—¿En la de Francia?

—La misma.

—Sí, pero no fue allí —replicó Voroshenin. Miró descortésmente a Nicholai unos segundos y apostilló—: No se ofenda, pero cierta vez estuve en Leningrado con una mujer que tenía unos ojos como los suyos. Ella... Bien, somos camaradas, amigos, ¿no? —Nicholai reparó en que el ruso no obtuvo respuesta y, pese a la célebre reticencia china a mencionar la sexualidad en público, Voroshenin prosiguió—: Era una tigresa en la cama. Hice lo que quise con ella, supongo que ya comprenden a qué me refiero.

Las escasas risas fueron forzadas y el momento se volvió espantosamente incómodo. Nicholai dedujo que Voroshenin debía de estar muy seguro de su poder como para herir con tanto descaro la sensibilidad de sus anfitriones. Sin duda sabía comportarse mejor, pero no pareció importarle, como dejó de manifiesto la mirada maliciosa y presuntuosa de su rostro.

Nicholai se preguntó a qué se debía esa referencia vulgar a su madre, si era una conjetura al azar o si sabía algo. ¿Tal vez pretendía someterlo a prueba?

Por un lado, le habría gustado acabar de una vez por todas con su cometido. Habría resultado sencillo, bastaría con clavar un palillo chino en un ojo del ruso y hundirlo hasta el cerebro. Lo remataría en un abrir y cerrar de ojos, antes de que los matones de Voroshenin, que esperaban como perros junto a la pared, pudiesen hacer algo más que confirmar la muerte del jefe.

Claro que eso supondría su suicidio.

Hizo frente a la mirada del soviético, sonrió y preguntó:

—Camarada Voroshenin, ¿sabe guardar un secreto?

Voroshenin también sonrió.

—He nacido para ello.

Nicholai se inclinó ligeramente hacia el ruso y le sostuvo la mirada al tiempo que decía:

—He venido a hacer picadillo. —Chen jadeó, sorprendido. Nicholai rió y enseguida prosiguió—: Lo siento, mi dominio del mandarín está un poco oxidado. Lo que quise decir es que he venido a ganar un pastón.

Los comensales se rieron y, rojo como un tomate, Voroshenin dijo:

—*Mon ami*, se trata de un comentario muy valiente en una mesa llena de comunistas.

—Por lo que tengo entendido, soy lo que suelen llamar un «capitalista útil» —replicó Nicholai.

La mirada del ruso no le dio indicios acerca de la información de la que disponía. Era evidente que se había sentido insultado y se había ruborizado de ira, pero se mostró igualmente aliviado cuando Nicholai explicó su «desliz» gramatical.

—Esa es la expresión correcta —terció Yu—. Ya está bien de hablar de negocios en la mesa. Nos comportamos como espantosos anfitriones al interrogar a nuestro huésped cuando tendríamos que mostrar hospitalidad fraterna. Camarada Guibert, ¿qué le gustaría visitar en Pekín?

Nicholai mencionó varios lugares previsibles: el templo del Cielo, la Ciudad Prohibida y hasta una excursión a la Gran Muralla. Decidió que había llegado el momento de avanzar una hilera de piedras y ponerlas en la zona del tablero correspondiente a Voroshenin. Al fin y al cabo, el ruso había recorrido un largo camino para acercarse a él y ser recíproco era cuestión de amabilidad.

—Y la ópera —añadió Nicholai, y se ocupó de mirar a Yu más que a Voroshenin—. En el caso de que sea posible, me encantaría asistir a la auténtica ópera de Pekín.

—¿Es aficionado a *la jingju*?—preguntó Voroshenin, lleno de curiosidad.

—Lo intento —respondió Nicholai, y se imaginó que el adversario colocaba las piedras blancas en las casillas correspondientes. «¡Cabrón, he visto tu expediente! ¡Sé perfectamente quién eres!»—. Como sabe, en Hong Kong no es fácil asistir a la ópera y, como puede imaginar, en Francia resulta imposible. Por otro lado, debo reconocer que me interesa.

—Yo iré esta semana —afirmó Voroshenin—. Me sentiré muy honrado si me acompaña.

—¿De verdad? —preguntó Nicholai—. Es usted muy amable. Iré si no le causa demasiados problemas.

—En absoluto —aseguró Voroshenin—. Pensaba ir de todas maneras, asistiré a la representación de *El sueño de la cámara occidental* en el Zhengyici. El mismísimo Xun Hui-sheng interpretará el *huadan*, el papel de la Doncella Roja.

—Siempre he querido oírlo —reconoció Nicholai.

—Aproveche mientras pueda —dijo Yu—. El partido no está de acuerdo con que los hombres representen a mujeres en escena. Lo considera amanerado y forzado. No tardaremos en poner fin a esta práctica anacrónica.

—Pero si Xun es sublime —adujo Voroshenin.

—Las viejas óperas son una pérdida de tiempo. —Yu resopló—. Se trata de antiguos cuentos de hadas y de fábulas románticas de la vieja clase

dirigente. La *jingju* debería emplearse con fines sociales, propagandísticos y educativos.

—A la señora Mao le encanta —insistió Voroshenin.

—Desde luego. Incluso dice que ha creado nuevas óperas para inculcar los principios socialistas al pueblo —le espetó Yu.

—Me parece maravilloso —dijo Voroshenin secamente, y volvió a centrarse en Nicholai—. Si quiere venir, dispongo de palco propio.

«Si es de naturaleza colérica, tu adversario será incapaz de contenerse. Te buscará y dejará abierta la puerta de su vulnerabilidad. Permite que tu enemigo se acerque.»

—Acepto encantado.

Nicholai se dijo que había conseguido una cita, un encuentro.

Los camareros se presentaron con otra fuente y la dejaron en el centro de la mesa. Nicholai se percató de que Chen estaba pendiente de su reacción. Como no quiso decepcionar a su escolta, preguntó:

—¿Qué es esto?

—*Yang shuang chang* —replicó Chen y explicó—: Es tripa de cabra rellena de sangre, una auténtica exquisitez.

Yu y Chen no le quitaban ojo de encima.

Nicholai sabía que la cena no solo era un ritual, sino una prueba de sus modales, su dominio del lenguaje y su temperamento. También se trataba de una estratagema que practicaban desde tiempos inmemoriales: adormecer a un socio con ingentes cantidades de comida y bebida para embotar su mente y hacer que la sangre que riega el cerebro se concentre en digerir los alimentos.

También tuvo conciencia de que la selección de platos fue un modo de calibrar su actitud. Durante mucho tiempo vejados por la condescendencia y la arrogancia cultural de los occidentales, los chinos querían comprobar si era capaz de estar con ellos en sus propios términos. En caso de que no superara la prueba, podrían poner fin al acuerdo comercial que servía de tapadera de su misión.

Nicholai se sintió satisfecho al ver que la cara de Voroshenin adquiría un tono verdoso. No esperó que Yu hiciese los honores, cogió un trozo de

tripa con los palillos, se agachó sobre la mesa y lo puso en el plato del ruso. Cogió otro trozo y se lo llevó directamente a la boca.

—Exquisito —dijo Nicholai, y el deleite de sus anfitriones resultó evidente. Miró a Voroshenin y preguntó—: ¿Le gusta?

El ruso clavó el palillo en el trozo de tripa ensangrentada y se lo llevó a la boca, pero fue incapaz de disimular su asco.

«Es muy gratificante saborear las pequeñas victorias», pensó Nicholai.

Al *yang shuang chang* le siguió un postre para satisfacer a los invitados occidentales, compuesto de exquisiteces al estilo mandarín, como boniatos garrapiñados, pastitas con forma de panal y pudin de tofu.

Nicholai estaba a punto de reventar.

Yu se repantigó en la silla y anunció:

—Ahora podemos beber.

En honor a sus nacionalidades, compartieron *mao-tai*, vodka y Pernod, una botella polvorienta que el encargado de las bebidas encontró en el fondo de un armario.

Brindaron y bebieron.

—Por nuestro huésped francés.

—Por nuestros anfitriones chinos.

—Por la amistad imperecedera entre los tres pueblos.

Nicholai supo que fue otra prueba, el intento de aflojarle la lengua con el alcohol para averiguar si era quien decía ser. Se convirtió en una prueba peligrosa, ya que librar una competencia alcohólica con Voroshenin no era moco de pavo, dado que el ruso era un bebedor corpulento, experimentado y con gran resistencia a la bebida. Pese a su constitución menuda, lo mismo podía decir de Yu, por lo que los brindis continuaron.

—Por nuestro querido presidente, el Gran Timonel.

—Por el camarada Stalin, que nos muestra el camino.

—Por Jean Jaurés.

Entre una dedicatoria y otra, Nicholai se esforzó por no perder la cabeza y recordar los informes mientras Voroshenin dirigía la conversación hacia

los antecedentes de Guibert.

—En Montpellier hay una cafetería que entre los lugareños es famosa por su *pain au chocolat*... —dijo el ruso de un modo casual.

—Le Rochefort.

—En la plaza Saint Martin.

—En realidad está en el Carré Sainte Anne.

—Tiene razón.

En medio del embotamiento y a pesar de que la cabeza empezó a darle vueltas, Nicholai agradeció a Solange la atención que había dedicado a los detalles y los ejercicios constantes. Al fin y al cabo, ese era el propósito de los ejercicios; al igual que en las artes marciales, la repetición te enseña a trascender el pensamiento y a actuar por puro reflejo.

Voroshenin no cejó en su empeño, ya que lo invitó a compartir recuerdos, algunos verdaderos y otros falsos, de restaurantes, platos regionales e incluso del equipo local de fútbol.

Nicholai superó cada una de las indagaciones.

A continuación, Chen se puso a hablar de Hong Kong. Había estado de joven, en los tiempos en los que tuvo que huir de la Policía nacionalista. Habló y habló sobre la cumbre Victoria, el hotel Península y los mercados callejeros de Kowloon.

—¿Dónde vivía? —quiso saber su escolta.

—En una de las colinas —respondió Nicholai despreocupadamente, al tiempo que recordaba el expediente de Haverford y el hecho de que habían creado montajes fotográficos de su persona a las puertas del hogar de los Guibert en Hong Kong, fotos que sin duda estaban en los archivos de Chen.

Chen le preguntó por un inexistente comerciante de té de su barrio y Nicholai dijo que desconocía la existencia de esa tienda. Habría sido una trampa puerilmente fácil de evitar en el caso de que hubiese estado sobrio, pero nada resultó sencillo debido a que en su estómago y en su mente se mezclaban tres clases de alcohol de alta graduación.

Se dio cuenta de que llevaban casi cuatro horas a la mesa y no habían cruzado una sola palabra sobre el acuerdo al que se proponían llegar.

«De todas maneras, me han examinado de arriba abajo y me gustaría saber si he superado las pruebas», pensó.

Voroshenin se puso de pie con cierta dificultad y dijo:

—Por desgracia, debo volver al despacho. Ya saben que el Kremlin..., que el Kremlin está lleno de rapaces nocturnas.

—Nosotros también tenemos que regresar —añadió Yu, apartó la silla de la mesa y Chen lo ayudó a ponerse en pie.

—Me alegro de haberlo conocido —dijo Voroshenin a Nicholai—. Esos ojos... Me gustaría recordar... Por mucho que cueste creerlo, una condesa... ¿Nos vemos en la ópera el jueves por la noche?

—Delo por hecho —replicó Nicholai.

«Te mataré durante la representación de *El sueño de la cámara occidental*. Camarada Voroshenin, que descanses.»

26

Voroshenin optó por volver andando una vez terminado el banquete para que el aire frío despejase su cabeza de la bruma generada por el alcohol.

Un guardaespaldas caminó por delante, y los otros dos, un par de pasos por detrás, con las manos en los bolsillos de los abrigos y los dedos en las empuñaduras de las pistolas. «¡Qué idiotas! —pensó Voroshenin—. Pekín y, sobre todo, este barrio, probablemente son los lugares más seguros del mundo. Los delincuentes han sido casi exterminados en ejecuciones públicas, y un intento de asesinato es hartamente improbable. Los únicos que podrían probarlo son los chinos propiamente dichos, y en el caso de que quieran matarme, estos tres no lo evitarán.

»Claro que en China estamos bastante seguros porque Mao necesita seguir en cuclillas y chuparle los huevos a Stalin. El peor riesgo es morir de aburrimiento..., u otro peligro afín: la cirrosis hepática.

»Y ese Guibert, si es que se llama así... Si ese hombre es un traficante de armas francés, yo soy japonés y luchador de sumo. Es francés, no hay duda, lo es hasta en el aroma de la colonia, pero ¿de verdad es un comerciante de armas? Me resulta demasiado..., demasiado aristocrático para desarrollar esa actividad burguesa. Tiene esa actitud ligeramente distante y superior de los rusos... ¡Por no hablar de sus malditos ojos verdes!»

Voroshenin se preguntó si era posible...

Cuando llegó a sus aposentos en la embajada, cogió el teléfono y llamó a las habitaciones de Leotov.

—Baje.

—Son las dos de la...

—Tengo reloj. Le he dicho que traiga aquí su culo flaco.

Al cabo de cinco minutos, un Leotov amodorrado y con ligera expresión de resentimiento se presentó en el despacho de su superior.

—Póngase en contacto de forma segura con Moscú —ordenó Voroshenin—. Quiero todo lo que tengan sobre Michel Guibert y su familia. —Leotov consultó el reloj—. No diga nada. Los hombres de Beria son célebres por trabajar de noche, y supongo que no querrá comprobarlo en sus propias carnes. También quiero toda la información posible sobre la condesa Alexandra Ivanovna, una rusa blanca de los viejos tiempos. Por lo que tengo entendido, es posible que abandonase Petrogrado en 1922.

—Está hablando de hace treinta años.

—¿De verdad? ¡Muy bien, Vasili! Fíjese, ya ha empezado a trabajar.

En cuanto Leotov se retiró, Voroshenin abrió el cajón del escritorio y sacó la botella. A pesar de los pesares, se sirvió un buen trago y vació el vaso.

Esos malditos ojos verdes...

El general Peng Zhu De era de corta estatura.

Llevaba el pelo gris oscuro muy corto y su rostro quemado por el sol y arrugado denotaba tanto sus raíces meridionales como cada uno de los pasos que había dado en el prolongado recorrido desde cabecilla guerrillero en Sichuan, pasando por la Larga Marcha y la creación del Octavo Ejército de campaña, hasta las espantosas pérdidas sufridas al mando de la aciaga aventura en Corea.

Según se decía, Peng había sufrido por la muerte de cada soldado. Se había opuesto a la invasión de Corea y no quiso tomar el mando, pero aceptó porque era su deber. Casi dos años después, en sus ojos estaba reflejada cada una de las trescientas mil víctimas, y corría el rumor de que había culpado de esas muertes a Mao.

El coronel Yu llamó a la puerta. Recibió autorización para entrar y se sentó en la silla metálica gris que se encontraba frente al escritorio del general.

Admiraba a Peng más que a cualquier otro ser humano vivo. Oriundo de Sichuan, como él, el general era comunista y patriota de verdad, a diferencia del presunto emperador Mao. El general Peng trabajaba por China y por el pueblo, mientras que Mao lo hacía por Mao... y después también por Mao.

—¿Cómo ha ido la cena? —preguntó Peng con tono cansino.

—Asistió Voroshenin.

—¿Acaso supusimos que no se presentaría?

—Sabe lo de las armas para el Viet Minh.

Peng asintió con la cabeza.

—Kang le pasó la información. Estoy seguro de que tiene espías en nuestro departamento.

—¿Le digo a Guibert que se vaya?

—No es necesario —repuso Peng—. Hábleme del francés.

Yu le refirió los pormenores de la velada: el conocimiento de chino por parte de Guibert, sus modales, su inteligencia y sus pequeñas triunfos sobre Voroshenin.

—¿Cree que podría ser nuestro hombre? —quiso saber el general.

—Es probable.

Peng se apoyó en el respaldo de la silla para reflexionar.

Yu estaba al tanto de las dificultades.

Los rusos se habían empeñado en frenar la influencia china en Vietnam. En consecuencia, querían intervenir todo envío de armamento que permitiese a China avanzar en ese camino.

Mao era insensato. Ya había permitido que Stalin le jugase una mala pasada y lo involucrara en el desastre de Corea y estaba cada vez más hundido en las redes soviéticas. Bastaba echar una rápida mirada al mapa para ver el peligro: los rusos controlaban Corea del Norte y, con esta, la larga frontera noreste y el estratégico mar Amarillo. Contaban con bases en Manchuria, al noreste, y en la «Mongolia exterior», al noroeste. Por el oeste amenazaban Xinjiang, cuya población musulmana estaba deseosa de unirse a sus hermanos de Kazajistán, Kirguistán y Tayikistán.

Si se hacían con el control de Vietnam, los soviéticos también dominarían la frontera meridional. Los franceses se habían convertido en espectros que deambulaban por el Sudeste asiático, y su partida solo era cuestión de tiempo. Los rusos se quedarían con Camboya, luego ocuparían Tailandia y Birmania, sus hermanas más débiles. Los agentes soviéticos ya estaban trabajando en la India.

Los rusos no tardarían en estar en condiciones de rodear China y entonces se zamparían Manchuria, el resto de Mongolia y Xinjiang.

De momento, Vietnam era clave. El estancamiento en Corea prácticamente había terminado, los soviéticos controlarían el norte, y los americanos, el sur.

Luego le tocaría el turno a Vietnam.

El problema consistía en que los americanos se instalarían y sustituirían a los franceses, lo que sería un error espantoso por parte de los Estados Unidos y un grave problema para China. Toda maniobra americana contra el Viet Minh impediría hasta la más mínima distensión entre Pekín y Washington, e inclinaría China hacia Moscú.

En Estados Unidos se esforzaban por hacer realidad su peor pesadilla: el monolito comunista.

El general Peng sabía, y Yu tenía el convencimiento de ello, que el futuro de China no estaba al lado de la Unión Soviética, sino de los americanos. Solo ellos podían hacer contrapeso a los rusos; únicamente una alianza o, como mínimo, una relación funcional con Washington concedería a China la prosperidad económica que necesitaba para desarrollarse.

Habían dado pasos indirectos e inseguros, que fueron rechazados por los elementos antiprogresistas de los servicios de información de Estados Unidos y por los representantes de las embajadas. Los diplomáticos de Washington tenían tanto miedo de sus extremistas de derecha como los chinos de sus radicales de izquierda. De todas maneras, se habían producido acercamientos, se hablaba del tema y, en el caso de contar con el apoyo de Washington, quizás el general Peng se sentiría lo bastante fuerte como para actuar contra el dictador que se definía como comunista y que aterrorizaba China.

Yu sabía que se trataba de una carrera contrarreloj.

El Viet Minh triunfaría en Vietnam.

Además, los americanos enviaban ayuda, dinero y armas a los franceses, habían desperdigado agentes de la CIA por todo el país e intentaban sentar las bases para una posterior toma del poder. Solo una victoria rápida y decisiva sobre los franceses podría convencer a Washington de no llevar a cabo una intervención desastrosa que haría que durante décadas Estados Unidos y China se mantuvieran distantes.

Una victoria de esas características requería armas..., entre ellas, lanzagranadas.

«Pero no podemos permitir que nos vean. Necesitamos intermediarios. Necesitamos a los Michel Guibert de este mundo», pensó Peng.

28

Nicholai se inclinó sobre el váter y vomitó *mao-tai*, vodka, Pernod y la mayor parte de lo que había sido un festín impresionante.

«Es lo que afirman los budistas —pensó, y descansó entre basca y basca—: todo cambia y al final del día el alimento más placentero se convierte en un rancho asqueroso.» Volvió a vomitar, se mojó la cara con agua fría y se lavó los dientes.

Ni se molestó en quitarse la ropa, se desplomó boca abajo en la cama y durmió unas horas. Despertó temprano, justo antes del alba, se arregló la ropa y escribió una nota cifrada que, cuando Haverford la transcribiera, diría lo siguiente: «Ópera de Zhengyici, jueves noche». Enrolló el delgado papel hasta formar un cilindro apretado y lo guardó en el bolsillo izquierdo de la chaqueta.

Una vez en la calle, mientras el tenue sol asomaba por encima de la ciudad, se desperezó con grandes aspavientos mientras Xiao Sonriente aparecía soñoliento, con cara de pocos amigos y con los brazos cruzados sobre el pecho para protegerse del frío.

Nicholai comenzó a correr.

A pesar de que el aire le quemó los pulmones y el viento le azotó en las mejillas, el ejercicio resultó agradable y el aumento del ritmo cardiaco no tardó en hacerlo entrar en calor mientras se dirigía hacia el parque de Beihai. Ya había trabajadores que quitaban de las aceras la ligera nevada de la víspera; los recolectores nocturnos de excrementos volvían de vaciar en

el campo los contenedores de heces humanas. En los *hutongs* del mercado de Xidan, los vendedores montaban sus puestos, hacían fuego en pequeños braseros y, de vez en cuando, se detenían a calentarse las manos sobre las llamas. El olor a carbón impregnaba el aire.

Nicholai siguió corriendo y se percató de que el resollante Sonriente había quedado rezagado. Pensó que Galgo no tardaría en sumarse a la persecución y lo alcanzaría. Apretó el paso, a punto estuvo de resbalar en una fina lámina de hielo, recuperó el equilibrio y no aflojó hasta llegar al parque de Beihai.

Aminoró la marcha y trotó a lo largo de la orilla del lago.

Los madrugadores practicantes de tai chi salían incluso en invierno y se desplazaban lenta y elegantemente con el cielo plateado como fondo. De repente, Nicholai se sintió sereno y feliz de volver a estar en China. Corrió junto al lago y, en el puente de arcos, giró a la izquierda para dirigirse a la isla de Jade.

Se detuvo en lo más alto del puente, apoyó las manos en la barandilla azulejada y estiró las piernas. Miró por debajo del brazo y vio que Galgo corría a la vera del lago y se dirigía hacia el punto en el que se había detenido. Como su cuerpo la tapaba, Nicholai introdujo la mano en el bolsillo izquierdo de la chaqueta, cogió la nota y la deslizó bajo un azulejo suelto.

Acabó de estirarse, reanudó la carrera, realizó un circuito alrededor de la pagoda Blanca y se dirigió a la puerta sur. Sonriente se encontraba en el puente sur y rodeaba el cigarrillo con las manos enguantadas. Nicholai pasó a su lado como un suspiro y emprendió el regreso al hotel.

El aire del vestíbulo le resultó muy caldeado y asfixiante.

Subió directamente a su habitación, consiguió que del grifo saliera agua tibia y se dio un baño. Preparó una taza de té con el agua del termo, se vistió, bajó al comedor, bebió más té y tomó un *baozi* y verduras encurtidas. Disfrutó de la tibieza húmeda y pegajosa del bollo al vapor mientras pensaba en la «entrega impersonal» que había llevado a cabo en el puente.

Bastante seguro de que lo había hecho limpiamente, tuvo que admitir la posibilidad de que lo hubiesen pillado; en ese caso, como sabía, ahora la

nota estaría en poder de los descifradores y él no tardaría en regresar a la celda de una cárcel, a la cámara de tortura o a ambas.

Fue incapaz de interpretar la expresión de Chen cuando franqueó la puerta y se le acercó.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Chen.

—No es mi mejor día —replicó Nicholai—. ¿Y usted?

—Muy bien —aseguró Chen—. El coronel Yu quiere verlo. ¿Está preparado para salir?

Nicholai estaba listo.

Con las manos cruzadas delante del cuerpo, el monje abandonó la pagoda Blanca.

Más temprano, poco antes de que amaneciera, el monje conocido como Xue Xin había meditado en la torre, se había asomado por la ventana que daba al puente de la isla de Jade y había visto al hombre apoyado en la barandilla.

Xue Xin caminó poco a poco hacia el puente. Se movió despacio porque no quería dar la sensación de que tenía prisa y también debido a que sus piernas estaban extrañamente arqueadas y no le quedaba otra opción. Sabía que ponía en riesgo su vida, que existían muchas probabilidades de que cualquier paseante por el parque, un practicante de tai chi, un vendedor ambulante o incluso otro monje fuese un espía policial que esperaba para ver quién recogía el mensaje.

Entonces podían ocurrir dos cosas: lo detendrían en el acto o guardarían las distancias y lo seguirían con el propósito de que los condujese a la celda al completo. Se dio cuenta de que no permitiría la segunda opción, ya que era lo bastante experimentado como para detectar que lo vigilaban y quitarse la vida con sus propias manos si no había otra solución.

Xue Xin no se dejaría capturar.

En el pasado ya lo habían atrapado.

Sometido a tortura, había oído lo que nadie debería oír, el sonido de sus propios gritos, y cuando lo devolvieron a la celda continuó con vida gracias

a la amabilidad de su compañero, que le dio esperanzas cuando deseaba morir y compartió los escasos puñados de arroz que constituían su ración de hambre.

Ahora, diez años después, todavía cojeaba.

Sabía que no debería estar vivo. Sus captores habían decidido matarlos antes de que los japoneses tomaran el mando, por lo que los llevaron andando hasta un campo situado en el exterior de la cárcel, les entregaron varas afiladas y los obligaron a cavar una larga trinchera.

Una vez abierta la fosa común, los hicieron formar. Xue Xin aguardó con impaciencia la bala que pondría fin a su vida. El comandante explicó que no merecían malgastar en ellos costosos proyectiles, por lo que serían acuchillados y apuñalados.

Se formó una nube de filos plateados y chorros de sangre, y Xue Xin notó que caía de espaldas en la fosa. Aguardó la muerte con los brazos abiertos. Después de lo que parecieron días notó que le echaban tierra encima y quiso gritar que estaba vivo, pero se tragó la tierra junto al miedo y al dolor.

Los monjes llegaron por la noche.

Como fantasmas, se movieron en medio de la niebla, cavaron con las manos y literalmente lo arrancaron de la tumba. Semanas después pudo ponerse en pie; varias semanas más tarde dio los primeros pasos, si es que a eso se lo podía llamar caminar. Todas las noches tenía pesadillas y despertaba enterrado en la fosa.

Xue Xin pasó junto al azulejo suelto de la barandilla del puente, cogió rápidamente el mensaje y lo guardó en su hábito. Con la otra mano cogió una navaja fina y afilada, que se clavaría en el vientre en el caso de que fueran a por él o que detectase que alguien lo seguía.

No ocurrió nada.

Franqueó la puerta norte sin que nadie le hiciera el menor caso y se dirigió a un *hutong* del distrito centro-norte. Cinco minutos después estaba en el fondo de una casita, acucillado junto al débil resplandor de un pequeño radiotransmisor en el que leyó el mensaje cifrado.

Xue Xin abandonó la casa recitando: *On mani padme hung.*

«La flor está en el loto.»

30

La hoja se hundió en el vientre de la víctima.

El hombre jadeó e intentó meterse las entrañas mientras trastabillaba por el callejón cercano al concurrido mercado de Luang Prabang, pero ya era demasiado tarde.

Cobra recuperó la navaja, se dio la vuelta y recorrió deprisa el callejón oscuro en dirección a las calles de esa ciudad del norte de Laos.

Tenía que ver con algo que llamaban Operación X, pero a Cobra le daba exactamente lo mismo. Lo único que importaba era el dinero, y los pagos de su cliente siempre eran puntuales y fiables.

Cobra acarició un pequeño medallón y notó el perfil de la cara grabada en relieve y la leyenda: *Pertu amicu: «por tu amistad»*.

31

En la plaza de Tiananmen se había congregado una gran multitud.

El tráfico se había parado y al mirar por la ventana Nicholai reparó en la caravana militar, formada por camiones soviéticos y *jeeps* americanos. A su paso, el gentío la abucheó y se burló.

Se fijó en el objeto de sus mofas.

Dos hombres, un occidental y un asiático, viajaban en la parte trasera de un *jeep*, con los brazos sujetos con cuerdas a los lados del cuerpo; soldados del Ejército Popular de Liberación los sujetaban de las piernas y los elevaban para que los viesan. En el camión que también rodaba detrás viajaba un pelotón de soldados, con los cañones de los fusiles hacia arriba. Algunos congregados arrojaron basura y verdura podrida a los condenados, profirieron insultos, corrieron junto al vehículo y los escupieron.

—Son espías —explicó Chen, pendiente de la reacción de Nicholai—. El italiano y el japonés conspiraron para asesinar al presidente.

—¿De verdad?

—Han confesado.

El coche de Chen se situó detrás de la caravana militar que recorrió lentamente la plaza de Tiananmen rumbo al templo del Cielo. Pararon en el puente del Cielo y el gentío rodeó los vehículos como si fuese una ameba. Los soldados se apearon del camión de un salto, bajaron a empujones a los condenados que viajaban en el *jeep* y los arrastraron hasta un espacio abierto en la base del puente. Otro grupo de soldados apeló a los fusiles

para hacer retroceder a la gente, al tiempo que un oficial hacía formar a una hilera de uniformados.

—¿Los ejecutan en público? —quiso saber Nicholai.

—Así aprenden la lección.

En una inversión de los estereotipos étnicos, el italiano se mostró estoico y guardó silencio, mientras al japonés le fallaban las piernas, caía de rodillas y sollozaba. Un soldado tiró bruscamente de él, y Nicholai vio que del asiento trasero de un coche se apeaba un hombre vestido con abrigo largo y sombrero negro, y caminaba en dirección a los condenados. En la mano izquierda esgrimía un fajo de papeles.

—Es Kang Sheng —musitó Chen con tono tembloroso.

Nicholai vio que Kang se pavoneaba frente a la muchedumbre, se detenía junto a los condenados, recitaba a gritos la proclama de sus crímenes y los condenaba a la cólera popular. En su clemencia, el presidente había autorizado a que los fusilasen en vez de estrangularlos, decapitarlos o, simplemente, dejar que el gentío los moliera a palos.

Kang concluyó el discurso, posó unos segundos y abandonó la escena.

El oficial dio un grito y los soldados levantaron los fusiles con un estrépito metálico que resonó en el aire. Aunque el italiano se preparó para lo que estaba a punto de ocurrir, Nicholai reparó en la mancha de orina de sus pantalones. La muchedumbre también la vio y se burló sin piedad.

—¡Fijaos! ¡Se ha meado!

—¡Anoche bebió demasiado!

El japonés volvió a caer de rodillas. Un soldado intentó acercarse, pero su superior, molesto, meneó la cabeza y lanzó una orden. Tres soldados apuntaron. Como tenía práctica, el oficial levantó el brazo; para aumentar el efecto dramático de la escena, espero a que el gentío guardase silencio.

Tras un instante de quietud, bajó la mano y gritó. Los fusiles hablaron y Nicholai vio que los condenados se desplomaban.

Con el famoso techo de tejas azules resplandeciente por el sol, el templo del Cielo se alzó sobre ellos.

—Espías —concluyó Chen.

El mensaje de Nicholai fue retransmitido cinco veces antes de que Haverford lo recibiera en Tokio. De todas maneras, llegó tal como lo había escrito. Haverford lo descifró en el acto: «Ópera de Zhengyici, jueves noche».

El personal del centro de operaciones de la CIA en Tokio se puso inmediatamente en marcha. En cuestión de minutos, Haverford dispuso de un mapa de Pekín y de varias fotografías aéreas. Trazó un círculo de color rojo alrededor del teatro de Zhengyici. Poco después, un refugiado chino, pekinés de origen, entró en el despacho e identificó el edificio: se alzaba en el distrito de Xuanwu, al suroeste del casco antiguo, no lejos del templo del Cielo. El distrito era una de las zonas más antiguas de la ciudad, una especie de ratonera formada por varios *hutong* estrechos y viejas casas de vecindad. Antes de que los comunistas tomaran el poder, el barrio había sido la sede de los Bada Hutong, la zona de las prostitutas.

Haverford le dio las gracias por los servicios prestados y lo despidió. Llamó por un teléfono seguro a Bill Benton, jefe del centro de operaciones en Pekín, que en ese momento trabajaba desde Macao.

—Necesito fotos y planos de la ópera de Zhengyici —solicitó Haverford—. También quiero la comprobación de un valor activo en el distrito de Xuanwu.

Por regla general, una petición de esas características llevaba semanas, en el supuesto de que le dieran respuesta, pero a Benton le habían explicado

con toda claridad que Haverford disponía de prioridad absoluta. Las fotos y los planos solicitados llegaron al cabo de quince minutos, y una hora después Benton llamó por teléfono.

—¿Qué tenemos en Xuanwu? —preguntó Haverford.

—Has tenido suerte. El templo de la Verdad Verde se encuentra calle abajo.

—Haz el favor de decirme qué es el templo de la Verdad Verde —replicó Haverford mientras con la mirada lo buscaba en el mapa, hasta hallar dónde se encontraba.

—La mezquita más antigua de Pekín —respondió Benton.

Una foto del templo apareció ante los ojos de Haverford. Se parecía a cualquier templo chino antiguo, tanto budista como taoísta, con columnas rojas y azules y tejado inclinado. De repente, Haverford se percató de que las tejas no eran del azul acostumbrado, sino verdes.

—¿Los comunistas no la derribaron?

—No pudieron, se encuentra en pleno barrio hui.

Haverford se dio cuenta de que Benton jugaba a «yo sé más que tú». Era la actitud típica de los viejos agentes destacados en China, siempre a la defensiva debido a que habían «perdido» el país a manos de los comunistas y estaban resentidos por haberse convertido en subordinados del Buró para Asia y de recién llegados como Haverford. De todos modos, era comprensivo, ya que la mayoría de sus valores activos habían recogido velas y le tocaba construir lenta y dolorosamente una nueva red de espías.

—Me refiero a la minoría musulmana que habla chino —explicó Benton—. Llevan un milenio en Pekín. El islamismo que practican se denomina *qing zhen*, que significa «la verdad verde».

—¿Somos dueños de un puñado de hui? —preguntó Haverford.

—Disponemos de unos cuantos —respondió Benton—. Odian a los condenados rojos y los consideran infieles impíos que intentan reprimir su religión. Además, están conectados con la minoría musulmana de Xinjiang, la que intenta separarse.

Haverford llegó a la conclusión de que había posibilidades.

—Necesitaré un equipo de extracción.

—Podemos solucionarlo.

—Y un lugar para entregas impersonales para un valor activo de Pekín —dijo Haverford.

—¿Dejarás caer algunas armas en Xinjiang?

—Dalo por hecho.

—Volveré a llamarte para darte los detalles —concluyó Benton.

—Iré a Hong Kong para consensuarlos contigo.

Haverford no quería que Benton fastidiara la operación y no disponía de mucho tiempo para darle los últimos retoques al plan y pasárselo a Hel.

33

El arma era tan horrible como letal.

«No tiene honor y, por consiguiente, tampoco belleza —reflexionó Nicholai—. La espada es hermosa por el cuidado y la maestría dedicados a su creación, y honrosa por la valentía que requiere esgrimirla en el combate.»

¿Qué podía decir de un «lanzagranadas»?

«Es horrible en relación con su capacidad destructiva. Producido anónimamente por burros de carga sin alma en la cadena de montaje de una fábrica de Estados Unidos, el lanzagranadas no define a su propietario, sino la capacidad de matar y destruir a distancia.»

A medida que Yu enumeraba los detalles técnicos, Nicholai se vio obligado reconocer que su potencial era impresionante.

El lanzagranadas M20, alias la «superbazuca», pesaba casi siete kilos y medía poco más de metro cincuenta, la mitad de los cuales correspondían al cañón. Servía para disparar un proyectil Heat que, a una velocidad de unos cien metros por segundo, penetraba veintiocho centímetros en los blindajes a una distancia efectiva de noventa metros. Era capaz de atravesar un tanque pesado, un transporte de personal blindado, un semioruga o un búnker fortificado.

El arma, básicamente un tubo al que habían añadido un dispositivo de disparo eléctrico y mira réflex, se dividía en dos partes que dos hombres podían transportar sin dificultades. Existía la posibilidad de disparar de pie,

sentado o en posición horizontal, propósito principal con el que había sido concebida. Por ejemplo, un hombre podía tumbarse en un arrozal o permanecer de pie entre las espadañas y disparar con precisión. Una pareja de soldados bien entrenados eran capaces de disparar seis rondas en menos de un minuto, mientras que un equipo de élite llegaba a hacer dieciséis disparos en el mismo tiempo.

—Si no hubiera otra solución, ¿podría manejarla una sola persona? — quiso saber Nicholai.

—En cuanto está montada en el trípode, sí.

—¿Los trípodes están incluidos?

—Por supuesto, camarada Guibert.

Nicholai le hizo abrir cada una de las cincuenta cajas e inspeccionó uno por uno los lanzagranadas. Aunque no era un experto, la falta de dicha revisión habría despertado las sospechas de Yu. Un traficante de armas serio, como sin duda lo era Guibert, no se habría arriesgado a revisar cinco cajas de lanzagranadas y descubrir después que las cuarenta y cinco restantes contenían ladrillos de adobe.

El armamento estaba recubierto de una delgada capa de grasa para evitar que los hongos dañasen las miras.

—¿También proporciona el disolvente para limpiarlas?

—Ni lo dude.

Nicholai se dijo que cincuenta lanzagranadas como esos, cada uno de los cuales era capaz de destruir un tanque, un semioruga o un búnker de los franceses, podrían suponer una gran diferencia para el Viet Minh.

Tal vez conllevara una diferencia decisiva.

El Viet Minh había lanzado prematuramente una ofensiva convencional contra las tropas francesas en el río Day. En solo veintiséis días de combates, el Viet Minh perdió once mil hombres que fueron abatidos en masa por la superioridad de la potencia de fuego y de los blindados de los franceses. A pesar de todo, había estado a punto de imponerse y lo habría conseguido de no ser porque los americanos intervinieron con un arma novedosa.

La llamaron «napalm», fuego líquido lanzado desde aviones, y los combatientes del Viet Minh quedaron incinerados donde se encontraban.

Nicholai se preguntó si los genios americanos de la destrucción generalizada no conocían límites y recordó tanto las bombas incendiarias sobre Tokio como las atómicas que arrasaron Hiroshima y Nagasaki.

—Los compraré..., según el precio.

En realidad, no era necesario regatear, ya que Haverford le había proporcionado dinero más que suficiente, pero ¿qué traficante de armas no intentaría obtener un precio ventajoso?

Michel Guibert lo habría hecho.

—Estoy autorizado a negociar en nombre del Ministerio de Defensa —aseguró Yu—. ¿Qué le parece si hablamos durante la comida?

Se dirigieron a un pabellón cerrado que daba al lago del parque de Longtang.

La comida era excelente: pescado entero y cocido en una salsa marrón dulce, seguido de verduras de hoja con ajo y *zha jiang ma*, fideos de trigo gruesos con carne de cerdo picada y salsa de soja amarilla.

—¿Cuál es su precio? —preguntó Nicholai.

—¿Qué ofrece? —repitió Yu, que no quiso morder el anzuelo y hacer la primera puja.

Nicholai mencionó una cifra disparatadamente baja.

—Creo que ha entendido mal. No solo comprará las cajas, sino su contenido.

El chino multiplicó por cuatro la cifra que Nicholai le había ofrecido.

—Tal vez me he expresado mal. Quiero comprar cincuenta, no quinientos —añadió Nicholai, y subió ligeramente su oferta.

—Tenemos gastos —dijo Yu, y mencionó otra cifra.

—Al parecer, grandes gastos —ironizó Nicholai.

A partir de ese momento supo el precio real al que Yu aspiraba, pues el coronel subió en mera proporción aritmética hacia la suma que quería. «Un jugador de go poco imaginativo, carente de sutileza y elegancia.» Como deseaba acabar con ese desagradable regateo, Nicholai elevó su oferta a la cifra situada justo por debajo de la que Yu deseaba. Se sorprendió cuando

este aceptó. Se le pusieron los pelos de punta y se preguntó a qué se debía que el chino hubiese estado de acuerdo.

Yu no tardó en darle la respuesta:

—Ahora tenemos que hablar del transporte.

Nicholai simuló que el tema le interesaba. No tenía ni la más remota intención de comprar esas armas y, mucho menos, de trasladarlas. Cuando los lanzagranadas estuvieran a punto para viajar, ya habría matado a Voroshenin y, con un poco de suerte, habría escapado. Como debía seguir adelante con el juego, dijo:

—Desde luego que abonaré gastos razonables de transporte hasta un sitio próximo a la frontera vietnamita.

Yu asintió con la cabeza y precisó:

—Depositara los fondos en un banco de Lausana. En cuanto recibamos el pago, le mencionaremos un lugar de la provincia de Yunnan. La correspondiente unidad del ejército lo ayudará a transportar la mercancía hasta la frontera con Vietnam. A partir de ahí, todo depende de usted y de su cliente final.

—Depositara la mitad del dinero en una cuenta en Suiza, y la otra mitad cuando la mercancía y yo llegemos sanos y salvos a la frontera —aclaró Nicholai.

—Su falta de confianza es inquietante.

—Me han dicho que, pese a los esfuerzos, sin duda heroicos, del Ejército Popular de Liberación, las montañas de Yunnan están plagadas de bandidos.

—Solo son un puñado de elementos contrarrevolucionarios de poca importancia que se aferran a la supervivencia —puntualizó Yu—. No tardaremos en exterminar a esos *tu fei*.

—En el ínterin, no me gustaría que me quitasen la mercancía antes de entregarla a mi cliente —aseguró Nicholai—. Perdona mi descortesía, pero se me ocurre que la unidad del ejército local que mencionó se mostraría más diligente si tuviera, por decirlo de alguna manera, un interés de base.

Yu dejó los palillos sobre el plato.

—Los capitalistas siempre dan por hecho que todo el mundo está motivado por el dinero.

—Y los comunistas, no —apostilló Nicholai—. Por eso la cuenta en un banco suizo. Dígame, ¿por qué supone que soy capitalista?

—Evidentemente no es comunista.

—Soy guibertista.

Yu rió entre dientes y propuso:

—Dos tercios y un tercio.

—De acuerdo.

Nicholai cogió los palillos y siguió comiendo.

34

—¿El trato está cerrado? —preguntó Peng.

—Sí —respondió Yu.

—Bien hecho —afirmó Peng—. ¿Todavía finge que es el francés Guibert?

—En realidad, lo hace de maravilla.

Peng rió a carcajadas.

35

Diamond cogió el teléfono.

—Dígame.

—Soy yo, Benton. Haverford me pidió que lo pusiera al día.

—Lo escucho —respondió Diamond, que rió para sus adentros.

A Benton le gustaba su trabajo, podía considerarse afortunado de tenerlo y quería conservarlo.

36

—Usted es... —Chen buscó la palabra en chino y finalmente optó por la francesa—, es todo un *gourmand*.

Nicholai se encogió de hombros.

—Soy francés.

A su regreso de la reunión con Yu, la atractiva recepcionista del hotel le entregó la llave y le preguntó si aceptaba sugerencias sobre el restaurante donde iba a cenar esa noche. Nicholai accedió de buena gana y la joven le recomendó el Hong Binlou.

A Chen le agradó que Guibert quisiera ir a ese establecimiento distinguido y con solera para degustar su característica cocina musulmana. Una de las ventajas adicionales de acompañar a un visitante extranjero era la posibilidad de comer y cenar en restaurantes que, por otros medios, no podía permitirse. Aun cuando hubiese tenido dinero, la visita frecuente a los mejores establecimientos lo habría expuesto a acusaciones de decadencia.

Obviamente, no servían cerdo, lo que quedó más que compensado por las brochetas de succulento cordero, el estofado mongol y, sobre todo, la anguila cortada en rodajas y rehogada.

Los camareros, en su totalidad hui que hacía generaciones habían emigrado de las provincias occidentales, vestían chaquetilla blanca, pantalón negro y, en su condición de musulmanes, casquetes blancos. Las pocas mujeres del restaurante, en su mayoría familiares de los propietarios, se cubrían la cabeza con velos o chales.

—Supersticiones religiosas —se sintió obligado a decir Chen, para revestirse de ortodoxia política—. ¿Me equivoco si supongo que es católico?

—De nacimiento —contestó Nicholai.

En mitad de la cena, Nicholai se disculpó y fue al lavabo. El camarero le dirigió una ligerísima mirada cuando pasó a su lado, cerca de la cocina, y recorrió el estrecho pasillo que llevaba a los servicios.

Nicholai echó el cerrojo a la puerta, orinó para satisfacer a quien pudiese oírlo y abrió el grifo para lavarse las manos y disimular el ruido cuando levantó la tapa de la vieja cisterna. Escrito en papel de fumar, el mensaje estaba pegado en el interior con un trozo de chicle.

Nicholai tradujo el mensaje cifrado, se lo aprendió de memoria, hizo añicos el papel, lo tiró en el lavabo e hizo correr el agua.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Chen cuando el joven regresó a la mesa.

—Perfectamente. ¿Por qué lo pregunta?

—Pensé que tal vez la anguila le había revuelto el estómago —explicó Chen.

—En la región de Francia en la que nací es un plato común —precisó Nicholai.

—Ah.

El camarero era joven, guapo, con pómulos altos y sorprendentes ojos azules. Le tembló un poco la mano cuando le entregó la cuenta a Nicholai.

—Camarada, ¿ha sido de su gusto?

—Todo ha sido como me dijeron que sería —reconoció Nicholai, y se alegró de que Chen estuviera concentrado en rebañar los restos de salsa roja con un panecillo al vapor y no se percatase del nerviosismo del camarero.

—Me alegro mucho. Se lo diré al jefe de cocina.

—Hágalo, por favor.

El coche y el chofer esperaban en la puerta del restaurante.

—¿Por qué no vamos andando? —propuso Nicholai.

—Hace mucho frío.

—Estamos bien pertrechados, tanto por fuera como por dentro — bromeó Nicholai, y se palmeó el vientre.

Chen accedió, a regañadientes. El coche con chofer era un gran privilegio, pero ese huésped extranjero pretendía caminar como los campesinos. De todas maneras, tenía que complacerlo..., se rumoreaba que acababa de cerrar un importante acuerdo comercial con el ministro de Defensa.

Nicholai oyó el crujido de sus zapatos sobre la nieve y estuvo atento al ritmo de sus pisadas mientras repasaba mentalmente las instrucciones de Haverford:

Ultime la liquidación. Salga del teatro, atraviese el mercado y métase en el templo de la Verdad Verde. El equipo de extracción, formado por musulmanes hui anticomunistas, lo estará esperando. Lo trasladarán en camión hasta el puerto de Qinhuangdao, donde un barco pesquero lo conducirá a un submarino americano que navega por el mar Amarillo. Buena suerte.

«¡Vaya con la buena suerte!», pensó Nicholai. Haría falta una buena suerte increíble para salir de la ópera, por no hablar de recorrer las callejuelas estrechas hasta la mezquita. Por si eso fuera poco, ¿qué haría el «equipo de extracción» para pasarlo por los diversos puestos de control que había hasta Qinhuangdao?

Las dudas lo invadieron.

La verdad es que tampoco tenía sentido pensar demasiado en las improbabilidades.

Nicholai se levantó para la carrera matinal.

Esa mañana, Sonriente y Galgo lo esperaban; con ironía, Nicholai reparó en que calzaban zapatillas o, mejor dicho, lo que el Ejército Popular de Liberación entendía por zapatillas.

A decir verdad, a Nicholai no le gustaba correr, lo consideraba un ejercicio aburrido y repetitivo, carente del entusiasmo de la espeleología y de las exigencias del *kata* de la «matanza sin armas». De todas maneras, tuvo que reconocer que cumplía una finalidad cardiovascular.

Echó a andar y reflexionó sobre el desafío de asesinar a Voroshenin. Aunque el ruso disponía de palco en el teatro, lo que garantizaba la discreción necesaria, sin duda estaría muy vigilado. Seguramente acudirían sus tres guardaespaldas, así como los habituales agentes de seguridad chinos y policías, tanto de paisano como uniformados.

«Estoy seguro de que los vigilantes de Voroshenin me registrarán antes de que entre en el palco y me sienten junto a su jefe, de modo que no puedo llevar armas», pensó Nicholai. Se dijo que no era un problema grave, porque, de hecho, por ese motivo la habían elegido para la misión; y ahora corría en medio del gélido aire de Pekín en lugar de pudrirse en una celda de la cárcel de Sugamo.

El acto en sí sería relativamente sencillo, pues en algún momento Voroshenin se inclinaría hacia el escenario y su cuello quedaría expuesto a

un golpe letal. Si se tratase de una misión suicida al estilo japonés, no habría nada más que pensar. Nicholai se prepararía para la muerte y punto.

«Puesto que prefieres seguir vivo, tienes que pensar cómo te las apañarás para cargarte a Voroshenin y salir del palco, por no hablar del edificio», reflexionó mientras corría hacia el norte, en dirección al parque de Beihai.

La sala estaría a oscuras y los focos iluminarían el escenario, lo que representaba una ventaja. También debía tener en cuenta el ruido. Con sus tambores, sus gongs y sus agudas vocalizaciones, los neófitos podían llegar a pensar que aquel tipo de ópera era una especie de cacofonía que provoca migraña, pero el sonido taparía sin problemas los estertores de la agonía de Voroshenin, que Nicholai esperaba acortar mediante un golpe concluyente.

Entró en el parque y quiso evitar la monotonía a sus seguidores, por lo que cogió el sendero oeste en lugar del este para rodear el lago. «Es lo mínimo que puedo hacer por haberlos sacado tan temprano de la cama y, además, no hay entrega impersonal programada en el puente.»

Evaluó qué sucedería si lograba matar a Voroshenin sin que nadie se enterase. En ese caso, podría incorporarse, salir del palco seguido solo por los chinos y perderlos por los *hutong* de Xuanwu antes de esfumarse en el interior de la mezquita.

Mientras correteaba por la orilla del lago se preguntó si lo lograría.

Comprendió que, sin lugar a dudas, era posible, y oyó la voz del general Kishikawa: «Jamás pienses en la posibilidad de tener éxito; considera únicamente la imposibilidad de fracasar».

«*Hai*, Kishikawa-sama.»

Analizó los numerosos métodos que ofrecía la matanza sin armas para acabar a corta distancia con un adversario sin provocar demasiado alboroto. Las dividió en categorías según su posible emplazamiento: sentado a la derecha de Voroshenin, a la izquierda, detrás y, aunque resultaría más difícil, separado de su objetivo por una butaca ocupada por un guardaespaldas u otro invitado.

Parecía difícil, pero no imposible.

Solo el fracaso era imposible.

Era impensable.

Al bordear el extremo norte del lago, Nicholai apretó el paso para superar el aburrimiento y, sobre todo, para evaluar la velocidad de Galgo. Tal vez todo se redujera a una carrera a pie para generar espacio y tiempo y perderlo de vista en Xuanwu.

Galgo fue fiel a su apodo. Aceptó el reto de Nicholai y lo siguió durante el primer minuto. El aceleró un poco más, volvió a ganar terreno y notó que Galgo no lo alcanzaba.

«Por lo tanto, es posible —concluyó Nicholai, que aflojó el paso para no alarmar indebidamente a sus seguidores—. Es posible hacerlo y sobrevivir.»

De regreso en el hotel, se quitó la ropa sudada, se dio un rápido baño con agua que solo podía calificarse de templada, se vistió y bajó a tomar un escueto desayuno de leche de soja tibia y verduras encurtidas. Hacía días que tomaba alimentos pesados, razón por la cual su cuerpo estaba menos activo y ralentizado.

Chen llegó al cabo de unos minutos. Tomó asiento, pidió té con tono tajante y miró a Nicholai con tristeza.

—Le gusta hacer ejercicio —lo acusó, y dejó de fingir que Nicholai no estaba sometido a vigilancia constante.

—¿Qué tiene de malo?

—Así gratifica sus impulsos.

—Pues yo pensaba todo lo contrario.

Sirvieron el té a Chen.

—Gratifica sus impulsos en el sentido de que consume recursos que podría dedicar a otros menesteres.

—¿Como arrellanarse en el vestíbulo? —soltó Nicholai, y se preguntó por qué resultaba tan divertido importunar a Chen.

—Mis hombres están muy ocupados —aseguró Chen—. Tienen mucho que hacer.

—Camarada Chen, estoy totalmente de acuerdo con usted —afirmó Nicholai—. Es una verdadera pérdida de tiempo y de recursos que sus hombres me sigan por...

—No le «siguen» —lo interrumpió Chen—. Se limitan a «protegerlo».

—Está claro que ofrecer protección representa una pérdida de recursos en esta nueva sociedad popular, en la que el crimen es un anacronismo que ha quedado relegado al pasado imperialista.

—Lo protegen de los contrarrevolucionarios —insistió Chen, y se mostró cada vez más agitado.

—Aja —masculló Nicholai, e hizo una ligera reverencia—. Me acabo de dar cuenta de que he cometido un error. Le ruego que acepte mis disculpas por semejante desconsideración. Dejaré de salir a correr por la mañana.

—No es eso —añadió Chen, que pareció ablandarse—. Solo quería que supiera... ¿Eso es todo lo que desayunará?

—Era lo que pretendía, pero ahora que lo pienso no vendrían mal unos bollos al vapor con pasta de judías rojas, ¿no?

—Solo si le apetece.

—Solo si los comparte conmigo.

—Solo porque pretendo ser un anfitrión cordial.

Resuelta la cuestión, pidieron bollos y, nuevamente amigos, desayunaron y charlaron de temas corrientes como el tiempo.

Un rato después abandonaron la mesa y se dirigieron al banco.

Aunque ciertos símbolos del capitalismo resultaban profundamente molestos, los comunistas necesitaban bancos para realizar transacciones comerciales, de modo que en Pekín sobrevivían varios, cuyo personal se sentía un tanto avergonzado y culpable por asociación.

—¿A qué banco vamos? —preguntó Chen en cuanto montaron en el coche.

—A la Banque de l'Indochine —replicó Nicholai.

—No podía ser de otra manera.

La respuesta de Chen denotó una ligera ironía. Había bancos y bancos: algunos realizaban un buen seguimiento de las transacciones de sus clientes, mientras que a otros se los conocía por hacer la vista gorda. La Banque de l'Indochine tenía fama bien merecida de formar parte del segundo grupo y su actitud censuradora era tan selectiva como la de todo el Sudeste asiático, es decir, alegre y recatadamente corrupta.

Si un traficante de armas francés pretendía realizar transacciones monetarias turbias en Asia, la Banque de l'Indochine era la entidad adecuada.

Nicholai sacó un paquete de cigarrillos del abrigo, invitó a Chen y al chofer y encendió los tres pitillos.

—*Xie xie* —dijo el chofer, y fueron las primeras palabras que le dirigió a Nicholai.

Solo tardaron unos minutos en llegar al banco. El chofer permaneció en el coche mientras Chen acompañaba a Nicholai y preguntaba por el director.

«Los directores de banco están cortados por el mismo patrón», pensó Nicholai mientras el hombre salía de su despacho y se mostraba ligeramente sorprendido de que irrumpiesen en su sucursal cuando estaban a punto de cerrar. No tardó en adoptar la actitud habitual según la cual cualquier transacción supone una interrupción.

Aunque tenía previsto hablar en chino, Nicholai empleó el francés:

—Camarada, ¿habla mi lengua?

—Sí, por supuesto —respondió el director, y con el mentón señaló la cristalera, donde habían grabado «Banque de l'Indochine».

Nicholai tuvo la sensación de que el director no se sentía plenamente cómodo con su chaqueta Mao. Estaba claro que habría preferido el traje gris marengo de rigor que constituía el uniforme de los banqueros en los buenos y viejos tiempos.

—Quiero hacer una transferencia y me gustaría hacerla en privado —dijo Nicholai.

Se mostró muy descortés para que el director del banco se hiciese cargo del abismo social que los separaba, se comportara de un modo sumiso y

tuviese ganas de resolver el trámite para que se largara de una vez. Nicholai pretendía que el banquero no revisara demasiados documentos ni realizase excesivas diligencias.

—Supongo que tiene cuenta con nosotros.

—Por supuesto —replicó Nicholai, y le entregó su libreta, obra de los falsificadores de la CIA.

El director de la Banque de l'Indochine echó un vistazo a la libreta y preguntó:

—¿Y el pasaporte? —Nicholai se lo entregó, el director paseó la mirada de la foto a Nicholai y vuelta a empezar, al tiempo que decía—: Está bien, *mon...*, camarada Guibert. Le ruego que me acompañe. —Chen intentó seguirlos, pero el banquero le espetó—: Usted se queda aquí. —Nicholai lo siguió por el pasillo hasta un cubículo de cristal con un escritorio y una silla. El director hizo señas para que tomase asiento y le dijo—: Por favor, rellene estos formularios.

Nicholai tomó asiento y relleno el complicado papeleo mientras el director del banco se ponía discretamente de espaldas. Le pasó las hojas y el banquero le aconsejó que se pusiera cómodo y esperase.

Mientras aguardaba, Nicholai se dijo que esperaba que Haverford hubiese depositado los fondos que necesitaba. Los chinos iban a por todas en los negocios y no soportaban a los aprovechados. «Si en la cuenta no hay fondos, me echarán sin miramientos y no tardarán en darme la patada.»

Esa era la mejor opción. La peor de las posibilidades consistía en que el papeleo desencadenase una alerta interna, en que hubiera habido una filtración de la CIA y en que quien volviese al cubículo no fuera el acobardado director, sino la policía china.

Sonó el teléfono en la habitación de Haverford del hotel Península de Hong Kong.

—¿*Monsieur Cartier*? —preguntó en francés una voz con marcado acento vietnamita.

—Así es.

—A través de nuestra sucursal de Vientiane acabamos de recibir la petición de una transferencia de fondos por un importe significativo y se ha activado la notificación interna de que debíamos informarlo.

—Así es.

—Procede de *monsieur* Guibert. —Por favor, dígame el destino.

La voz con marcado acento vietnamita mencionó el número de una cuenta suiza.

—Pues sí, me parece bien.

—Gracias. Buenos días.

—Buenos días.

Veinte minutos después, el director regresó con la feliz noticia de que todo estaba en orden y condujo a Nicholai a otro despacho, en el que un telegrafista permanecía sentado ante una amplia mesa de madera. El director le entregó la documentación y le pidió que realizase la transferencia.

—Los fondos estarán disponibles en Suiza a la hora en que abren los bancos —aseguró el banquero y, sin expresarlo de palabra, mostró más respeto por su cliente, ya que la cifra era considerable.

—Gracias —dijo Nicholai.

—Gracias a usted por elegir nuestro banco —repuso el director, y, como quería hacer saber a Nicholai que era un hombre ocupado, apostilló—: Si no necesita nada más...

—Es todo, gracias.

Nicholai se reunió con el ofendido Chen en la sala de espera del banco.

—¿Ha terminado? —preguntó el escolta secamente.

—Ese hombre es un necio entrometido —aseguró Nicholai.

—No tiene la menor importancia.

—Ahora me gustaría dar un paseo, siempre y cuando tenga la amabilidad de acompañarme.

—Lo haré encantado.

Regresaron al coche y pusieron rumbo a la Gran Muralla.

38

Mientras esperaba en el desembarcadero del Star Ferry en Kowloon, Haverford pensó que el plan empezaba a cuajar.

Hel había recibido el mensaje a través del restaurante musulmán. Sabía dónde tenía que ir y cómo llegar. Los miembros del equipo de extracción, formado por hui, iban de camino al templo de la Verdad Verde.

—Necesitamos mucho ingenio, ya que la situación puede ponerse difícil —advirtió Haverford.

—Todos los miembros son duchos en *bajiquán*, el arte marcial chino-musulmán —replicó Benton—. Es excelente para actuar a corta distancia en espacios cerrados. La guardia personal de Mao también practica ese arte. El jefe del equipo es un gran maestro.

—Más le vale —aseguró Haverford.

—Tranquilízate —le respondió Benton—. Es rápido y limpio.

Haverford pensó que sí, que rápido todo lo que quieras, pero que nada de lo que hacían era limpio.

Sería agradable dejar Hong Kong. A Haverford nunca le había gustado y los británicos se mostraban absurdamente sensibles cada vez que los «primos» salían de caza sin permiso por su territorio. Esa misma mañana, Wooten, su equivalente británico, lo había abordado durante el desayuno en el Península sin darle tiempo a beber ni siquiera una taza del espantoso café que preparaban.

—Buenos días, Adrián —saludó Haverford—. ¿No es demasiado temprano para ti?

—Ya he pedido un *bloody mary* —replicó Wooten. Hombre corpulento y fanfarrón que, por lo que Haverford recordaba, había sido jugador de rugby, Este hombre parecía fuera de lugar en China. Sin embargo, las apariencias engañan, pues se trataba de un sinólogo reconocido, como atestiguaban sus estudios en Cambridge y una vida pasada en Asia—. Ellis, ¿qué te trae por aquí?

—Te garantizo que no es el café.

—¿A qué has venido?

—Adrián, eres excesivamente directo.

—Es temprano y tengo resaca.

El camarero llegó con el *bloody mary* y Wooten bebió, encantado de la vida.

—Pasaba por aquí de regreso de Macao y se me ocurrió consultar a los adivinos de las hojas de té.

—¿Algo de lo que mi rey deba estar informado?

—No, a menos que se aburra como una ostra —replicó Haverford—. Se trata de lo insólito de siempre: el presidente selecciona a sus enemigos, la oposición no levanta cabeza y han organizado todo tipo de campañas contra esto y contra aquello.

—Mis chicos dicen que ayer avistaron a Benton.

—Cada persona necesita estar en algún sitio —espetó Haverford, y se hizo eco del viejo chiste de Myron Cohén. Pensó que iría a ver su espectáculo la próxima vez que visitara Nueva York.

«¡Malditos sean Benton y su afición a apretar el acelerador!», pensó el americano.

Wooten asintió con la cabeza.

—Reconocerás que avistar tanto a Benton como a Haverford pone los pelos de punta. —Haverford se encogió de hombros. La cara colorada de Wooten adoptó una expresión extraordinariamente seria cuando dijo—: Ellis, no quiero que te revuelques en mi estercolero. No os quiero a Benton ni a ti. ¿He sido claro?

—Adrián, voy de regreso a Tokio.

—No me gustaría ser poco hospitalario, pero ¿cómo te trasladarás al aeropuerto? —quiso saber Wooten.

—En taxi.

—No es necesario. Pediré a uno de mis chicos que te lleve. De lo contrario, se pasan el día sentados y bebiendo cerveza.

«Es evidente que me escoltan para que abandone la colonia», concluyó Haverford. Le daba igual, pues la planificación de lo que tenía que hacer allí estaba prácticamente finiquitada.

Wu Zhong empotró el codo en el poste de madera.

Un flechazo de dolor le recorrió el antebrazo, atravesó la muñeca y se clavó en su mano, todavía abierta en la característica postura del «rastrillo» que daba nombre al *bajiquán*, pero Wu expulsó aire y miró la madera astillada. Su codo acababa de hundirse ocho centímetros en el poste.

Así es el *bajiquán*: se basa en golpes individuales, rápidos y devastadores. En cierta ocasión, el gran maestro Li Wu Shen había dicho: «No sé lo que se siente al pegar dos veces a alguien».

Si el poste hubiese sido un hombre, la fuerza expansiva del golpe le habría destrozado el cuello, la frente o, lisa y llanamente, habría detenido su corazón. Wu quería seguir con las prácticas, pero oyó la llamada a la oración desde el minarete que se alzaba a una manzana.

Se puso un caftán blanco y la gorra, y salió del dojo a Nelson Street. La mezquita era la más grande de Hong Kong y atendía a la reducida pero devota comunidad musulmana de la isla. Los ulemas habían ido en aumento en los últimos años, ya que los refugiados huidos de territorio continental encontraron un hogar más afable en la cosmopolita Hong Kong que en el Taiwán de Chang Kai-shek.

Al caminar hacia la mezquita, Wu se alegró de ir a rezar. Esa noche lo infiltrarían en los Nuevos Territorios y cruzaría la frontera de su tierra natal. La misión en sí misma era muy simple; el peligro radicaba en entrar y salir. Instructor de *wushu* del ejército del Kuomintang durante varios años hasta

que volvió a la vida civil, lo pasaría muy mal si caía en manos de los comunistas.

A sus treinta y cinco años, Wu tenía esposa y tres niños pequeños, que lo necesitaban. Por lo tanto, no podía rechazar una misión de esas características. Le pagaban bien y, por añadidura, le permitiría asestar un golpe a los odiados comunistas, cafres infieles que oprimían a su pueblo. No solo llevaría a casa ingresos que les permitirían vivir un año, sino que el agente americano se había comprometido a enviar un cargamento de fusiles al movimiento rebelde que comenzaba a formarse en Xinjiang.

Hombre alto y de hombros impresionantemente anchos, Wu tuvo que ponerse de lado para franquear la antigua puerta de la mezquita. Se quitó las babuchas, buscó la esterilla para orar que estaba en el lugar acostumbrado, entró en el santuario y se postró. Varios hombres, amigos del barrio, ya habían entrado y estaban arrodillados.

Wu tocó el suelo con la frente y no consiguió dejar de pensar en la misión. Matar no le preocupaba. Muchas veces había empleado su dominio del *bajiquán* para quitar la vida a alguien: comunistas en Shanghai, japoneses en Hunan y luego rojos, hasta que Chiang Kai-shek renunció a la lucha y los abandonó a su suerte.

Ahora libraba una nueva guerra, una yihad para salvar a su pueblo. Si matar contribuía a conseguirlo, que así fuera. Lo haría, y si la voluntad divina le permitía sobrevivir y regresar junto a su familia, *inshallah*. En caso contrario, sabía que los ulemas no dejarían que su familia muriera de inanición. Un hermano se casaría con su viuda y cuidaría de sus hijos.

Reconfortado por ese pensamiento, Wu se entregó a la oración y, como siempre, el ritual lo llevó a sentirse bien. Se trataba de algo antiguo, sólido y fiable. Sintió gozo al rendir culto, y paz al repetir cadenciosamente las antiguas palabras: «No hay más dios que Alá, y Mahoma es su profeta».

Leotov, que tenía los ojos hinchados, se detuvo ante el escritorio de Voroshenin.

Había trabajado toda la noche, y a Voroshenin ni se le ocurrió ofrecerle un vaso de té, pese a que su jefe sí que bebía y el azúcar blanco se había posado en el fondo del vaso como la arena del lago de una de las dachas a las que Voroshenin podía ir de vacaciones y que a Leotov le estaban vedadas.

—¿Qué ha averiguado? —preguntó Voroshenin.

Leotov comenzó por Guibert.

Todo parecía corroborado. La familia Guibert procedía del Languedoc, se dedicaba al tráfico de armas y tenía vínculos con los comunistas franceses. Papá Guibert había abierto un despacho en Hong Kong para aprovechar las oportunidades comerciales que planteó la lucha incesante entre los señores de la guerra chinos después de la revolución de 1911. Al parecer, interrumpió sus operaciones durante la ocupación japonesa y su supervivencia se debió a su distanciamiento y a la condición de no combatiente en la Francia de Vichy. De todos modos, corrieron rumores de que, en connivencia con los americanos, siguió colaborando con los rebeldes vietnamitas que lucharon contra los japoneses, sobre todo, pero no exclusivamente, con Ho Chi Minh y los suyos.

Al parecer, su ideología de izquierdas era bastante flexible y, terminada la guerra, hizo tratos tanto con los nacionalistas como con los comunistas de

China, así como con los movimientos independentistas de la Indochina francesa.

—¿Tiene conexiones con L'Union Corse? —preguntó Voroshenin en alusión a la mafia corsa que controlaba el tráfico de drogas y de armas entre Francia y sus colonias en el Sudeste asiático.

—Por supuesto —replicó Leotov—. Se trata de una relación estrictamente comercial, ya que Guibert no es corso. Sin duda tuvo tratos con L'Union Corse durante la guerra.

—¿Qué puede decirme del hijo?

—¿De Michel?

Voroshenin suspiró antes de responder:

—Sí, claro.

Con respecto al hijo, daba la impresión de que todo estaba como debía. Leotov dejó sobre el escritorio varias fotos llenas de grano. El hijo había nacido en Montpellier y se había criado en Hong Kong, motivo por el cual hablaba cantones a la perfección. Tenía fama de jugador, mujeriego y holgazán, y no contó con el favor de su padre hasta después de la guerra y del accidente de coche.

—¿Qué ha dicho?

—Sufrió un accidente de coche en... —Leotov echó un vistazo a sus notas—, en el verano de 1950 tuvo un accidente de coche en Mónaco. Al parecer, Michel perdió una fortuna en el casino, ahogó sus penas en alcohol y estrelló el coche en una curva cerrada.

Durante varios días, Guibert hijo se debatió entre la vida y la muerte y fue sometido a unas cuantas intervenciones quirúrgicas para que le rehicieran la cara. Por lo visto, las operaciones también lograron una especie de trasplante de carácter, ya que se convirtió en un hombre distinto, más serio y deseoso de ocupar su sitio en el negocio familiar.

—¡Qué interesante! —exclamó Voroshenin.

Leotov se encogió de hombros porque, francamente, no vio nada interesante en esa historia.

A Voroshenin le llamó la atención. Al fin y al cabo, no había sobrevivido a las purgas estalinistas haciendo oídos sordos, y el accidente

de coche le resultó sospechoso. ¿Cirugía facial reconstructiva seguida de una metamorfosis moral?

—¿Dónde está el padre en este momento? —dijo Voroshenin—. ¿Lo sabemos?

—Supongo que en Hong Kong.

—¿Lo supone? Averígüelo.

—Sí, camarada.

—Asunto resuelto. ¿Qué me dice de Ivanovna?

—Tengo un informe completo —contestó Leotov, y se dispuso a recitar sus averiguaciones.

—Déjelo.

—Pero hay...

—He dicho que lo deje.

Leotov dejó el expediente sobre el escritorio y se retiró.

Voroshenin abrió el cajón del escritorio, pues tenía la sospecha de que necesitaría un buen trago antes de leer el informe.

«Nicholai pensó que, sin duda, la Gran Muralla era enorme.

Por decirlo de alguna manera, se trata de un logro monumental de la arquitectura y la organización. Sin embargo, al igual que una defensa estática en el go, jamás cumplió la función de impedir la entrada del invasor. No tiene sentido levantar una muralla si puedes comprar a los guardabarreras.

De todas maneras, era una maravilla que se extiende a lo largo de las subidas y las bajadas de montes y colinas, flexible como una serpiente gigante y con las piedras semejantes a las escamas de un reptil. «Tal vez de un dragón..., siguiendo la cosmología zoológica china», pensó Nicholai.

Llegó a la conclusión de que la analogía con el go era más adecuada. La muralla era como una fila larga y delgada de piedras, vulnerable por su longitud y sin el apoyo de la profundidad defensiva.

«Indiscutiblemente, de ese monumento se podía tomar una lección.»

Durante el trayecto de regreso a Pekín, Chen se quedó dormido, y Nicholai se libró de la necesidad de darle cháchara. Se dedicó a preparar su mente para la tarea que lo aguardaba y, mientras reflexionaba, se percató de que no tardaría en convertirse en un asesino profesional.

En su breve vida había liquidado a tres hombres, cifra insignificante si la comparaba con la de sus coetáneos, a quienes la guerra había obligado a cometer matanzas.

El primero había sido Kishikawa, su figura paterna, y había acabado con la vida de su mentor para evitarle el deshonor. Por consiguiente, se trataba de una cuestión de deber filial, prácticamente como si hubiese ayudado al general a cometer un *sep-puku*.

Los dos siguientes habían intentado matarlo, por lo que fueron actos de autodefensa.

El siguiente sería un asesinato intencionado y con fines lucrativos. Podía racionalizarlo y creer que reivindicaba su vida y la de Solange, pero lo cierto es que estaba a punto de arrancarle la vida a otro ser humano para beneficiarse y las evasivas morales resultaban tan útiles como las torres de la Gran Muralla.

Por otro lado, la compensación económica de los americanos prácticamente carecía de importancia.

Se trataba de una cuestión vinculada con el honor.

El soviético no era solo otro hombre, otra vida humana.

Poco antes de morir, su madre le había contado lo sucedido entre ella y Yuri Voroshenin.

Petrogrado se había helado y estaba a punto de quedarse sin combustible.

El invierno de 1922 fue extraordinariamente severo, las escasas existencias de carbón comenzaron a mermar y los comunistas derribaron muchas casas particulares con el propósito de utilizar la madera como leña. Podaron los famosos tilos de los jardines Taurichesky para usar las ramas como leña, y los troncos parecían los postes de una horca.

Fue un milagro..., no, no fue un milagro, sino una demostración de la férrea voluntad de la condesa Alexandra Ivanovna, que la casa familiar, que ocupaba la mitad de la calle Kirochnaya, continuase en pie a pesar de que el Petrogrado soviético la había obligado a convertir la mayor parte en una *kommunalka*, una vivienda comunal que albergaba a varias docenas de familias trabajadoras.

Mejor dicho, trabajadoras en teoría, ya que la falta de combustibles, de materias primas y la hiperinflación provocada por los ataques económicos occidentales al rublo habían obligado a cerrar muchas fábricas en Petrogrado. Los obreros estaban pasmados de frío y famélicos.

Una tarde de febrero, Yuri Voroshenin, por aquel entonces jefe de la checa de la ciudad, ascendió por la escalinata hasta las enormes puertas de madera y se sacudió la nieve de los zapatos. Entró sin llamar.

El inmenso vestíbulo estaba lleno de personas que tiritaban, envueltas en abrigos y mantas. La condesa había impedido que cortasen en trozos el caro mobiliario de la casa. Voroshenin pasó junto a los congregados, llegó a la impresionante escalera curva y subió a las estancias que Alexandra Ivanovna conservaba como «apartamentos».

Era una mujer delgada, con las mejillas un poco hundidas, y estaba pálida a causa del hambre. Hasta las clases altas tenían dificultades para conseguir alimentos o para pagarlos. De todas maneras, la condesa lo miró con la actitud altiva de los poderosos, como si lo increpase por atreverse a molestarla a esa hora de la tarde.

Evidentemente, Voroshenin no estaba acostumbrado a las insolencias. Quería que Ivanovna se asustara, como tendría que haberlo estado, ya que era el responsable de innumerables ejecuciones y torturas horribles, y ella estaba a su merced. De todas maneras, la condesa no manifestó el menor temor.

—Buenos días, camarada Ivanovna.

—Ni soy ni nunca seré su «camarada».

—Supongo que sabe que esa actitud podría costarle la vida.

La mujer cerró el libro que estaba leyendo.

—¿Ahora mismo? ¿Nos vamos? ¿Cojo un chal o piensa liquidarme aquí?

—No me hace gracia.

—No es divertido. —Alexandra Ivanovna acercó la mano a la mesilla de noche, cogió un cuadrado de papel de color, lo abrió, dejó al descubierto un trocito de chocolate y reparó en la mirada hambrienta del bolchevique. A pesar de que hacía semanas que guardaba ese bocado, dijo—: Perdome mi

descortesía. ¿Quiere un poco? —Lo partió por la mitad y le ofreció uno de los trozos.

Voroshenin lo aceptó.

—No he probado el chocolate desde...

—Desde antes de la revolución... —añadió Alexandra con tono afable—. Pues sí, en aquellos tiempos San Petersburgo era una ciudad de grandes y pequeños placeres.

—Ahora se llama Petrogrado.

—Como prefiera.

La condesa lo vio degustar el chocolate. Cuando terminó, Voroshenin dijo:

—Tendrá que mudarse.

En medio del relato, Alexandra Ivanovna le preguntó a Nicholai qué otra opción le quedaba. Su familia había muerto durante la guerra o había sido ejecutada por los rojos. Más que la muerte, le espantaba la idea de quedarse en la calle sin sus objetos más queridos, sus pertenencias y sus cosas. Existían pocos lugares donde vivir en Petrogrado, y todavía menos en los que una «rusa blanca» reconocida sería bien recibida. Por las calles había visto personas como ella que acarreaban excrementos humanos, vendían manzanas y alquilaban sus cuerpos.

—¿Adonde iré? —preguntó Alexandra.

—No es asunto mío.

Sola y desvalida, el poder final que le quedaba era lo único que una mujer tenía en aquella época. Lo miró intensamente y dijo:

—Pero podría serlo..., quiero decir que podría ser asunto suyo.

—¿Qué la lleva a pensar así?

—Su forma de mirarme. ¿Estoy equivocada? Tal vez me he confundido.

—No, no se ha confundido.

La condesa Alexandra Ivanovna hizo una señal con la mano y caminó hasta la enorme cama.

La condesa conservó sus apartamentos.

Voroshenin se reunió con ella muchas tardes y casi todas las noches; su cargo en la checa lo protegió, al menos de momento, de la «contaminación social» de mantener una aventura con una integrante de las «clases pudientes».

Una noche, Yuri Voroshenin le dijo que la amaba. Alexandra rió.

—Pensaba que un buen bolchevique como tú no creía en el amor romántico.

—Tal vez sí que creo.

—Pues no deberías. Querido, en este mundo, el romanticismo ha muerto. Tendrías que saberlo, ya que contribuiste a destruirlo. Tenemos un acuerdo, Voroshenin, y nada más.

«¡Vaya con el acuerdo!», pensó Voroshenin. Alexandra se había entregado a él, que la protegía de sí mismo. La simetría resultaba abrumadora.

La tarde siguiente, Voroshenin se presentó en los apartamentos de su amante con expresión de suma preocupación.

—Alexandra, tienes que irte enseguida. La condesa se mostró sorprendida.

—Pensaba que...

—La checa conoce lo de la perspectiva Rizhsky.

Desde la revolución, con gran cuidado, en secreto y poco a poco, Alexandra había escondido la fortuna de la familia Ivanov, es decir, millones de rublos, y la había dejado a buen recaudo en una firma con solera de la perspectiva Rizhsky. A cambio de dinero, los gestores la sacaron poco a poco del país y la depositaron en bancos franceses y suizos. Se trataba de algo increíblemente osado, ya que algunos rusos blancos habían muerto tras ser torturados por atesorar un reloj, un anillo o varias barras de pan. Alexandra conspiró para ocultar millones..., y eso por no hablar de su disciplina: fingió pobreza, pasó hambre y penurias, y solo se permitió un minúsculo trocito de chocolate.

—No tardarán en venir a buscarte —añadió Voroshenin—. Y también a mí. Tienes que irte, marcharte, abandonar el país.

—Pero mis cosas, mis muebles...

—Mañana a las siete, de la estación de Finlandia sale un tren rumbo al este —dijo Voroshenin—. Hay espacio para ti y tus pertenencias. El soborno es elevado, pero no hay duda de que dinero tienes, ¿eh? He preparado los salvoconductos que te permitirán llegar sana y salva a Vladivostok. A partir de allí...

Miles de rusos blancos habían cogido el camino a Vladivostok y atravesado la permeable frontera con China. La mayoría se había decantado por el refugio relativamente cosmopolita de Shanghai. No se trataba de una opción agradable, sino de la única que Alexandra podía utilizar.

—¿Dónde tienes el dinero? —quiso saber Voroshenin—. Lo necesito para los sobornos. El resto te lo llevarás contigo.

—Iré a buscarlo.

Yuri negó con la cabeza.

—Es demasiado peligroso. Te detendrán y, en ese caso..., en ese caso ya no podré protegerte. Además, Alexandra, hablarás hasta por los codos. En esto tienes que confiar en mí, ya que les dirías todo lo que quieren saber... e incluso más.

La condesa reveló dónde estaba el dinero.

—¿La mayor parte sigue allí?

Alexandra Ivanovna asintió.

Elaboraron los planes.

Esa noche, los agentes de la checa tomarían la casa por asalto, «confiscarían» sus muebles y pertenencias, las recogerían y se las entregarían a un factor ferroviario que esperaba en la estación, donde las cargarían en un vagón de la checa.

—Nadie se atreverá a revisar ese vagón —aseguró Voroshenin.

«Detendrían» a Alexandra antes del amanecer y la llevarían a la estación para trasladarla a Siberia. En lugar de desplazarse hacia allí, viajaría con relativa comodidad hasta Vladivostok, provista de documentos que darían fe de su nueva identidad.

—¿Y mi dinero? —quiso saber la condesa.

—Lo llevaré personalmente al tren.

—¿Qué será de ti? ¿No corres peligro?

—Cogeré el tren siguiente con mi nueva documentación —respondió el jefe de la checa—. En Vladivostok decidiremos qué hacemos con nuestro acuerdo. Tenemos que actuar deprisa. Hay mucho que hacer y poco tiempo, y nos están buscando.

Ivanovna le dio las señas de la firma de la perspectiva Rizhsky y se dedicó a reunir sus cosas: joyas, porcelana, cristalería, herencias familiares muy queridas, todo lo que había protegido del populacho a lo largo de los últimos cinco años.

Voroshenin se dirigió a la perspectiva Rizhsky.

Convenientemente sobornados y amedrentados, sus subordinados de la checa detuvieron a Alexandra y la llevaron a la estación de tren.

Como era de prever, Voroshenin no apareció.

Alexandra supo que había sido más listo que ella y que podía considerarse afortunada de que le permitiese llevarse sus pertenencias al exilio.

La condesa Alexandra Ivanovna le había contado esa historia a su hijo: la manera en la que Yuri Voroshenin había arrebatado el honor de su madre y su herencia.

Voroshenin dejó el informe sobre el escritorio.

Miró por la ventana y se obligó a concentrarse en las solicitudes pendientes, en vez de sumirse en el reino de los recuerdos.

Los informes, en su mayoría copias de viejos documentos manuscritos, sostenían la opinión unánime de que la condesa Alexandra Ivanovna había huido de Rusia en 1922, dato que ya tenía. Al parecer, siguió el camino habitual hacia el este, cruzó Manchuria y se internó en la entonces abierta China, donde supuestamente se instaló en Shanghai. Aunque tenía todas sus pertenencias, carecía de dinero (algo que Voroshenin también sabía) y sobrevivió gracias a su ingenio, su belleza y su capacidad de seducción, con la que cautivó a varios expatriados y aventureros acaudalados.

Voroshenin no tuvo la menor duda acerca de su capacidad de seducción, pues la había vivido en sus propias carnes. El recuerdo de su cuerpo lozano, de su piel sedosa y de su...

Según los informes, Ivanovna había seducido a un noble alemán, se había quedado embarazada y había rechazado la propuesta de matrimonio, solo para cubrir las apariencias, del joven Keitel zum Hel. En 1925 o 1926, dio a luz a un varón al que, como aristócrata irredenta que era, bautizó con el nombre de Nicholai.

Voroshenin reparó en que Nicholai Hel tenía prácticamente la misma edad que Michel Guibert. Se trataba de una casualidad..., aunque estaba

convencido de que quienes creían en coincidencias se convertían en hombres muertos.

Como Keitel zum Hel, que había muerto en Stalingrado.

Ivanovna dejó de figurar en los informes de los servicios de inteligencia hasta que, en 1937, los japoneses ocuparon Shanghai y el general japonés Kishikawa incautó, literalmente, su casa. Las fuentes citadas repitieron con cierta malicia los cotilleos según los cuales la relación fue más allá de lo que suele existir entre anfitriona y huésped. Voroshenin, de una forma un tanto inesperada, experimentó una punzada de celos, pues recordó las tardes en las que...

Seguramente habrían acusado de colaboracionismo a la condesa en el caso de sobrevivir a la guerra, pero murió de causas naturales.

Voroshenin se preguntó qué había sido del hijo.

Los expedientes no mencionaban nada más de Nicholai Hel. «El niño no vuelve a figurar en los informes, lo cual no es inaudito», concluyó Voroshenin, y se tranquilizó. En el caos en el que Asia se convirtió en tiempos de guerra desaparecieron cientos de miles de personas.

Desde su despacho en la embajada soviética, Voroshenin lamentó no haber ordenado la ejecución de Ivanovna ni haber acabado personalmente con ella antes de que la muy zorra pudiese engendrar.

Se planteó si era posible..., si era posible que Guibert fuese Hel y estuviera allí para vengarse. ¿Era posible que ese hombre quisiera vengarse en el preciso momento en el que él estaba a punto de desaparecer?

43

Visitaron los principales puntos de interés turístico: la plaza de Tiananmen, el templo del Cielo, la ciudad Prohibida, las torres de la Campana y el Tambor, y el parque de Beihai.

—Lugares que usted ya ha visto —dijo Chen.

El escolta se mostró aliviado cuando Nicholai propuso que fueran al mercado de Xidan para probar los productos de los vendedores ambulantes. Hacía muchísimo frío a causa de la penumbra crepuscular e hicieron un alto junto a los braseros y los fuegos encendidos en los cubos de basura para calentarse las manos y los pies mientras deambulaban por los *hutong* de Xidan. En uno de los descansos, Nicholai se enteró de que el chofer se llamaba Liang Qishao y de que era pekinés; los invitó a pastelillos fritos, tazas de té verde muy caliente, salchichas chamuscadas, castañas asadas y cuencos de gachas dulces.

Nicholai disfrutó del paseo, una versión más fría y menos tosca de sus incursiones juveniles en los barrios de mala fama de Shanghai, y la comida callejera le pareció tan deliciosa como la que preparaban en los mejores restaurantes.

Una vez satisfecho, Nicholai se dirigió a Chen:

—Me gustaría ir a la iglesia.

—¿A la iglesia?

—Sí, a una iglesia católica —precisó Nicholai—. Al fin y al cabo, soy francés. ¿Queda en pie alguna iglesia católica?

Liang movió afirmativamente la cabeza.

—En Dongjiaomin, la iglesia de San Miguel. Está en el barrio de las Embajadas.

—¿Puede llevarme?

Liang miró a su jefe, que titubeó y enseguida contestó:

—Vamos.

La iglesia era hermosa.

Aunque no era un enamorado de la arquitectura religiosa, a Nicholai le pareció que la iglesia de San Miguel poseía un encanto innegable gracias al par de agujas góticas que se elevaban por encima del perfil bajo de los edificios. La estatua del arcángel Miguel se encontraba entre los arcos de las dos puertas.

Por consejo de Chen, no se bajó en la calle principal, sino en el lado este, y ni Chen ni Liang franquearon la verja de hierro para entrar en el atrio. Nicholai disfrutó de ese instante de intimidad antes de ingresar en el templo.

El interior estaba bastante oscuro, pues solo contaba con la luz de las velas y con el brillo tenue de un puñado de apliques de pared con bombillas de baja potencia. El sol crepuscular iluminaba las vidrieras con gracia sutil y reinaba una atmósfera silenciosa y apacible.

Tal como le había enseñado Solange, introdujo los dedos en la pequeña pila de agua bendita y se tocó la frente y los hombros al persignarse. Se acercó al altar, se arrodilló ante las velas votivas y rezó. Luego se dirigió a los bancos y esperó a que el confesionario se desocupase.

Lo ocupaba una china con la cabeza cubierta con un pañuelo negro, una mujer que miró a Nicholai y, asustada, apretó el paso. Esperó unos segundos, recordó las palabras que Solange le había enseñado, se acercó al confesionario, se arrodilló y dijo en francés:

—Perdóneme, padre, porque he pecado.

Apenas divisó el rostro del sacerdote que estaba al otro lado de la rejilla del confesionario casi a oscuras, pero le pareció asiático.

—Hijo, ¿cómo te llamas?

—Michel.

—¿Cuándo te has confesado por última vez?

Nicholai recordó la cifra que debía decir.

—Hace cuarenta y ocho días.

—Continúa.

Nicholai confesó una lista concreta de «pecados» y siguió un orden determinado: lujuria, gula, mentira y de nuevo lujuria; se trataba de una ironía de Haverford. Cuando terminó, se hizo un breve silencio y un trozo de papel sustituyó la cara del cura.

—¿Lo ves? —preguntó el sacerdote e iluminó el papel con su lámpara.

—Sí —replicó Nicholai, y estudió el plano de la ópera de Zhengyici. Vio que cierto palco estaba rodeado por un círculo rojo. Memorizó el plano con sus puertas, escaleras y pasillos y añadió—: Ya está.

Volvió a contemplar el rostro del cura.

—Tus pecados han sido perdonados. Reza diez avemarías, cinco credos y un acto de contrición. Procura frenar tu lujuria. Hijo, Dios sea contigo.

Nicholai abandonó el confesionario, volvió al altar, se arrodilló y cumplió la penitencia.

Voroshenin se sentó y reflexionó.

El apellido Kishikawa le sonaba.

Al cabo de unos minutos creyó recordar algo y cogió el teléfono. Media hora después llamó a Moscú y se puso en contacto con un viejo colega, el coronel y ahora general Gorbatov.

—¡Yuri! ¿Cómo estás?

—En Pekín. Me figuro que eso responde a tu pregunta.

—Vaya. ¿A qué debo...?

—¿El apellido Kishikawa significa algo para ti?

—Formé parte de la delegación soviética durante el enjuiciamiento aliado conjunto a los criminales de guerra japoneses que, en 1948, se celebró en las afueras de Tokio —repuso Gorbatov—. Durante el proceso, Kishikawa fue mi principal acusado. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Lo ejecutasteis?

—Nos disponíamos a hacerlo, pero no pudimos —explicó Gorbatov.

—¿Qué ocurrió?

—A decir verdad, sucedió algo extraordinario. Es una historia increíble. Había un joven que trabajaba como traductor de los americanos y que, en cierta manera, era amigo de Kishikawa. Me refiero al hijo de una aristócrata rusa..., espera un momento..., enseguida te lo diré..., de Ivanovna, ni más ni menos que una condesa.

—¿Recuerdas el nombre del joven?

—Es bastante inolvidable. Un muchacho muy desenvuelto...

—Piotr, ¿recuerdas su nombre?

—Hel, Nicholai Hel.

Voroshenin notó que se le ponían los pelos de punta.

—¿Qué le pasó al general?

—Eso es lo extraordinario. El joven Hel lo mató en su celda, en las mismísimas narices de los guardias, con una especie de golpe japonés en el cuello. Por lo visto, le ahorró la vergüenza de la ejecución en la horca.

Voroshenin tuvo la sensación de que se ahogaba.

—¿Hel está bajo nuestra custodia?

—No, lo retuvieron los americanos. Te aseguro que nos alegramos de verlo partir.

—¿Sabemos qué fue de él?

—Yo, no —reconoció Gorbátov—. Me alegro de haberme lavado las manos de ese asunto. Si quieres conocer mi opinión, te diré que fue muy extraño. Yuri, ¿a qué viene tu pregunta?

—Piotr, ¿me harás un gran favor? ¿Olvidarás esta llamada? —preguntó Voroshenin, y colgó.

45

Nicholai arrinconó una silla junto a la pared de su habitación, se quedó en calzoncillos y repitió veinte veces el agotador *kata* «leopardo enjaulado» de la *hoda korosu*.

Escogió esa forma porque hacía hincapié en el combate próximo, en golpes precisos que requerían el incremento de la fuerza a corta distancia. Abarcó toda la habitación y practicó el *kata* en círculos cada vez más pequeños hasta que, al final, apenas movió los pies mientras luchaba en una jaula de bambú imaginaria y asfixiante.

Aunque el *kata* incluía codazos y rodillazos brutales, su característica principal radicaba en la singular posición de la mano como si fuese una «zarpa de leopardo»: los dedos doblados a la altura del segundo nudillo pero sin llegar a cerrar totalmente el puño. Por lo tanto, la superficie con la que golpeaba era reducida, solo los segundos nudillos, y estaba destinada a entrar en un espacio estrecho.

La clave radicaba en la precisión, mejor dicho, en la precisión y en la concentración de las fuerzas. Nicholai practicó hasta que pudo generar potencia explosiva con un golpe que se desplazaba cinco centímetros antes de alcanzar el blanco. Calculó que, en la situación real, contaría con una distancia de quince a sesenta centímetros, pero no se permitió pensar en semejante lujo.

Cuando terminó sentía que su cuerpo estaba agotado; su mente, fortalecida. Se sentó en el suelo, adoptó una postura para meditar y

visualizó el plano de la ópera de Zhengyici.

Lo recordó con todo lujo de detalles e imaginó qué haría después de salir del palco reservado por Voroshenin. Apareció en el pasillo y descendió un tramo de escaleras. El giro a la izquierda lo conduciría a la gran sala del teatro, accedería al vestíbulo y franquearía las puertas principales. El giro a la derecha al pie de la escalera lo llevaría a un pasillo corto y a una puerta que comunicaba con bastidores. Una vez allí, podría girar a la derecha para internarse entre bambalinas, o a la izquierda a fin de llegar al callejón de la parte posterior del teatro.

Como esa parte estaba clara, recorrió mentalmente la vía de escape: saldría del palco, torcería a la izquierda en el pasillo, bajaría la escalera, se dirigiría a la derecha por el otro pasillo y abandonaría el edificio. «Caminó» veinte veces ese trayecto antes de incorporar el siguiente nivel mental: los obstáculos.

El primero serían los guardias de Voroshenin, pero, si asestaba bien el golpe, no se enterarían de nada durante sesenta segundos decisivos. Claro que también tenía que evaluar la posibilidad de luchar para salir. No tenía forma de saber dónde se colocarían los guardias, por lo que tendría que improvisar sobre la marcha. Por otro lado, ese era el propósito del *kata*: preparar el cuerpo para que reaccionase instantáneamente ante cualquier amenaza, sin la fatal necesidad de tener que evaluar.

Por eso descartó a los guardias de su pensamiento.

El pasillo al que daban las sucesivas puertas de los palcos no plantearía problemas. Quizás habría policías chinos, pero, si el asesinato de Voroshenin no incluía gritos, Nicholai conseguiría pasar a su lado «en dirección al servicio».

Mentalmente, aflojó el paso y «caminó» con parsimonia, como un hombre que necesita aliviar su vejiga más que como aquel que acaba de cometer un asesinato.

Bajó la escalera y torció a la derecha. Al final del pasillo se encontraba la puerta que conducía a bastidores; seguramente allí habría un trabajador del teatro, un portero que impediría la entrada de los admiradores.

Matar al portero resultaría fácil, pero quitar la vida a un inocente era una deshonra, por lo que desechó la posibilidad y ensayó mentalmente un golpe no letal a un lado del cuello, en la carótida, un golpe que lo anulase sin quitarle la vida. Asestó el golpe, depositó al hombre en el suelo y abrió la puerta.

La siguiente puerta se encontraba a su izquierda, la franqueó y salió al frío aire nocturno.

«Sencillo», concluyó, y rió por la manera en la que acababa de engañarse a sí mismo.

Sería sencillo «siempre y cuando» se situara a una distancia letal de Voroshenin.

«Siempre y cuando» asestase el golpe perfecto que lo matara en silencio mientras continuaba sentado en la butaca.

«Siempre y cuando» los guardias no percibieran nada extraño.

«Siempre y cuando» no tuviese que matar a tres más y abrirse paso a golpes entre los policías chinos.

Sería sencillo y fácil si todo salía como estaba previsto, pero existían muchos condicionantes. No se sorprendió de que Haverford le hubiese dado un uno por ciento de posibilidades de tener éxito y sobrevivir.

«¿Y si no lo consigo?», se preguntó a sí mismo.

En ese caso, se cumpliría su karma, su sino, y lo matarían.

Se preguntó si estaba preparado.

Lo estaba.

Evocó las palabras de Kishikawa: «Esa cuestión queda resuelta cuando uno está preparado para morir. Entonces solo hay que pensar en la acción. Piensa solamente en el éxito, ya que el fracaso se ocupa de sí mismo».

Nicholai meditó una hora más y visualizó cada paso de la operación. Todo salió a la perfección. Se incorporó, logró que del grifo saliera agua caliente y se bañó. Se vistió y bajó al vestíbulo, donde Chen lo esperaba para someterlo a más atenciones de buen anfitrión.

46

Los acróbatas eran fabulosos.

Atletas extraordinarios, ejecutaron hazañas sorprendentes de fuerza, equilibrio y valentía. Nicholai recordó los días más felices de su infancia en Shanghai, cuando acudía a los circos callejeros y miraba con gran admiración a los artistas.

El espectáculo de esa noche tuvo lugar bajo una carpa enorme y peligrosamente caldeada con estufas de gas. El suelo era de tierra, y el público, incluidos los funcionarios más importantes y huéspedes extranjeros como Nicholai, ocuparon bastos bancos de madera, comieron cacahuets y tiraron las cáscaras al suelo, todo lo cual contribuyó a crear ambiente.

La otra gran diferencia con el circo de la niñez de Nicholai se vinculaba con los temas: los acróbatas de entonces iban vestidos de reyes, generales, cortesanos, monos, dragones y tigres y ejecutaban sus piruetas mientras alguien desgranaba antiguos cuentos populares. Los artistas de esa noche llevaban uniformes del Ejército de Liberación Popular y centraban sus acrobacias en torpes números políticos como «El Ejército de Liberación Popular libera al pueblo de los malvados imperialistas», «Los campesinos luchan triunfalmente contra el terrateniente» o el siempre provocador y grotesco «La fábrica Dijuan #10 obtiene el récord anual en la producción de cojinetes de bolas».

Pese a estar salpicadas de propaganda, las acrobacias fueron fantásticas e impresionantes. Aunque los trajes carecieran de color, los artistas eran de

primera, y Nicholai admiró sus habilidades. Dieron volteretas, hicieron saltos mortales dobles, se balancearon en lo alto de cañas de bambú, mantuvieron el equilibrio en el alambre y formaron torres humanas indescriptiblemente altas.

—¿No le parecen sorprendentes? —preguntó Voroshenin en francés, pasó por encima del banco y se sentó entre Chen y Nicholai—. Lo siento.

Detrás de Voroshenin permaneció en pie un hombre de aspecto penoso. Nicholai reparó en que el ruso ni se molestó en hacerle sitio. Evidentemente se trataba de un subordinado, pero, a juzgar por su cuerpo larguirucho, no era un guardaespaldas.

Nicholai se volvió y se presentó:

—Me llamo Michel Guibert.

—Soy Vasili Leotov.

—«La fábrica Dijuan #10» siempre ha sido uno de mis números preferidos —afirmó Voroshenin, y no hizo caso de las presentaciones.

Nicholai creyó percibir ironía en su tono de voz y olor a vodka en su aliento.

—Es magnífico —dijo Nicholai.

La pista del circo se convirtió en un mar rojo cuando algunos artistas desplegaron banderas enormes y las tensaron mientras otros acróbatas las utilizaban para saltar de una a otra más alta, como si escalaran el cielo entre las nubes rojizas del amanecer. El público dejó escapar una exclamación de sorpresa cuando el último acróbata llegó a lo más alto, se aferró con una mano a una delgada caña de bambú, utilizó la otra para extraer una bandera del interior de su traje y la hundió mientras todos los actores cantaban: «Nos elevamos más si cabe en las alas del presidente Mao».

—En este país no tardarán en dejar de existir el arte, la elegancia y el encanto. Solo quedará «el pensamiento maoísta» —dijo Voroshenin—. Se convertirá en tierra baldía.

—Seguramente se burla de mí.

—Acabará desangelado —apostilló Voroshenin. Incluyó la cabeza hacia Leotov, que seguía de pie a sus espaldas—. En el caso de que sea posible, se volverá tan desangelado como este.

Nicholai sintió vergüenza ajena, ocupó el menor espacio posible en el banco y le preguntó a Leotov:

—¿Quiere sentarse?

—No se sentará —replicó Voroshenin—. Tal como ve, es un poste. Además, si todavía no está aburrido, no tardará en hartarse si lo tiene como compañero. Su conversación es tan insulsa como su cara, que es la imagen viva de las tragaderas. Basta mirarlo para darse cuenta. —Aunque su humillación era perceptible, Leotov guardó silencio. Voroshenin se inclinó hacia Nicholai y murmuró en ruso—: Nicholai, tu madre fue mi puta y la monté como si fuera un trineo.

El sintió que la ofensa le quemaba las entrañas, pero aparentó no inmutarse.

—Perdone, ¿cómo dice?

—Disculpe —añadió Voroshenin—. No me di cuenta de que hablaba en ruso. A veces no recordamos en qué país estamos.

Voroshenin se preguntó si había existido el más ligero parpadeo o el menor atisbo de titubeo en la mirada del otro.

Nicholai se preguntó lo mismo e hizo esfuerzos para disimular su furia cuando preguntó:

—¿Qué es lo que ha dicho?

Voroshenin contempló los ojos verdes de Hel y repuso en francés:

—Aguardo con ilusión la ópera de mañana.

—Tanto como yo.

—Espero que todavía esté en condiciones de asistir.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Los címbalos y los gongs resonaron a medida que las voces se elevaban hacia el momento culminante. Ambos hombres se miraron fijamente.

«Lo sabe», pensó Nicholai.

Chen siguió parloteando entusiasmado sobre la troupe acrobática.

«Voroshenin lo sabe.»

El coche aminoró la velocidad para salvar un manchón de hielo.

«Conoce mi verdadera identidad. ¿O no? Es indudable que sospecha. "Nicholai, tu madre fue mi puta y la monté como si fuera un trineo." ¿Reaccioné ante el idioma, ese nombre y esa ofensa? ¿Reaccioné aunque solo fuera un segundo? Si me hubiese alterado aunque solo fuera por una fracción de segundo, Voroshenin lo habría detectado. Analicemos la peor de las hipótesis —se dijo—. Supongamos que Voroshenin cree que eres Nicholai Hel. ¿Qué significa? Eso no implica que sepa que has venido a asesinarlo. Solo significa que sabe que no eres quien dices ser.»

Concluyó que era bastante malo, pero no tenía por qué ser fatal.

«¿Por qué Voroshenin no ha suspendido el encuentro en la ópera? Porque no lo sabe. Simplemente lo sospecha, motivo por el cual me tanteó e introdujo una hilera de piedras en mi defensa. Se trata de una jugada arriesgada porque ha revelado buena parte de lo que piensa. Puesto que no es tonto, Voroshenin debió de colegir que merecía la pena correr ese riesgo. ¿Valió la pena?»

Nicholai se dijo que debía afrontar que él mismo no sabía si había valido la pena o no. «Voroshenin no juega al go, sino al ajedrez», concluyó, y se maldijo por no conocer bien ese juego de estrategia. Sabía que era

lineal y geométrico, rico en pensamiento atrevido y maquinal, pero pobre en sutileza y matices.

«Voroshenin está convencido de que ha sacrificado una pieza secundaria, un peón, para exponer una pieza mía de mayor importancia y me desafía a responder a su jugada.»

«Aguardo con ilusión la ópera de mañana.»

«Tanto como yo.»

«Espero que todavía esté en condiciones de asistir.» «¿Por qué no iba a estarlo?»

«Por un sinfín de razones —pensó Nicholai—, incluida la posibilidad tangible de que conozca el propósito que me ha traído hasta aquí. Como diría Haverford: he quedado comprometido.»

Supo que debía hacer una entrega impersonal para comunicarle esa novedad al americano..., lo supo tan bien como que no lo haría. En ese caso, Haverford podría suspender la misión, «abortarla», y nada más lejos de sus deseos.

Lo que deseaba era matar a Yuri Voroshenin.

«De acuerdo», pensó, y visualizó la cara rojiza del ruso mientras le lanzaba un insulto adolescente. «Juega al ajedrez que yo jugaré al go. Ya veremos quién gana.»

Voroshenin estaba furioso y contrariado consigo mismo.

«Torpe, inepto y estúpido —se dijo mientras abría la puerta de la embajada rusa—. ¿Por qué se me ocurrió pensar que ese joven caería en una trampa tan elemental?»

¿Había habido un titubeo, aunque solo fuese un atisbo?

Subió la escalera hasta su despacho y enseguida buscó la botella de vodka. «Es improbable —se dijo—, es improbable, remoto y anacrónico que el hijo ofendido pretenda saldar una cuenta anterior a su existencia, que quiera redimir el honor de su madre. Ya nadie mata por honor, es algo que murió con los Romanov. En el supuesto de que Guibert sea Hel, no necesariamente sabe quién soy yo ni que mantuve una relación con su madre. En el caso de que Guibert sea Hel, ¿a qué ha venido y por qué se hace pasar por traficante de armas?»

Con la paranoia disparada, Voroshenin cerró las cortinas de la ventana. Se sentó, pero no tardó en incorporarse y deambular de un extremo a otro del despacho.

«Partamos del supuesto de que es Hel. ¿Qué pasa? ¿Qué hace aquí?»

Para saberlo, ante todo tenía que encontrar respuesta a la pregunta de para quién trabaja. Voroshenin ya sabía que había estado bajo el control de los americanos. ¿Lo habían dejado en libertad al cabo de unos años? Había matado a un general japonés al que los estadounidenses estaban a punto de

ahorcar, por lo que había salido de la cárcel con la misma facilidad con la que había entrado.

Era hartamente improbable.

En primer lugar, los americanos eran rígidos, carecían de ese grado de flexibilidad moral. En segundo, Hel no habría obtenido una «tapadera» sin ayuda y apoyo de profesionales. La tapadera de Guibert, que de eso se trataba, era compleja y lograda. Alguien se había tomado muchas molestias y se había rascado el bolsillo para situar a Guibert en Pekín, y no existía servicio gubernamental de inteligencia capaz de hacerlo para que un joven rencoroso hiciera realidad su idea romántica de la venganza.

«Entonces, ¿a qué se debía?»

Voroshenin se acercó a la ventana, apartó una esquina inferior de la cortina y miró a la calle. Estaba vacía y tranquila. Caía una ligera nevada.

Volvió a dejar la cortina en su sitio.

A pesar de estar bajo el control de los americanos, Hel se había presentado como ciudadano francés.

«¿Se trataba de una operación francesa? Lo dudaba mucho. Los franceses seguían hundidos a causa de la guerra y en Vietnam estaban más que ocupados. No harían nada que incorporase a China a ese caos. En síntesis, Hel está bajo control americano y se presenta como ciudadano francés, aunque con trasfondo chino. ¿Es una operación nacionalista? ¿Con qué propósito los americanos han prestado a Hel a los nacionalistas? No tiene sentido... ¿Por qué los nacionalistas apelan a un occidental si disponen de miles de chinos resentidos?»

Voroshenin llegó a la conclusión de que se trataba de una operación de los Estados Unidos y se dijo que no debía descartar lo obvio simplemente porque lo era.

Hel estaba y seguía estando controlado por los americanos. Era un instrumento muy útil, pues conocía China y su lengua. Por si eso fuera poco, hablaba ruso y francés. Pensándolo bien, había nacido para ser espía. Discurrió que él también lo habría reclutado y lamentó que Gorbátov no lo hiciera mientras podía.

«Supongamos que Hel trabaja para Washington. ¿Cuál es su misión? La tapadera de traficante de armas lo ha puesto en contacto con el Ministerio de Defensa y ha sido invitado a una cena ofrecida por..., ¡por Peng, por el general Peng, el principal y único rival de Mao! ¿Es posible que los americanos utilicen a Hel para abordar a Peng? ¿El general ya ha aceptado sus propuestas?»

Por primera vez sonrió sinceramente y vio el tablero completo, su siguiente jugada y el posible resultado.

«Alexandra, lo siento mucho; tu hijo morirá sometido a una tortura refinada. Es el precio que se paga por convertirse en peón de la partida de otro.»

Consultó la hora: solo era medianoche.

Seguramente Kang Shen estaría despierto.

49

Nicholai salió discretamente del hotel. Cogió el ascensor hasta el sótano, sostuvo una agradable charla y compartió varios cigarrillos con los ayudantes de cocina y abandonó el edificio por la entrada de servicio de la parte trasera del hotel.

Caminó deprisa hasta el barrio de las Embajadas. Las calles estaban casi vacías a esa hora tan tardía, y la mayoría de los pekineses estaban recogidos en sus viviendas. Como era de prever, las luces de la delegación rusa estaban encendidas. Nicholai se detuvo en la acera de enfrente, bajo un olmo, y observó la puerta principal.

Un coche se acercó al bordillo y esperó; del tubo de escape salió vapor a causa del frío.

Seguido por sus fieles guardaespaldas, pocos minutos después Voroshenin abandonó el edificio y montó en el coche, que se alejó a gran velocidad.

Nicholai se dijo que había tenido suerte, pues la jugada que tenía *in mente* era de lo más arriesgado. Sin embargo, Otake-san le había enseñado que, con gran frecuencia, no correr un riesgo era más peligroso que intentarlo.

Ahucó las manos para parar el intenso viento, encendió un cigarrillo, se situó bajo la luz de una farola y esperó.

Vasili Leotov necesitó veinte minutos para armarse de valor y salir. Con el mentón remetido en el cuello del abrigo y las manos hundidas en los

bolsillos, volvió la cabeza con nerviosismo y cruzó la calle.

Nicholai se alejó poco a poco hasta quedar fuera del alcance de los dispositivos de escucha, que sin duda atiborraban el edificio de la embajada. Oyó las pisadas del soviético en la nieve y supo que lo seguía. Aminoró el paso para permitir que el hombre lo alcanzase.

«Si mis suposiciones son correctas, podría hacerme rico —pensó Nicholai—. Si estoy equivocado, soy hombre muerto.»

50

Kang se repantigó y saboreó el té Dragón Well, el mejor de China, que solo tomaban Mao y él, mientras contemplaba el cuadro de la dinastía Tang que colgaba de la pared. El efecto global resultó sublime, razón por la cual se sintió muy molesto con la interrupción.

Se preguntó qué hacía allí el *mao-tzi* de Voroshenin después de medianoche.

Suspiró y autorizó a su subordinado a que abriese a quien había llamado a la puerta. Sonrió y salió a saludar al visitante no deseado ni invitado.

—¡Qué placer inesperado! —exclamó Kang.

Voroshenin empleó un tono apremiante:

—Es urgente.

—No me cabe la menor duda. Pase, por favor.

Kang lo condujo al gran salón, en el que no solo había pinturas, sino también bronces, piezas de cerámica excepcionales y sellos únicos requisados a las antiguas clases pudientes. Su colección de arte valía muchos miles de yuanes; aunque apenas menos valioso en términos económicos, su material erótico era mucho más precioso debido a la influencia que ejercía sobre Mao, otro entusiasta del tema.

Kang se preguntó si el pobre y solitario Voroshenin se había presentado con un pretexto cuando lo que en realidad le interesaba era saber si tenía pornografía novedosa. El soviético miró el cuadro Tang, una representación clásica de las montañas meridionales.

—¿Es nuevo? —preguntó Voroshenin.

—¿Le gusta?

—Me parece excelente.

Kang pensó que el *mao-tzi* no sabía distinguir lo bueno de lo malo. Por esa razón tampoco le ofreció té que, dicho sea de paso, no habría apreciado, sino vino de arroz. El ruso empezaba a convertirse en alcohólico y, tarde o temprano, el alcohol acabaría por matarlo. Kang se dijo que mejor antes que después.

Una vez ofrecida y aceptada la copa, el soviético dijo sin miramientos:

—Vaya colección de obras de arte que tiene.

A Kang le desagradó la sonrisa presuntuosa de Voroshenin.

—Hago lo que puedo por conservar nuestros tesoros culturales..., al menos los que los europeos todavía no han robado. —Ambos sabían que las mejores colecciones de arte chino se encontraban en el Hermitage y el Louvre. Kang estaba convencido de que un día las recuperarían—. Ha dicho algo acerca de un tema urgente.

—¿Qué sucedería si se vinculase a Peng con los americanos?

—¿Qué pasaría si la mierda fuera oro? —Kang respondió con otra pregunta.

—¿Qué ocurriría si se obligase a Guibert a decir que el envío de armas al Viet Minh es un pretexto para encubrir otra operación? —espetó Voroshenin.

—¿A qué se refiere?

Voroshenin escogió con sumo cuidado las palabras antes de proseguir:

—¿Cuál sería la reacción si Guibert confesase que las armas no son para el Viet Minh, sino que se desviarán a los contrarrevolucionarios de Yunnan?

—Me temo que eso involucra al general Peng en un complot imperialista para acabar con la República Popular de China. Es evidente que el presidente se sentirá conmocionado y desolado —respondió Kang.

La idea era muy atractiva. Hacía años que Kang buscaba una justificación para detener a Peng, justificación aceptable tanto para el Ejército como para el pueblo, y cabía la posibilidad de que ese ruso disoluto se la hubiera servido en bandeja.

—¿Por qué Guibert confesaría algo así? —preguntó Kang, y su mirada se iluminó con sardónica diversión. A decir verdad, se le ocurrieron diversas razones: «los sapos beben», «los monos aferrados a la cuerda», «el ángel que tañe la cítara», o tal vez una técnica novedosa que aún estaba por descubrir y bautizar—. ¿De qué forma están involucrados los americanos en este asunto?

—En realidad, Guibert es uno de sus agentes: su nombre es Nicholai Hel —replicó Voroshenin.

Le explicó a Kang lo que sabía de los Guibert y de Nicholai Hel. Por supuesto, evitó referirse a lo que había compartido con Ivanovna.

—¿Lo sabemos con absoluta certeza? —quiso saber Kang.

—No —reconoció Voroshenin—, aunque estoy relativamente seguro.

—No basta con estar «relativamente seguro». No puedo detener a un ciudadano extranjero porque estoy «relativamente seguro». No puedo detenerlo, torturarlo y averiguar luego que en realidad sí que es Michel Guibert. Hasta los franceses pondrían reparos.

Kang pensó que, de todas maneras, era tentador, muy tentador. La posibilidad de pasear a un espía americano por el puente del Cielo y someterlo al pelotón de ejecución..., la imagen cosquilleante del cabrón de Peng que al cabo de unos días seguiría el mismo camino... ¡Cuántos problemas quedarían resueltos! Sin embargo, la conexión Guibert-Hel era, en el mejor de los casos, muy débil.

—¿Qué más necesita? —preguntó Voroshenin.

Kang apoyó la espalda en el respaldo de la silla y caviló unos segundos.

—En el supuesto de que el padre nos dijera que no es su hijo...

51

Nicholai se levantó antes del amanecer, practicó diez veces el *kata* «leopardo enjaulado», se vistió y salió a correr.

La clara perspectiva de que esa fuera su última mañana lo llevó a notar el aire, iluminó los colores y elevó los sonidos corrientes del despertar urbano hasta convertirlos en una sinfonía. El runrún del motor de un camión, el tintineo del timbre de una bicicleta y el estrépito del cubo de basura arrastrado por la calle adquirieron una belleza definida y cristalina que Nicholai apreció por primera vez.

Los árboles también alcanzaron una belleza sorprendente y renovada: hábiles composiciones en plata, blanco y negro, delicada y perfectamente equilibradas, cuyos tonos cambiaron con la luz creciente. El hielo del lago les devolvió su propia imagen del mismo modo que un amigo muestra a otro sus mejores cualidades.

La mañana era muy bella, los practicantes de tai chi eran muy bellos, hasta la misma China era muy bella y, con cierto pesar, Nicholai comprendió que se lo perdería si, como era harto probable, moría esa noche.

«Pero eso será por la noche, ahora es la mañana y pienso disfrutar de cada instante.»

Mientras corría hacia el puente de arcos que comunicaba con la isla de Jade, otro corredor se situó tras él.

Era una novedad y Nicholai reparó en las pisadas del intruso a sus espaldas. Flexionó las manos y, por las dudas, preparó la zarpa de leopardo.

El corredor estaba a punto de situarse a su lado y Sonriente y Galgo iban veinte metros por detrás.

—*El sueño de la cámara occidental...* —musitó el corredor.

—¿Qué ha dicho?

—Cállese y escuche. —El corredor hizo una síntesis de la historia y dijo —: Cerca del final, vuelven a encontrarse... el *sheng* y la *dan* —El corredor canturreó—: «He contribuido al encuentro de los enamorados, / pese a haber sufrido palabras duras y palizas. / La luna se eleva con su argénteo resplandor, / soy la feliz Doncella Roja». Habrá mucho ruido producido por los gongs, los tambores y los címbalos; a continuación se impondrá un momento de oscuridad...

—Lo escucho.

—Ese es su momento.

El corredor apretó el paso, llegó a la isla antes que Nicholai y desapareció en un recodo. Nicholai mantuvo su propio ritmo, y entonces vio algo realmente extraño: un monje solitario caminaba por el puente hacia él.

Se movía de forma peculiar, como si le dolieran las caderas o tuviese una vieja lesión que aún lo afectaba. Dio pasos pequeños y delicados, como un anciano que teme que el hielo lo lleve a resbalar en el puente. Cuando lo tuvo cerca, Nicholai vio que no era viejo.

De todas maneras, su mirada sí que lo era. Clavó los ojos en Nicholai como si buscara algo. Él se dio cuenta de que esos ojos habían visto mucho, mejor dicho, demasiadas cosas que nadie debería estar obligado a contemplar. Esos ojos albergaban un conocimiento que nadie debería tener.

Nicholai frenó en seco.

—*Satori* —murmuró el monje.

—¿Cómo?

—*Satori*, ver las cosas tal como son.

El monje se volvió y cojeó en dirección a la isla de jade. Nicholai titubeó y enseguida lo siguió.

—¿Qué es lo que no veo?

—La trampa —repuso el monje—. Y la forma de salir.

Las verduras y el bollo al vapor estaban deliciosos y hasta el té le pareció más aromático que nunca.

Nicholai pensó que debería «morir» más a menudo si la posibilidad de una muerte inminente afectaba sus sentidos de esa manera. Imaginó cómo se sentiría si pudiera hacer el amor con Solange: podría morir de placer intensificado.

Se regañó y se dijo que era una idea estúpida. «No morirás de placer, sino en una trampa..., a menos que encuentres la salida. Claro que, como en todas las trampas, en el go o en la vida propiamente dicha, nunca sales por el mismo lugar por el que entraste. Una vez dentro, solo puedes salir de la trampa recorriéndola.»

Chen se presentó para acompañarlo al Ministerio de Defensa.

—La *troupe* acrobática de anoche es muy buena, ¿no le parece? —preguntó Chen, y se sentó a la mesa, pues compartir el desayuno con Guibert se había convertido en un plus habitual.

—Es extraordinaria. Gracias por haberme llevado.

—Es una pena que apareciese ese ruso. —Chen paseó la mirada a su alrededor, se inclinó sobre la mesa y murmuró—: ¿Quiere que le cuente una cosa?

—Adelante.

—Detesto a esos cabrones *mao-tzi*.

—A mí tampoco me caen bien.

Chen sonrió satisfecho de haber compartido el comentario.

—Los bollos están buenos.

—Muy buenos.

—Lamento que se vaya tan pronto —añadió Chen, y miró su plato.

—¿Me iré pronto?

—Mañana.

—¡Vaya!

—Deberíamos ponernos en marcha.

El día se había vuelto fulgurante y soleado. Gracias a la entrada de un frente cálido, los pekineses se habían desabrochado las chaquetas y se

habían quitado las bufandas, que colgaban de sus cuellos. Inclínaban la cabeza hacia arriba para recibir el calor del sol. Nicholai insistió en que se desviarán hasta Xidan para comprar castañas asadas.

—Hoy está contento —dijo Chen mientras degustaban ese manjar.

—Adoro China.

Regresaron al coche y se trasladaron al Ministerio de Defensa.

—Ya ha llegado la transferencia —afirmó el coronel Yu.

—No podía ser de otra manera.

Yu entregó a Nicholai un montón de documentos de viaje.

—El tren a Chongqing sale mañana a las nueve. Le agradeceré que sea puntual. Es bastante difícil conseguir billetes.

—¿Qué hago al llegar a Chongqing?

—Se pondrán en contacto con usted.

Nicholai se mostró escéptico. A decir verdad, le importaba un bledo, pero tenía que interpretar el papel hasta las últimas consecuencias.

—Dijo que me comunicaría el lugar exacto.

—Me temo que, de momento, no es posible —contestó Yu—. Quédese tranquilo, no lo engañaremos.

—El viaje a Chongqing es muy largo. No me gustaría sufrir un accidente o acabar deambulando por la ciudad y sin noticias tuyas.

—Le doy mi palabra.

—Pues yo le di mi dinero.

Yu esbozó una sonrisa.

—Como de costumbre, todo se reduce al dinero.

—No he visto que rechazara la transferencia.

—¿Qué hará en su última noche en Pekín? —preguntó Yu.

—Asistiré a la ópera.

—Una antigualla imperial.

—Si usted lo dice... —Nicholai se puso de pie—. Si llego a Chongqing y al cabo de veinticuatro horas no sé nada de usted, me pondré en contacto

con el Viet Minh y explicaré que ha sido estafado por los camaradas revolucionarios de Pekín.

—Camarada Guibert, usted es traficante de armas...

—Lo soy.

—Por eso venderá las armas a nuestros camaradas vietnamitas.

—Así es.

—A cambio de un beneficio.

—Sí, vamos por buen camino.

Yu frunció el ceño. Sin saber qué carta quedarse entre la sinceridad y la cortesía, finalmente soltó:

—No entiendo que alguien pueda vivir sin ideales.

—Resulta fácil cuando uno se acostumbra —respondió Nicholai.

—¿No le preocupa que esas armas se utilicen para matar a sus compatriotas? —preguntó el joven teniente.

—Yo no tengo patria —replicó Nicholai, y se dio cuenta de que acababa de decir la pura verdad.

—El pueblo es mi patria —contestó Yu con hábil convicción.

Nicholai contempló el rostro fresco y cargado de idealismo de su interlocutor. Llegó a la conclusión de que, con un poco de suerte, Yu tendría tiempo de madurar y superarlo.

Abandonó el despacho y el edificio.

Emile Guibert dejó el piso de su amante en el distrito occidental de Hong Kong.

Situado en una zona bonita de la ciudad, el piso era caro..., *merde, la femme* también lo era, pero valían la pena. El hombre que alcanza cierta edad y cierto nivel de éxito se merece algunas comodidades más que una cita chabacana en un hotel de mala muerte de Kowloon.

Decidió caminar hasta el club, donde tomaría el *pastis* de la tarde. El día era agradable, no demasiado húmedo, y pensó que el ejercicio le sentaría bien, a pesar de que Winifred lo había sometido a una sesión agotadora.

Era una chica magnífica, una perla china deliciosa en todos los sentidos. Siempre estaba bellamente vestida y peinada, y siempre se mostraba paciente y deseosa de agradar. No era una *salope* desvergonzada, sino una jovencita refinada y con cierta educación. Podías charlar con ella antes y después, podías llevarla a una galería de arte o a una fiesta, y sabías que no desentonaría.

Winifred era el nuevo amor de su vida, mejor dicho, una nueva opción sobre la vida misma, la renovación de su juventud.

Sumido en su ensueño, Emile Guibert no reparó en los tres hombres que entraron en el edificio del club inmediatamente detrás de él. El primero lo rodeó y se dirigió al ascensor; el segundo fue a mirar si en los buzones situados en la pared de enfrente había correo; el tercero le cortó el paso.

—Si me permite... —dijo Guibert.

Notó que le rodeaban el cuello y que le tapaban la cara con un trapo.

Haverford se encontraba en la «sala de situación» del centro de operaciones de Tokio y terminó de redactar el cable cifrado para Singleton, que estaba en Langley.

todos en su sitio. + 6 horas.
aconseje proceder o abortar

Una parte de él albergaba todavía la esperanza de que Singleton suspendiera la misión. Mirase desde donde se mirase, era muy arriesgada. Fracasara o lo consiguiese, Hel sería capturado. Si lo atrapaban, podría hablar. Si hablaba, Kang no tardaría en cargarse la red de Pekín, desde la pagoda Blanca, pasando por San Miguel, hasta llegar a los musulmanes de Xuanwu. Peng quedaría letalmente debilitado y China se vería más obligada a adentrarse en la órbita soviética.

Singleton había comentado que las grandes recompensas suponen grandes riesgos.

«De acuerdo. En realidad, todo está en su sitio», se dijo Haverford.

El equipo de extracción se había incorporado a la mezquita y el jefe ya se había infiltrado en el país. Los agentes dobles habían enviado a los servicios de inteligencia soviéticos una sucesión de «alertas desactivadas» sobre un intento chino de liquidar a Voroshenin; dichas alertas se dispararían en cuanto se produjese el asesinato. A los chinos les habían

enviado otra sucesión de alertas, para demostrar que la matanza de Voroshenin era un intento de desinformación por parte de los soviéticos y para culpar del acto a un *apparatchik* apellidado Leotov.

En cuanto al acto propiamente dicho, Hel había realizado un trabajo genial y había conducido a Voroshenin al terreno de caza. Estaba perfectamente informado del lugar, del momento adecuado durante la representación de la ópera y de la «vía de escape».

Consultó la hora en el reloj que su padre le había regalado cuando se graduó. Faltaban cinco horas y cincuenta minutos para el inicio de la ópera. Más o menos una hora después todo habría terminado.

El tren se había puesto en marcha.

Nada podría detenerlo, a no ser que Hel se amilanase, algo que no haría, o que Singleton suspendiese la operación, lo cual era muy improbable.

Haverford albergó la esperanza de que Singleton la cancelase y esperó el cable con la orden de «abortarla».

Voroshenin aguardaba junto al teléfono.

El maldito aparato seguía en silencio y el reloj no era su amigo. Apenas faltaban tres horas para su encuentro con Hel.

Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que «Guibert» era Hel y más le preocupaba que, fuera cual fuese el encargo que los americanos le habían hecho, en realidad estuviese allí para cumplir una misión de venganza.

Si estuvieran en Rusia o en uno de sus satélites en la Europa oriental, simplemente habría hecho asesinar a ese joven. Si se encontraran en una ciudad de la Europa occidental, se habría encargado de que desapareciese sin llamar la atención. Hasta hacía pocos años, incluso en China, habría bastado con un puñado de monedas y un comentario al oído de la persona adecuada para que Hel se convirtiera en alimento para peces.

En la China actual no era posible. A pesar de la enorme influencia soviética, Pekín no toleraría en su territorio un asesinato no autorizado. Provocaría un incidente, incidente que perfectamente podía conducirle de regreso a una celda de la cárcel de Lubianka.

«Es mejor estar allí que muerto», se dijo, y acarició la pistola que esa mañana, antes de dejar sus aposentos, se había introducido en el cinturón. «Si es Hel y pretende matarme por una agresión imaginaria a la zorra de su madre, no tengo por qué representar el papel de chivo expiatorio.»

Sabía que había matado al general japonés con un único golpe dirigido al cuello. Podía volver a intentarlo.

«Tengo tres guardaespaldas expertos en judo y que van armados. Si de alguna manera consigue superarlos...» Voroshenin volvió a acariciar la culata de la pistola y se tranquilizó.

Se preguntó por qué le temblaba la mano y bebió otro trago de vodka. Llegó a la conclusión de que, cuando ese asunto terminase, tendría que hacer algo con la bebida. Tal vez iría a un balneario en las montañas para respirar aire puro, hacer ejercicio y todas esas mandangas.

«Espero no tener que disparar a Hel. Espero que hayan atrapado a Guibert padre, que lo hayan hecho hablar y que haya reconocido que su verdadero hijo murió en el accidente de tráfico. Así no tendré de qué preocuparme. Disfrutaré de la ópera con la certeza de que el joven Hel entonará otra clase de aria con la música compuesta por Kang... Suena de una vez, maldito teléfono.»

El hombre mayor era más duro de lo que parecía.

—Me he enfrentado a la Süreté, a la Gestapo, a L'Union Corse y a la Banda Verde —aseguró—. *Bande d'enfoires*, ¿qué tienen que mostrarme que ya no haya visto?

Amenazaron con matarlo.

Él se encogió de hombros.

—Soy viejo. Cago como Dios manda cada tres o cuatro días y, con suerte, la polla se me pone dura una vez por semana. Duermo tres horas por noche. Apiádense de mí y mátenme. —Aseguraron que le harían daño—. ¿Qué quieren que diga de novedoso? —espetó Guibert—. Me mostraron las fotos y les dije que ese es el inútil de mi hijo, el que piensa que el dinero cae de los árboles y que siempre se planta en dieciséis. Háganme el daño que quieran.

Era un hueso duro de roer y no soltó prenda.

—¿Michel está en Pekín? —repitió como un loro cuando prácticamente le descoyuntaron los hombros—. Lo único que puedo decir es que supongo que está en Pekín. ¿Eso significa que de verdad está allí? Ustedes sabrán.

—¿Qué hace en Pekín?

—Se supone que ha ido a comprar armas, pero, si conozco a mi hijo, diría que se dedica a perseguir fulanas —respondió Guibert—. ¿Todavía quedan fulanas en Pekín? Si lo buscan, ya saben dónde encontrarlo. Si no

dan con él, a por un par de dados cargados. Seguramente apostará contra esos dados.

—Su auténtico hijo murió en un accidente de coche y este hombre es un impostor —insistieron.

—¿Creen que no conozco a mi propio hijo? ¿Para qué se molestan en hacer preguntas a un hombre que no conoce a su propio hijo? ¿Son tan cortos de entendederas? —A continuación el hombre mayor se mostró agresivo—. Estamos en Hong Kong. Aquí hay leyes, no como en la mierda de países de los que vienen. Conozco a todos los polis y a todos los matones. Los tongs me llaman «señor». Si me sueltan ahora mismo, olvidaré lo ocurrido y lo consideraré un error. En caso contrario, les haré cosquillas en los pies cuando cuelguen de los ganchos para carne. Hagan el favor de desatarme, que tengo que mear.

Lo desataron y lo acompañaron al lavabo.

Sonó el teléfono.

Voroshenin respondió antes de que el timbrado terminara:

—Dígame.

—Se resiste.

—¿Y qué?

—Pensamos que dice la verdad.

Voroshenin no se lo creyó. Consultó el reloj de pared y calculó que faltaban tres horas y cuarto.

—Inténtelo una vez más.

—No sé qué hacer para...

—Ya le diré yo lo que tiene que hacer —lo interrumpió Voroshenin.

Cuando Emile Guibert salió del lavabo, Winifred estaba de rodillas ante una silla, con los ojos desmesuradamente abiertos por el terror y los labios alrededor del cañón de la pistola que el interrogador esgrimía, con el dedo apoyado en el gatillo.

El interrogador miró a Guibert y empezó a contar:
—Tres..., dos...

56

Nicholai se metió en la bañera humeante.

Pensó que era un regalo del karma mientras se introducía en el agua muy caliente, respiraba hondo, expulsaba el aire y se relajaba para aligerar el dolor que sentía. Se recostó en la bañera para que el agua caliente aflojase sus músculos y serenara su mente.

De niño se abstraía de repente y entraba en un estado de relajación total, durante el cual su mente lo llevaba a tumbarse en un apacible prado de montaña. Las vicisitudes y los padecimientos de la guerra le habían arrebatado esa tranquilidad; lamentó mucho aquella pérdida, tanto como la de su libertad y la del dominio de su propia vida.

En ese momento, lo mejor que podía hacer era controlar la respiración y esclarecer sus pensamientos.

La probabilidad de que esta fuese su última noche en la red de la vida solo lo apenó por Solange. Recordó la afirmación budista según la cual todo sufrimiento procede del apego y reconoció que se había enamorado de ella de una manera muy occidental y romántica, y que la idea de dejarla le resultaba dolorosa.

También lo entristeció la posibilidad de que Diamond y sus acólitos se librasen de la justicia, aunque se sintió reconfortado con la certidumbre de que el karma era perfecto.

«Si vivo, cumpliré mi venganza; si muero, ya renacerán como gusanos en un estercolero», pensó.

Se concentró en la misión.

La visualizó paso a paso y «caminó» por la velada. Chen iría a buscarlo al hotel y lo dejaría en el teatro. Se dirigiría al palco de Voroshenin, se sentaría y disfrutaría de la ópera. Exactamente en el momento oportuno, mientras resonaban los tambores y los gongs, asestaría al torturador de su madre un golpe único y fulminante en el corazón. Luego saldría andando del teatro, esquivaría a los guardias y se refugiaría en la mezquita.

De repente, algo lo preocupó.

Volvió a visualizar la situación y la inquietud persistió, pero no logró desentrañar su origen.

Cambió de paradigma e imaginó la situación como si fuera un tablero de go: depositó sus piedras negras y jugó la partida. Se topó con los desafíos previsibles, nada más. «En el supuesto de que Voroshenin conozca mi verdadera identidad y recuerde la manera en que trató a la condesa Alexandra Ivanovna, es posible que me esté metiendo en una trampa, pero eso ya lo sé y estoy preparado.»

Había algo más.

Decidió cambiar de perspectiva y jugar con las piedras blancas contra las suyas, las negras. Fue toda una revelación.

Extrañamente, comprobó que entre las piedras blancas no solo estaban los rusos y los chinos «rojos», sino también los americanos. Su mente los alineó como piedras blancas: al estudiar el tablero como lo haría si jugase de ese lado, lo vio claro.

Satori.

Faltaban noventa minutos para entrar en estado operacional.

Incapaz de quedarse quieto, Haverford caminó de un extremo a otro de la sala de situación. Al cabo de treinta minutos quedarían «a oscuras» y se interrumpiría todo tráfico significativo por cable y por teléfono. Soltarían una «crítica demoledora», chorradas al uso para que soviéticos y chinos pensasen que todo era como siempre, pero no habría comunicación entre Langley y la sala de situación.

Singleton se presentaría en la Casa Blanca. Diamond saldría de caza con sus colegas.

Si algo fallaba, todo quedaría en manos del centro de operaciones de Tokio.

—Quiero una última comprobación del estado.

—Acabamos de hacerla...

—¿Le he pedido que me dijera lo que acaban de hacer?

Realizaron otra comprobación.

Alfa Tigre: en su sitio.

Equipo Bravo: en su sitio.

Monje: en su sitio.

Jugador de Go: en su sitio.

Papá Oso...

Papá Oso...

—Papá Oso no aparece en el radar.

—¿Qué ha dicho?

—Que Papá Oso no aparece en el radar —repitió el joven presa del nerviosismo.

—Insista.

Las frenéticas llamadas a Hong Kong no dieron resultado alguno. Emile Guibert no estaba en su casa de Victoria Peak, en su despacho del centro ni en el club. Tampoco se encontraba en el piso de su amante. Había desaparecido del radar.

En Hong Kong tenían que andar con tiento debido a la hipersensibilidad británica. Durante unos segundos, Haverford se planteó pedir ayuda a Wooten. El responsable del MI-5 tenía en nómina a la Policía de Hong Kong y registraría la isla en menos tiempo que el reducido contingente americano.

Llegó a la conclusión que no estaría en condiciones de responder a las preguntas que Wooten haría y de que saldría demasiado caro, por lo que dejó el caso en manos de la gente de Benton.

La búsqueda llevó veintiocho minutos que se convirtieron en una eternidad.

Haverford se abalanzó sobre el cable:

Papá Oso fuera cuadrícula.
¿abortamos? aconséjeme.

John Singleton cogió el abrigo de lana del perchero y se lo puso. Tardó varios segundos porque tenía bursitis en el hombro izquierdo. Se rodeó el cuello con la bufanda, se caló el sombrero y caminó hacia la puerta de su despacho.

Para la inmensa mayoría de las personas, ir a la Casa Blanca era emocionante, pero para Singleton suponía una tarea rutinaria. Ya había recorrido la mitad del pasillo cuando su ayudante se acercó corriendo.

—¿Qué ocurre?

—Acaba de llegar un cable urgente de Tokio.

Singleton le echó un vistazo y añadió:

—Ahora no.

—¿No quiere res...?

—No puedo responder a algo que no me ha entregado, ¿verdad? Llegó cuando yo ya había abandonado el edificio. Cuando regrese lo estudiaré.

Las puertas del ascensor se abrieron automáticamente.

—Estamos a oscuras —afirmó el joven agente.

«Esto no presagia nada bueno», pensó Haverford.

Singleton lo había dejado en la estacada. El viejo maestro de espías se alzaría con los laureles del éxito, pero arrojaría sobre él la responsabilidad del fracaso.

—Depende de usted.

—Ocúpese de localizar a Emile Guibert y ahórreme comentarios sobre lo que es evidente —espetó Haverford.

—Disculpe.

Solo quedaban cincuenta y nueve minutos.

En cuanto estuviesen en estado operacional, tendría autoridad para abortar la misión a discreción. Podía accionar el «botón rojo», que desencadenaría una alerta que Hel reconocería. En ese caso, se limitaría a salir del hotel, una distracción organizada de antemano se haría cargo de quienes lo vigilaban y él iría directamente a la mezquita de Niujie.

—Siga buscando a Papá Oso.

—Sí, señor.

«Planteemos la peor de las hipótesis. Hagamos la suposición de que Voroshenin ha cogido a Guibert y lo tortura. Supongamos que Guibert habla —se dijo Haverford—. En ese caso, Voroshenin sabe que Guibert es una tapadera, si bien es imposible que este haya revelado la verdadera identidad de Hel. Voroshenin sabe, únicamente, que "Michel Guibert" es una tapadera controlada por los británicos, que es lo que supone el propio Guibert. Además, Voroshenin concluirá lo que dicta la lógica: creará que los británicos nos sustituyen. Sabrá que se trata de una operación americana.

»¿Cuál será su reacción? Se lo dirá a los chinos, a su colega Kang.

»¿Y qué hará Kang? Permitirá que Hel siga operativo para ver adonde lo conduce o lo cogerá y lo torturará hasta arrancarle la verdad.» Todo lo que sabían sobre Kang apuntaba a que se decantaría por la segunda opción.

—¿Está confirmado que Jugador de Go se encuentra en su sitio? — preguntó Haverford.

—Ha hecho señales.

Los vigilantes apostados en el exterior del hotel habían visto entrar, pero no salir, a Hel y habían reparado en que las cortinas de la ventana estaban colocadas tal como habían acordado. Diez minutos antes, Hel había llamado al servicio de habitaciones para pedir un termo con agua caliente para preparar el té, por lo que todo llevaba a suponer que, más que en manos de Kang, estaba sano y salvo en su habitación.

Haverford se preguntó durante cuánto tiempo permanecería sano y salvo.

Se dijo que debía abortar la misión.

«Envía la señal al Monje, pulsa el botón rojo.»

Nicholai salió al pequeño balcón.

Al otro lado del bulevar, iluminado por la luz ámbar de la farola, el monje continuaba bajo el árbol y miraba hacia el sur.

La misión seguía en pie.

Nicholai se dispuso a sacar un cigarrillo para encenderlo y reconocer esa presencia.

Fue entonces cuando el monje se movió.

—Tenemos a Papá Oso.

—Suspenda la señal de abortar —ordenó Haverford—. ¿Dónde diablos se había metido?

Papá Guibert tenía una nueva querida y la había acompañado a su casa. Se mostró sorprendido e indignado al descubrir que los agentes lo buscaban.

«Quería variedad —le dijo al británico que trabajaba para Haverford—. ¿Qué se puede esperar? Al fin y al cabo, soy francés.» Emile Guibert no pretendía que ese hombre comprendiera sus necesidades sexuales, sobre todo porque los británicos eran tan sensuales como su comida.

—No lo pierdan de vista —ordenó Haverford—. ¿Ha hecho señales al Monje?

—Confirmado.

Haverford tomó asiento y miró el reloj de pared: faltaban doce minutos.

Voroshenin se puso al teléfono.

El viejo se había derrumbado, pues ningún francés de su generación permitiría que esparcieran por las paredes los sesos de una bella mujer; había confirmado la muerte de su hijo en el accidente de tráfico y había añadido que «Michel Guibert» era la tapadera de un agente al servicio de los británicos.

«¡Y yo que me lo creo! —pensó Voroshenin—. Los británicos están más que satisfechos de conservar Hong Kong y no creo que quieran despertar al dragón armando jaleo en China. Además, no era desde Londres, sino de Washington desde donde se controlaba a Nicholai Hel.»

Al final, Kang contestó a la llamada.

—*Wei* —contestó afablemente, como si no ocurriera nada extraordinario.

—El padre confirmó mi hipótesis —dijo Voroshenin.

Se hizo una larga pausa.

—Que disfrute de la ópera —añadió Kang.

«Ya lo creo», se dijo Voroshenin.

Nicholai vio que el monje echaba a andar hacia el norte, cambiaba de idea y se dirigía de nuevo al sur.

Habían abortado y revivido rápidamente la misión. La situación no lo preocupó, pues el *go-kang* es un campo cinético que requiere ideas y actos fluidos.

En ese momento, el monje hizo algo inesperado: se volvió para echar un vistazo al hotel y miró directamente a Nicholai. Este percibió el escrutinio del monje, casi de la misma manera que antaño había sentido la intensidad de la mirada de Kishikawa-sama y de Otake-san, a pesar de que se encontraba cinco plantas más abajo y en la acera de enfrente.

El joven asintió con la cabeza.

Protegió el cigarrillo con una mano y con la otra lo encendió, señal de que estaba listo para seguir adelante. Dio una larga calada, regresó al interior de la habitación y cerró las puertas del balcón.

Salió y bajó la escalera.

—Jugador de Go se ha dado por enterado.

—Recibido.

A partir de ese instante, lo único que Haverford podía hacer era esperar:
la peor parte del trabajo.

Diamond se ocupó de no estar en su despacho ni remotamente cerca. Dejó dicho dónde podían contactar con él y ordenó que le comunicasen de inmediato toda novedad procedente de Pekín.

«¡Qué mierda es esperar!», exclamó para sus adentros.

El viento del norte había arreciado y Nicholai se protegió el cuello con la bufanda al toparse con el frío aire nocturno. Esperó la llegada de Chen y del coche. ¿Dónde se habían metido? Chen solía ser exasperantemente puntual.

En la otra acera del bulevar, el monje caminó en dirección sur.

«La última comprobación, la última oportunidad de detener esta misión acaba de alejarse, literalmente, al paso», pensó Nicholai, y experimentó un escalofrío de pesar.

El coche apareció y las banderas rojas ondearon al viento. Paró delante del hotel, la puerta trasera se abrió y, en cuanto se apeó, Chen explicó:

—Lamento el retraso. Había mucho tráfico.

El escolta parecía asustado.

Chen hizo pasar a Nicholai al asiento trasero y se situó a su lado.

Nicholai empezó a saludar a Liang, pero enseguida se dio cuenta de que se trataba de otro chofer y preguntó:

—¿Dónde está Liang?

—Está enfermo —respondió Chen, que despedía olor a miedo y en cuyas mejillas brillaba una lámina de sudor graso.

Nicholai sacó dos cigarrillos del paquete y ofreció uno a Chen. Este lo aceptó, pero le temblaron las manos cuando Nicholai acercó el mechero encendido. Cogió la muñeca de Chen y le dijo:

—Tal vez tiene algo contagioso.

—Es posible.

—Debería volver a casa y cuidarse.

—Nicholai miró a Chen a los ojos—. No pasa nada.

—Lo siento muchísimo —insistió Chen—. Lamento haber..., haber llegado tarde.

—De verdad que no tiene la menor importancia —aseguró él, y soltó la muñeca del escolta.

Nicholai se acomodó en el asiento, fumó, miró por la ventanilla y fingió que no se daba cuenta de que, en lugar de girar hacia Xuanwu, el coche ponía rumbo a las torres de la Campana y el Tambor.

65

Kang preparó el escenario. Pretendía que el decorado fuese perfecto: el marco impecable del drama que estaba a punto de representar, la obra que ya había escrito.

El tal Nicholai Hel le diría lo que él esperaba. Tal vez al principio no, ya que el orgullo masculino lo obligaría a resistirse, pero al final cedería y cantaría. Se presentaría como hombre y saldría convertido en eunuco, se presentaría en el escenario como *sheng* y lo abandonaría como *dan*, abochornado y clamando a gritos la muerte.

Sin embargo, la dignidad de la muerte no figuraba en el texto de Hel. Kang reservaría lo que de él quedase para otra representación: interpretaría su humillación en el puente del Cielo, ante un público formado por miles de personas. En vez de una túnica bordada, Hel llevaría a la espalda un cartel, estaría sujeto por gruesas cuerdas y daría su último adiós en medio del estrépito de los fusiles y el griterío de la gente.

Kang acarició el alambre rígido y sumamente delgado, con un extremo anudado y el otro aguzado; con ese artilugio se proponía atravesar la masculinidad de Hel.

«Pasar el arco del *jinghu* por las cuerdas»: ese era el nombre con el que Kang había bautizado la nueva técnica, e imaginó las notas que Hel daría cuando el alambre se deslizase a través de sus testículos.

Kang iba vestido para la ocasión: chaqueta de brocado negro con pijama de seda y zapatillas del mismo color. Se había peinado con gran cuidado, se

había recortado las cejas y se había pintado las mejillas con la capa más sutil e imperceptible de colorete.

Deseaba equiparar los ritmos de la tortura mental y la física, demostrarle a Hel que el tormento es inevitable, ofrecerse a revocar la condena y, a pesar de los pesares, hacerla efectiva. Tañería las cuerdas entre la desesperación y la esperanza, el terror y el alivio, la angustia y el final hasta alcanzar el paroxismo en el que solo existiese el dolor.

Como en cualquier ópera que se precie, la música quedaría resaltada por los monólogos de Hel. Sí, era agente de los americanos; sí, lo habían enviado a mover los hilos del títere, del traidor de Peng; sí, conspiraban para enviar armas a los elementos antirrevolucionarios de Yunnan; sí, se proponían asesinar al presidente Mao.

Oyó que las portezuelas del coche se cerraban y algunas pisadas en el sendero empedrado.

La ópera estaba a punto de iniciarse.

Las luces de la sala se atenuaron y se encendieron las candilejas.

Arrellanado en el palco, Voroshenin se inclinó y paseó la mirada por el escenario negro y cuadrado, tradicionalmente montado al norte del público. Sentía gran aprecio por ese viejo teatro con las columnas rojas y doradas que enmarcaban el escenario, el gastado suelo de madera y los vendedores ambulantes que pregonaban cacahuetes y toallas impregnadas de agua caliente, por no hablar de las charlas y las risas.

La butaca contigua estaba vacía. Hel no había llegado.

Voroshenin sabía que ese joven insensato asistía a su propia ópera y que, de un modo involuntario, se convertiría en el protagonista.

Tras unos segundos de silencio expectante, la orquesta tocó las primeras notas y el público enmudeció cuando Xun Huisheng apareció en escena. Vestido de *huadan*, de jovencita descarada, Xun llevaba una larga túnica escarlata de la época Ming, con flores bordadas en los hombros y mangas sueltas. Se detuvo en el centro del escenario, pronunció el *shangching*, el parlamento inaugural, y se identificó como la Doncella Roja.

Agitó la mano con la elegancia alcanzada tras décadas de práctica, se sacó un pergamino de la manga, hizo un alto y entonó la primera y célebre aria:

Esta carta es prueba de la aventura.

Por orden de mi señora me dirijo a la cámara occidental.

*A primera hora de la mañana el silencio es supremo.
Permitid que yo, la Doncella Roja, tosa ligeramente para avisarle.*

Voroshenin estaba fascinado.

—Jugador de Go no aparece en el radar.

Haverford tuvo la sensación de que se le helaba la sangre y se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Cómo?

—No ha llegado al punto cero.

—¿No ha llegado o todavía no se ha presentado? —insistió Haverford.

El joven agente se encogió de hombros y, al cabo de unos segundos, preguntó:

—¿Quiere enviar el código de dispersión?

Un código de dispersión era lo que su nombre describía: comunicar al equipo de extracción de la mezquita de Niujie que se pusiera a cubierto antes de que los rodearan y enviar a Monje, a los huis y a todos a la frontera.

Evaluó las posibilidades.

La más simple: Hel se había retrasado a causa de un atasco. La de la traición: Hel se había amilanado y había huido. La catastrófica: Hel había caído en manos de Kang Sheng. Esta última desencadenaría, sin lugar a dudas, un código de dispersión.

—No —contestó Haverford—. Concedámosle un rato más. «Nicholai, ¿dónde te has metido?»»

Tres policías sacaron a Nicholai del coche, lo tendieron sobre el capó y le esposaron las manos a la espalda.

No se resistió porque no era el momento.

Lo incorporaron y un policía lo cogió de los codos.

—¡Espía! —gritó Chen, y con la mirada le suplicó que lo perdonase. Gotas de saliva salpicaron la cara de Nicholai cuando Chen exclamó—: ¡Ahora sabrá lo que es la furia justa del pueblo! ¡Ahora sí que conocerá la cólera de los obreros y los campesinos!

Chen se volvió para entrar en el coche, pero el chofer, que se había apeado, desenfundó su pistola y le apuntó a la cabeza.

—Li Ar Chen, queda detenido por traición a la República Popular de China.

El tercer policía le cogió los brazos, se los puso a las espaldas y lo esposó.

—¡No! —gritó Chen—. ¡No me tienen que coger a mí, sino a él! ¡A mí, no! ¡He hecho cuanto me pidieron!

El chofer guardó la pistola, le asestó un bofetón y ordenó:

—Llévenselo.

El policía empujó a Chen hasta dejarlo frente a Nicholai.

Sin pronunciar palabra, arrastraron al joven por la fuerza a través de un jardín de roca que, por sorprendente que parezca, semejaba una cueva. Uno

de los policías llamó a la gruesa puerta de madera y segundos después Nicholai oyó un amortiguado «adelante».

La puerta se abrió y los policías hicieron entrar a Nicholai a empellones. «Los comunistas aman el cemento», pensó él.

Los techos eran abovedados y las paredes estaban pintadas con vetas que imitaban los estratos geológicos.

La «cueva» estaba amueblada con elegantes mesas y sillas de palisandro, un cómodo sofá y los aparatos de tortura. Había una especie de banco, que estaba claro que se usaba para las palizas y quizá para sodomizar; una asombrosa variedad de látigos y fustas colgaba ordenadamente de ganchos, y también había dos sillas de respaldo recto, con el asiento quitado y atornilladas al suelo.

Los policías condujeron a Nicholai hasta una de las sillas, le quitaron las esposas y utilizaron gruesas tiras de cuero para sujetar con firmeza sus muñecas a los reposabrazos. Nicholai vio que cogían a Chen, lo desnudaban sin miramientos y lo colgaban de las esposas de un riel metálico que iba de una punta a otra del techo. Le ataron los tobillos a pernos que había en el suelo, por lo que quedó despatarrado.

Chen apoyó el mentón en el pecho y lloró quedamente.

Se abrió una puerta interior. Tras ella apareció Kang Sheng.

Nicholai tuvo que reconocer que había sido una entrada espectacular: la iluminación era perfecta; el momento, el adecuado. Kang esgrimía un artilugio agorero que resplandeció a la luz de la lámpara.

Era un alambre de unos treinta centímetros de largo con un extremo afilado como una aguja.

—Buenas noches, señor Hel..., al menos creo que así se apellida.

—Me llamo Guibert.

—Si insiste... —Kang sonrió.

Nicholai luchó contra el terror que lo embargó y se obligó a mantener la lucidez. Pensó que Kang acababa de cometer el primer error: «Ha mostrado su posición de apertura en el tablero al revelar que conoce mi verdadera identidad».

—Es posible que se muestre más colaborador en cuanto le enseñe lo que he preparado.

—Esa posibilidad siempre existe —replicó Nicholai.

—Así es —confirmó Kang con tono afable. «La jactancia de Hel es deliciosa, típicamente *sheng*. Ha tenido la delicadeza de interpretar su papel a la perfección, ya que la caída del halcón es mucho más dramática que la del gorrión.» Centró su atención en Chen, que representaría de forma magnífica el papel de *chou*, el bufón—. ¡Perro contrarrevolucionario!

—No... —barbotó Chen—. Soy un leal...

—¡Mentiroso! —chilló Kang—. Formaste parte de la conspiración y lo ayudaste a cada paso del camino.

—No.

—¡Sí! —insistió Kang—. ¿Acaso no lo llevaste a la iglesia?

—Sí, pero...

—No tuvo nada que ver con... —intervino Nicholai.

—Cállese —espetó Kang—. Le garantizo que pronto llegará su turno. Ahora es el del cerdo gordo. *Pang ju*, ¿cuántos yuanes comes al día? ¿Por eso te gusta acompañar a los huéspedes extranjeros, lo haces para atiborrarte a espaldas del pueblo?

—No...

—No, lo haces porque eres espía.

—¡No!

—Bueno, no —apostilló Kang—. Te daré la posibilidad de que confieses.

Ese era el acto más aburrido de la obra, el *shangching*, el preámbulo. En esa fase, los prisioneros no confesaban porque sabían que si lo hacían firmaban su propia sentencia de muerte. Estaban al tanto del dolor que iban a sufrir y sabían que, a la larga, confesarían la peor de las acusaciones, pero la naturaleza humana es tal que al principio luchaban por sobrevivir.

Chen guardó silencio.

—De acuerdo —añadió Kang. Nicholai vio que a Chen los ojos se le salían prácticamente de las órbitas cuando Kang se acercó con el alambre afilado como una aguja. El torturador dejó escapar una risilla—. Nunca lo

he hecho, por lo que tendré que experimentar. —Chen se sacudió cuando Kang apoyó la punta del alambre en uno de sus testículos—. El problema radica en la flexibilidad.

Kang apartó el alambre unos cinco centímetros y lo soltó.

Xun Huisheng dio una nota maravillosa, de tono rico y timbre perfecto, por lo que exhaló un *ze* increíble.

*Fijaos, mi pobre señora tiene el ceño fruncido todo el día,
y el joven está enfermo y en los huesos.
Pese a los castigos impuestos por la Anciana Dama,
yo, la pequeña Doncella Roja, contribuiré a que sus sueños se hagan
realidad.*

Voroshenin aplaudió mientras el público de las butacas gritaba «*Hao! Hao!*», entusiasmado por tan extraordinaria interpretación.

Intranquilo, el coronel Yu permaneció en su despacho.

El tipo que se hacía llamar Michel Guibert no había llegado a la ópera ni estaba en su habitación del hotel. Ninguno de los observadores conocía su paradero. Lo único que habían dicho era que lo habían visto montar en coche a las puertas del hotel Pekín.

¿Estaba en manos de Voroshenin?

¿Había caído en manos de Kang?

Fuera como fuese, se trataba de una situación desesperada. No quiso ni imaginar lo que Kang le obligaría a decir. Si Mao estaba preparado para actuar contra el general Peng, ese era el momento ideal. «Guibert» confesaría la conspiración para asesinar al comisario ruso; Kang se encargaría de involucrar al general Peng.

En el sur habían montado varias rutas de escape.

¿Había llegado el momento de que el general emprendiese la huida?

¿Tenía que activar «Viento Meridional»?

Yu se maldijo a sí mismo y pensó que tal vez había sido demasiado osado e incluso prematuro permitir que la conspiración de los americanos siguiera adelante. Tal vez tendrían que haber expulsado a Guibert del país cinco minutos después de su llegada. Sin embargo, había sido tan tentador permitir que Stalin y Mao estuvieran a matar... Los rusos situarían prematuramente a Gao Gang en el puesto y Mao reaccionaría, pero

carecería de fuerza para triunfar, por lo que el general Peng intervendría para llenar el vacío de poder.

Era tan tentador, planteaba tantas posibilidades...

La idea de acabar con Voroshenin en la ópera resultaba hermosa por paradójica. Muy poco occidental, pero era necesario recordar que el mentado Guibert...

«¿Debo comunicárselo al general? —se preguntó Yu—. ¿Debería poner en marcha el plan de escape y pedirle que se vaya de inmediato?» Echaría por la borda años de esfuerzo, disiparía esperanzas, los sueños de un país verdaderamente comunista se postergarían de forma indefinida o se desvanecerían..., pero, por otro lado, no podía correr el riesgo de que el general fuera detenido, torturado y ejecutado.

«¿Dónde se había metido el tal Guibert?»

Nicholai hizo grandes esfuerzos por no vomitar.

Chen gritó sin cesar y sacudió el cuerpo, a pesar de las cadenas, mientras Kang le pasaba el alambre por los testículos, como si aserrara, sin dejar de darle consejos sobre la mejor manera de vocalizar.

—*Hum qi* —precisó, y empleó términos operísticos—. «Intercambio de aire», entra despacio y sale despacio. Y ahora «respiración sigilosa», aspira bruscamente, por favor, con ímpetu. Eso es..., muy bien...

Nicholai se obligó a concentrarse en su propia respiración. Aspiró profundamente por la nariz, llevó el aire al abdomen inferior, lo retuvo, lo acumuló, lo liberó..., lo retuvo y lo acumuló, lo retuvo y lo acumuló en lo más profundo del abdomen hasta que notó que invadía sus músculos...

Anuló el sonido del tormento de Chen.

—¡Confieso! ¡Confieso! ¡Confieso! —gritó Chen.

Al parecer, Kang no lo oyó ni dejó de «pasar el arco del *jinghu* por las cuerdas» hasta que el escolta lanzó un gemido prácticamente inhumano. No se detuvo hasta que Chen mostró todas las posiciones de la boca de un cantante de ópera: *kai-kou* o boca abierta; *qichi* o dientes nivelados; *houkou* o boca cerrada; y, por último, *couchun* o labios asomados.

Kang retiró el alambre y Chen dejó caer la cabeza. Su cuerpo se relajó y el sudor que lo cubría cayó sobre el suelo de cemento.

—Soy espía —dijo Chen entre sollozos—. Formé parte de la conspiración y ayudé a este hombre en todo lo que necesitó.

—¿Lo ayudaste a enviar armas a los rebeldes de Yunnan?

—Sí.

—¿Para asesinar al presidente Mao?

—Sí.

—¿Quién te lo ordenó? —lo interrogó Kang—. ¿Fue el general Peng?

—Sí, fue el general Peng.

Nicholai se dio cuenta de que Chen diría cualquier cosa y lo aceptaría todo para evitar que Kang reanudase la tortura.

Además, Kang acababa de revelar algo más sobre su estrategia.

Se acordó de Kishikawa-sama: «Mantén la calma y que tus pensamientos sean tan diáfanos como el agua del lago. Respira y acumula tu *ki*».

Nicholai comprendió que Peng era el objetivo y que él no era más que una hilera de piedras en el camino a dicho objetivo.

«Muy bien.»

Kang se volvió hacia él, levantó el alambre y dijo:

—Señor Hel, ha llegado su turno.

—Francamente, no es necesario —aseguró Nicholai—. Le diré todo lo que quiere saber.

Kang esbozó una sonrisa.

—Reconozca que no es Michel Guibert.

—Reconozco que no soy Michel Guibert.

—Reconozca que es Nicholai Hel.

—Reconozco que soy Nicholai Hel.

—Nicholai Hel, ¿a qué ha venido a Pekín?

Nicholai se inclinó en la silla tanto como permitían las tiras de cuero, miró a Kang a los ojos y respondió:

—He venido a Pekín a matar a Yuri Voroshenin.

Kang palideció.

—Saquen a este cerdo de aquí y que espere fuera —ordenó Kang.

«La disposición del tablero ha cambiado. Como no quiere que sus subordinados escuchen comentarios significativos, Kang ha quitado esas piedras. Respira y acumula tu *ki*. Respira y acumula tu *ki*», se dijo Nicholai.

Los policías descolgaron a Chen y lo sacaron a rastras. En cuanto cerraron la puerta, Kang preguntó:

—¿Reconoce que ha venido usted para asesinar a Yuri Voroshenin?

—¿Me pregunta si lo reconozco? —se sorprendió Nicholai—. Lo proclamo.

—¿Por qué?

Nicholai estiró el mentón para señalar el alambre que Kang tenía en la mano.

—Quiero ahorrarme sufrimientos innecesarios y estoy dispuesto a hacer un trato.

—No está en condiciones de hacer un trato.

—¿Cómo lo sabe?

Kang agitó el alambre ante su cara.

—Conseguiré que me lo diga sin necesidad de hacer un trato.

—Es probable, pero no posible —coincidió Nicholai—. Ya sabe que me crié en Japón. ¿Qué experiencia tiene de los japoneses sometidos a torturas? ¿Y si comete un error? ¿Y si calcula mal y muero a causa de sus atenciones? En ese caso, jamás lo sabrá.

Kang pensó que se trataba de una situación deliciosa y excitante; era otro guión, una desviación de lo habitual.

—¿Qué es lo que tengo que saber?

—La forma de tener poder sobre Voroshenin.

Nicholai lo notó en la mirada de Kang. Fue fugaz, pero existió. El chino deseaba intensamente tener poder sobre Voroshenin. Kang estaba deseoso de librarse del dominio soviético.

Piedra movida.

«Respira y acumula tu *ki*. Respira y acumula tu *ki*.»

Kang rió, aunque con poca convicción.

—Y usted puede decirme cómo tener a Voroshenin bajo mi poder. — Nicholai asintió con la cabeza—. ¿Cómo?

—Suelte el alambre.

Kang soltó el alambre y repitió:

—¿Cómo?

—Mediante el chantaje.

—Precise un poco más.

Nicholai negó con la cabeza.

—Si respondo, ¿cómo sé que saldré con vida de aquí? ¿Cómo sé que saldré vivo de China?

—Tiene mi palabra.

—¿Me toma por tonto?

Kang señaló el alambre.

—Le garantizo que me lo dirá si me obliga a practicar «pasar el arco de *jinghu* por las cuerdas». Como usted mismo ha dicho, ahórrese ese tormento. En cuanto a su vida...

«Respira y acumula tu *ki*. Respira y acumula tu *ki*. No derroches energía negociando mentiras. Serénalo, condúcelo a un exceso de confianza y luego arrastra sus piedras hacia la trampa.»

—Yuri Voroshenin extorsionó a mi madre para que le entregase una fortuna considerable que luego puso en diversas cuentas bancarias e inversiones —explicó Nicholai—. Fue hace mucho tiempo, pero los intereses se acumulan, y Voroshenin se ha convertido en un hombre muy

acaudalado. Estoy seguro de que no le gustaría que Beria se enterase y, menos todavía, Stalin. ¿Tiene un magnetófono?

—Por supuesto.

—Tráigalo —pidió Nicholai—. Le contaré toda la historia y tendrá a Voroshenin en sus manos.

«Respira y acumula tu *ki*. Respira y acumula tu *ki*.»

Kang fue a buscar el magnetófono. Nicholai le refirió todo lo que su madre le había contado sobre lo ocurrido en Petrogrado hacía treinta años.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó Haverford.

—Treinta y un minutos.

La hipótesis del atasco de tráfico estaba descartada. Hel se había largado o, de lo contrario, estaba bajo control enemigo.

«Da la orden de dispersión», pensó.

Sauve qui peut: sálvese quien pueda.

«Claro que si retiras el equipo de extracción y Hel está vivo...»

75

El coronel Yu abandonó la silla, salió de su despacho y recorrió el pasillo.

El general estaba en su oficina. Oyó que se abría la puerta, levantó la cabeza y preguntó serenamente:

—¿Qué pasa?

—Señor, me temo que ha llegado el momento.

—¿El momento de qué?

—Del Viento Meridional.

Yu expuso la situación. Cuando concluyó, el general Peng dijo:

—Por favor, prepare el té.

—General, creo que...

—Prepare el té —repitió Peng sin inmutarse—. Remójelo tres veces.

Nicholai concluyó la explicación.

—De modo que por eso desea matar a Voroshenin —dijo Kang.

—¿Usted no haría lo mismo?

—No, odiaba a mi madre —replicó Kang.

—Lo siento.

Kang se encogió de hombros.

—Evidentemente, los americanos no lo contrataron para llevar a cabo una venganza personal. ¿Por qué lo enviaron?

—Para matar a Voroshenin —repuso Nicholai.

—¿Con qué motivo?

Nicholai le explicó todo, mencionó la conspiración para malquistar a Pekín y Moscú porque contarle ya no tenía importancia.

Lo único que necesitaba era que Kang realizase el movimiento previsto. Existía la posibilidad de que no lo hiciera, pero Nicholai la descartó. Cada hombre tiene su naturaleza. Kang había revelado la suya y se comportaría en consecuencia.

Y así fue.

—¿Me lo ha contado todo?

—Sí, todo.

—De acuerdo —añadió Kang, y cogió el alambre—. Ha llegado el momento de reanudar la ópera.

«Respira y acumula tu ki. Respira y acumula tu ki.» Nicholai habló con tono atemorizado:

—¿Por qué? ¡Ya se lo he dicho todo!

—Precisamente por eso.

—¡Pues ahora no tiene sentido!

—El sentido radica en que disfrutaré —repuso Kang, y se acuclilló delante de Nicholai.

Las piedras estaban en su sitio.

Nicholai centró toda la energía en las piernas, notó que recorría sus venas y sus músculos cuando Kang se estiró para desabrocharse el cinturón y bajarse los pantalones.

«Acumula... y... libera.» La energía estalló en los pies de Nicholai y recorrió sus piernas mientras se lanzaba hacia arriba con todo el *ki* que había acumulado. La silla se sacudió pese a los pernos. Kang saltó hacia atrás y se puso en pie. Nicholai giró dos veces para ganar impulso, se arremolinó y lo golpeó con las patas de la silla, por lo que Kang trastabilló hacia la pared. Se lanzó sobre el chino y lo aplastó contra la pared, después de lo cual oyó que el aire escapaba de los pulmones de su adversario.

Nicholai retrocedió, volvió a repetir la maniobra, inmovilizó al conmocionado y vapuleado Kang contra la pared, apoyó todo el peso de su cuerpo sobre él y le sujetó las manos.

Kang todavía aferraba el alambre. Nicholai previó el movimiento que el chino estaba a punto de realizar.

Desesperado, Kang apoyó la punta del alambre en el cuello de Nicholai.

Él lo vio venir, notó el pinchazo en la garganta, sintió la sangre que manaba y vio que Kang sonreía con aire triunfal.

Nicholai apoyó el mentón en el pecho, cogió el alambre con los dientes, echó la cabeza hacia atrás y arrancó el alambre de las manos de Kang.

Sorprendido, el torturador abrió los ojos.

Nicholai estiró el cuello hacia atrás tanto como pudo y se lanzó hacia delante.

El alambre se clavó en uno de los ojos de Kang, que gritó de dolor, se retorció contra Nicholai e intentó escapar.

Nicholai mantuvo el alambre en el mismo sitio durante un segundo y luego dijo:

—Por Chen.

Lo empujó, atravesó el ojo de Kang con el alambre y se lo clavó en el cerebro.

Kang se puso rígido, gimió y murió.

Nicholai dejó que el chino se desplomara en el suelo. Se agachó y con los dientes abrió las hebillas de la tira de cuero. Tardó cinco minutos en liberar una muñeca y luego se ocupó de la otra mano. Respiró hondo varias veces, recobró energía, se incorporó, sacó la cinta del magnetófono y se la guardó en el bolsillo.

Los tres policías atormentaban a Chen en la otra sala.

El primero levantó la cabeza cuando Nicholai franqueó la puerta... y aún más cuando acabó con él de una patada en la cabeza. El segundo intentó desenfundar el arma, pero Nicholai lo despachó de un codazo en el cuello. El tercero quiso huir, pero Nicholai lo sujetó de la nuca, le empotró la cabeza en la puerta y aplastó su cráneo contra la madera maciza.

El proceso no duró más de cinco segundos. Luego se arrodilló junto a Chen, que temblaba tendido en el frío suelo de cemento.

—¿Lo ha matado? —preguntó Chen con voz entrecortada.

—Dolorosamente —respondió Nicholai, y apoyó los dedos índice y corazón en el cuello de Chen, a la altura de la carótida—. Querido Chen, piense en cuencos rebosantes de arroz glutinoso blanco y puro y en platos de cerdo con salsa picante. ¿Está pensando en lo que le digo?

Chen asintió con la cabeza.

—Eso espero —dijo Nicholai, y presionó el cuello del escolta hasta que la vida lo abandonó.

Nicholai se acercó al cadáver del policía más corpulento, le quitó el abrigo, se lo puso y a continuación se cubrió con la gorra del difunto. Salió de la «cueva», cruzó el bello jardín, llegó a la calle y vio el brillo de un cigarrillo en el interior del coche. El motor estaba en marcha; la calefacción, encendida.

Nicholai se acercó al vehículo y dio golpecitos en el cristal de la ventanilla.

—Abre.

El chofer bajó la ventanilla y preguntó:

—¿Qué quieres, camarada? Hace un frío que hiela la sangre.

—Déjame entrar —añadió Nicholai en chino—. El cabrón quiere que vayamos a buscar fideos picantes con cerdo.

El chofer destrabó los cerrojos de las puertas y Nicholai montó en el asiento trasero.

A renglón seguido apoyó la pistola del policía en el cuello del chofer.

—A la ópera de Zhengyici. Camarada, conozco el camino, así que no me jodas.

—Kang me matará.

—No creo que lo haga.

El chofer puso la primera y arrancó.

El trayecto duró veinte minutos.

Nicholai los aprovechó para recobrar fuerzas. Estaba agotado. Había tenido que arrancar la silla del suelo, lo que había agotado su *ki* y no sabía si le quedaban energías suficientes para dar el golpe perfecto y matar en silencio a Voroshenin, por no hablar de escapar.

También se percató de que las emociones habían mermado su energía. El terror de la sala de torturas, el intento de mantener el dominio de sí mismo, el horror de la agonía de Chen y su sincero pesar ante su muerte lo habían afectado negativamente. En lo que se refiere a la matanza de Kang y los tres subordinados, Nicholai no tenía el menor cargo de conciencia.

Si los budistas estaban en lo cierto, Kang pasaría mucho tiempo en el *bardo*, ese estado intermedio entre la muerte y el renacimiento, antes de regresar a la tierra para una vida de sufrimiento.

Nicholai se centró en su respiración y en el intento de recuperar las fuerzas. Notó que volvían lentamente, pero lo importante era saber si serían suficientes y si las recobraría a tiempo.

El coche llegó al teatro de la ópera.

—Siga una calle más —ordenó Nicholai.

El chofer le hizo caso y se detuvo junto al bordillo. Nicholai dejó la pistola sobre el asiento y asestó al conductor un golpe de *shuto* en la base del cuello. El chofer se desplomó sobre el volante, muerto. Nicholai se apeó y caminó hasta el Zhengyici.

El guardia apostado en la entrada lo detuvo.

—Me llamo Guibert y he sido invitado por el camarada Voroshenin —se identificó Nicholai.

—La función ya casi ha terminado —informó el guardia.

—Estuve... Otro asunto... me retuvo —añadió Nicholai, y con los dedos hizo el ademán de que venía de estar con una mujer.

El guardia dejó escapar una risilla.

—Pase.

Nicholai entró en el vestíbulo, que estaba casi vacío. Rememoró el plano del teatro, encontró rápidamente la escalera, subió y atravesó el pasillo. Dos guardaespaldas de Voroshenin estaban apoyados en la pared exterior del palco. Se irguieron al ver a Nicholai y uno se llevó la mano al interior de la chaqueta.

«Bien, Voroshenin no ha revelado sus propósitos o puedo darme por muerto», pensó Nicholai. Caminó hacia los guardaespaldas y enarcó los hombros como si les preguntara qué pretendían hacer.

El guardaespaldas desarmado estaba de mal humor. Cacheó a Nicholai de las axilas a los tobillos, no encontró nada y abrió la puerta del palco.

La luz repentina hizo que Yuri Voroshenin se volviera.

A pesar de la penumbra, Nicholai detectó sorpresa en los ojos del ruso. «Es lógico, se supone que estoy muerto», se dijo. Pasó junto al guardaespaldas que se encontraba al lado de la puerta y tomó asiento junto a Voroshenin.

—Lamento muchísimo haber llegado tarde —musitó... en ruso.

En el escenario, el *sheng*, iluminado por una luz bermeja y con el rostro dividido verticalmente por un dibujo en blanco y negro, se lamentaba de la

pérdida de una batalla. Fue una representación hermosa y cada sílaba estuvo en su sitio.

—Me vi inevitablemente retenido —agregó Nicholai antes de que Voroshenin pudiera reaccionar.

Xue Xin vio que Nicholai entraba en el teatro.

Se volvió hacia un crío que se calentaba en la hoguera encendida en un cubo de basura y dijo:

—Corre y dile a tu *sifu* que la representación no ha terminado.

El chiquillo se alejó a la carrera.

Xue Xin aguardó hasta que Nicholai se perdió en el interior del teatro, echó a andar y se dirigió poco a poco al callejón de la parte posterior.

—Jugador de Go está en la pantalla.

—No me lo puedo creer. —Haverford se relajó y notó que estaba sudoroso y agotado. Hel era vertiginoso como una montaña rusa—. ¿Dónde?

—En el punto cero.

—¡No me joda!

—No lo jodo, señor.

El coronel Yu voló pasillo abajo y entró como una exhalación en el despacho de Peng.

—¡Está en el Zhengyici!

Peng pareció evaluar esa noticia. Una cosa era que el agente de los americanos llegara a la ópera y otra muy distinta era que cumpliera su misión en el teatro. Claro que, si mataba a Voroshenin..., entonces tenía que tomar en consideración otro elemento.

—El té es delicioso —aseguró Peng.

81

Los tambores retumbaron y los gongs resonaron cuando el apuesto *sheng* regresó a escena.

Maravillosamente ataviada con un vestido de brocado de seda, la *dan* atravesó el escenario con pasos diminutos y tan delicados y ligeros como las flores de cerezo cuando caen. Se abanicó, vio a su amado, alzó la cabeza hacia la «luna», representada por un solitario foco blanco, y comenzó a interpretar su aria.

Fue increíble.

Su voz era toda una revelación, una fusión perfectamente integrada de forma y emoción. Cuando la elevó hacia la nota más alta, Nicholai vio que Voroshenin introducía con cuidado la mano derecha en la chaqueta, a la altura de la cintura.

Se preguntó si el ruso utilizaría navaja o pistola, y concluyó que se decantaría por la segunda.

«¿Qué está esperando?»

«Espera lo mismo que tú: la oscuridad y más ruido. Si aguarda el momento culminante, te disparará y hará que saquen tu cuerpo de aquí antes de que alguien se dé cuenta, con lo que evitará un incidente público. Muy inteligente y muy disciplinado de su parte.»

La música fue en aumento.

Nicholai se inclinó hacia Voroshenin.

—Le transmito saludos de la condesa Alexandra Ivanovna, mi madre — susurró al oído del ruso.

Notó que el cuerpo de Voroshenin se tensaba y acercaba la mano a la pistola.

—¡Nicholai Hel!

—En cualquier momento lo mataré y no podrá hacer nada —le anunció Nicholai.

Xun Huisheng trinó:

*He contribuido al encuentro de los enamorados,
pese a haber sufrido palabras duras y palizas.
La luna se eleva con su argénteo resplandor,
soy la feliz Doncella Roja.*

Los tambores retumbaron. Los gongs repicaron.

La sala quedó a oscuras. Voroshenin cogió la pistola.

Nicholai le sujetó la mano, respiró hondo y liberó todo el *ki* que le quedaba en un único golpe de zarpa de leopardo dirigido al pecho del ruso.

Oyó que Voroshenin jadeaba.

El soviético se desplomó en la butaca, con la boca convertida en un óvalo rígido.

El guardia avanzó unos pasos.

—Mucho vodka —dijo Nicholai mientras se ponía en pie.

El público aplaudía a rabiar en el patio de butacas.

Nicholai franqueó la puerta del palco y les dijo a los guardaespaldas:

—El jefe no se encuentra bien.

Entraron corriendo.

Nicholai dejó que su mente se hiciera cargo de todo y lo condujese por la vía de escape.

Bajó la escalera y torció a la derecha. Recorrió el pasillo hasta la puerta que llevaba al interior del escenario, junto al cual había un anciano sentado en un taburete.

—No puede pasar —advirtió el viejo.

—Lo siento, *liao* —se disculpó Nicholai mientras con la mano derecha trazaba un arco y lo golpeaba delicadamente a un lado del cuello.

Sostuvo al anciano, lo dejó con cuidado en el suelo, abrió la puerta, buscó otra puerta situada a su izquierda y salió al callejón.

Solo cuando caminó hasta el final del callejón se dio cuenta de que algo cálido corría por su pierna izquierda, notó una punzada de dolor ardiente y se dio cuenta de que la pistola de Voroshenin se había disparado y él había recibido un tiro.

Fue entonces cuando vio al monje al final del callejón.

—*Satori* —dijo Nicholai.

—¿Listo?

—Listo.

El monje se alejó cojeando en una dirección y Nicholai tomó la otra.

Fue entonces cuando vio con toda claridad lo que ocurriría en el templo de la Verdad Verde.

Satori.

La salida de la trampa.

—Señal.

—¿Cómo? —preguntó Haverford, apagó el decimotercer cigarrillo de la noche y deslizó la silla con ruedas hasta el joven agente que estaba sentado ante el telégrafo.

—Jugador de Go se dirige hacia el punto uno.

—No me lo puedo creer —reconoció Haverford, a medias sorprendido, a medias admirado.

«Vaya con el jodido Nicholai Hel...»

La sangre se coaguló en su piel y formó una especie de venda.

No aguantó mucho cuando Nicholai recorrió deprisa los *hutong* de Xuanwu, con el corazón acelerado, que bombeó sangre hacia su pierna y rompió intermitentemente esa protección. De todas maneras, el frío disminuyó la hemorragia y alivió el dolor.

Nicholai no pensaba en la pierna herida.

Visualizó el mapa del distrito, recordó las instrucciones de Haverford y zigzagueó tan rápido como pudo entre las pocas personas con las que su cruzó por las calles en plena noche de invierno. Aunque algunas lo miraron, la mayoría de ellas llevaban la cara cubierta para defenderse del frío y ni miraron al alto *kweilo* que pasó a su lado. Nadie lo vio echar la cinta magnetofónica en el fuego encendido en un cubo de basura.

Oyó el gemido de las sirenas de los vehículos policiales que se dirigían a la ópera de Zhengyici.

Habían encontrado el cuerpo de Voroshenin.

Nicholai imaginó el tablero de go y analizó la nueva situación. Habían quitado las piedras de Kang y habían capturado las de Voroshenin. El cadáver del ruso había sido descubierto y, en el caso de que todavía no hubiese ocurrido, pronto la Policía china descubriría que su jefe, Kang, también estaba muerto.

«O, si se prefiere, asesinado.»

Irían a buscarlo, y ahora el movimiento consistía en poner otras piedras negras en el tablero.

Nicholai tenía una cita en el templo de la Verdad Verde.

84

Wu Zhong esperaba en lo más recóndito de la mezquita.

Un miembro del equipo, hermano musulmán, había retransmitido la señal que indicaba que Jugador de Go estaba en camino: *inshallah*.

Se puso de pie, se desperezó y preparó los músculos para la tarea que lo aguardaba.

El americano le había dicho lo que tenía que hacer.

Nicholai torció por la calle Niujie y vio la mezquita, con las tres vertientes del tejado cubiertas de tejas verdes y un pequeño minarete decorado con la media luna en la sección central. Un chino hui de gorro blanco aguardaba junto a la verja de hierro.

—¿Jugador de Go?

—La ópera ha terminado.

El hui cogió a Nicholai del codo, paseó la mirada a su alrededor, lo hizo pasar rápidamente a través del pequeño patio y lo introdujo por la puerta en la parte situada más a la derecha.

El interior era oscuro, ya que solo estaba iluminado por lámparas de aceite. Nicholai parpadeó para adaptarse a la penumbra. El acompañante lo guió por el vestíbulo hasta una estrecha escalera, lo condujo hasta el sótano y cerró la puerta.

Nicholai se encontró ante un hombre alto y de hombros anchos.

—Bienvenido, Jugador de Go —saludó el hombre en inglés, aunque con evidente acento mandarín.

—Gracias —respondió Nicholai.

El desconocido le miró la pierna y dijo:

—Está herido.

—He recibido un disparo.

—¿Y el objetivo?

—Liquidado.

—¿Está seguro?

—Liquidado —repitió Nicholai.

Entonces comenzó a latirle la pierna y, por si eso fuera poco, se sintió débil. Fue todavía peor porque el chino que tenía delante se esforzó por encontrar las palabras y dijo en inglés:

—Haverford le envía recuerdos.

Wu Zhong se movió con increíble velocidad para un hombre de su envergadura. Nicholai apenas se libró del codazo que le habría roto el cuello. Evitó el golpe por los pelos, porque se volvió de lado y lo bloqueó levantando el antebrazo. Giró sobre sí mismo para lanzar un puñetazo a la sien del atacante, pero la pierna herida no lo aguantó y cayó al suelo.

Wu Zhong se dio la vuelta, vio que Nicholai estaba en el suelo y levantó la pierna para asestarle una patada de hacha capaz de hundirle el pecho.

La pierna descendió, Nicholai rodó y el tacón de Wu Zhong dejó un agujero en el suelo de madera. A continuación probó con una patada frontal baja a la cabeza. Nicholai levantó el brazo justo a tiempo y soportó la fuerza del golpe en el hombro, a la vez que su brazo quedaba adormecido. Rodó y se colocó boca arriba mientras Wu Zhong se disponía a sujetarlo; introdujo una pierna entre los brazos de Wu y con la planta del pie le dio de lleno en el mentón.

Wu Zhong voló hacia atrás. La patada tendría que haberlo matado o, como mínimo, haberle dejado fuera de combate, pero Nicholai aún no se había recuperado de lo sufrido en la cueva de Kang, estaba débil por la pérdida de sangre y por el golpe que acababa de recibir, por lo que le faltó fuerza letal.

De todos modos, tuvo tiempo de incorporarse y prepararse cuando Wu Zhong se abalanzó sobre él y lanzó poderosos puñetazos a izquierda y derecha para obligarlo a retroceder hacia la pared. La sangre manó

libremente por la pierna herida de Nicholai, que se sintió mareado. Supo que no tendría nada que hacer si ese individuo más corpulento y fuerte lo arrinconaba.

Esquivó dos puñetazos y se lanzó hacia el vientre de Wu; notó un terrible pinchazo de dolor en la pierna cuando saltó y empujó a Wu al suelo. Este intentó rodear el cuello de Nicholai con el brazo y partírselo, pero liberó la cabeza de la trampa cuando cayeron al suelo. Wu rodeó la pierna de Nicholai con la suya y la atrapó, de modo que a él no le quedó más opción que emplear su extremidad herida para separar las del chino. A pesar del dolor, a continuación asestó tres rodillazos sucesivos en la entrepierna desprotegida de Wu.

El chino gimió, pero sin gritar, y no cambió de posición. Levantó sus potentes brazos a espaldas de Nicholai y cubrió de puñetazos su nuca y su cabeza.

Nicholai notó que la niebla se espesaba a su alrededor.

Ante todo aparecía la niebla y luego la oscuridad.

El joven se levantó para esquivar los puñetazos, que era precisamente lo que Wu pretendía. El chino movió las caderas e hizo perder el equilibrio a su oponente, que trastabilló y luchó por seguir en pie, pero la pierna herida se lo impidió.

Wu hizo denodados esfuerzos por levantarse mientras Nicholai retrocedía por el suelo y buscaba la pared para hacerse un ovillo e intentar capear el temporal que sabía que estaba a punto de caerle encima.

La primera patada lo alcanzó en un riñón; la siguiente, en la zona baja de la espalda; la tercera, en la pierna herida.

Nicholai oyó sus propios gemidos de dolor.

Se irguió, pero sus brazos estaban demasiado débiles y sus pies no hallaron asidero en el suelo.

Quería morir de pie.

Intentó incorporarse y cayó boca abajo. Lo único que le quedaba por hacer era darse la vuelta, para morir cara a cara con su adversario. En medio de la lucidez que precede a la muerte, vio el tablero de go y supo por qué Haverford dejaría la piedra negra donde estaba.

No lo haría.

No lo hizo.

Wu Zhong combó la pierna para dar una patada de hacha letal y dijo:

—*Salaama*.

Estaba diciendo «paz».

El proyectil alcanzó a Wu Zhong en pleno centro de su frente ancha.

Cayó hacia atrás.

Nicholai giró la cabeza en la dirección de donde procedía el disparo.

El coronel Yu bajó la pistola.

Detrás de Yu estaba el monje, que se agachó junto a Nicholai y musitó:

—*Satori*.

—Llega tarde —se lamentó Nicholai, y perdió el conocimiento.

TERCERA PARTE

**Tokio, Montañas de Wuliang,
provincia de Yunnan, China**

El sonido de una flauta lo despertó.

En un primer momento, Nicholai supuso que era el canto de un pájaro, pero enseguida oyó la repetición deliberada de una melodía y se dio cuenta de que alguien tocaba el *lusheng*.

De todas maneras, de fondo sonaban los trinos de las aves.

Estos y el aire fresco y limpio le permitieron deducir que ya no estaba en la ciudad ni en la parte trasera cerrada y llena de humo de un transporte militar, sino en el campo, tal vez en una zona silvestre.

Se volvió hacia la ligera brisa que notó en la nuca, pero el movimiento le resultó doloroso y difícil, y tardó más de un minuto en girarse y notar que el aire fresco secaba el sudor de su rostro.

Le latió la pierna como protesta por haberse movido.

Alguien dio una orden en una lengua que Nicholai no entendió y oyó pisadas veloces sobre un suelo de madera.

No sabía dónde estaba y, por añadidura, tuvo la sensación de que había transcurrido mucho tiempo desde que lo había sabido. Lo último que recordaba con claridad era su lucha con el impresionante practicante de *bajiquán* y su rescate a manos de Yu y del monje. Recordó que había recuperado fugazmente la conciencia en la parte trasera de lo que tal vez era un camión..., ya que el traqueteo lo obligó a reprimir un grito de dolor antes de volver a desmayarse. Recordó que le habían administrado una inyección, era probable que de morfina, y el sueño profundo e indoloro en el que se

sumió; tenía un recuerdo difuso de que lo bajaban del camión y lo trasladaban a otro vehículo, de voces quedas y preocupadas y de una pesadilla en la que percibió comentarios angustiados y evaluaciones con voz baja de la posibilidad de amputarle la pierna.

Alarmado, miró hacia abajo y comprobó con profundo alivio que aún tenía ambas extremidades inferiores unidas al cuerpo. Su pierna izquierda estaba caliente e hinchada, y rememoró las fiebres, las tiritonas, que alguien le levantaba la cabeza para beber sorbos de té amargo y el dolor espantoso cuando el camión traqueteó por carreteras irregulares a medida que escalaba y luego descendía por las colinas.

Nicholai se dio cuenta de que estaba en las colinas. Al otro lado de la ventana descubrió un bosque frondoso de abetos, pinos, alcanforeros y *nanmus* en la sucesión de colinas onduladas que se extendía a sus pies. El paisaje le resultó indescriptiblemente verde después de los tonos blancos y plateados de Pekín, y la negrura del trayecto hasta ese sitio, dondequiera que estuviese.

«Tal vez estoy muerto —se dijo Nicholai sin alarmarse—. Quizás he llegado al *chin t'u*, el paraíso prometido por el Buda *amida*.» Claro que la «tierra pura» no era para asesinos, y él había matado a Yuri Voroshenin con un solo golpe de leopardo al corazón.

Al principio supuso que todo eso formaba parte de los sueños provocados por la morfina: imágenes disparatadas y tergiversadas de Solange, de Haverford, de los *sheng* y las *dan*, de alambres aguzados y hombres vestidos de negro de la cabeza a los pies. Entonces comprendió que el recuerdo de la matanza de Voroshenin no era más que eso, la evocación de un hecho real, y sintió cierta satisfacción por haber cumplido su misión, por mucho que los americanos lo hubieran traicionado.

Nicholai se sintió tan culpable como ellos.

«Tendría que haberlo visto venir —pensó mientras yacía en lo que descubrió que era una hamaca—. Debería haber sabido que Haverford jamás tuvo intención de respetar su parte del trato.»

Ese modesto esfuerzo mental lo agotó, se acomodó en la hamaca y solo entonces se dio cuenta de que tenía la ropa bañada en sudor. La pierna le

latía y el cuerpo todavía le dolía a causa de la paliza recibida en el templo de la Verdad Verde.

Nicholai oyó pisadas y notó que alguien le apoyaba la palma de la mano en la frente. La mano permaneció allí unos segundos. Entonces oyó una voz, la del monje, que dijo:

—La fiebre ha cedido. Es bueno. Durante un tiempo pensamos que lo perderíamos.

—De modo que sigo vivo.

—Aunque no debería estarlo —dijo el monje—. Todo apunta a que debería estar en el *bardo*, a la espera del renacimiento.

—Tal vez lo estoy.

—Quizá todos lo estamos. No podemos saberlo. Me llamo Xue Xin.

—Yo soy Michel Guibert.

—Como prefiera —dijo Xue Xin con tono ligeramente divertido—. Ahora tenemos que darle la vuelta y cambiarle la ropa. Le dolerá.

Nicholai sintió dos pares de manos firmes en sus hombros, que lo pusieron boca arriba. Un flechazo de dolor lo recorrió desde la pierna hasta la coronilla y reprimió un chillido.

Xue Xin lo miró. Entonces Nicholai reconoció al hombre del puente que comunicaba con la isla de Jade, del callejón de la ópera y del templo de la Verdad Verde. Su pelo corto era negro como el azabache y lo que llamó la atención de Nicholai fueron sus ojos: parecía traspasarte, aunque con afabilidad.

Por mucho que sintiera una gran conmiseración, Xue Xin no la manifestó.

—Tomará té.

—No, gracias.

—Tomará té —insistió Xue Xin.

Nicholai llegó a la conclusión de que el «té» sabía a hierba mojada, pero el monje aseguró que esa infusión de plantas variadas le curaba la infección.

—Si quiere vivir, beba. —Xue Xin se encogió de hombros—. En caso contrario, ni lo pruebe.

Nicholai bebió.

El coronel Yu experimentó un gran alivio al ver que el agente de los americanos tenía mejor aspecto.

Al principio pensaron que moriría. A causa de la herida de bala había perdido mucha sangre y, por si eso fuera poco, había recibido una buena paliza. Las lesiones internas provocadas por los golpes del *bajiquán* habrían bastado para matar a un hombre con menos *ki*; además su pierna no había tardado en infectarse.

Tampoco dispusieron de tiempo para proporcionarle la asistencia médica adecuada. Habían tenido que sacarlo con rapidez de Pekín. El equipo de Yu, formado por miembros del Ejército de Liberación Popular, rescató a Nicholai y lo introdujo en un vehículo militar que abandonó rápidamente la ciudad por la carretera de circunvalación; desmayado, lo pasaron a un convoy militar que se dirigía al sur. Un médico militar le extrajo la bala en el vehículo en movimiento. También consiguieron hacerle una transfusión de sangre y le administraron morfina para el dolor.

«Habría sido más fácil dejarlo morir —pensó Yu—, deshacerse del cadáver y limitarse a encogerse de hombros ante el misterio que azotó Pekín como el viento del norte.»

Por decirlo con delicadeza, el gobierno estaba desconcertado.

Voroshenin, el comisario ruso, había muerto, oficialmente debido a un ataque al corazón sufrido mientras asistía a la ópera, si bien nadie en las comunidades de inteligencia y del ejército se lo creía, entre otras cosas debido al asesinato «concomitante» de Kang Sheng, a quien habían hallado con un alambre que le había atravesado el globo ocular y se había clavado en su cerebro.

La conspiración americana había funcionado a la perfección.

Moscú y Pekín no hacían más que echarse las culpas. Mao cavó un agujero, se metió dentro y lo tapó, sobre todo porque Kang, su perro guardián, ya no estaba para protegerlo. El general Peng continuó siendo una figura serena, estable y dispuesta a intervenir para acabar con el caos.

«El único problema es la "desaparición" del ciudadano francés Michel Guibert», concluyó Yu mientras observaba a Nicholai.

Lo habían visto asistir a la ópera. Se suponía que los guardaespaldas de Voroshenin, que fueron de inmediato llamados a Moscú, habían declarado que Guibert estaba sentado en el palco, junto a Voroshenin, en el momento de la muerte, pero de repente se había levantado y había salido.

Luego desapareció.

¿También estaba muerto?

¿Estaba involucrado en la muerte de Voroshenin?

¿Había tenido que ver con la de Kang?

Los rumores corrían por Pekín y Moscú. Algunos sostenían que Guibert había matado a Voroshenin, y otros que había sido Leotov, su ayudante, que había desaparecido poco después de la muerte de su jefe.

Los rusos afirmaban que Guibert era agente de los chinos, y estos decían que era ruso. Se acusaron mutuamente de ocultarlo, tanto como de haberlo matado para evitar que hablase. Por citar al presidente: «Todo es caos bajo los cielos, y la situación es excelente».

«Guibert» abrió los ojos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Nicholai.

—No hace falta que lo sepa —respondió Yu.

Aunque fresco, el aire era cálido para la estación invernal y el *nanmu* que Nicholai veía a través de la ventana no prosperaba en el norte. Las cortas charlas que había oído a medida que los ayudantes entraban y salían le resultaron ininteligibles, pues no era chino han, por lo que dedujo que se trataba de un dialecto tribal del sur.

—En Sichuan o en Yunnan —afirmó Nicholai.

—En Yunnan —reconoció Yu—. En las colinas de Wuliang.

—¿Por qué?

—Porque Pekín era malsano para usted.

Nicholai recordó su educación y apostilló:

—Gracias por salvarme la vida.

—No se merecen —contestó Yu—. Señor Hel, me limité a cumplir con mi deber.

—¿Cuánto hace que conoce mi verdadera identidad? —le preguntó a Yu.

—Desde antes de su llegada a Pekín —respondió Yu.

El coronel recitó la historia de Nicholai: su nacimiento en Shanghai, su traslado a Japón, la muerte de Kishikawa y su tortura y encarcelamiento a manos de los americanos.

Por lo visto, los chinos lo sabían todo. Nicholai abrigó la esperanza de que no conocieran la profundidad de su vinculación con el difunto Yuri Voroshenin.

—¿Estoy preso? —preguntó Nicholai.

—Prefiero considerarlo un invitado.

—¿El invitado puede levantarse e irse?

—Es una pregunta ociosa —contestó Yu—. La realidad apunta a que no puede levantarse y, mucho menos, andar. Por mucho que pudiera, no tendría adonde ir. Señor Hel, lo buscan por todas partes. Tal vez este es el único lugar del mundo en el que está a salvo.

«Se trata de una síntesis dolorosamente exacta de la realidad desde el momento en el que maté a Kishikawa-sama. Los lugares y las circunstancias cambian, pero el hecho sigue siendo el mismo. Estoy preso.»

Nicholai oyó la voz de Kishikawa: «Si no tienes opciones, es honroso aceptar tu encierro, aunque también podrías pensar en el *seppuku*. De todos modos, tienes opciones».

«¿Cuáles?»

«Nikko, tienes que encontrarlas. Examina el *go-kang*. Si estás atrapado y no encuentras camino de salida, créalo.»

«Vuelvo a preguntarlo, ¿cómo?»

«Es tu *kang*, Nikko. Nadie puede jugar la partida por ti.»

—Usted quería ver muerto a Voroshenin —dijo Nicholai, que quería tantear las intenciones del chino.

—No le quepa la menor duda.

—Para provocar una fisura con los soviéticos. —Yu se limitó a asentir—. Y me rescató de la emboscada americana porque...

—¿Con qué frecuencia tenemos la posibilidad de conseguir un agente americano tan dispuesto a cooperar? —preguntó Yu—. Estoy seguro de que nos dará nombres, lugares y modos de operar. Al fin y al cabo, accedió a que lo rescatásemos.

Hel había entendido la advertencia del monje y le había hecho señas de que comprendía, repitiendo el ademán de un hombre que está a punto de ahogarse y se estira para coger la cuerda. Sin duda sabía que eso tenía un precio.

—No le diré nada —aseguró Nicholai.

—Los americanos lo han traicionado —precisó Yu—. ¿Por qué titubea a la hora de traicionarlos?

—Porque su deshonra les pertenece. La mía sería mía.

—¡Qué actitud tan japonesa!

—Agradezco el cumplido —añadió Nicholai, e intentó incorporarse, pero el esfuerzo le resultó doloroso y agotador—. No me convertiré en informante, aunque obligaré a los americanos a respetar el acuerdo que establecieron conmigo.

—¿Cómo lo conseguirá? —quiso saber Yu, al que parecieron causarle gracia las palabras de aquel hombre herido que, a duras penas, podía aguantar el peso de su cuerpo.

Sin embargo, en la mirada de Hel hubo algo por lo cual Yu le creyó.

—¿Dónde está? —preguntó Singleton con tono imperativo.

—No lo sé —reconoció Haverford.

—¿Ha muerto?

—No lo sé.

—¿Sigue vivo?

—Le repito que...

Diamond ni siquiera se molestó en disimular su sonrisa burlona. Singleton lo miró con el ceño fruncido y volvió a centrar su atención en Haverford.

—Al parecer, no sabe mucho.

—Intento averiguarlo.

—Esfuércese un poco más.

A Haverford se le pasó por la cabeza la idea de defenderse. Voroshenin había muerto, a manos de Hel, eso estaba claro, y chinos y rusos estaban como el perro y el gato. Ni unos ni otros habían encontrado a Hel, como demostraba el hecho de que no había habido represalias, por lo que probablemente había escapado. Todo apuntaba a que nadie había relacionado el asesinato de Voroshenin con la Compañía.

—Quiero que lo encuentren —ordenó Singleton—. ¿Me han entendido?

—Yo, sí —contestó Diamond, hizo hincapié en el pronombre y habló como un escolar lameculos.

—¿Qué pretende decir? —quiso saber Haverford.

—Que se ha pasado al otro bando, y lo sabe —contestó Diamond—. Pensándolo bien, creo que hasta se alegra.

—¡Eso es mentira!

—¿Me está llamando mentiroso? —Diamond se incorporó de un salto. Haverford se puso de pie.

—Mentiroso, torturador...

Estuvieron en un tris de llegar a las manos.

—No estamos en el recreo. Hagan el favor de sentarse.

Singleton esperó a que ambos regresaran a su sitio.

«Mi línea recta y mi círculo. Ya veremos quién gana. Se trata de la regla básica del go y de la vida: gana el que merece ganar», reflexionó Singleton.

Haverford pensó en dimitir de inmediato. Probablemente conseguiría trabajo como docente o en cualquiera de los nuevos comités asesores que cada día se multiplicaban en el fértil terreno intelectual de la zona metropolitana de Washington. Al fin y al cabo, en el pasado la zona estaba ocupada por marismas.

Apretó los dientes y aguantó porque aún había tareas sin acabar.

—Supongamos que Hel anda suelto —propuso Singleton—. Atráiganlo.

—¿Cómo? —preguntó Haverford.

—Son jóvenes e inteligentes. Ya se les ocurrirá algo.

La reunión tocó a su fin.

«Piensa como Nicholai Hel», se dijo Haverford al salir del edificio y dirigirse a su hotel en Dupont Circle. Se vio obligado a reconocer que no era tarea fácil, pues probablemente era cierto que en el mundo nadie más pensaba como Nicholai Hel.

«De todas maneras, inténtalo.»

Evaluó mentalmente las acciones de Nicholai.

Se planteó si Hel sería capaz de...

Si Hel podría...

Llegó a la conclusión de que era capaz y podía.

—Voy a entregar las armas —afirmó Nicholai.

Era una jugada osada, arriesgada, un escape forzado del *go-kang*, con muy pocas probabilidades de éxito y que solo serviría para hacerle correr un gran peligro. De todas maneras, si estás rodeado tienes muy pocas posibilidades salvo rendirte, morir o arriesgarte.

—Le ruego que no siga diciendo tonterías —replicó Yu—. Su tapadera como traficante de armas no es más que eso: una simple tapadera. No tiene nada que ver con la realidad.

—Yo he visto los lanzagranadas —aseguró Nicholai—, y me parecieron muy reales.

—Simple utilería para su opereta. Señor Hel, la función ha terminado.

—Pues hace semanas que usted está aquí, en Yunnan, cerca de la frontera con Vietnam —insistió Nicholai—. Tal vez es una simple coincidencia, o quizás está muy interesado en mi recuperación, pero lo más probable es que se proponga trasladar los lanzagranadas a través de la frontera e introducirlos en Vietnam.

—Aunque lo que dice sea verdad, no es asunto de su incumbencia —replicó Yu.

—Le explicaré por qué me compete —insistió Nicholai—. He mostrado habilidades que podrían resultar muy útiles. Hablo fluidamente francés, tengo una tapadera demostrada como traficante de armas y soy *kweilo*, lo que supone ciertas ventajas en las colonias francesas. Ya he hablado de mi

utilidad, y ahora plantearé mi propuesta: entregaré las armas al Viet Minh y me quedará el pago como recompensa por los servicios prestados. Una vez entregadas las armas, me proporcionará identidad y documentación nuevas. A partir de ahí cada uno seguirá su camino.

Para Nicholai se trataba de la mejor de las soluciones. Aunque sin proponérselo, gracias al regalo de los lanzagranadas, los americanos cumplirían el acuerdo al que habían llegado con él, y esa resolución tendría el efecto añadido de afectar de un modo negativo a sus intereses.

—Señor Hel, se valora sobremanera.

—Lisa y llanamente, se trata de una evaluación objetiva.

Yu le clavó la mirada.

—Si reaparece en cualquier rincón de Indochina, los americanos lo encontrarán.

—Ni más ni menos.

Yu accedió a estudiar su propuesta.

En cuanto se fue, Nicholai se dijo que los americanos lo encontrarían.
«No, nos encontraremos y pediré cuentas a Haverford por esta traición.»

«Después buscaré a Solange.»

Diamond repasó el expediente de Hel.

«¡Maldito sea! —pensó—. ¿Cómo pudo escapar de la trampa que le tendieron en el templo pekinés y del cabrón chino, practicante de kung-fu, que supuestamente era tan competente? Pues sí, tanto que permitió que Hel le atravesase la cabeza de un balazo y matara al resto de sus hombres. Dos ataques contra Hel y dos fallos. Primero despacha en Tokio a los dos que intentaron asesinarlo y, a continuación, la matanza en Pekín. Tres intentos y ya puedes despedirte», se dijo Diamond.

El siguiente debía dar resultados, pero, antes de matar a Hel, había que encontrarlo.

Singleton había ordenado que lo atrajeran como fuese.

Las palabras del viejo era fáciles de pronunciar, pero hacerlo era más difícil. ¿Con qué podían atraerlo? ¿Qué tipo de cebo llamaría su atención?

Diamond volvió a estudiar el expediente que Singleton había obligado a entregar a Haverford.

«Empieza por el principio —se dijo—. Comienza en Tokio y encuentra el cebo que hará que ese medio japonés arrogante se acerque.»

El cuarto de Nicholai era acogedor.

Grande, bien ventilado y construido enteramente con postes, reposaba sobre pilotes, y en el espacio inferior habitaban gallinas y un cerdo. Nicholai averiguó que se encontraba a la vera de un monasterio budista perdido en las colinas de Wuliang, muy por encima del río Lekang; los aldeanos próximos eran los pumanes, minoría étnica que hablaba un dialecto tai y muy poco chino han. Los vio a través de la ventana, a los hombres con turbante negro y a las mujeres con pañuelos de colores en los que habían cosido piezas de plata.

Todo se diferenciaba mucho del monótono Pekín.

Como comodidad añadida, Yu se hizo con la ropa y los efectos personales de Guibert y se ocupó de trasladarlos a Yunnan. Nicholai agradeció la maquinilla de afeitar y el pequeño espejo de viaje, y una mañana pidió un cuenco de agua caliente para afeitarse.

La imagen que el espejo le devolvió le provocó sorpresa. Su rostro estaba pálido y tenso, y la barba le daba aspecto de superviviente de un campo de prisioneros. Una vez afeitado, tanto su ánimo como su aspecto mejoraron y se dio cuenta de que tendría que comer con regularidad si quería recobrar la salud.

—Me gustaría levantarme —afirmó.

El joven monje que le había dado el cuenco de agua se puso nervioso.

—Xue Xin dice que no puede hasta dentro de cinco días.

—¿Xue Xin está aquí ahora?

Con expresión cómica, el monje paseó la mirada a su alrededor.

—No.

—En ese caso, le ruego que me ayude a levantarme.

—Iré a preguntar...

—Si va a preguntar —lo interrumpió Nicholai—, intentaré levantarme por mi cuenta mientras está fuera y probablemente me caeré y moriré. Si eso ocurre, ¿qué le dirá Xue Xin?

—Me dará con un palo.

—Hasta ahí podíamos llegar.

El monje lo ayudó a abandonar la cama. Sin tenerlas todas consigo, Nicholai apoyó parte del peso de su cuerpo en la pierna herida. El dolor fue atroz y la pierna se le dobló, pero el monje lo sostuvo y caminaron por la habitación.

Volvieron a andar.

Al cabo de tres recorridos, Nicholai estaba agotado y el monje lo ayudó a meterse en la cama.

A la mañana siguiente, Nicholai caminó hasta el exterior.

Aunque al principio resultó dolorosa y lenta, la caminata de la aldea al monasterio pasó a formar parte de una rutina que repitió tres veces al día y que le sirvió para recuperar la resistencia física y mental. Caminó como pudo por los senderos estrechos y pedregosos, y se concentró en los detalles: diferenció el trino de un pájaro en concreto de la cacofonía de una veintena de especies, identificó diversas clases de monos por su cháchara incesante y sus gritos de advertencia, y clasificó plantas y trepadoras del millar que poblaban el frondoso bosque.

La selva hacía cuanto podía por apoderarse del monasterio.

Plantas trepadoras quebraban las viejas piedras, rodeaban columnas y pasos, se extendían sobre los pabellones de losas como una sucesión paciente y persistente de piedras en un tablero de go. Por otro lado, las estatuas de Buda atisbaban a través de la vegetación y su mirada parecía satisfecha con la certeza de que todo cambia e inevitablemente la materia se descompone.

La disciplina de la caminata fue positiva para la mente de Nicholai, y día a día el dolor menguó y recobró las fuerzas hasta que estuvo en condiciones de caminar con firmeza y seguridad. También recuperó el espíritu y no tardó en empezar a pensar en el futuro.

Estuvo a punto de tropezar con el monje.

Xue Xin estaba a gatas y con una pequeña navaja recortaba cuidadosamente plantas trepadoras para despejar un camino de piedra que conducía a un sencillito santuario. El monje vestía una simple túnica marrón atada a la cintura con un cinto que de tan desteñido parecía blanco. Levantó la cara y preguntó:

—¿Se encuentra mejor?

—Sí, gracias.

Poco a poco, Xue Xin se puso en pie y se inclinó. A modo de respuesta, Nicholai hizo una profunda reverencia.

—No se inclina como un francés —opinó Xue Xin.

—Me crié en China y después en Japón —replicó Nicholai.

Xue Xin rió.

—Eso lo explica todo. A los japoneses les gusta hacer reverencias.

—Sí, tiene razón —coincidió Nicholai.

—¿Quiere ayudar? —propuso Xue Xin.

—Perdone, pero me parece una tarea inútil.

—En absoluto. Cada día quito lo que creció el anterior.

—Pero vuelve a crecer —contestó Nicholai—. Por eso al día siguiente tiene que volver a hacerlo.

—Exactamente.

Nicholai se dedicó a ayudar a Xue Xin y realizó la tarea repetitiva de tratar de mantener despejado el sendero. Cada mañana se reunían y trabajaban varias horas; hacían un alto y bebían té mientras descargaba la tormenta de la tarde. Nicholai descubrió que Xue Xin era un huésped muy respetado en el monasterio.

—Ellos me alojan y yo trabajo —afirmó Xue Xin—. ¿Y usted?

—No sé si estoy aquí como huésped o como preso —contestó Nicholai con franqueza, y lo dejó estar.

—Como en la vida misma. —El monje dejó escapar una risilla—. ¿Somos su huésped o su prisionero?

—Supongo que según lo que dicta la vida.

—Nada de eso —respondió Xue Xin.

—¿Qué quiere decir?

—Ha dejado de llover —contestó el monje.

Volvieron a ocuparse de despejar el sendero.

Al día siguiente Xue Xin soltó:

—Ataca las plantas trepadoras como si fueran su enemigo.

—¿Acaso no lo son?

—No, son sus aliadas —aseguró el monje—. Sin ellas, no tendría una tarea útil que realizar.

—En ese caso me ocuparía de otra tarea útil —espetó Nicholai, disgustado.

—Con otro conjunto de aliados y enemigos —apostilló Xue Xin—. Mi querido amigo oriental-occidental, es siempre igual. Pero no faltaría más, si así se siente mejor, ataque, ataque.

Por la noche, mientras yacía en su *kang*, se sentía solo y añoraba a Solange, Nicholai sufrió una crisis de mente y alma. Dada su educación, conocía la filosofía budista clásica según la cual todo sufrimiento procede del apego, y somos prisioneros de los anhelos y deseos que nos mantienen atados al ciclo interminable de vida, muerte y renacimiento. Solo los iniciados sabían a ciencia cierta que el budismo no es una religión y que Buda no es una divinidad. También conocía la creencia budista según la cual esos anhelos nos llevan a realizar actos negativos o, si se prefiere, a cometer pecados, que crean y acumulan karma negativo que has de mejorar a través de las vidas y que solo la iluminación puede liberarnos de esa trampa.

Nicholai se levantó, cogió la linterna y se dirigió a la celda de Xue Xin. El monje meditaba en la postura del loto.

—¿Le apetece recortar las trepadoras a la luz de la luna? —preguntó Xue Xin—. Adelante, pero, por favor, hágalo sin contar conmigo.

—Quiero mi libertad.

—En ese caso, recorte plantas trepadoras.

—No me convence —añadió Nicholai—. De usted espero algo más que acertijos zen.

Xue Xin abrió los ojos.

—¿Está sufriendo?

Nicholai asintió.

El monje abrió un poco más los ojos, soltó una larga bocanada de aire como si pusiera fin a su meditación, aunque a regañadientes, y dijo:

—Siéntese. La iluminación no se encuentra, lo único que puede hacer es estar abierto para que ella lo encuentre. Eso es el *satori*.

—Me gustaría saber por qué eligió esta palabra como clave cuando estábamos en Pekín.

—Porque era necesario que viese las cosas tal como son —respondió Xue Xin—. Hasta entonces no había manera de ayudarlo.

—Si es imposible encontrar el *satori*, ¿de qué forma...?

—Puede llegar en una gota de lluvia —prosiguió Xue Xin sin hacer caso de la pregunta—, en la nota de una flauta lejana o en la caída de una hoja. Hay que estar preparado para recibirlo porque, de lo contrario, pasa desapercibido. Si está preparado y tiene los ojos abiertos, lo verá y, repentinamente, lo comprenderá todo. Así sabrá quién es y lo que debe hacer.

—*Satori*.

—*Satori* —repitió Xue Xin. Enseguida apostilló—: Si nuestros pensamientos nos hacen prisioneros, parece evidente que también pueden liberarnos.

Yu fue a verlo a la mañana siguiente.

Los chinos habían aceptado su propuesta.

Yu explicó que el camino habitual de los envíos de armas de China a Vietnam se realizaba a través de Lang Son, al otro lado de la frontera, con lo que estaban en el norte de Vietnam, donde el Viet Minh tenía santuarios seguros en medio de las selvas montañosas.

Sin embargo, no cogerían ese camino.

Los lanzagranadas hacían falta en el sur, no en el norte.

—Nuestros enemigos pagarían lo que fuera por disponer de esa información —dijo Yu.

«Desde luego», pensó Nicholai. Desde el último y desastroso intento en el sur, el Viet Minh había limitado sus actividades en el norte. Parecía que, una vez provistos de las nuevas armas, se proponían lanzar un nuevo frente meridional.

El Viet Minh septentrional estaba dominado por los soviéticos y el meridional era más independiente o aliado de China. Una ofensiva con éxito en el sur mezclaría la baraja geopolítica de Asia.

Yu jugaba fuerte.

Dado que las armas tenían que llegar a las unidades del Viet Minh meridional, el único camino posible era por el río Lekang hasta Laos.

El coronel explicó que no sería nada fácil. El Lekang atravesaba gargantas profundas con rápidos enfurecidos y piedras puntiagudas que agujerearían los cascos de las embarcaciones como si de cáscaras de huevo

se tratase. El río no era fácilmente navegable hasta el sur de la ciudad de Luang Prabang, es decir, en pleno interior de Laos.

La propia Luang Prabang plantearía problemas. Allí tendrían que cambiar de embarcaciones para lo que quedaba del trayecto, y en la zona abundaban los espías y las fuerzas especiales francesas.

Por no hablar de los Binh Xuyen.

—¿Qué son los Binh Xuyen? —quiso saber Nicholai.

—Piratas —respondió Yu.

—¿Piratas? —repitió Nicholai, ya que le pareció anacrónico.

En principio piratas fluviales de las extensas marismas del Rung Sat, situadas al sur de Saigón, los Binh Xuyen se habían convertido en traficantes de opio que prácticamente controlaban la ciudad. El cabecilla, un expresidiario llamado Bay Vien, apoyaba al Viet Minh, pero había cambiado de bando y se había convertido en gran aliado de Bao Dai, el emperador títere, y de sus amos franceses. Como recompensa, Bay Vien controlaba las drogas, el juego y la prostitución en Saigón; utilizaba la ingente riqueza obtenida en la compra de armamento y equipos modernos.

—Eso ocurre en Saigón —sintetizó Nicholai—. ¿Qué tiene que ver Bay Vien con Laos?

—Es de donde procede el opio —contestó Yu.

El Viet Minh solía comprar opio puro en las montañas del este de Luang Prabang y lo vendía para adquirir armas, pero los Binh Xuyen casi controlaban el tráfico de opio laosiano gracias a los sobornos, la intimidación y los asesinatos. Por eso Luang Prabang estaba llena de Binh Xuyen.

—Un enlace del Viet Minh lo estará esperando y lo acompañará a Vietnam.

Nicholai reparó en el uso de la tercera persona del singular y lo comentó. Yu respondió:

—Precisamente por ese motivo solicitamos sus servicios. Mis superiores han llegado a la conclusión de que no pueden correr el riesgo de que me capturen en territorio francés.

El coronel explicó a Nicholai cómo contactarían con él en Luang Prabang y, más tarde, en Saigón, y prosiguió con su explicación: en Laos, el Lekang cambiaba su nombre por el de Mekong, descendía hacia Camboya y al llegar a Vietnam formaba un delta, que también suponía un desafío, pues no solo había que esquivar las patrullas del ejército francés y de la Legión Extranjera, sino una red de fortines y fortalezas.

Por si eso fuera poco, el delta del Mekong estaba patrullado por milicianos bien pertrechados y aliados de los ocupantes franceses.

—¿Dónde entrego las armas? —preguntó Nicholai.

—No lo sabemos.

—En ese caso será difícil.

—En Saigón le dirán dónde encontrarse con un enlace del Viet Minh, cuyo nombre cifrado es Ai Quoc, a quien entregaremos las armas. Quoc es uno de los hombres más buscados del país e incluso ahora permanece en la clandestinidad. Ha sobrevivido a una veintena de intentos de asesinato; los franceses han puesto un precio altísimo a su cabeza. Solo sabrá su paradero en el último momento.

Nicholai repasó los obstáculos: el río, los Binh Xuyen, los franceses, los milicianos vietnamitas y el encuentro con el esquivo Ai Quoc.

—Básicamente se trata de una misión suicida —sintetizó.

—Eso parece —contestó Yu—. Si quiere cambiar de opinión, ahora es el momento.

—No quiero cambiar de opinión.

—Está bien.

—¿Hemos llegado a un acuerdo? —preguntó Nicholai.

Yu le estrechó la mano.

Nicholai buscó a Xue Xin, que, como de costumbre, recortaba plantas trepadoras.

—Vengo a despedirme —dijo Nicholai.

—¿Adónde va?

—No estoy seguro —contestó Nicholai, y enseguida se dio cuenta de que el monje se merecía otra respuesta—. A buscar mi *satori*.

—¿Y si no lo encuentra?

—En ese caso mantendré los ojos abiertos.

—Volveremos a vernos..., en esta vida o en otra —añadió Xue Xin.

Nicholai notó que las emociones lo embargaban, algo que no había experimentado desde la muerte del general Kishikawa.

—No sé cómo decirle lo mucho que usted significa para mí.

—No es necesario, ya lo sé —aseguró Xue Xin.

Nicholai se arrodilló, hizo una profunda reverencia y tocó el suelo con la frente.

—Gracias. Lo considero mi maestro.

—Tanto como yo a usted —afirmó Xue Xin.

El monje se arrodilló en el suelo y reanudó la tarea, tranquilo por la certeza de que Nicholai había escogido su destino.

«Volveremos a vernos», pensó.

Yu había dejado las cajas con armas al cuidado del comandante de un batallón local.

La barriga del coronel Ki sobresalía por encima del cinturón, lo que demostraba la buena vida que el comandante se pegaba en las remotas colinas de Yunnan. Invitó a Yu y a Nicholai a una excelente comida de pescado, verduras y montones de arroz, servida por un ordenanza que casi babeó cada vez que llevó un plato a la mesa.

—Tomaré el mando de una patrulla formada por sus soldados —dijo Yu al coronel Ki—. También necesitaremos varios pumanes como porteadores.

—¿Hasta Lang Son?

—Hasta el río —precisó Yu—. Los cogeremos allí.

—Me parece que no ha comprendido realmente lo que «Lekang» significa en chino —opinó Ki.

—Quiere decir «aguas indómitas» —terció Nicholai.

—Llamarlas indómitas es la manera más delicada de definir las —dijo Ki con cara de ligera comprensión, como la que solemos poner ante un conocido que acaba de revelar, para nuestra incomodidad, que padece una enfermedad terminal. Sin embargo, esa operación podía ser rentable—. Por una cantidad nominal le proporcionaré embarcaciones.

—Ya he contratado las embarcaciones —aclaró Yu.

Ki maldijo para sus adentros a los barqueros que vendían sus servicios sin pedirle permiso o darle su parte, y le preocupó que una transacción de

esas características se produjese sin su conocimiento.

—¿Qué opina de un escolta? Está a cuatro días de marcha del río y, a pesar de los heroicos esfuerzos del partido, en las montañas aún quedan bandidos.

—¿Bandidos?

—Mala gente —replicó Ki, y meneó la cabeza—. Gente muy mala.

Los portadores cargaron a los hombros las pesadas cajas colocadas sobre postes de bambú y descendieron por el escarpado sendero de montaña, que estaba resbaladizo a causa del barro formado por las lluvias recientes. Sus piernas cortas y los torsos largos proporcionaron a los pumanes una ventaja con la que Nicholai no contaba, ya que cada pisada sacudió sus rodillas y sus tobillos doloridos. Mientras la ascensión desde el último valle había sido penosa, la bajada hasta el siguiente solo resultó dolorosa, y Nicholai llegó a la conclusión de que el trayecto estaba a la altura de su sobrenombre: «la Cola del Dragón».

Llevaban tres jornadas de marcha y faltaba otra para llegar al río y a las embarcaciones.

Los soldados comandados por Yu se adelantaron y se desplegaron en los flancos. Algunos llevaban sus fusiles chinos colgados del hombro y otros portaban fusiles M1 americanos. En cada alto que hacían durante el día y por la noche en el campamento, Yu reunía a los soldados y realizaba sesiones de estudio sobre teoría marxista y pensamiento maoísta.

«Vaya con el comunismo. Se compromete a hacer igualmente ricos a todos, pero hace que todos sean igualmente pobres», reflexionó Nicholai.

Cierto día, durante un alto en el camino, Nicholai cogió su paquete de cigarrillos, sacó dos pitillos y le ofreció uno a Yu.

—Tabaco francés —dijo Yu—. Tengo entendido que es muy bueno.

—Cójalo —insistió Nicholai—. Sin duda se le permite algún que otro resabio burgués.

Nicholai pensó que cada cierto tiempo todo ser humano necesita cometer un pecado venial porque, de lo contrario, no es totalmente humano.

Yu aceptó el cigarrillo con cara de divertida culpa. Nicholai le dio fuego, y Yu aspiró una larga calada.

—Es muy bueno. Gracias.

—No se merecen.

Yu dio dos caladas más, cortas y disciplinadas, con gran cuidado apagó el pitillo en el suelo, se guardó la colilla en el bolsillo de la camisa y abrochó el botón.

Nicholai pensó en Solange y la añoró.

—¿Una chica lo espera en casa? —le preguntó a Yu.

—En mi condición de revolucionario no tengo tiempo para conceptos burgueses como el amor romántico —replicó Yu.

—En ese caso, la chica existe.

Yu se permitió esbozar una tímida sonrisa.

—Ella también es revolucionaria y es posible que en el futuro, una vez instaurada la revolución... ¿Y usted?

—Sí, es francesa.

—¿Y piensa en ella?

—Sí.

Después de pasar tres años entre rejas, Nicholai suponía que había hecho las paces con la soledad. Su retorno a la vida interior había sido una mezcla agri dulce. De todas maneras, claro que pensaba en Solange.

Pensaba constantemente en ella.

Dio un doloroso paso cuesta abajo.

Hicieron un alto para pernoctar en un monasterio taoísta erigido en una pequeña cima a la vera del sendero. La vista era espectacular; la comida, no tanto, pues se trataba de gachas de arroz con trocitos de verduras y pescado. Nicholai la devoró porque estaba completamente famélico; permaneció a un lado de un pabellón rectangular de piedra y observó a los monjes que practicaron el *kata* del kung-fu, durante el cual reconoció la figura meridional clásica *hung-gar* del «tigre y la grulla».

«Bella e indudablemente letal, aunque no tan eficaz como la *hoda korosu*», pensó.

Esa era la diferencia principal entre las artes marciales chinas y las japonesas: las primeras empleaban numerosos movimientos circulares y complejos, mientras las segundas dan más importancia a un golpe rápido, directo y mortal.

Nicholai evaluó cuáles eran más idóneas: las chinas por su belleza; las japonesas por su capacidad mortífera.

Al otro lado del pabellón, Yu daba clases de doctrina comunista a sus alumnos. Una de sus víctimas, un muchacho de campo y duro de sesera llamado Liang, contempló con nostalgia el bosquecillo de bambúes y, sin duda, soñó con encontrar refugio allí. Liang era una especie de mascota de Yu, por lo que aguantó afablemente la perorata como si de verdad le interesase. Yu se había hecho muchas ilusiones, aunque erróneas, con relación a Liang.

Nicholai se dijo que solo quedaba una jornada de marcha por la Cola del Dragón. Llegarían al río al caer la tarde siguiente y colocarían el cargamento en las embarcaciones que los aguardaban. Sería agradable viajar por agua en lugar de por ese sendero agotador.

Regresó al espacio que le habían asignado: un cuarto pequeño con una *kang* individual, la clásica cama elevada china, rodeada por una mosquitera. Alguien había entrado, había encendido un farol y había dejado un termo de agua caliente y una vieja taza de porcelana para el té.

Nicholai ansiaba el descanso más que el estímulo del potente té verde meridional, por lo que se quitó la ropa, subió a la *kang* y se arrellanó. Cerró los ojos y pidió a su mente que le concediera cinco horas de reposo. Quería despertar mucho antes de que amaneciese para cerciorarse de que la caravana partía temprano.

La sensación de proximidad, de que alguien andaba cerca, despertó a Nicholai antes de que sonase su alarma interna.

Ambos hombres olían a tabaco chino barato. Sus pasos pusieron de manifiesto que no eran asesinos profesionales, sino bandidos, pues intentaron caminar sin hacer ruido, pero fueron torpes y llamaron la atención. Los chapuceros suponen que caminar despacio equivale a caminar suavemente, mientras que los profesionales saben que lo cierto es todo lo contrario, por lo que son veloces y ligeros.

Nicholai se obligó a permanecer quieto y midió las pisadas lentas y pesadas del bandido principal, que hicieron chirriar el suelo de madera. De haber decidido usar armas, ya lo habrían hecho, pero, por lo visto, no pretendían hacer ruido ni lanzar antes de tiempo el ataque principal, antes de eliminar a los cabecillas. Por consiguiente, emplearían una espada, una navaja, un hacha o tal vez un garrote, aunque probablemente se decantarían por un arma afilada que cortase la mosquitera y ahorrara el segundo que hacía falta para abrirla.

Estaba claro que tenía tiempo para la *hoda korosu*.

Deslizó la mano a lo largo de la *kang*, buscó la taza y la deslizó a su lado, bajo la delgada sábana. La rompió con la mano sin hacer ruido hasta que notó que la sangre manaba de la palma y sujetó un fragmento afilado entre el pulgar y el índice.

Esperó.

Las pisadas cesaron y, al percibir que el bandido se detenía, Nicholai levantó el brazo y se preparó para asestar el golpe.

El joven lanzó la astilla con un revés horizontal que rajó el cuello del bandido. El brazo con la navaja trazó un arco flácido e inútil, y el bandido se desplomó sobre la *kang* mientras con la mano izquierda se aferraba el cuello.

El segundo bandido cometió el error fatal de retroceder e intentar coger la pistola que llevaba a la cintura a la vez que Nicholai se levantó de un salto, aferró el pesado termo de metal y lo esgrimió como una porra. Al fracturarse, el cráneo del hombre emitió un crujido sobrecogedor. Nicholai se agachó sobre el cuerpo, cogió la pistola y salió.

Llamaradas rojas rasgaron la seda negra de la noche.

Vestido tan solo con pantalones, Yu estaba, pistola en mano, intentando que los sorprendidos soldados formasen con un mínimo de orden.

Nicholai oyó el zumbido de las armas de fuego y percibió el choque de las pequeñas bolsas de aire cuando las balas pasaron a su lado. Había vivido bombardeos, palizas y combates cuerpo a cuerpo; aquella fue su primera lucha con armas de fuego, y le pareció caótica. Los bandidos habían elegido un buen momento para atacar, las horas que preceden al alba, en las que el sueño es más profundo, y el encuentro tuvo la cualidad surrealista de una ensoñación.

Las balas eran reales. Nicholai oyó el ruido sordo del proyectil que alcanzó al soldado que tenía a su lado. El muchacho contempló el agujero que tenía en el estómago, miró a Nicholai con expresión de afligida sorpresa, como si le preguntase si lo que ocurría era verdad, y se desgañitó de dolor. Nicholai lo depositó en el suelo con toda la delicadeza de que fue capaz. Estaba herido de muerte y no pudo hacer nada por él.

Lo único que podía tratar de salvar era el cargamento. Cambió la pistola por el fusil del soldado y se puso en movimiento.

Yu ya había reunido a sus hombres y los llevaba hacia las cajas apiladas en el pabellón central del monasterio. Algunos de los centinelas que vigilaban las cajas habían huido, dos estaban muertos en sus puestos y tres más permanecían agachados tras las cajas y devolvían los disparos procedentes del bosquecillo de bambú situado en el extremo más distante del pabellón. La andanada era intensa y estaba claro que no resistirían mucho más.

Yu se dispuso a cruzar el pabellón rumbo a la pila de cajas, pero Nicholai lo retuvo. Era valiente pero inútil reunirse con los tres soldados que ocupaban una posición aislada. «Nos convertiríamos en víctimas adicionales —se dijo Nicholai—: otro puñado de piedras sacrificadas en una posición del tablero que no tardará en ser eliminada. Es mejor crear una nueva posición y dar a los bandidos algo novedoso en lo que pensar.»

Nicholai se agachó tras un banco de piedra situado en el borde del pabellón. Esperó a ver una llamarada procedente de los bambúes, disparó y

oyó que alguien gritaba de dolor. Yu hizo otro tanto y obtuvo el mismo resultado.

Los disparos que llegaban del bosquecillo de bambú cesaron mientras los bandidos analizaban cómo manejar la nueva situación.

Nicholai aprovechó la pausa para reptar boca abajo por ese lado del pabellón y llegar a un banco situado en la perpendicular. Se dijo que lo mejor sería que los bandidos elaborasen una táctica para afrontar una situación que ya había cambiado.

El go es un juego que fluye.

Durante unos segundos se impuso el silencio; a continuación, una sucesión de proyectiles golpeó el banco de piedra que Nicholai acababa de dejar. Yu se aplastó contra las piedras y sobrevivió a la ráfaga, pero se vio obligado a mantenerse a cubierto mientras alrededor de doce bandidos asomaban entre los bambúes y se abalanzaban sobre las cajas.

En un flanco del ataque, Nicholai no tuvo dificultades para alcanzar de un disparo al jefe de los bandidos, pero falló el segundo y tuvo que volver a intentarlo. Aunque abatió a otro hombre, los bandidos que seguían apostados entre los bambúes se adaptaron deprisa a la nueva situación y descargaron sobre él. Nicholai se tendió y las balas le pasaron por encima.

Se apoyó en las manos y en las plantas de los pies, respiró hondo y saltó por encima del banco.

Iluminada por los fogonazos de las armas, la escena que se desarrolló ante él fue como una película que un proyector chirriante exhibe en un cine pésimo y viejo. Nicholai atisbo la refriega junto a las cajas: un bayonetazo, un disparo de pistola a quemarropa, la boca abierta de un hombre malherido. Se sumó al combate y disparó hasta que el cargador del fusil se vació. A renglón seguido lo utilizó como si se tratara de un arma china antigua: el filo en una punta y el extremo romo en la otra. Giró y acometió, esquivó y eludió más allá del pensamiento, en la esfera instintiva que había conseguido gracias a una preparación constante.

Había demasiados bandidos. El más hábil jugador de go pierde sus piedras blancas, pocas y aisladas, ante el aluvión de las negras.

Era inevitable.

«Muere con honor.»

«*Hai*, Kishikawa-sama.»

Las flores de los cerezos de Kajikawa se deslizaron ante sus ojos mientras recordaba la caminata que había compartido con el general hacía tantos años. Kishikawa se había centrado en las bellas flores para prepararlo para su muerte.

En medio de los fogonazos, Nicholai vio que una hilera de monjes ataviados con túnicas marrones y cañas de bambú en las manos se acercaba al pabellón.

El combate se convirtió en un remolino de bambú, un *taifung*, pero la lluvia de postas de madera golpeó carne y hueso y, de repente, todo acabó, como un chaparrón. Los bandidos que quedaban emprendieron la huida por el bosquecillo.

No se llevaron el precioso cargamento.

Había seis soldados y un monje muertos, así como varios heridos.

Nicholai se agachó junto al cadáver de uno de los bandidos. Yu acercó un farol y observaron el rostro del difunto. Aunque no ocurrió en el acto, en cuestión de segundos Nicholai reconoció al ordenanza que había servido la comida a la que el coronel Ki los invitó.

«Has sido poco cuidadoso y estúpido —se regañó Nicholai—. "Michel Guibert" no se percató de esa estratagema evidente, mientras que Nicholai Hel la habría detectado.» Decidió conservar un fragmento de su auténtico yo al margen del disfraz que se pusiese según la ocasión.

Los monjes limpiaron la sangre a la luz de las farolas.

Nicholai fue en busca del abad, hizo una profunda reverencia y se disculpó por haber introducido la violencia en el monasterio.

—No fue usted, sino ellos —replicó el abad.

—De todas maneras, yo soy la causa.

—Por eso tengo que pedirle que parta con las primeras luces y no regrese jamás.

Nicholai volvió a hacer una reverencia.

—¿Me permite correr el riesgo de hacer una pregunta probablemente impertinente?

El abad asintió y el Nicholai dijo:

—Por lo que tengo entendido, son pacifistas. ¿Por qué...?

—Los budistas son pacifistas —especificó el abad—. Nosotros somos taoístas. Evitamos la violencia, salvo cuando es necesaria. Por otro lado, la misión de nuestra congregación consiste en ofrecer hospitalidad. Por lo tanto, nos vimos obligados a escoger entre dos aspectos irreconciliables: nuestro deseo de no hacer daño a otros seres humanos y nuestro voto de refugio a los huéspedes. En este caso, optamos por el segundo.

—Luchan bien.

—Cuando uno opta por luchar, su responsabilidad consiste en luchar bien —dijo el abad.

Nicholai encontró a Yu en su cuarto. Contrariado, el coronel introducía sus escasas pertenencias en la mochila.

—Fueron sus propios hombres —sostuvo Nicholai.

—Ya lo sé.

Su expresión denotaba la pérdida de la inocencia. Nicholai lo compadeció, pero ello no le impidió plantear la pregunta decisiva:

—¿Cómo quiere que ahora confíe en usted?

Yu lo condujo fuera del monasterio, hasta un sitio amplio del sendero en el que un soldado estaba atado al tronco de un árbol.

Se trataba de Liang. Sangraba por la nariz y tenía un ojo morado. Le habían dado una paliza.

—Es uno de los centinelas —reconoció Yu con desdén—, el que sobrevivió. Asegura que se quedó dormido, pero sospecho que dejó pasar deliberadamente a los bandidos. Da lo mismo, es culpable. Los monjes no me permitieron ejecutarlo en el monasterio y por eso lo traje aquí.

—No debería ejecutarlo.

—Como mínimo, faltó a sus deberes.

—Nosotros también. Tendríamos que haber estado preparados —afirmó Nicholai.

—Provocó la muerte de varios camaradas —insistió Yu.

—Repito, nosotros también. Nadie es perfecto.

—El nuevo hombre debe serlo —dijo Yu—. Al menos, perfecto en el cumplimiento de sus deberes.

Nicholai miró a Liang, que tiritaba de frío y de miedo..., «mientras nosotros hablamos de filosofía; es una crueldad», pensó Nicholai y volvió a intentarlo:

—Tal vez cumplía sus deberes con Ki.

—Sus deberes son para con el pueblo.

—Yu, ese muchacho es el pueblo.

A modo de respuesta, Yu desenfundó la pistola y apoyó el cañón en la cabeza de Liang. Le tembló la mano cuando el chiquillo sollozó y suplicó que le perdonara la vida.

Yu accionó el gatillo y concluyó:

—Así sabe que puede confiar en mí.

Diamond la encontró en Vientiane, en la plaza a la que daba el Patousay. A pesar de las agujas típicamente laosianas, el monumento le recordó a un arco de triunfo. Estaba claro que Solange opinaba lo mismo.

—Me recuerda a mi tierra. En Montpellier tenemos algo parecido.

—¿Qué hace en Laos? —quiso saber Diamond.

—*Monsieur*, busco trabajo. Dígame, ¿qué hace usted en Laos?

—La busco.

—Qué bien. Su tarea, al menos, ha concluido.

—Puede que la suya también.

Diamond sintió celos de Nicholai Hel. Lo indignó la idea de que aquel cabrón arrogante se hubiera acostado con esa bellísima mujer.

—¿A qué se refiere?

—Es posible que tengamos algo para usted.

—«¿Tengamos?» —preguntó la francesa con un tono ligeramente sarcástico y tentador a la vez—. ¿Está hablando de los americanos?

—Sí.

—Por regla general trato con *monsieur* Haverford. Lo pronunció «Avegfog»; a Diamond le resultó de lo más excitante.

—Está cumpliendo otra misión y me ha pedido que venga. Soy el señor Gold.

La sonrisa de Solange fue sensual, irónica y ultrajante.

—¿De veras?

—No.

Salieron del parque y caminaron por Lane Xang.

—*Monsieur Gold*, ¿en qué ha pensado?

Diamond se lo explicó y después dijo:

—Estoy seguro de que le gustará. Podría ser muy lucrativo, y Saigón se parece mucho a Francia.

—En ciertos aspectos sí.

—¿Qué me responde?

—*Pourquoi non?*

—Y eso, ¿qué quiere decir?

La francesa lo traspasó con la intensa mirada de sus ojos verdes y sonrió.

—¿Por qué no?

—Bien —dijo Diamond, y tragó saliva—. Me alegro mucho. Veamos, ¿necesita un taxi? ¿Dónde se aloja?

—En el Manoly —respondió Solange—. Se lo agradezco, pero iré andando.

—Podría acompañarla.

Solange frenó en seco y lo miró.

—*Monsieur Gold*, ¿qué pretende?

—Creo que lo sabe —contestó Diamond, y se armó de valor con la idea de que, después de todo, esa mujer era una puta adorable—. Me refiero a que dijo que buscaba trabajo.

La francesa rió a mandíbula batiente.

—No estoy tan desesperada.

Organizaron rápidamente las cosas para el viaje de Solange a Saigón. Cuando se despidió, Diamond llegó a la conclusión de que la odiaba. «De todas maneras, la puta resultará de utilidad», pensó. En el expediente figuraba que Hel se había enamorado de ella y que se proponía regresar a su lado. «Perfecto. Si el hijo de puta sigue vivo, irá a buscarla a Saigón..., y en Saigón yo tengo conexiones.»

Solange se cercioró de que el americano repugnante no la seguía, regresó al hotel y bebió una infusión de menta en la paz del jardín umbroso.

«Saigón... —musitó para sus adentros—. Muy bien, Saigón...»

Nicholai aún no había dado señales de vida, así que tenía que afrontar la posibilidad de que no las diera nunca. Los hombres mueren o desaparecen, y la mujer debe cuidar de sí misma. El aborrecible «Gold» tenía razón: Saigón era una ciudad agradable y, en muchos aspectos, francesa.

Caía la tarde cuando llegaron al río. Nicholai se vio obligado a reconocer que se llevó una soberana sorpresa.

Suponía que, a principios del invierno, el Lekang tendría su caudal más bajo. Los sampanes estaban varados en la orilla pedregosa y, más allá de un extenso remolino, el río discurría veloz, plena y coléricamente.

El rugido del agua sobre las rocas era impresionante e incluso aterrador, pero no disponían de tiempo para asustarse. A Nicholai le preocupaba que Ki volviese a intentar un ataque mientras estuvieran en la delgada playa y sin posibilidades de ponerse a cubierto. Le alegró ver que Yu había apostado a dos «auténticos creyentes» para vigilar el sendero.

—Tenemos que cargar las embarcaciones —aseguró a Yu.

El coronel dio órdenes y los soldados ayudaron a los porteadores a trasladar las cajas hasta los sampanes; una vez allí, los barqueros las ataron. El jefe, un tibetano fornido y de edad madura, que llevaba un cigarrillo en la boca, abordó a Nicholai.

—¿Es usted Guibert? —preguntó con acento americano, acento que Nicholai conocía perfectamente por los años pasados entre rejas, en los que había oído charlar a los guardias de esa nacionalidad.

—Ese soy yo.

—He perdido dos hombres para llegar hasta aquí.

—Renacerán bien.

El barquero se encogió de hombros para manifestar que el concepto de la reencarnación le importaba un bledo.

—Me llamo Tasser —se presentó, pero no extendió la mano.

—Yo soy Michel Guibert.

—Ya lo sé. ¿Ha traído el dinero?

—Sí.

—Démelo.

—La mitad ahora y la otra mitad cuando lleguemos a Luang Prabang.

Tasser bufó a modo de protesta y contempló el río estrepitoso.

—Quiero toda la pasta ahora por si no llegamos a Luang Prabang.

—Su trabajo consiste en hacernos llegar —replicó Nicholai, contó la mitad del dinero y entregó a Tasser un fajo de billetes—. A propósito, ¿dónde aprendió inglés?

Tasser juntó los dedos de la mano derecha y trazó un amplio arco.

—Con aviadores americanos. Dejaban caer las cajas en las montañas y yo cogía lo que quedaba. Si la guerra hubiese durado un par de años más, ahora sería rico.

—¿Podemos hablar en chino?

—No ensucio mi boca con esa lengua extranjera —replicó Tasser en chino, y enseguida volvió al inglés—. ¿Tiene tabaco decente?

—Tengo Gauloises.

—¿Mierda francesa? No, gracias.

—Como prefiera.

—Lo prefiero —dijo Tasser—. ¿Cuál es el contenido de las cajas?

—No es asunto suyo.

Tasser rió, estrujó uno de los billetes y lo tiró al agua.

—Hay que untar a las divinidades del río.

Uno de sus hombres echó a correr aguas abajo, recuperó el billete y se lo entregó.

Nicholai enarcó una ceja.

—Después de todo, son divinidades —apostilló Tasser—. ¿Para qué quieren pasta?

Nicholai se alejó y vio que Yu miraba nerviosamente sendero arriba. Cogió un cigarrillo y se lo entregó al coronel.

—En el monasterio no combatió como un hombre motivado solo por ganar dinero —dijo Yu.

—Sí que lo hice.

—No se engañe. Por mucho que todavía no sepa cuál es su causa, cree en ella.

—Creo en mi libertad personal.

—La libertad individual es una ilusión burguesa —puntualizó Yu—. Debería abandonar esa idea.

—Espero que no le moleste, pero no pienso hacerlo.

—Ocúpese de que las armas lleguen a su destino —añadió Yu.

—Tiene mi palabra.

Se dieron la mano. Nicholai caminó hasta los sampanes.

—¡En marcha! —gritó, y los barqueros se pusieron manos a la obra.

La corriente no tardó en arrastrarlos.

El río menguó su ímpetu y se niveló.

A una distancia de unos tres kilómetros, según los cálculos de Nicholai, el agua corría veloz y uniformemente, por lo que le dio tiempo para echar un vistazo a los sampanes y a la tripulación.

Las embarcaciones medían alrededor de cinco metros de lado y estaban construidas con troncos flotantes ligeramente atados para permitir cierta flexibilidad. Tenían muy poco calado y, por lo visto, se deslizaban sobre las aguas poco profundas. Aunque a los lados había remos largos, no tuvieron que utilizarlos, porque bastó con la corriente del río. Habían extendido un dosel sobre los troncos de la popa y delante se veía un hornillo de carbón. Las cajas estaban apiladas en el centro del sampán y firmemente atadas a los cáncamos colocados en los costados.

Los tripulantes, cuatro por cada uno de los dos sampanes, eran tibetanos de cuerpo fornido, cara redonda y piel curtida por el sol. Permanecieron sentados con las piernas cruzadas, cerca de los remos, y disfrutaron del

descanso que les proporcionó ese tramo tranquilo, hasta cierto punto, del río.

—No sabía que en el Tíbet se dedicaban al comercio fluvial —le dijo Nicholai a Tasser.

—Y no es así.

—¿Cómo aprendió este oficio?

—Por los chiflados de los británicos —contestó Tasser—. Siempre suben o bajan algo. Escalan montañas y descienden por los ríos, solo en el caso de que sea delirante y peligroso. Antes de la guerra, un grupo de sabelotodo de Oxford quería convertirse en el primero en descender por el Lekang, así que necesitaban un «sherpa de río». Yo era un crío, necesitaba la pasta y decidí aceptar el desafío.

—¿Lo consiguieron?

—Casi todos.

—¿Hasta Luang Prabang?

—No lo sé —replicó Tasser.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Nicholai.

Tasser lo miró y sonrió.

—Nunca había estado en este tramo del río.

Nicholai notó que la corriente arreciaba y miró río abajo, donde de repente se formó una nube de niebla.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Tasser sacó un mapa del bolsillo y lo abrió. Nicholai lo miró por encima del hombro del tibetano; parecía una ilustración, una caricatura del río más que un mapa: incluía dibujos de las altas cumbres y de las piedras en medio del curso. Tasser estudió el mapa unos segundos y gritó por encima del ruido creciente:

—¡Tiene que ser el Cuello del Dragón!

—¿La Cola del Dragón?

—¡No, el Cuello del Dragón! —gritó Tasser, y se tocó la nuez.

Volvió a consultar el mapa y preguntó:

—¿Qué mierda quiere decir «nivel cinco»? —Pocos segundos después, él mismo respondió la pregunta—: ¡Joder, joder!

Aunque el desnivel solo era de seis metros, el primer salto de agua terminaba en una saliente rocosa de gran anchura en la que sin duda los sampanes se harían añicos.

Nicholai notó que la proa corcoveaba, se aferró a la cuerda y aguantó como pudo, pues no podía hacer nada más.

Salieron despedidos por el borde de la cascada.

Aterrizaron con un golpe brusco y, a pesar de que Nicholai estaba convencido de que notaría que el sampán se deshacía bajo su cuerpo, los troncos saltaron, rodaron y resistieron, y la corriente los arrastró por encima de la roca hacia un declive en el que el agua se arremolinaba violentamente poco más arriba de la segunda cascada.

—¡A los remos! —gritó Tasser, y los tripulantes abandonaron la seguridad relativa de las cuerdas para encargarse de remar.

Nicholai comprendió por qué había dado esa orden. El remolino había girado el sampán de lado y, si caía de costado, seguramente volcaría. Necesitaban enderezarla para entrar de proa en la siguiente catarata.

La embarcación giraba como una hojita al albur del viento.

—¿Dónde están los chalecos salvavidas? —preguntó Nicholai a gritos.

—¿Los qué? —chilló Tasser.

La corriente los expulsó de lado, con estribor hacia el salto de agua, y Nicholai vio una contracorriente considerable, un pequeño muro de agua que avanzó hacia ellos.

—¡Cuidado! —gritó.

La contracorriente elevó el sampán y el remero de popa cayó al agua por estribor. Agarrado a la cuerda, Nicholai se arrastró e intentó sacar al hombre del agua, pero Tasser ordenó:

—¡El remo! ¡Maldición, coja el remo!

Nicholai lo aferró justo antes de que cayese al río.

El barquero fue arrastrado por el torrente circular. Nicholai vio que intentaba mantener la cabeza fuera del agua, pero la corriente lo hizo girar como en una perversa atracción de feria.

—¡Reme! —gritó Tasser.

Nicholai se sentó, cogió el remo y tensó cada músculo y tendón de su cuerpo en el intento de girar el sampán. Casi lo habían conseguido cuando la proa salvó el borde de la segunda catarata. En este caso, el desnivel no era tan marcado. Aterrizaron en una charca de aguas profundas, el sampán cabeceó y fue arrastrado por otra corriente de agua.

El canal de agua los condujo a una cascada estrecha entre dos torres de piedra. El sampán rascó el borde de las rocas de la izquierda, rebotó y se deslizó por el suave desnivel hasta un tramo de río en el que las piedras del lecho, poco profundo, rozaron el fondo.

Río abajo, Nicholai avistó una gran columna de algo parecido al humo.

No era humo. Nicholai comprendió que solo podía ser la niebla procedente de una gran masa de agua que caía por una catarata altísima.

—¡Reme hacia el costado! —gritó Tasser.

Nicholai miró a su derecha, ya que Tasser había señalado un remolino de dimensiones considerables. La corriente los apartó y apenas tuvieron tiempo y espacio para salvar el remolino. Los tripulantes estaban agotados. Sacó el remo del agua mientras los tripulantes de babor remaban. En cuanto el sampán quedase a estribor, a uno y a otro lado remarían con todas sus fuerzas para seguir vivos. Aspiró grandes bocanadas de aire y, en cuanto Tasser lanzó la orden, comenzó a remar.

El golpe fue pequeño pero suficiente. Nicholai se había incorporado y el choque se produjo antes de que volviera a sentarse. Salió disparado y voló por encima del sampán.

Lo primero que notó fue el contraste con el agua fría al hundirse. Salió a la superficie y experimentó el pasmo de saber que estaba en el agua y que se dirigía inexorablemente hacia la catarata.

Ya había estado en situaciones difíciles, por ejemplo cuando, en sus años felices, exploraba estrechos pasos de las cuevas con sus amigos de Japón. De repente esas cámaras parecían cerrarse y no había salida. También había quedado atrapado en ríos subterráneos y el agua había siseado a sus pies en medio de la negrura total. Como había disfrutado del

peligro, obligó a su mente a desechar el terror y a concentrarse en la supervivencia.

Ante todo tenía que darse la vuelta, por lo que se movió y consiguió que la corriente lo arrastrara con los pies por delante. No sabía qué le esperaba al final del salto de agua, pero era mejor encontrarlo con los pies que con la cabeza; quizá se partiría las piernas en lugar del cuello o la cabeza. También supo que podía considerarse muerto si el desnivel terminaba en piedras poco profundas, pero el honor le exigió hacer cuanto pudiera.

Apretó los brazos a los lados del cuerpo y juntó las piernas para formar una figura compacta, para que las extremidades no creasen superficies irregulares que podrían torcerlo y hacerlo descender en jarras por la cascada.

Mantuvo el cuello y la cabeza fuera del agua tanto como pudo, respiró hondo y salvó el borde de la catarata.

Fue un descenso largo y violento, el agua lo golpeó en el intento de deshacer su postura, pero Nicholai resistió y se preparó para el «aterrizaje» que haría trizas su cuerpo, lo mutilaría o plantearía un nuevo desafío.

Percibió la quietud de un remanso y comprendió que había sobrevivido.

Volvió la vista atrás y calculó que, como mínimo, había descendido doce metros. Flotó, intentó recuperar el aliento, miró río abajo y reparó en que los dos sampanes estaban varados en la orilla situada a su derecha.

Se dio cuenta de que estaban maltrechos.

El dosel del primero se había rajado y había varios remos rotos. Aunque su aspecto era un poco mejor, la proa del segundo estaba serrada como un diente mellado. Las embarcaciones habían conseguido atravesar el Cuello del Dragón y, por milagroso que parezca, las cajas continuaban en el centro de los sampanes como vacas tumbadas cuando hace mal tiempo.

Uno de los tripulantes lo vio desde la orilla, lo señaló con el dedo y se puso a gritar mientras Nicholai, que estaba agotado, nadaba hacia la vera del río, donde, incapaz de moverse, permaneció tendido entre las piedras.

—Me pareció que había desaparecido —dijo Tasser, de pie a su lado.

—Yo pensé lo mismo.

—Me alegro de que no sea así.

—Gracias.

—Bueno, verás, todavía tiene que pagarme la mitad de lo acordado —concluyó Tasser, y ayudó a Nicholai a ponerse en pie.

Dedicaron los tres días siguientes a descansar, reparar los sampanes y los remos dañados y a estudiar el siguiente tramo del río en esa especie de mapa que llevaba Tasser.

—Eso que llama mapa no sirve para nada —aseguró Nicholai.

Tasser y el joven caminaron río abajo, treparon a lo alto de un acantilado de la orilla derecha y confirmaron sus peores sospechas: los aguardaba una catarata inmensa, más alta de la que había estado a punto de matarlos.

—No podremos pasar —dijo Nicholai.

—Es imposible.

Tendrían que rodearla. Como solo eran nueve, el transporte resultaría largo y agotador, pero no tenían otra opción. Regresaron e iniciaron la pesada tarea de desmontar las embarcaciones y preparar los troncos para cargar las cajas. Necesitaron dos días, por lo que acumularon un retraso imprevisto de cinco jornadas, y las provisiones empezaron a mermar. Como en las tierras salvajes de las gargantas del río Lekang no había aldeas en las que comprar alimentos, se vieron obligados a reducir las raciones, un problema bastante grave, ya que el transporte de las cajas consumía más energía.

Nadie se quejó de esas penurias, sobre todo cuando las compararon con el terror de descender por rápidos todavía más peligrosos. Los hombres trabajaron lenta pero firmemente, y al cabo de dos días estaban listos para ponerse en marcha.

Trabajaron tres días formando equipos de relevo; cargaron a hombros, tironearon, arrastraron y empujaron los troncos de los sampanes ladera arriba, junto a la espectacular cascada, para bajarlos luego mediante cuerdas

atadas a los troncos de los árboles para que sirviesen de contrapeso. Dos tripulantes se dedicaron a montar los sampanes; los otros seis transportaron las pesadas cajas y su mortífera carga por el mismo camino.

Nicholai disfrutó de ese trabajo agotador en la medida de lo posible. El desafío a las leyes físicas de acarrear material pesado montaña arriba y abajo, y el forcejeo con las limitaciones de su cuerpo y de su espíritu resultaron sencillos en comparación con los conflictos más turbios de su misión.

En el esfuerzo no había engaño, solo era la aplicación directa de músculos, sudor, determinación y cerebro. Para Nicholai se convirtió en un proceso purificador; las punzadas de hambre que notó la segunda jornada agudizaron sus sentidos y depuraron el malestar que solo entonces comprendió que sentía desde que se había separado de Solange.

Los tripulantes tibetanos mostraron una actitud sumamente alegre y entusiasta. Tras haber empezado a trabajar como serpas y cargado muchos kilos de equipaje en las laderas del Himalaya, la tarea no los intimidó y transmitieron la sensación de que la complejidad de maniobrar las cargas no solo era un reto físico, sino intelectual, que acogieron de buena gana. Se entretuvieron resolviendo problemas de peso y contrapeso mediante complejas disposiciones de cuerdas y nudos que fascinaron a Nicholai.

Decidió que si sobrevivía a la misión, pasaría más tiempo en la montaña y dominaría las técnicas de la escalada.

Por la noche, los tibetanos encendían una hoguera, preparaban té, pese a que las existencias se reducían cada vez más y hacían sopa cada vez más aguada. De todos modos, era un rato agradable, en el que relajaban los músculos y desgranaban relatos de fantasmas, espíritus, sabios sagrados y valerosos guerreros que los tripulantes referían y Tasser traducía al americano coloquial.

A continuación, Nicholai dormía a pierna suelta; se despertaba justo antes del alba, momento en el que se reanudaba el laborioso trabajo de la jornada. Casi se llevó un chasco cuando, al cabo de tres días, acabaron el traslado, volvieron a montar las embarcaciones y emprendieron una vez más el descenso del río.

Después de esas cascadas, el río discurría despacio. Se toparon con rocas puntiagudas, aguas poco profundas y algún que otro rápido, lo que les causó algún problema, pero al cabo de dos jornadas Tasser consultó el extraño mapa y dijo encantado:

—¡Hemos salido de la maldita China!

Habían llegado a la colonia francesa de Laos, donde el río cambiaba de nombre y pasaba a llamarse Mekong.

De manera casi mística, el río mismo pareció reconocer el cambio. Se ensanchó, fluyó con más calma y se oscureció a causa de los sedimentos arrastrados desde las estribaciones del Himalaya.

—Es como nosotros —señaló Tasser—. De color marrón y viene del Tíbet.

Las montañas que flanqueaban el río reverdecieron gracias a la vegetación selvática. En los recodos serpenteantes, repentinamente, aparecieron aldeas, con las casas de bambú sobre pilotes para protegerlas de las inundaciones estacionales.

Hicieron un alto en una de las aldeas para comprar víveres. Nicholai se dio cuenta de que Tasser sabía más de lo que aparentaba.

—Desconozco qué lleva en las malditas cajas y no quiero saberlo —masculló Tasser—, pero será mejor que mantenga la boca cerrada si las traslada donde yo creo que las lleva. Estos aldeanos son hmongs, y los comunistas no les caen muy bien. No les suelte esa chorrada de «camarada», ya que podrían coger uno de esos cuchillos curvos y cortarle el cuello. ¿Lo ha entendido?

—Lo he entendido.

—Antes de que se me olvide... —añadió Tasser mientras maniobraba el sampán hacia una zona arenosa de la orilla derecha del río—: haga la vista gorda ante todo lo que vea aquí. —Señaló al otro lado del curso de agua—. Aquello es Siam, la tierra de los tailandeses. También es la tierra de la adormidera. Es un terreno extraordinario para el cultivo del opio y, desde aquí, el río se convierte en una de las rutas de la droga. Los hmongs la cultivan y los tailandeses también. De esa forma alimentan a sus hijos.

—Lo he entendido.

—Más le vale —afirmó Tasser—. Sonreímos, compramos las provisiones y nos largamos.

Nicholai se quedó en el sampán mientras Tasser y dos tripulantes se dirigían a la aldea a por víveres. Los críos hmongs desnudos se lanzaban alegremente al agua desde un destartalado embarcadero de bambú. Con sus singulares tocados negros, las mujeres estaban cerca, los vigilaban y miraban con timidez al europeo alto del sampán. Nicholai oyó los ladridos de los perros de la aldea, así como el omnipresente balido de las cabras y el cacareo de las gallinas.

Menos de media hora después, Tasser regresó con bolsas de red llenas de plátanos y otras frutas, verduras de hoja, arroz y pescado ahumado. Nicholai se avergonzó de haber sospechado de Tasser cuando este lanzó la orden de zarpar y el sampán se deslizó por la suave corriente. A continuación el capitán ofreció a Nicholai una botella de un líquido transparente.

—Eche un trago —propuso Tasser.

Nicholai bebió un sorbo y tuvo la sensación de que su estómago, sus pulmones y su cerebro ardían en llamas.

—¡Por Dios! Hombre, ¿qué es esto?

—*Lao-lao* —respondió Tasser—. Licor destilado por los hmongs.

Nicholai ayudó a uno de los tripulantes a encender el fuego en el hornillo de carbón y no tardaron en saborear un delicioso plato de arroz, pescado y plátanos. Cumplió su turno en el remo y, cuando lo relevaron, se sentó en la borda y disfrutó del bello paisaje, las montañas verdes y los riscos de piedra caliza.

Dos días después arribaron a Luang Prabang.

Nicholai llamó la atención por su excentricidad cuando se registró en la modesta casa de huéspedes.

Llevaba la ropa rota y manchada de barro, el pelo largo y alborotado, y la cara del color de una nuez y ajada por la intemperie. Con aristocrática despreocupación pasó por alto la mirada sorprendida del recepcionista y pidió la mejor habitación disponible; de ser posible, con vistas al río.

—¿*Monsieur* trae equipaje?

—*Monsieur* no tiene equipaje.

—¿Tal vez aún no ha llegado del aeropuerto?

—No creo que llegue del aeropuerto —añadió Nicholai, sacó un fajo de billetes del bolsillo del pantalón y los dejó sobre el mostrador.

—Pasaporte, por favor.

Nicholai le entregó el pasaporte que lo identificaba como Michel Guibert. Se trataba de un riesgo calculado, ya que podía provocar el envío de teletipos a Pekín, Moscú y Washington, aunque lo cierto es que tenía sus dudas. Luang Prabang era un lugar pacífico y distante incluso para Indochina; es probable que allí no sonara alarma alguna. Por otro lado, seguramente estaba presente un miembro de la inteligencia francesa, pero con eso ya contaba.

El recepcionista anotó la información del pasaporte y devolvió el documento a Nicholai junto con una llave.

—La habitación 203 cuenta con una encantadora vista al río. ¿Quiere *monsieur* que le subamos una cuchilla de afeitar?

—Sí, se lo agradezco —replicó Nicholai—. Si es tan amable, también quiero un café, un cruasán y el periódico más reciente que tenga.

El recepcionista asintió, satisfecho.

Limpio y afeitado, Nicholai se instaló en el pequeño balcón y disfrutó del delicioso cruasán.

El bollo no estaba en consonancia con el intenso calor que hacía a última hora de la mañana, pero, de todas maneras, lo encontró sabroso, lo mismo que la taza de café expreso. Todo era muy francés..., incluida la fila de monjes jóvenes y de túnicas de color naranja que regresaban de la petición ritual de limosna.

Khem Kong, la calle principal de la antigua capital del reino de Laos, corría paralela a la orilla del río y estaba ocupada por tiendas, restaurantes y cafeterías francesas. La mezcla del olor a pescado al vapor y *crepés* describía aromáticamente el crisol de culturas de la ciudad. Los templos budistas antiguos se alzaban junto a elegantes casas coloniales francesas, cuyas tejas rojas no habrían desentonado si hubiesen estado a orillas del Mediterráneo en lugar de en las riberas del Mekong. Al otro lado del río marrón y fangoso se alzaban hermosas montañas de color verde esmeralda. Se trataba de un paisaje de profunda tranquilidad, lo que suponía un claro contraste con el envío de armas mortíferas que aguardaban en los sampanes, a un centenar de metros río arriba.

Nicholai masticó otro bocado de cruasán y empezó a leer el periódico, un ejemplar del *Journal d'Extrême-Orient*, de hacía una semana. Llevaba meses sin interesarse por las noticias, pero no se sorprendió al ver que casi nada había cambiado: las negociaciones para poner fin al conflicto de Corea se alargaban de forma interminable; el Viet Minh había vencido a los franceses en la batalla de Hoa Binh, en el norte; y un nacionalista camboyano que había exigido que las fuerzas francesas abandonasen su país se vio obligado a huir y era tachado por el columnista tanto de

comunista como de agente de la CIA. En Saigón, el emperador títere Bao Dai dio la bienvenida a una delegación de la industria cinematográfica francesa y...

Al principio casi siguió de largo al repasar la aburrida lista de nombres de la delegación: Françoise Ariend, Michel Cournoyer, Anise Maurent..., Solange Picard...

De modo que Solange no estaba en Tokio, sino en Saigón, y formaba parte de una delegación de la industria cinematográfica francesa. ¡Qué interesante!

«Saigón», repitió Nicholai para sus adentros. «¡Qué interesante! ¡Qué casualidad! Haverford debe de pensar que soy tonto.»

Nicholai caminó hasta llegar a una tienda de ropa.

El calor de la tarde era de justicia y el aire húmedo anunciaba lluvia. La estación seca estaba a punto de terminar en el Sudeste asiático y no tardarían en llegar los monzones. Con una temperatura de treinta y ocho grados y esa humedad, la camisa de Nicholai estaba empapada de sudor cuando entró en la tienda. Compró tres camisas de algodón, dos pantalones de hilo, un traje blanco de hilo, un par de zapatos con cordones y un sombrero de paja, y pidió que se los enviaran a su alojamiento. Entró en otra tienda y adquirió una maleta en condiciones. Ahora podría preparar el equipaje, abandonar la misión suicida de introducir las armas en el sur de Vietnam y dirigirse a Saigón para caer en la trampa que los americanos le habían tendido con Solange como cebo.

Visualizó el *go-kang*, así como el desplazamiento de las piedras, y encontró la salida.

Pero no podía abandonar. No lo haría.

Se lo había prometido a Yu y se sentía obligado a seguir viaje y establecer contacto con el agente del Viet Minh.

Nicholai se sentó en un taxi de dos ruedas, tirado por un hombre, que bajó por la calle Sisavangvong.

El taxi lo dejó al pie de una secular institución de Luang Prabang, el «mercado nocturno», un bazar al aire libre con cientos de tenderetes en los que vendían bolas de arroz dulce y pegajoso, bocaditos de pescado frito, humeantes vasos de té y otras exquisiteces que no reconoció. También había puestos de delicadas sombrillas, farolillos de papel de color vivo, camisas y pantalones de algodón, sandalias, velas y estatuillas de Buda.

La riqueza de olores, sonidos y vistas creó un contraste vertiginoso en comparación con la austeridad del largo viaje por el río. Los comerciantes pregonaban con orgullo las virtudes de sus mercancías y regateaban con los compradores; el olor acre de los fuegos de carbón intentaba superar a los aromas de las salsas de pimienta que chisporroteaban en los *woks* y, en los callejones iluminados por las farolas, las mercancías variopintas se combinaban y creaban un conjunto variado.

Nicholai se internó fácilmente entre el gentío. A pesar de que medía como mínimo una cabeza más que la mayoría de los compradores, no llamó la atención. Los laosianos estaban acostumbrados a los colonos franceses, y Nicholai lo parecía y se comportaba como tal.

Llegó a un puesto en el que vendían pájaros vivos. Eran muy bonitos y demasiado pequeños para comer. Escogió un ave de plumas verdes y azul

eléctrico, la desató y dejó que volase hacia la noche, aunque no pronunció la oración budista que se suele rezar cuando se libera a un pájaro.

Nicholai se adentró en el mercado nocturno, bebió té verde caliente, hizo varias compras y comió pescado frito con aceite picante y cilantro. Aún no había terminado cuando un hombre se situó a su lado y dijo quedadamente en francés:

—Sígame.

Salieron del mercado por un estrecho callejón y a Nicholai se le pusieron los pelos de punta al ver esa trampa potencial. De todos modos, no era muy distinto a abrirse paso por la cámara estrecha de una caverna, así que tranquilizó su mente y dejó que los sentidos lo protegiesen del peligro.

Del callejón desembocaron en una calle de tierra. Nicholai detectó el aroma característico del opio cuando siguió al hombre hasta un edificio ruinoso. El interior estaba a oscuras y el salón solo aparecía iluminado por el brillo de las pipas. Sentados o tumbados junto a las paredes, los fumadores ni siquiera levantaron la cabeza porque estaban perdidos en sus sueños opiáceos, pero la sensación de proximidad alertó a Nicholai.

Se dio cuenta de que el tercer fumador de opio apoyado en la pared, el de la camisa negra manchada, estaba allí para matarlo si era necesario. Aferró el pequeño abrecartas de marfil con el mango tallado que había comprado en el mercado nocturno.

—*Wangbadan* —dijo Nicholai en cantones: «hijo de puta».

Percibió un chispazo de reconocimiento en los ojos del presunto enviado del Viet Minh, pero el hombre se recuperó rápidamente y preguntó en francés:

—¿Qué ha dicho?

La hoja del abrecartas de marfil salió como por arte de magia de la manga de Nicholai, que la apoyó en el cuello del presunto enviado del Viet Minh.

—Puede darse por muerto si aquel hombre hace el más mínimo movimiento —añadió en cantones.

El enviado lo entendió. Observó al «fumador de opio» y meneó lentamente la cabeza.

—No lo he visto comprarla —reconoció ante Nicholai.

—Ya lo sé. ¿Dónde está el hombre con el que tenía que encontrarme?

—Yo soy el hombre con el que...

Nicholai le presionó la carótida con la punta del abrecartas.

—Muerto.

Más que ver, Nicholai sintió la pistola que salió de debajo de la camisa negra del «fumador de opio» y lanzó el abrecartas. La hoja se clavó en el cuello del pistolero, que cayó fulminado.

El otro Binh Xuyen aprovechó la oportunidad e intentó asestarle un rodillazo en el plexo solar, pero él se volvió para desviar el golpe, cruzó las manos, sujetó la cabeza del hombre y la sacudió a un lado y al otro. El cuello se partió y el cuerpo del individuo se relajó entre sus manos.

Nicholai lo dejó caer en el preciso momento en que tres hombres armados con metralletas entraron por la puerta trasera.

—*Monsieur* Guibert, me ha dejado impresionado.

El jefe de la banda de Binh Xuyen no destacaba por su físico: bajo, menudo y con el pelo azabache cada vez más raleante, su ojo izquierdo formaba un extraño ángulo de cuarenta y cinco grados, y daba la sensación de que le habían destrozado el hueso orbital. Vestía camisa de lino caqui, pantalón del mismo color, calcetines blancos y sandalias.

Observó unos segundos a Nicholai y le preguntó:

—¿Quiere hablar en francés o en chino?

—Como prefiera —respondió Nicholai en francés.

—¿Sabe quién soy? —preguntó en cantones.

—Me figuro que forma parte de los Binh Xuyen.

—No formo parte de los Binh Xuyen, soy los Binh Xuyen —precisó.

—¡Bay Vien!

Bay asintió con la cabeza.

—Debería sentirse halagado de contar con mi atención personal. Suelo delegar estos recados, pero vine a la ciudad por negocios y... *Monsieur* Guibert, por lo visto, ha matado a dos de mis hombres.

Nicholai se dio cuenta de que no era el momento de intentar replegarse, ya que retroceder equivaldría a morir.

—En términos generales, mato a las personas que intentan asesinarme.

—En ese caso, han desobedecido instrucciones —puntualizó Bay—. Me proponía conseguirlo sin violencia. Habría bastado con que vendiese su mercancía a supuestos enviados del Viet Minh, con que le pagaran y lo dejaran seguir su camino, pero ahora... —Bay meneó la cabeza con expresión de pesar—. Le ruego que comprenda que solo se trata de negocios.

Nicholai tuvo claro que esa novedad había reorganizado las piedras del *go-kang*. La promesa hecha al coronel Yu de entregar las armas al Viet Minh ahora parecía imposible de cumplir, y su propia muerte no modificaría el resultado.

Casi oyó los delicados consejos de Otake-sama:

«Nikko, cuando la situación inmediata se vuelve insostenible, ¿para qué juegas?».

«Para ganar tiempo, Otake-sama.»

«Juega a largo plazo.»

—Sí, claro, de malos negocios.

—¿Por qué lo dice?

—Cincuenta lanzagranadas harán muy poderosos a los Binh Xuyen —replicó Nicholai—. ¿Y si fueran cien o doscientos?

Bay Vien resopló.

—No podrá conseguir tantos.

—Si estoy muerto, desde luego que no —reconoció él.

Prácticamente vio cómo Bay Vien se debatía. Ya le valía. Más adelante, los Binh Xuyen tendrían que luchar con los milicianos, con otras bandas y tal vez con el Viet Minh. Quizá tendrían que enfrentarse a Bao Dai, su actual aliado, y a los soldados vietnamitas del ejército regular. Los lanzagranadas podrían decidir el resultado de la batalla que se librara en las calles de Saigón.

Nicholai se dijo que de lo que concluyera Bay Vien dependía su vida.

A Ellis Haverford, Saigón siempre le había gustado. Como presunto trabajador del Servicio de Información de Estados Unidos, a lo largo de los años había entrado y había salido varias veces de la ciudad, y la consideraba su segundo hogar. En su opinión, era la combinación ideal de lo mejor de París y lo mejor de Asia en cuanto a comida, arquitectura, bebida, moda y mujeres, aunque sin los inviernos grises y la angustia existencial concomitante que solía asolar la urbe a orillas del Sena. Saigón era una ciudad sofisticada que toleraba afablemente los vicios: los casinos eran honestos y estaban bien dirigidos; los burdeles resultaban alegres, hospitalarios y tenían gran fama por la asombrosa variedad de mujeres de vida galante.

También le agradaban los bares de la ciudad. Saigón era un sitio fantástico para beber y para mantener charlas en torno a una copa. La escalada bélica había atraído a periodistas de todos los confines del mundo, siempre dispuestos a divertirse y a soltar un poco de información privilegiada, siempre disponibles para jugar a las cartas a las tantas de la noche y beber *bloody mary* por la madrugada.

Además, a Haverford le caían bien los vietnamitas. Apreciaba su comportamiento afable, respetaba su larga lucha por la independencia y admiraba la forma en la que habían adoptado lo mejor de la cultura occidental y también cómo habían adaptado lo peor.

Por otro lado, deseaba pasar el menor tiempo posible en Saigón y rezaba para que los «políticos de la Guerra Fría» de Washington no sustituyeran a los franceses. Ya había combatido en Vietnam y esperaba no tener que hacerlo nunca más.

Ahora le tocaba esperar a Nicholai Hel y albergaba la esperanza de que llegase con las lluvias primaverales.

101

Nicholai volvió a coger un taxi de dos ruedas para dirigirse al río, se apeó y recorrió a pie los ochocientos metros que lo separaban de donde estaban atracados los sampanes.

Estaba a punto de llegar cuando Tasser encendió una poderosa linterna.

—Mike, ¿es usted?

—¿Y si no lo fuera? —Nicholai embarcó en el sampán—. De un momento a otro llegará un camión al que transferiremos el cargamento.

—Cuanto antes, mejor —afirmó Tasser—. Los puñeteros hmongs me ponen de los nervios.

—¿Qué hará a continuación?

—Volveré a las montañas —respondió Tasser—. Veré si aún quedan súbditos de su Graciosa Majestad, yanquis o gabachos dispuestos a escalar el techo del mundo. Búsqueme en las fotos..., seré el hombre al que no nombran.

Un par de faros iluminó la calle. Los hombres de Tasser dejaron el cargamento en la orilla. Nicholai estrechó la mano del tibetano.

—Gracias por todo. Tratar con usted ha sido un verdadero placer.

—Lo mismo digo.

Tasser reunió a la tripulación y se perdieron en la oscuridad.

Nicholai caminó hacia el camión.

Bay Vien iba en el asiento delantero, en el lado del acompañante.

102

Por la mañana el camión salió de la ciudad. Nicholai iba en el asiento delantero, junto a Bay Vien.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

Bay señaló hacia el este, al otro lado del río, montaña arriba.

—¿Para qué?

—Hace demasiadas preguntas —respondió Bay, y dio una calada al cigarrillo.

Estaba irascible, ya que no tenía por costumbre madrugar ni soportar el traqueteo de un camión. Por añadidura, al jefe de los Binh Xuyen no le había gustado nada que Nicholai insistiese en viajar con las armas en vez de reunirse con él en Saigón.

—No me separaré de la mercancía hasta que me paguen —había asegurado Nicholai.

—No pagaré hasta que su mercancía sea entregada sin percances —había replicado Bay.

—En ese caso, tendrá que contar con mi presencia.

Nicholai encendió un cigarrillo, se arrellanó y disfrutó del relativo frescor de las primeras horas y de los llameantes haces rojos del amanecer, que asomaron detrás de las colinas. Varios niños conducían búfalos hacia el río para que bebiesen y se bañaran, y las mujeres recogían cubos de agua fangosa que luego llevarían a la aldea.

Esperaron veinte minutos a que la barcaza volviera de la otra orilla y cargaron con cuidado el camión pesado en la plataforma flotante. Las gruesas maromas de la barcaza atravesaban grandes cáncamos y estaban sujetas a los arneses de los elefantes, uno a cada lado del transbordador. Un joven *mahout* laosiano presionó los flancos de su elefante con los pies, y ambos animales comenzaron a cruzar el río, arrastrando la barcaza.

La embarcación se detuvo, temblorosa, en la otra orilla. Colocaron dos grandes láminas de metal corrugado para aumentar la tracción. El camión retumbó ladera arriba y llegó al camino de tierra que se internaba en el bosque.

Durante cinco horas ascendieron y, poco a poco, se abrieron paso por las pistas en zigzag de los montes, en los que los barrancos de piedra caliza interrumpían el verdor de las colinas. Los campos de arroz de montaña ya agostado interrumpían la selva; otras parcelas calcinadas recordaban la agricultura primitiva de corte y quema. Hombres mujeres y niños, en su mayor parte vestidos con jerséis y pantalones negros y holgados, y con turbantes del mismo color, estaban desplegados por los campos calcinados, mezclaban los restos con el azadón y preparaban el terreno rojo para la siembra. Ponis greñudos apacentaban en las lindes de los campos quemados.

—¿Quiénes viven aquí? —preguntó Nicholai, que corrió el riesgo de iniciar una conversación.

Bay se mostró más sociable porque empezaba a despertarse.

—Los meos. Llegaron de Sichuan hace dos mil años.

Nicholai contempló los arrozales y las pequeñas parcelas en las que cultivaban patatas y otras verduras. A medida que ascendían reparó en otro cultivo: amapolas, bueno, adormideras.

—¿Los meos también cultivan flores? —preguntó Nicholai con tono irónico.

Bay rió entre dientes.

—Antes el Viet Minh controlaba el cultivo de opio, pero ahora nos encargamos nosotros. Supongo que esa situación ha generado resentimientos.

Una hora después el camino se tornó más llano, desembocó en un valle y cruzó una extensa meseta que los condujo a una población compuesta, mayoritariamente, por casuchas de madera, un puñado de tiendas apiñadas alrededor de unos pocos edificios de ladrillos y azulejos y una enorme estructura colonial que poseía el aspecto de haber sido un centro administrativo.

—El palacio del antiguo gobernador francés —explicó Bay.

—¿Dónde estamos?

—En Xieng Khouang. Se podría decir que es casi la única ciudad habitada que hay en esta zona. Los franceses la construyeron en los años ochenta del siglo XIX y luego la tomaron los japoneses. Cuando los expulsaron, el Pathet Lao se hizo fuerte aquí, hasta que los meos ayudaron a los franceses a recuperarla.

—¿Por qué lo hicieron?

—Por dinero —contestó Bay—. ¿Acaso alguien hace algo por otros motivos?

Atravesaron Xieng Khouang sin detenerse. A dos kilómetros de la ciudad apareció un gran campo de aviación recién construido. Sobre el asfalto se encontraba un DC-3 de fabricación americana, aunque con insignias galas, vigilado por paracaidistas franceses. Unos cuantos soldados y varios meos trasladaron cajas de camiones y carretones a la bodega del aparato.

—No ha visto nada de esto —advirtió Bay, y descendió del camión.

Nicholai bajó tras él y lo siguió por la pista de aterrizaje de tierra, desde la cual un capitán de paracaidistas supervisaba la maniobra de carga. El militar vio a Bay Vien, se le acercó, lo cogió de los hombros y lo besó en las mejillas.

Solo entonces reparó en Nicholai.

—Soy el capitán Antoine Signavi.

—Michel Guibert.

Se dieron la mano.

Signavi era un poquitín más bajo que Nicholai. Vestía impecable ropa de camuflaje, botines y la boina roja típica de los paracaidistas.

—Tengo cerveza bien fría. Es todo lo que aquí se consigue.

Los condujo desde la pista hasta un dosel de lona bajo el cual había una mesa portátil y tres taburetes. Un ordenanza sacó tres botellas de cerveza Tiger del enfriador, las abrió y las dejó sobre la mesa.

Signavi levantó su botella.

—*Santé*.

—*Santé* —repitió Nicholai.

—Dentro de tres semanas, esta pista se convertirá en un río de barro —afirmó Signavi—. Se volverá impracticable, lo mismo que el camino que sube hasta aquí. Resultará muy difícil. Entonces me alegraré de haber vuelto a Saigón.

El paracaidista se quitó la boina y dejó al descubierto una cabellera negra y tupida.

—Tengo un cargamento para este vuelo —intervino Bay—. ¿Le parece bien?

—Desde luego —replicó Signavi—. Esta vez vamos ligeros de equipaje.

—¿Tiene sitio para dos pasajeros más?

—¿Usted y usted? —preguntó Signavi.

Bay asintió con la cabeza y el capitán pareció dudar.

—En mi campo profesional, la discreción es muy importante —aclaró Nicholai—. No veo nada, y hablo todavía menos.

—Doy la cara por él —afirmó Bay.

—Comprenderá que esto es..., es muy delicado —añadió Signavi—. Libramos una guerra, alguien tiene que pagarla, y los rojos de París no quieren correr con los gastos. Por lo tanto, uno se tapa la nariz y hace lo que es necesario. —Señaló con el mentón el opio que introducían en el avión.

Nicholai se encogió de hombros.

—¿Quién soy yo para juzgarlo?

—Así me gusta —apostilló Signavi, que con el tono de voz dio a entender que, aunque por razones prácticas estaba dispuesto a aguantar al traficante de armas, lo cierto es que la situación le resultaba desagradable.

Nicholai no quiso pasar por alto ese insulto y preguntó:

—¿Signavi es un apellido corso?

—Ha dado en el blanco —replicó este—. Napoleón y yo nos buscamos la vida y el futuro en el ejército francés. Saldremos a primera hora de mañana. Organizaré el alojamiento de esta noche. Espero que quieran cenar conmigo.

Nicholai siempre se maravillaba ante la capacidad que mostraban los franceses de comer bien al margen de cuales fueran las circunstancias. En un campo de aviación secreto del corazón de las tierras altas de Laos compartieron una cena a base de *vichyssoise*, pintada asada fría y una ensalada más que aceptable preparada con verduras de hoja de la zona, que regaron con un delicioso vino blanco.

Cuando terminaron de cenar, Signavi los condujo a una enorme tienda de campaña rodeada de alambre de espino enrollado.

El sentido de proximidad despertó a Nicholai.

Permaneció inmóvil y oyó el tijeo del cortaalambres; poco después, los sonidos de un hombre que repta.

Bay Vien dormía a pierna suelta en la cama situada junto a la pared de la tienda.

Nicholai se movió en el preciso momento en el que la navaja rasgaba la tienda. Saltó sobre Bay, lo arrojó al suelo, se incorporó y franqueó la puerta de la tienda.

El aspirante a asesino ya había echado a correr hacia la alambrada.

Se activó una alarma y un reflector recorrió el suelo. Nicholai oyó los ladridos de varios pastores alemanes, uno de los cuales atravesó el terreno vallado para perseguir al intruso, que intentó saltar y acabó enredado en el alambre de espino. Se retorció como un acróbata grotesco cuando lo alcanzaron los disparos de ametralladora.

Vestido con pijama de seda y llevando una pistola en la mano. Signavi se asomó a toda prisa. Segundos después, Bay Vien abandonó la tienda y miró el cadáver que colgaba de la alambrada.

—Un miembro del Viet Minh —afirmó Bay, y se volvió hacia Nicholai—. Guibert, me ha salvado la vida.

—Simplemente cuidó de mis intereses —respondió Nicholai, regresó al interior de la tienda y se acostó.

Bay hizo lo mismo y dijo:

—Estoy en deuda con usted.

—Olvidelo.

—No lo olvidaré —aseguró Bay—. Es una cuestión de honor.

Nicholai lo comprendió.

103

El coronel Yu llamó a la puerta del despacho de Peng. Le dijeron que pasara.

Peng apartó la mirada de los papeles que tenía sobre el escritorio y prestó atención a su subordinado.

—El enviado del Viet Minh que tendría que haberse reunido con Hel ha sido asesinado.

—Vaya...

—Por lo tanto, Hel no llegó al punto de reunión.

—Parece evidente.

—Tenemos un informe, sin confirmar, según el cual se fue con los Binh Xuyen —añadió Yu.

—No lo pierda de vista —ordenó Peng.

Yu salió del despacho más que preocupado. En el caso de que estuviera con los Binh Xuyen, o bien Hel era prisionero, o bien lo había traicionado a sabiendas.

El avión siguió el curso del río.

Nicholai miró por la ventanilla el río ancho y marrón que fluía por las montañas y se dividía en múltiples tributarios antes de formar el delta, en el sur de Vietnam.

Mientras contemplaba la extensión infinita de los arrozales verdes salpicados de canales de riego y puntuados por incontables aldeas, se dio cuenta de que había tomado la decisión adecuada cuando decidió llegar a un acuerdo con Bay Vien.

Cada dos o tres kilómetros, por encima de los arrozales se elevaban fortines y torres de vigilancia, y avistó convoyes militares que patrullaban las vías principales. En tierra no solo había numerosos miembros de la Legión Extranjera, sino milicianos bien pertrechados, cuyas armas los franceses adquirirían con los beneficios del opio que viajaba en la bodega del avión.

El ejército francés compraba el opio a los meos y, simultáneamente, adquiriría su lealtad. Luego lo vendía a los Binh Xuyen, que monopolizaban el tráfico del opio en Saigón. Los franceses utilizaban las ganancias para pagar a los milicianos y a las tribus montañosas que libraban la guerra de guerrillas en la zona rural, mientras los Binh Xuyen se ocupaban de Saigón.

«Con tanta vigilancia no habríamos podido transportar las armas por nuestra cuenta y riesgo», se dijo Nicholai.

Había hecho lo correcto.

Tenía un molesto dolor de cabeza que palpitaba con el zumbido de los motores y se agudizaba a causa del humo que despedían. Las hélices eran ruidosas y el aparato se sacudió y dio tumbos, por lo que se alegró al ver a sus pies la extensa metrópoli del gran Saigón.

El avión viró hacia el sudeste, se alejó de la ciudad y siguió el perfil de la costa. Nicholai vio algo que le pareció una base militar.

—¡Vung Tau! —gritó Signavi por encima del estruendo—. ¡Cap Saint Jacques!

El aparato descendió con rapidez y aterrizó en la pista militar. Varios camiones aguardaban, y vigilantes de los Binh Xuyen, vestidos con uniformes paramilitares verdes, saltaron de los vehículos y se apresuraron a trasladar las cajas de opio y de lanzagranadas.

—Iré a darme un baño y a tomar algo que merezca la pena —dijo Signavi, y estrechó la mano de Nicholai—. Tal vez nos veamos en Saigón.

—Encantado.

—Lo mismo digo. Nos vemos.

Una limusina negra se detuvo junto a ellos. Dos vigilantes armados con metralletas se apearon, condujeron a Bay y a Nicholai hasta el asiento trasero del coche, que abandonó rápidamente la pista aérea.

—¿Adónde va la carga? —quiso saber Nicholai.

—El opio, a nuestra planta de procesamiento en Cholon; las armas, a un lugar seguro.

—Hasta que me pague, los lanzagranadas son de mi propiedad, razón por la cual tengo derecho a saber dónde están —puntualizó Nicholai.

Bay asintió.

—Lo encuentro justo. Van al Rung Sat, «el manglar de los asesinos».

—¡Qué curioso!

—Es el cuartel general de los Binh Xuyen —precisó Bay, que sonrió—. Recuerde que nuestros inicios fueron como piratas fluviales. Allí su propiedad estará más que segura.

—¿Cuándo me pagará?

—¿Tiene cuenta bancaria en Saigón?

—Prefiero dinero contante y sonante.

—A mí me da lo mismo —replicó Bay—, no me afecta lo más mínimo. Organizaré el pago para mañana. Nos reuniremos en Le Grand Monde, mi casino.

—¿Qué me deja en prenda?

Bay se volvió y lo fulminó con la mirada.

—Mi palabra.

Saigón era una maravilla.

Mientras circulaba por la Rué Catinat en un taxi Renault azul, Nicholai pensó que el apodo que le habían puesto a la ciudad, «la Perla de Oriente», estaba totalmente justificado.

El ancho bulevar bordeado de plátanos y salpicado de terrazas, bares, restaurantes, tiendas caras y hoteles exclusivos, parecía la mezcla perfecta de las culturas francesa y asiática, como si alguien hubiera escogido lo mejor de cada una y las hubiese puesto codo con codo, en feliz armonía.

Con sus característicos uniformes blancos, los policías vietnamitas luchaban con estoicismo por dirigir los Citroën y los Renault, los *cyclo-pousses*, las Vespas y los enjambres de bicicletas que luchaban por el derecho de paso en medio del caos que era una auténtica mezcla de los estilos de conducción francés y asiático. Bocinazos, timbres y afables insultos en francés, vietnamita y chino contribuían a la cacofonía urbana.

Los niños que vendían por la calle se movían entre los vehículos y los esquivaban al tiempo que ofrecían periódicos, botellas de refresco de naranja y cigarrillos a los clientes momentáneamente metidos en un atasco, sentados a la mesa de la terraza de una cafetería o paseando por una y otra acera.

Nicholai se dijo que las mujeres eran increíbles. Las menudas y delgadas vietnamitas que vestían ceñidos *ao dais* de seda se detenían a mirar escaparates mientras las elegantes *colones* francesas, que lucían la

moda que solo un año antes se había exhibido en las pasarelas parisinas, meneaban lentamente sus largas piernas en medio de las miradas desenfadadas y admiradas de los habituales de los cafés.

El taxi se detuvo frente al hotel Continental, un edificio blanco, alargado, de arquitectura académica clásica, con ventanas de arco y puertas trabajadas. Era la hora del *aperto*, ese rato del final de la tarde en el que las clases privilegiadas se refugian del calor y de la jornada laboral, cuando la gente más elegante se congrega en la amplia terraza del Continental, que flanquea el bulevar. Situado en la Rué Catinat, frente a la oficina del Servicio de Investigación de Estados Unidos, el Continental era un buen lugar donde tomar una copa, intercambiar datos e información (hasta el extremo de que la cafetería tenía el apodo de «radio Catinat») o quizás encontrar compañía con la que compartir la mesa al atardecer o la cama más tarde.

Ellis Haverford miró al recién llegado a través de la red antigranadas mientras Nicholai salía del asiento trasero del pequeño coche. Vestía como el clásico *colon* del Sudeste asiático, ya que llevaba las prendas que había comprado en Luang Prabang. Botones vietnamitas de chaqueta blanca corta y pantalón negro se apresuraron a coger su equipaje e introducirlo en el vestíbulo.

«Nicholai, me alegro de verte», pensó Haverford.

Había tenido la seguridad relativa de que Hel acudiría a Saigón y se alegró de confirmarlo.

Nicholai pasó junto a una sorprendente estatua de bronce de Napoleón de camino a la recepción.

—¿*Monsieur* Guibert? —El recepcionista *métis* sonrió. Había recibido una llamada telefónica del mismísimo Bay Vien y se mostró consecuentemente servicial—. Bienvenido al Continental. Es un placer contar con su presencia.

—Muchas gracias.

—Su habitación está preparada —añadió el recepcionista—. Si le resulta conveniente, *monsieur* Mancini lo invita a tomar una copa. ¿Qué le parece en el bar a las seis?

—Tenga la amabilidad de transmitirle que acepto gustosamente —repuso Nicholai.

Quedaba claro que Signavi no había tardado ni un segundo en informar a sus colegas corsos de la llegada de Nicholai a la ciudad.

Mathieu Mancini había llegado a Saigón poco después de la Primera Guerra Mundial, se había casado con una vietnamita acaudalada y había comprado el Continental. Presunto cabecilla de L'Union Corse en Saigón, Mancini era uno de los confidentes de Bao Dai.

Además, era amigo de Bay Vien.

Un botones acompañó a Nicholai hasta su habitación en el cuarto y último piso. Era una estancia amplia, de techos altos, con las paredes encaladas y sencillos pero elegantes muebles de madera. Las puertaventanas daban a un pequeño balcón rodeado por una reja metálica. El abano hacía circular el aire húmedo y proporcionaba cierto alivio.

Nicholai dio propina al botones y se alegró de contar con un rato de intimidad y soledad. Llamó al servicio de habitaciones para pedir una cerveza bien fría, llenó la bañera de agua muy caliente y durante media hora se entregó a ese lujo.

Se alegró de volver a estar en una ciudad y gozar de ciertos lujos y sofisticación que no había disfrutado desde sus tiempos en Shanghai. El contraste entre el agua muy caliente y la cerveza fría supuso una delicia. Nicholai se entregó unos minutos al reino de los sentidos.

Luego evaluó el tablero de go.

Había avanzado posiciones. «He salido ileso de China, tengo dinero o lo tendré mañana y estoy en Saigón con Bay Vien como cliente y protector —reflexionó—. Bueno, y más que bueno, mejor. Probablemente, Solange está en algún punto de la ciudad.»

Eso era todavía mejor.

«De todas maneras, mi posición es precaria. Haverford está en la terraza del bar de enfrente y, por lo visto, no le preocupa que lo sepa. Sabe que

estoy vivo y dónde estoy. Si aún lo desconocen, Pekín y Moscú no tardarán en enterarse, y podrían enviar a gente para que me maten o me secuestren. De los dos, los chinos representan la mayor amenaza, pues los rusos tienen dificultades para introducir agentes en Saigón.»

Se dio cuenta de que a la tapadera como Guibert le quedaba poca vida. Necesitaba enseguida una nueva identidad si pretendía abandonar Saigón. Además, antes de irse, tenía varias cosas que hacer.

Recordó que para eso faltaban unos cuantos movimientos. El siguiente paso del juego consistía en averiguar qué quería Mancini.

El corso lo saludó calurosamente:

—*Monsieur* Guibert —dijo Mancini, besó a Nicholai en las mejillas, le palmeó la espalda y añadió—: Bienvenido, bienvenido.

Mancini olía a colonia y a tabaco.

—Gracias, *monsieur* Mancini.

—Haga el favor de llamarme Mathieu.

—Pues yo soy Michel.

Aunque corto de estatura, el dueño del Continental parecía enormemente potente, ya que tenía el pecho fuerte y anchos hombros en descenso como los de un boxeador retirado. Algunos mechones plateados iluminaban las sienes de esa cabeza de cabellos negros y espesos que peinaba hacia atrás. Su traje de algodón blanco roto y la camisa blanca con monograma eran de una hechura perfecta. Mancini reparó en que Nicholai se daba cuenta.

—Le presentaré a mi sastre —afirmó el corso—. Es un vietnamita de la tienda Botany situada Rué Catinat abajo.

—Se lo agradecería mucho.

—¿Es nuevo en Saigón?

—Es la primera vez que estoy aquí.

—En ese caso, se llevará una agradable sorpresa —aseguró Mancini—. Es una ciudad hermosa, más que hermosa, que ofrece muchos placeres. — Al oír esas palabras, Nicholai se preguntó qué pensaba ofrecerle el corso—.

¿*Pastaga*? —preguntó Mancini utilizando el argot marsellés, y le ofreció *pastis*.

Escrutó la expresión de Nicholai en busca del más leve atisbo de incompreensión.

—Un *pastis* me sentaría bien —respondió.

Solange le había hecho repetir la palabra infinidad de veces y lo había familiarizado con esa especie de anís amarillo y espeso, primo hermano del ajenjo.

—Vaya, es del sur —dijo Mancini.

—De Montpellier —precisó Nicholai, y decidió poner fin a la luna de miel—. Claro que usted ya lo sabía.

—Joven, lo sé todo sobre usted —aseguró Mancini, afable—. Vamos, no lo ofenderé con la porquería que servimos a los *colons*. El buen material no está aquí. —Mientras guiaba a Nicholai hacia un jardín privado, apostilló—: Soy originario de Córcega. Claro que usted ya lo sabía. ¿Sabe también que los corsos son los asesinos más eficaces del mundo?

—¿De verdad? —preguntó Nicholai, y se cuestionó cuál sería la opinión de los ninjas.

—Absolutamente, es un hecho.

«Y una advertencia», dijo Nicholai para sus adentros.

Caminaron por un estrecho sendero de jardín hasta donde varios ancianos estaban sentados alrededor de dos mesas de hierro forjado pintadas de blanco. Todos vestían camisas blancas de manga corta y pantalones holgados, ya fuera blancos o de color caqui claro. Un par de ellos se protegían del sol con un sombrero de ala ancha.

Nicholai se dio cuenta de que estaba ante L'Union Corse.

Mancini se quitó la chaqueta, la colgó del respaldo de una silla, se sentó e hizo señas a Nicholai para que también tomase asiento.

—Este es mi nuevo huésped —anunció Mancini mientras Nicholai se sentaba—. Se trata de Michel Guibert.

El corso le presentó a los cinco hombres presentes, Antonucci, Guarini, Rivieri, Sarti y Luciani. Todos ellos le estrecharon la mano e hicieron una brusca inclinación de cabeza.

Mancini llenó con *pastis* el vaso de Nicholai. Los hombres observaron al joven cuando cogió la jarra de agua que había sobre la mesa para diluir un poco su bebida. Alzó el vaso, dijo «*salut*» y bebió. Estaba tan a sus anchas con el *pastaga* que el grupo se relajó, se repantigó, bebió y tomó el sol.

—Veamos, ¿qué lo trae por Saigón? —preguntó Mancini.

—Negocios —replicó Nicholai.

—¿Cómo está su padre? —quiso saber Antonucci.

Daba la impresión de que Antonucci tenía poco más de cincuenta años y era tan flaco como fornido Mancini. Sin embargo, los brazos bronceados que asomaban por debajo de las mangas arremangadas parecían de hierro y, pese a la vestimenta deportiva pero cara, semejaba un jornalero.

—Está bien —replicó Nicholai—. ¿Lo conoce?

—En el pasado hemos tenido negocios en común —explicó Antonucci.

—Bueno, por el futuro —brindó Nicholai, y levantó su vaso.

Todos bebieron. A renglón seguido, Antonucci señaló con su vaso a Mancini y dijo:

—Por mi nuevo vecino.

—Después de varios años, he logrado comprar el hotel Majestic, situado junto al cabaré de Antonucci —explicó Mancini a Nicholai.

—¿Tiene un cabaré? —se interesó Nicholai.

—Sí, La Croix du Sud —respondió Antonucci, que añadió con tono significativo—: está en el puerto, en el barrio corso, desde donde entran y salen todas las importaciones y exportaciones.

—Su cabaré le encantará —aseguró Mancini a Nicholai—. Es uno de esos placeres de los que hemos hablado.

—Venga esta noche —propuso Antonucci.

—¿Esta noche? —repitió Nicholai.

Antonucci se inclinó por encima de la mesa y lo miró a los ojos.

—Sí, esta noche.

Un rato después, Mancini y Antonucci salieron por la puerta trasera y cruzaron la amplia plaza de la Ópera. Del otro lado, el teatro de ópera saigónés se alzaba con toda su gloria colonial francesa. Los demás corsos habían vuelto a casa. Había llegado esa hora, «la hora de la pipa», y los residentes que llevaban muchos años en Saigón habían adquirido diversos hábitos locales.

—¿Qué opinas? —preguntó Mancini.

—Es un joven espabilado —respondió Antonucci, que se detuvo unos segundos para volver a encender el cigarro—. Tal vez ganemos dinero con él.

Deambularon por la plaza, tranquila en ese momento letárgico que precede al frescor nocturno que saca a la calle a los jóvenes enamorados, los viejos paseantes, las personas que buscan relajarse y las que van en pos de emociones.

A lo largo de su vida, Antonucci había visto muchas cosas. Sus inicios habían sido como pastor que no tenía ni para zapatos, pero muy pronto se dijo que la existencia basada en un trabajo monótono y aburrido no era para él. Se coló en un carguero con rumbo a Indochina, abandonó el barco en Saigón y, al cabo de dos años, convirtió en un próspero burdel al grupo de chicas a las que chuleaba. Utilizó las ganancias para comprar La Croix du Sud, que también dio beneficios, aunque en realidad servía para blanquear el dinero que ganaba con Mancini, con el contrabando de heroína y oro a través de Marsella.

Compraban la heroína directamente al ejército francés. Bay Vien adquiría la mayor parte; L'Union Corse compraba el excedente. Los beneficios eran enormes, incluso después de la considerable parte que se llevaba Bao Dai. Utilizaban el dinero para comprar más cabarés, restaurantes y hoteles. Mancini se había hecho con el Continental y el Majestic, y Luciani era el propietario del Palace. Los corsos no tardarían en tener el monopolio de la hostelería de la capital. Sus hijos o a más tardar sus nietos serían restauradores y hoteleros en vez de contrabandistas de droga y oro.

Antonucci tenía una buena vida y había durado más que los franceses, los japoneses, durante una corta temporada los británicos (que además eran tontos) y de nuevo los franceses. Como indefectiblemente necesitaban aliados, estos últimos habían hecho la vista gorda ante la heroína, cosa que los corsos aprovecharon para forjar una buena relación con los Binh Xuyen y con Bao Dai.

A pesar de que todo podía cambiar si los comunistas ganaban y tomaban el poder, Antonucci seguía pensando que podría llegar a un pacto con ellos. Asia era Asia y la vida discurriría como de costumbre. Comunistas o no, los hombres seguirían queriendo mujeres y dinero.

Griegos, romanos, árabes, turcos, normandos, franceses, alemanes..., todo el mundo había conquistado Córcega, y los corsos se habían acostumbrado a encontrar la forma de convivir con ellos. Era una particularidad nacional, un talento innato.

En ese momento, los americanos empezaban a ganarles a los franceses, lo cual era otra historia. Los *amerloques*, es decir, «los americanos locos», eran poco prácticos, puritanos y moralistas. Intentarían derrocar a Bao Dai, colocar a uno de los suyos y hacer una limpieza a fondo.

Y entonces había aparecido el joven Guibert; corría el rumor de que había vendido un cargamento de armas estadounidenses robadas a Bay Vien.

—Deberíamos tener más datos sobre Guibert. Apela al enano belga, cuyo nombre no consigo recordar...

—De Lhandes —precisó Mancini—. Es un hombre peculiar que parece saberlo todo.

—Resulta útil.

—Muy útil.

«Guibert podría ser quien dice, heredero del negocio familiar del tráfico de armas. También podría tratarse de un agente de la inteligencia francesa: del Deuxième Bureau, del Servicio de Documentación Exterior y Contraespionaje o de la Sûreté. ¿Y si presta servicios a los americanos, como ahora hace gran parte del mundo? Quizá no es más que un joven que

intenta abrirse camino..., en cuyo caso haremos dinero juntos», reflexionó Antonucci.

—Ya he hablado con el enano, incluso antes de que Guibert llegase — apostilló Mancini—. Según De Lhandes, parece ser quien dice ser; la gente de Bay Vien opina lo mismo. Hice registrar su habitación mientras tomábamos *pastaga*.

Antonucci dijo que todo estaba por verse. Miró a Mancini y pronunció las palabras seculares:

—*Per tu amicu*.

—*Per tu amicu* —respondió ritualmente Mancini.

«Por tu amistad.»

Habían revuelto su habitación.

Nicholai reparó en que había sido meticulosa y profesionalmente registrada, pero, de todas maneras, estaba revuelta. Antes de salir, se había arrancado un pelo de la cabeza y lo había colocado entre dos cajones del tocador. A su regreso el pelo ya no estaba. Carecía de importancia, ya que no encontrarían nada que no tuviesen que encontrar.

¿Había dado la orden Mancini? Era probable, aunque también podían haber sido los franceses, que tenían una verdadera sopa de letras de servicios policiales y de inteligencia en Saigón, ninguno de los cuales era famoso por su respeto a la intimidad.

«La mafia corsa me espera esta noche en La Croix du Sud. ¿Con qué fin? ¿Para interrogarme, seducirme, observarme, amenazarme o, tal vez, asesinarme?» Tampoco tenía importancia porque, para cumplir su misión, tendría que hacer negocios en Saigón, y los corsos habían dejado más que claro que en Saigón no haría negocios a menos que los hiciese con ellos.

«Ya lo resolverás más tarde —se dijo—. Ahora tienes que hacer otra cosa.»

Se lavó la cara para quitarse el sudor y el efecto un tanto mareante del *pastis*; finalmente bajó y salió a la calle.

Al caer la tarde y a la luz de las farolas, la Rué Catinat adquiría un tono ambarino. Nicholai dedicó unos segundos a orientarse. En un extremo del

bulevar se encontraba el puerto y, en el otro, las características agujas gemelas de la catedral de Notre-Dame.

Caminó cinco calles y llegó a una tienda llamada: Filatelia Internacional. El hombre que estaba en el mostrador era un sij con turbante. En los tres estantes del expositor de cristal había sellos enmarcados, en su mayoría poco corrientes y caros.

—Señor, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Me gustaría saber si tiene un «Mythen» de 1914 —respondió Nicholai, y mencionó el código que Yu le había proporcionado para contactar con el Viet Minh.

—Señor, ¿azul o verde?

—Verde.

«Verde» quería decir que no corría peligro inmediato y que la operación podía seguir adelante.

—Si me permite, tendré que comprobarlo en la trastienda.

—Muchas gracias.

El hombre se retiró durante menos de un minuto y regresó con un sobre transparente. Lo abrió con gran cuidado y mostró a Nicholai el grupo de sellos.

Él los estudió a la luz de la lámpara de mesa y añadió:

—Sí, me los quedo.

—Si es tan amable, son quinientas cuarenta piastras. Nicholai le pagó.

El sij volvió a poner los sellos en el sobre transparente, lo cerró y lo introdujo en un sobre acolchado, de mayores dimensiones, que entregó a Nicholai. Se guardó el sobre en el bolsillo de la chaqueta y salió. Se detuvo en un puesto de periódicos, compró el *Journal d'Extrême-Orient* del día y un paquete de Cigarettes Nationales, caminó calle abajo, encontró una mesa libre en la cafetería La Pagode y pidió una cerveza.

Abrió el periódico y leyó hasta que le sirvieron una cerveza maravillosamente fría. Aprovechó el periódico para impedir que se vieran sus manos, abrió el sobre más grande y leyó lo que habían escrito en el interior de la solapa:

Mañana a la una en punto vaya a la farmacia Sarreau.
Compre dos cajas de enterovioformo,
camine hasta la piscina neptuna y espere.

Con sus vestidos de seda de una elegancia sorprendente, las vietnamitas caminaban lentamente, con timidez pero muy conscientes del efecto que causaban. También estaban las *métis*, el mestizaje de Asia y Europa, bellísimas, con su tez dorada y los ojos almendrados y brillantes, que parecían transmitir que Oriente y Occidente pueden encontrarse y que es posible lo mejor de ambos mundos. También vio alguna que otra *colone* de pelo rubio, como Solange.

Nicholai experimentó una punzada de culpa y un anhelo físico.

Si la llegada de la noche marcaba cierta excitación sexual, también suponía peligro, motivo por el cual aparecieron los policías vietnamitas y las patrullas de soldados franceses, prosaico recordatorio de que la bella ciudad también estaba en guerra. Los restaurantes del bulevar disponían de protecciones antigranadas, y en la mirada de los policías no detectabas el aburrimiento habitual de quien hace la ronda, sino la alerta ante un verdadero peligro. Los Binh Xuyen rodaban calle arriba y abajo en los *jeeps* verdes, en cuyas partes traseras habían montado ametralladoras.

Nicholai terminó la cerveza, dejó unas piastras sobre la mesa y salió.

Bernard de Lhandes encontró en su despacho al jefe en Saigón del Servicio Francés de Documentación Exterior y Contraespionaje.

Llegó a la conclusión de que solo a la burocracia francesa se le podía ocurrir semejante nombre.

Sin preámbulos, De Lhandes cogió del escritorio la botella de *crème de cassis*, se sirvió y acomodó su cuerpo canijo en una silla. El aire que rodeaba el escritorio estaba cargado de humo y el cenicero del coronel Raynal, lleno hasta los topes.

Raynal era un individuo gordo y presentaba oscuras y marcadas ojeras. De Lhandes pensaba que ambas cuestiones se debían a que pasaba incontables horas tras el escritorio, fumaba como un murciélago y comía pésimos alimentos mientras leía las pilas de informes que llegaban cada día. Si estabas a cargo de estar al corriente del espionaje de Saigón, era mucho lo que tenías entre manos.

—En la ciudad hay un jugador nuevo —anunció De Lhandes.

Los cursos le habían encomendado que averiguase todo lo que pudiera sobre Guibert, y De Lhandes se dedicaba a comprar y vender información. Si podía realizar ambas funciones a la vez, tanto mejor.

Raynal suspiró. En la ciudad ya había demasiados jugadores viejos y no necesitaba nada nuevo.

—¿De quién se trata?

—De un hombre llamado «Michel Guibert» —respondió De Lhandes—. Se hospeda en el Continental.

Raynal no mordió el anzuelo.

—Probablemente es otro hombre de negocios.

—Probablemente —repitió De Lhandes al tiempo que se servía otra copa y cogía uno de los cigarrillos de Raynal—. Compartió con los corsos el *pastis* de la tarde.

Raynal volvió a suspirar. Parisino hasta la médula, despreciaba a los corsos por razones sociales y le molestaba que su cargo en Saigón no solo lo obligase a tolerarlos, sino a cooperar con ellos de forma activa.

—¿Qué relación tienen con ese...? ¿Ha dicho Guibert?

—Así es —confirmó De Lhandes—. No se sabe.

De Lhandes pensó que era imposible saber lo que L'Union Corse se proponía. Estaba metida en todos los fregados. Se acomodó un poco en el asiento y contempló el giro lento del abano.

Raynal sentía afecto por aquel belga enano, que, además, resultaba útil. Se conformaba con unas pocas piastras aquí y allá, un puñado de fichas en los casinos y una chica de vez en cuando. Además, en ese momento Raynal necesitaba valores activos, sobre todo los que anunciaban la llegada de gente nueva.

Raynal pensó que la Operación X marchaba sobre ruedas y que no debían permitir que surgieran obstáculos. Se dijo que no se les podía haber ocurrido un nombre menos creativo. «Si X fracasa, podemos perder la guerra, y con ella Indochina, y con esta los últimos vestigios del Imperio francés.»

En lo personal le importaba un bledo, ya que preferiría estar bebiendo en una *boite* civilizada de Montparnasse, pero profesionalmente era fundamental. Su tarea consistía en vencer a la insurgencia del Viet Minh en el sur, y si eso incluía acciones desagradables como la sin duda desagradable X, bueno, *c'est la guerre*.

De Lhandes se presentaba con noticias viejas. Signavi ya lo había llamado para informarle de que, por lo visto, Guibert había vendido armas a Bay Vien y había presenciado la Operación X en Laos. Raynal tuvo dudas

sobre la sensatez de Signavi al permitir que Guibert volase en el mismo aparato en el que viajaba el cargamento de opio, pero Signavi añadió que Bay Vien no le había dado más opciones.

—De Lhandes...

—Lo escucho.

—¿Le molestaría ir a buscar a Guibert y tomar algo con él? ¿Está dispuesto a tantearlo?

—Patrice, si me lo pide...

—Por favor.

—Por supuesto.

Raynal abrió un cajón, sacó un sobre usado y lo deslizó por encima del escritorio.

—Para sus gastos.

De Lhandes cogió el dinero.

108

Xue Xin recortó una trepadora que cubría la piedra y al levantar la cabeza vio que se acercaba un novicio.

—¿Qué pasa? —preguntó, molesto por la interrupción.

—Traigo un mensaje para usted.

—¿De qué se trata?

El muchacho puso expresión de desconcierto y añadió:

—Me han pedido que le diga que «las piedras de go son perlas».

—Gracias. —El novicio no se movió—. Puedes irte.

Xue Xin reanudó su trabajo y sonrió.

Nicholai Hel estaba en Saigón.

109

Diamond recibió el cable y acudió directamente al despacho de Singleton. Impaciente, pasó cuarenta minutos en la sala de espera hasta que la recepcionista le dijo que entrase.

El viejo no apartó la mirada de la guía informativa que estaba leyendo.

—Dígame.

—Hel está en Saigón.

En ese momento, Singleton levantó la cabeza.

—¿De veras?

El jefe tenía uno de esos ataques de humor durante los cuales cada respuesta era una pregunta mínima. Diamond prosiguió:

—Señor, por lo visto llegó en un vuelo militar francés con un envío de armas; según los rumores, lanzagranadas.

Esa información volvió más expresivo a Singleton:

—¿Cuál fue el punto de partida del vuelo?

—X. K.

—¿Son las iniciales de «Xieng Khouang»?

—Sí, señor.

Singleton reflexionó unos segundos.

—Pues no me parece bien.

—No, no está bien.

Diamond pensó que era sumamente malo, ya que no había recibido esa información a través de Haverford, sino de Signavi, que le telefoneó poco

después de que Hel abandonara Cap Saint Jacques. El francés le había pedido que averiguase todo lo que pudiera sobre Michel Guibert. A Signavi le preocupaba la presunta relación anterior de Guibert con el Viet Minh, sobre todo con Ai Quoc. Hacía meses que las fuerzas especiales vietnamitas de Signavi buscaban en vano a Ai Quoc.

—¿Quién tiene las armas en su poder en este momento? —quiso saber Singleton.

—Los BX —repuso Diamond. Reparó en la mirada contrariada de su jefe y precisó—: Los Binh Xuyen.

—Hel es creativo.

—Es un modo de decirlo.

—¿Se le ocurre algo mejor?

—No, señor.

Singleton se acomodó en el asiento y pensó. Llegó a la conclusión de que Hel era extraordinario..., extraordinario, imprevisible y peligroso.

—Ocúpese de todo —añadió Singleton.

—¿Qué le digo a Haverford?

Singleton evocó la extraordinaria salida de Pekín que Hel había realizado.

—¿Para qué darle explicaciones? —preguntó el jefe, que se puso de nuevo a leer.

Diamond permaneció un par de segundos allí hasta que cayó en la cuenta de que podía retirarse. Notó la mirada desdeñosa de la recepcionista, abandonó rápidamente el despacho, se metió en el ascensor, notó que estaba bañado en sudor y se enjugó la frente con el dorso de la mano.

Entonces se percató de que todo acabaría por resolverse: al final liquidarían a Hel y...

¿Y si Hel hablaba con Haverford sobre lo que había visto en Laos?

¿Y si Singleton llegaba a descubrir que...? Salió del edificio y reservó plaza en un vuelo militar a Saigón.

El presuntamente genial Hel acababa de caer de lleno en su trampa.

Mientras caminaba por el bulevar Bonard, Nicholai se dijo que las ciudades son como las mujeres de cierta edad: la noche enmascara los signos del envejecimiento, alisa las arrugas, disimula el decaimiento y copia el brillo dorado de los años de juventud. A Saigón le sucedía lo mismo, pues por la noche se convertía en una dama de vestido negro y collar de diamantes alrededor del cuello.

Era indudable que Haverford era un competente agente de inteligencia..., y un pésimo trabajador de calle, por lo que sus torpes intentos de seguir a Nicholai resultaron casi cómicos. No tardó en hartarse del juego y giró literalmente hacia él cerca de la torre del reloj situado en el exterior del mercado central.

Aunque Haverford parecía estar solo, Nicholai paseó la mirada a su alrededor en busca de indicios de la presencia de más agentes. La zona estaba tan concurrida que era casi imposible saberlo. Tal vez se habían mezclado con los numerosos compradores o tenderos del ajetreado pabellón. Estuvo atento a la presencia de personas demasiado vigilantes, excesivamente desinteresadas o de cualquiera capaz de establecer un contacto ocular fugaz con Haverford.

Nicholai se fundió con el gentío, trazó un círculo, se situó detrás del americano y dijo:

—No se vuelva, siga caminando.

—Tranquilo —musitó Haverford, pero continuó andando. De todas maneras, cogió la delantera—. ¿Dónde se había metido? Estaba preocupado por usted.

—¿Después de prepararlo todo para matarme? Sus palabras me conmueven.

—No sé qué pasó en Pekín. Teníamos al equipo de extracción en su sitio y, de repente, usted desapareció del radar.

—Tenían al equipo de eliminación en su sitio.

—¿Qué dice? —preguntó Haverford al tiempo que pasaban junto a tenderetes en los que vendían todo lo imaginable, desde crema de verduras fría hasta sombrillas de seda—. En el caso de que en Pekín algo haya salido mal, nosotros no tuvimos nada que ver.

Muy a su pesar, Haverford se lo planteó: ¿era posible que aquel cabrón estúpido de Diamond hubiese asignado otra función al equipo de extracción en su intento de liquidar a Hel? Se regañó por lo que estaba pensando, pero se dijo que era posible y que ahora Hel lo consideraba responsable de esa situación.

Nicholai lo condujo a la calle. El bulevar de la Somme estaba atestado de tráfico nocturno. De haber intentado algo, Haverford lo habría hecho en el mercado.

—Ya puede darse la vuelta —afirmó Nicholai.

El americano se volvió con expresión de dolida inocencia.

—Está muy equivocado. No sé qué pasó en Pekín. Quizá lo delató la inteligencia china o alguien se fue de la lengua, no tengo la menor idea. ¿Cómo llegó a...?

—Me debe dinero, un pasaporte nuevo y algunas direcciones en Estados Unidos —lo interrumpió Nicholai—. Olvidaré la deuda, pero...

«Ya está —pensó Haverford—: Hel acaba de hacer lo que supuse que haría. Es sorprendente..., e inconfundible.»

—Nicholai, ¿ha introducido esas armas en...?

—Pero necesito el pasaporte y las direcciones.

—Por supuesto —aseguró Haverford—. No se preocupe. En realidad, cuanto antes, mejor. Nick, tiene que desaparecer, el mundo entero lo busca.

Nicholai sospechó que, más que desaparecer, Haverford deseaba que pasase a mejor vida, pero, fuera como fuese, no tuvo más remedio que seguirle la corriente.

—¿Cuándo me dará las direcciones y el documento?

—Mañana o, a más tardar, pasado. Le diré el lugar de encuentro...

—Yo le diré cuándo y dónde —puntualizó Nicholai. Enseguida preguntó—: ¿Dónde está Solange?

—No lo sé. ¿Por qué...?

—No me mienta, es algo que no me gusta. La trajo a la ciudad sabiendo que yo vendría.

—Nicholai, no se imagina lo equivocado que está.

—Sí, claro, y también me equivoqué en Pekín, ¿no? —Vio un *cyclo-pousse* que rodaba calle abajo, lo llamó y desplazó a Haverford hacia el bordillo—. Suba.

—No creo que...

—Le he dicho que suba.

Haverford montó en el vehículo.

Cuando se volvió, Hel ya se había esfumado.

Yu recibió el mensaje procedente de Saigón.

Hel había establecido contacto.

«Nicholai Hel, eres un hombre realmente interesante», pensó.

Haverford se acomodó en el asiento del *cyclo-pousse* y evaluó el estado de la mente de Nicholai Hel.

¿Había ido a Saigón a buscar a Solange o por otros motivos?

Si se trataba de lo segundo, ¿cuáles eran esas razones?

En lo que a Solange se refiere, ¿cómo y por qué se había desplazado a Saigón y qué hacía allí? Recordó las órdenes que Singleton había lanzado en Washington: «Son ustedes jóvenes e inteligentes... Atráiganlo».

«Vaya, parece que ambos lo hemos conseguido.»

Nicholai se sintió a sus anchas en Cholon.

El barrio chino de la capital vietnamita le recordó la Shanghai más húmeda y pobre del pasado. Los tenderetes, las tiendas pequeñas, los letreros de neón, el olor de la comida preparada con carbón, el incienso que escapaba de los templos, los gritos, las risas y las aglomeraciones eran iguales, y se dijo que los chinos eran grandes viajeros, peregrinos que llevaban consigo su cultura y reproducían sus viejas ciudades en las nuevas.

Caminó por la calle Lao Tu, la arteria principal, y se sintió como en casa. Cholon tenía fama de ser peligroso de noche, sobre todo para un kweilo, pero Nicholai jamás se sintió amenazado en las barriadas más pobres de Shanghai y tampoco allí, ni siquiera cuando abandonó la calle y se internó por los estrechos callejones en dirección a un sector de casas de vecindad de cuatro plantas.

Las viviendas eran prácticamente iguales: estructuras rectangulares de madera con balcones diminutos en los que tendían la colada. Hombres con camisetitas sin mangas se apoyaban en las verjas de hierro y fumaban mientras desde el interior las mujeres planteaban a gritos cuestiones domésticas en su intento de involucrar a sus maridos en algún tipo de charla.

En la calle propiamente dicha, jóvenes bravucones con camisas de colores vivos y pantalones ceñidos se reunían en las esquinas a la espera de oportunidades, algo que no vieron en el alto colon que caminaba como si

supiera dónde iba y qué hacía. Al pasar junto a ellos, Nicholai los saludó en chino y siguió su camino.

Por fin encontró las señas que buscaba.

El pequeño vestíbulo apestaba a humo de opio. Subió por la escalera crujiente y ladeada hasta la segunda planta. El pasillo era estrecho y estaba torcido, como si se hubiese cansado y necesitara tumbarse. Se abrió una puerta y una mujer que llevaba el ceñido vestido de seda roja típico de las prostitutas lo miró un segundo y echó a andar pasillo abajo.

Nicholai llamó a la puerta de la habitación 211.

Nadie respondió. Insistió dos veces más y finalmente la abrió.

Leotov dormitaba en un sillón de madera de palma, junto al ventanuco. En la habitación hacía un calor insoportable, olía a cerrado y el pecho desnudo del tipo estaba cubierto de sudor. Vestía pantalón caqui y sandalias, tenía la cara amarillenta y hacía días que no se afeitaba.

Sobre su regazo reposaba la pipa de opio.

Abrió los ojos y vio a Nicholai. También los tenía amarillentos y acuosos, pero desmesuradamente abiertos en ese estado onírico típico de los opiómanos.

—¿Dónde diablos se había metido? —masculló el ruso en su lengua madre—. Pensé que había muerto.

—Hubo momentos en que compartimos esa opinión.

—Llevo semanas aquí —añadió Leotov con amargura, y atribuyó su adicción al opio a la tardanza de Nicholai.

—Me retuvieron —explicó Nicholai—. No conté con que me herirían gravemente. Por eso me retrasé semanas. De todas maneras, le pido disculpas..., le agradezco que haya esperado.

Leotov abandonó con dificultad el sillón y caminó por la estancia, como si buscara algo pero fuera incapaz de recordar qué era o dónde estaba.

—No se imagina lo mal que lo he pasado al convertirme en un fugitivo, tener que ocultarme en este agujero, sin saber en qué momento... Me he refugiado en el vicio local.

Prácticamente Nicholai percibió el olor a miedo y la paranoia que Leotov despedía.

—¡Cabrón con aires de superioridad! —espetó Leotov—. Usted y él se creen superiores.

Nicholai supuso que ese «él» era una alusión al difunto Voroshenin. Ya estaba harto de Leotov, así que preguntó:

—¿Los tiene?

—Los tengo —confirmó el ruso.

Tal como habían acordado en Pekín, Leotov había cogido el pasaporte y los documentos personales de Voroshenin, incluida su libreta de depósitos en la Banque de l'Indochine de Saigón, en la que el soviético no solo tenía una cuenta, sino una caja de seguridad.

—¿Y?

—¿No se ha dado cuenta de que los estoy buscando? —Leotov apartó varias prendas del suelo y cogió una pequeña cartera de piel que sostuvo en alto con actitud triunfal—. Aquí está. Aquí tiene sus valorados papeles. Los dos son unos cabrones.

Nicholai cogió la cartera y comprobó que contenía el pasaporte, varias libretas bancarias y algunas notas manuscritas de Voroshenin.

—Quiero mi dinero.

Nicholai sacó varios billetes del bolsillo y se los entregó a Leotov.

—¿Y lo que falta?

—Acordamos que ahora le daría un tercio y que le entregaría el resto cuando consiguiese acceder a la caja de seguridad —le recordó Nicholai.

Los documentos parecían auténticos, pero no lo sabría con certeza hasta que los utilizase.

—¿Y cuándo accederá? —quiso saber Leotov.

—Mañana. Ya quedaremos para ver dónde encontrarnos.

—Me resulta muy difícil organizarme para salir de esta habitación.

—Pero sale a comprar opio, ¿no? —preguntó Nicholai.

—Viene un chico. —Leotov rió entre dientes—. Servicio de habitaciones.

«Debería matarlo —pensó Nicholai—. Sería lo más inteligente y quizá lo más amistoso. Un opiómano es una bomba de relojería, un ser

mentalmente incontinente y capaz de abrir la boca y decirle cualquier cosa a cualquiera.»

Dudaba de que Leotov estuviese en condiciones de cruzar el río para recoger el resto de los honorarios por haber entregado los documentos de Voroshenin, pero los acuerdos se hacían para respetarlos.

—Si lo prefiere, le enviaré el dinero a un banco del barrio.

—Si lo prefiero..., si lo prefiero... —barbotó Leotov—. ¿Dónde se ha metido el condenado chico? Por casualidad, ¿tiene hora? No sé dónde he guardado el reloj.

Nicholai se dio cuenta de que Leotov había «guardado» el reloj en la casa de empeños o, simplemente, que lo había cogido el repartidor de opio o cualquier otro residente de esa casa de mala muerte mientras el ruso estaba drogado. Consultó la hora y respondió:

—Son las ocho y media.

—¿Dónde se ha metido ese chico? —insistió Leotov—. ¿No sabe que necesito..., que necesito el dinero para salir de esta cloaca, encontrar un lugar seguro, dejar de mirar por encima del hombro a cada segundo que pasa...?

—Le recomiendo Costa Rica —repuso Nicholai.

Leotov ya no escuchaba. Se había repantigado en el sillón y miraba por el ventanuco. Nicholai cogió los billetes que el ruso aferraba y los guardó en el bolsillo del pantalón de Leotov, para que, al menos, tuviese la posibilidad de conservarlos.

A continuación, se fue.

Por la escalera se cruzó con el chico.

La saxofonista francesa se relamió, miró a Nicholai, rodeó la boquilla con los labios y sopló.

Sentado en una mesa de primera fila de La Croix du Sud, a Nicholai no se le pasó por alto ese gesto tan poco sutil, sonrió y bebió brandy con soda, la especialidad del local. Formada exclusivamente por mujeres, doce francesas que lucían vestidos escotados y adornados con lentejuelas, la orquesta interpretaba muy bien temas de *swing* de Glenn Miller y Tommy Dorsey.

En ese momento, Nicholai vio que un hombre que parecía un gnomo, un enano de pelo largo, barba roja y enorme barriga, se acercaba a la mesa moviendo sus piernas cortas y arqueadas. El sudor rodaba por sus mejillas gordas y el individuo parecía una locomotora pequeña e hirsuta a punto de descarrilar.

—Aquí no se caza —dijo, afable, al tiempo que se sentaba, y con el mentón señaló la orquesta—. Es el coto privado de Antonucci.

—¿Las doce?

—Es un hombrecillo viril.

La saxofonista volvió a mirar significativamente a Nicholai.

—Solo intenta ser amable —la defendió.

—Recibirá una paliza si se muestra un poco más amable —añadió De Lhandes—. Si lo que pretende es una mujer...

—No es lo que pretendo.

El enano extendió la mano.

—Soy Bernard de Lhandes, antes de Bruselas, ahora sumido en este villorrio del sentido del gusto, en el que el encanto de las mujeres está en proporción inversa a la banalidad de su gastronomía. Por las lágrimas saladas de san Timoteo, nunca entenderé cómo pretenden que un *gourmand* refinado muera de gula en un lugar como este. Por otro lado, debo de reconocer que lo intento, vaya si lo intento.

—Soy Michel Guibert. —Nicholai alzó su copa—. *Santé*.

—*Santé*.

—*Comment ça va?*

—Tan bien como cabe esperar —jadeó el gnomo—, si tenemos en cuenta que acabo de cenar en Le Givral, si es que a eso se le puede llamar cena. Solo puedo decir que quien conspiró para preparar el *alioli* seguramente nació en las regiones menos cultivadas de Sicilia, supongo que en una aldea cuyos benditos habitantes han sido congénitamente privados tanto de las papilas gustativas como de la percepción olfativa, ya que el equilibrio o, mejor dicho, la falta de equilibrio entre el ajo y el aceite de oliva es puro barbarismo. —Nicholai rió y De Lhandes se sintió animado a seguir con su perorata—. El hecho de que me las apañara para consumir el pescado al vapor y la pierna de cordero enteros (una comida cuya mediocridad habría provocado lágrimas de hastío en los ojos de una persona eternamente confinada) da fe de mi tolerancia y mi gula. Debo reconocer que poseo la segunda cualidad en mayor medida que la primera.

De Lhandes era un acompañante agradable. Periodista independiente de varios servicios telegráficos, tenía su base en Saigón para cubrir «la maldita guerra». Mientras bebían, puso al día a Nicholai sobre el *status quo bellum*.

El Viet Minh se había hecho fuerte en el norte, que era donde se libraban la mayoría de los combates. En el sur era débil, sobre todo en el delta del Mekong, pero todavía estaba en condiciones de lanzar ataques guerrilleros en las zonas rurales y atentados terroristas con bombas y granadas en Saigón. Ai Quoc, el legendario cabecilla guerrillero, había pasado a la clandestinidad, pero corrían rumores de que planificaba una nueva ofensiva en el delta.

En el aspecto político, Bao Dai era un títere de los franceses y estaba más interesado en los sobornos, el juego y las prostitutas caras que en el intento de gobernar, por no hablar de conseguir la independencia de Francia. Si dabas crédito a los rumores, y De Lhandes creía que eran ciertos, Bao Dai había utilizado las generosas subvenciones de los americanos para comprar propiedades inmobiliarias en Francia. Además, estaba asociado con Bay Vien y con L'Union Corse, por lo que obtenía una rentable tajada del opio que el primero vendía en Vietnam y la segunda transportaba hasta Francia y luego a Estados Unidos en forma de heroína.

A cambio, las dos organizaciones criminales lo ayudaban a mantener el orden en Saigón, incluido Cholon, el barrio chino situado en la otra orilla del río Saigón.

—Es el territorio de los Binh Xuyen..., y también de los mejores alimentos, casinos y burdeles —precisó De Lhandes.

—¿Y qué hay después?

—El Rung Sat, «el manglar de los asesinos» —respondió De Lhandes—. *Mon ami*, no vaya nunca porque, si va, jamás regresará.

Se acomodaron en sus asientos y disfrutaron de la atractiva orquesta. No fueron los únicos. En la barra, un grupo numeroso y alborotador de lo que parecían soldados franceses libres de servicio miraron con gusto a las intérpretes europeas. Varias mesas estaban ocupadas por hombres que parecían periodistas o funcionarios gubernamentales..., «aunque tal vez eran espías, como De Lhandes», pensó Nicholai.

Tratándose de un europeo, el *freelance* fue sutil. Había intentado averiguar delicadamente qué hacía Nicholai, pero este no había dicho casi nada, salvo que buscaba «oportunidades comerciales».

—Drogas, armas, mujeres y dinero —señaló De Lhandes de repente.

—¿Cómo dice?

—Hace un rato aseguró que buscaba oportunidades comerciales y, en Saigón, las mejores están en el opio, el armamento, las prostitutas y las divisas.

El enano estuvo atento a la reacción de Nicholai, que ni se inmutó.

La música cesó y la orquesta se tomó un descanso. Un camarero se acercó a Nicholai y anunció:

—*Monsieur* Antonucci quiere verlo en la trastienda. —Nicholai se puso en pie y De Lhandes hizo lo mismo. El camarero negó con la cabeza—. Solo él —puntualizó, y levantó el mentón para señalar a Nicholai—, usted no.

De Lhandes se encogió de hombros y se dirigió al joven:

—Si le interesa reunirse conmigo, pasará la noche en Cholon. Me encontrará en L'Arc-en-Ciel. Todo el mundo conoce el camino.

—No sé si iré.

—Lo pasaremos genial —insistió De Lhandes—. Tomaremos unas copas y tal vez jugaremos un rato en Le Grand Monde. Mi amigo Haverford también vendrá. Es un buen tipo..., insiste en que es una especie de diplomático, cuando en realidad es espía.

—Parece muy divertido, pero yo... —murmuró Nicholai.

—Venga, déjese convencer —lo interrumpió el belga—. Según los rumores, el propio Bao Dai estará allí. No será un mal encuentro para un hombre que desea montar un negocio en esta ciudad.

—Lo intentaré —repuso Nicholai, y siguió al camarero hasta la trastienda.

115

Nicholai se sentó ante el escritorio, frente a Antonucci.

—¿Le gusta mi local? —preguntó el corso.

—Sí, está muy bien —respondió Nicholai.

El pequeño despacho de la trastienda estaba sorprendentemente atiborrado de cosas. Nicholai esperaba un ambiente más ordenado y serio. El escritorio era una maraña de documentos, cartas, periódicos viejos y ceniceros llenos de colillas. Por encima del escritorio pendía una lámpara con la pantalla salpicada de insectos muertos.

Uno de los secuaces de Antonucci, un individuo alto y fornido, permanecía apoyado contra la pared, con toda la intención de resaltar el bulto de lo que guardaba bajo la chaqueta. Antonucci hizo girar con cuidado la punta del cigarro sobre la llama del mechero hasta que volvió a encenderse. Una vez satisfecho, se concentró en Nicholai:

—Usted es un joven ambicioso.

—¿Y eso supone un problema?

Antonucci se encogió de hombros.

—Tal vez sí, tal vez no. —Esperó respuesta, pero Nicholai se dio cuenta de que la más mínima reacción ante un gambito tan amplio sería un error, de modo que bebió brandy y aguardó a que Antonucci moviese la siguiente piedra—. La ambición es positiva en un joven siempre y cuando sea lo bastante maduro como para saber que debe ir acompañada de respeto.

—La juventud cree que inventa el mundo —afirmó Nicholai—. La madurez respeta el mundo con el que se encuentra. *Monsieur Antonucci*, no he venido a Saigón a cambiar la ciudad ni a transgredir sus tradiciones.

—Me alegro de oír esas palabras —añadió Antonucci—. Según la tradición, en Saigón nadie realiza determinados tipos de comercio sin presentar sus respetos a ciertas personas.

«Está claro que L'Union Corse conoce mi acuerdo con los Binh Xuyen», pensó Nicholai. «¿Se enteró por Bay Vien o fue a través de su compatriota Signavi?» Nicholai habría apostado todo lo que tenía a que había sido este último.

—Por poner un ejemplo, si ciertos hombres..., digamos que «hombres de respeto...», si ciertos hombres controlan tradicionalmente el tráfico de armamento, lo lógico es que el joven desee honrar esa tradición.

—Sabe mucho, pese a sus pocos años.

—Para no andarnos con rodeos, ¿cuál es el porcentaje de la tradición en Saigón? —preguntó Nicholai.

—Me han dicho que depende del cargamento específico que entra y sale. Claro que por tradición es el tres por ciento. Al menos eso dicen.

—¿Tres? —Nicholai enarcó una ceja.

—Tres.

Él alzó su copa.

—En ese caso, por la tradición.

—Por la tradición —repitió Antonucci—. *Per tu amicu*.

Nicholai se bebió el brandy de un trago y se puso en pie.

—Ya me ha dedicado demasiado tiempo. Gracias por recibirme y por darme tan sabios consejos.

Antonucci hizo una inclinación de cabeza.

En cuanto Nicholai salió, Antonucci ordenó a su secuaz:

—Dile a Yvette que quiero verla en el próximo descanso.

Quince minutos después, la saxofonista entró en el despacho.

—¿Le haces ojitos a los desconocidos? —la increpó Antonucci.

—¡No! ¡Solo intentaba ser amable con los clientes!

Antonucci se quitó el cinturón de las presillas del pantalón y lo dobló por la mitad.

116

«De modo que L'Union Corse quiere su parte —pensó Nicholai al tiempo que salía y buscaba un taxi—. No tiene nada de malo, es el precio que se paga por hacer negocios.»

Montó en el asiento trasero de un Renault azul que lo trasladó por el bulevar Gallieni, volvieron a cruzar el puente Dakow y se internaron en Cholon.

El taxi subió por la calle Trun Hung Dao y se detuvo en un edificio *art déco*, de dos plantas, con una llamativa fachada verde y malva. Nicholai entró en L'Arc-en-Ciel, cruzó la larga terraza protegida por la red antigranadas, se adentró hasta el restaurante y luego subió al cabaré. La barra del local estaba atestada de atractivas prostitutas chinas con ceñidísimos *cheong-sams*, que se esforzaban por dar charla a los clientes mientras la estentórea orquesta filipina destruía los éxitos de Artie Shaw.

De Lhandes se encontraba en la barra.

—¿Qué quiere beber? —preguntó a Nicholai.

—¿Qué debería beber?

—Verá, tienen cerveza Tiger y Kadling bien frías, pero preparan un *gin fizz* insuperable —respondió De Lhandes.

—Entonces tomaré uno de esos —apostilló Nicholai, y sacó un puñado de piastras del bolsillo—. ¿Me permite?

—Es usted todo un caballero.

Nicholai pidió y pagó los dos *gin fizz*. A continuación, en chino, rechazó amablemente las insinuaciones de una prostituta que intentó sentarse en su regazo y le ofreció delicias carnales hasta entonces desconocidas en esta Tierra.

—Tiene usted una voluntad de hierro —dijo De Lhandes—. Es usted una verdadera fortaleza de moderación.

—Reconozco que la tentación es muy grande.

—Caiga.

—Esta noche, no.

De Lhandes le dirigió una larga mirada evaluativa y preguntó:

—¿Acaso es un hombre enamorado? —Nicholai se encogió de hombros—. Vaya, vaya, no solo tiene una voluntad de hierro y una gran moderación, sino que es un hombre fiel. Me ha dejado impresionado y me siento reconfortado.

—Me alegro de haberlo ayudado.

—Le garantizo que, esta noche, intentaré ceder a las tentaciones de la carne —dijo De Lhandes—. Cederé siempre y cuando tenga dinero. Es penoso que la circunferencia considerable del miembro masculino se vea adversamente influida por la deplorable delgadez de la cartera. Por desgracia, la singular naturaleza del resto de mi apariencia suele impedir encuentros amorosos de características menos comerciales. Las damas me consideran un compañero encantador en la mesa, pero en el tocador ya no soy tan deseable. Huelga decir que, en consecuencia, me veo limitado a los menús entre los cuales puedo elegir. Dado el estado de cosas, mi futuro sexual depende del afecto voluble de la ruleta de Le Grand Monde, el mejor templo de Saigón consagrado a los dioses del azar, en mi esfuerzo incesante por lograr que un vicio pague el otro.

—¿Y lo consigue?

—Casi nunca —reconoció De Lhandes con pesar—. Si la experiencia es el mejor de los maestros, debo reconocer que soy un pésimo alumno. ¿Qué tal la charla con Antonucci?

—Ha ido bien —contestó Nicholai—. Solo quería decirme que tuviera cuidado con la saxofonista.

Ambos sabían que esa respuesta era una evasiva.

—No olvide que ese hombre es L'Union Corse —dijo De Lhandes y estuvo pendiente de la reacción de Nicholai.

—¿Qué es eso?

—*Mon ami*, no me tome por tonto y le devolveré el favor.

—Dígame, ¿tengo en usted a un amigo o a un informante de la Policía?

—¿No puedo ser ambas cosas?

Rieron y Nicholai pidió otra ronda al tiempo que decía:

—Está claro que sabe lo que pasa en la ciudad.

—Es mi trabajo.

—Estoy buscando a un grupo de actrices francesas —reconoció Nicholai.

—¿Hay alguien que no las busque?

—Llegaron la semana pasada —añadió Nicholai—. Por casualidad, ¿sabe en qué hotel se hospedan?

—¿Cómo no iba a saberlo! Deseoso de verlas, me he instalado como un perro guardián en la acera de enfrente. Están en el Edén Roe.

Nicholai habría dejado todo para irse directamente al hotel. Solange estaba tan cerca... Contuvo sus impulsos y se obligó a ocuparse de los negocios. Se dijo que primero debía resolver las prioridades y que luego iría a buscarla.

—¿Está interesado? —quiso saber De Lhandes.

—Tanto como usted.

—No es lo mismo. Amigo mío, usted tiene posibilidades. Por el vello púbico dorado de la virgen de la aldea, usted tiene posibilidades.

Terminaron la ronda, cruzaron la calle y entraron en Le Grand Monde.

El casino se encontraba en un patio rodeado por un alto muro de estuco, sobre el cual habían extendido alambre de espino. En el exterior, los vigilantes de los Binh Xuyen patrullaban a pie y en *jeeps* con las ametralladoras a punto. En la entrada, varios guardias detenían a los clientes y les practicaban un registro superficial en busca de armas y explosivos.

—Así es el Saigón de nuestros días —dijo De Lhandes, y levantó los brazos para permitir que el guardia lo cachease.

El guardia hizo pasar al belga, registró a Nicholai y le dio el visto bueno. Finalmente, franquearon las amplias puertas del enorme edificio blanco.

De techos altos e iluminados por arañas de luces, el casino era un intento correcto de parecerse a sus progenitores de la Costa Azul y de Mónaco. Más de treinta mesas de juego estaban cubiertas de un magnífico fieltro verde, y los muebles, de falso estilo *fin de siècle*, se veían limpios y bien conservados.

Salvo por el hecho de que la mayoría eran asiáticos, los clientes podrían haber procedido del sur de Francia, pues vestían ropa cara y a la última moda. Las prostitutas, muy numerosas, permanecían mudas, embutidas en sus atuendos seductores, y las esposas, amiguitas y amantes de los ricachones ignoraban su presencia. Crupieres chinos de chaqueta blanca trabajaban rápida y eficazmente a la vez que hombres más corpulentos, sin duda agentes de seguridad, permanecían en los rincones y no quitaban ojo de encima a cuanto ocurría.

La gran sala estaba poblada de conversaciones entusiasmadas, gritos de victoria, maldiciones por perder, el entrecuchar de los dados, el ruido seco de las fichas y el de las ruletas al girar. Una nube de humo de cigarrillo se cernía cual toldo protector por encima de los triunfos y las desilusiones.

Haverford estaba en una mesa de ruleta. Dirigió a Nicholai una ligerísima mirada, colocó varias fichas sobre la mesa y se concentró en la ruleta cuando empezó a girar.

Ganó.

Esplendoroso con un traje gris brillante y una bella china colgada del brazo, Bay Vien permanecía en pie y contemplaba lo que sucedía.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Nicholai.

—Bay Vien, el jefe de los Binh Xuyen —replicó De Lhandes—. Bao Dai y él son los dueños del local. ¿Le interesa que se lo presente?

—No demasiado —respondió Nicholai.

—Tarde o temprano tendrá que conocerlo si quiere hacer negocios en Saigón.

—De momento, el único negocio que haré en Saigón es en la ruleta.

Fueron a la ventanilla a comprar fichas y regresaron a la mesa. De Lhandes no tardó en perder en su primer intento.

—¡Por el hirsuto escroto de san Antonio! —maldijo De Lhandes—. ¡Por el apetito inagotable de las hijas de la Dordoña! ¡Por las innombrables perversiones de las hermanas de...!

—¿No va bien? —quiso saber Nicholai.

—He sido condenado a la castidad nacida de la penuria —contestó De Lhandes.

Nicholai se acercó al tapete verde y estudió el juego. Le pareció muy sencillo: los jugadores apostaban a que la bola caería en un número del cero al treinta y seis. Tenían que elegir entre realizar difíciles apuestas «internas» a un número o conjunto de números concreto y apuestas «externas», con mayores probabilidades pero menos rentables, a que la bola caía en rojo o negro. Las combinaciones de las clases de apuestas parecían infinitas, pero hasta un niño que mirase se daría cuenta enseguida de que las probabilidades siempre eran favorables a la banca.

—Espero que tenga más suerte que yo —dijo Haverford. Parecía abatido y la pila de fichas que tenía delante mermaba cada vez más. Extendió la mano y añadió—: A propósito, soy Ellis Haverford.

—*Un bon ami* —terció De Lhandes—, un hombre agradable pese a ser americano.

—Me llamo Michel Guibert —anunció Nicholai—. Señor Haverford, ¿qué hace en Saigón?

—Llámeme Ellis. Pertenezco al Servicio de Información de Estados Unidos.

—¿Distribuye información o la compra? —preguntó Nicholai.

—Primero lo segundo... y luego lo primero —replicó Haverford, que disfrutó del juego de palabras—. ¿Y usted? ¿Qué le ha traído a Saigón?

—El tiempo.

Haverford se desternilló de risa.

—¿El calor insufrible o la humedad idiotizante?

—Primero lo segundo... y luego lo primero.

—¿Piensa probar suerte? —quiso saber Haverford.

—¿A qué...?

—En la ruleta.

—Podría intentarlo —replicó Nicholai.

Comenzó de forma conservadora e hizo una modesta apuesta «externa» de dos piastras al negro. Ganó. Dejó las ganancias en el tapete, añadió fichas, hizo tres apuestas más al negro, ganó y cambió al rojo.

El crupier giró la ruleta, la bola rodó y cayó en el 27... rojo.

Dos veces más al rojo y, a continuación, una apuesta al negro. Nicholai se hizo con una bonita pila de fichas. Dado el instinto gregario de los jugadores cuando alguien tiene una buena racha, un corrillo de personas se había congregado alrededor de la mesa. Entre ellas estaba Bay Vien, que se situó en un extremo y observó a Nicholai con expresión de curiosidad ligeramente cínica.

El joven se limitó a mirarlo, aunque se preguntó cuándo y cómo haría realidad su compromiso de pago el jefe de los Binh Xuyen.

Nicholai desplazó sus fichas al recuadro con el número 10 y dijo al crupier:

—Pleno.

—Hombre, eso significa mil dólares —intervino Haverford.

—*Mon ami*, las probabilidades...

—Ya lo sé, treinta y siete a uno —puntualizó Nicholai.

Estaba todo muy claro.

Varias personas se apresuraron a apostar al negro y unos pocos, más valientes, apostaron al 9 y al 10. Los dudosos se decantaron por jugar al rojo.

—*Rien ne va plus* —anunció el crupier, que puso fin a las apuestas al tiempo que giraba la ruleta.

La bola cayó en el 10.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Haverford, atónito.

—¡Extraordinario! —exclamó De Lhandes—. ¡Por el escroto encogido del papa...!

Nicholai arrastró la pila de ganancias hasta el cuadro formado por los números 17,18, 20 y 21.

—Recoja sus ganancias, por el fruncido orificio anal de...

—Michel, déjese de insensateces.

Nicholai miró hacia el otro extremo de la mesa y vio a Bay, que se limitó a sonreír, aparentemente despreocupado por el hecho de que Guibert ganase a la banca. «En realidad, no está preocupado», concluyó Nicholai.

—Cuadro —afirmó Nicholai.

Ganaría si la bola se posaba en cualquiera de los cuatro números a los que había apostado.

Los clientes del casino no tardaron en apostar con y contra el joven.

—*Rien ne va plus*.

La bola entró en el 18.

—Cobre sus ganancias.

—Recoja sus fichas.

—Se pegará la gran juerga, se lo aseguro, incluso en este purgatorio colonial... Por el vello púbico de la Mona Lisa, no quiero ni pensar en las mujeres que podría tener esta noche, montones de mujeres...

Nicholai volvió a colocar las fichas en el 10.

—... tetas y culos como las balas de heno de Cezanne, por no hablar de...

Bay miró a Nicholai y asintió con la cabeza, como si dijera: «adelante».

—... tamaña variedad, un bufé sexual de cinco estrellas Michelin, por el semen ardiente de...

Nicholai no quitó ojo de encima a Bay y apostilló:

—Pleno.

—Me parece una locura —opinó De Lhandes.

Haverford se limitó a menear la cabeza. Los jugadores que rodeaban la mesa se apresuraron a hacer sus apuestas correspondientes.

—*Rien ne va plus*. —La ruleta giró y la bola rodó, saltó y traqueteó. Sin embargo, Nicholai no miraba la bola, pues observaba fijamente a Bay, que hizo frente a su mirada con una sonrisa hierática. Oyó que la ruleta perdía velocidad y se detenía, y percibió la exclamación colectiva de los presentes cuando el crupier anunció—: *Dix*.

Había salido el 10.

Nicholai no se movió para recoger las fichas ni cambiar la apuesta.

—Michel, ha ganado —oyó decir a De Lhandes—. Mi nuevo amigo, no sea tonto. Es muchísimo dinero.

—*Encoré* —dijo Nicholai—. Pleno.

—*¡Mon ami*, está a punto de tirar el dinero!

—*¡Es una fortuna!*

Nicholai volvió a mirar a Bay, que se encogió de hombros. El crupier puso fin a las apuestas. La bola rodó. Rebotó...

Se posó en el 12...

Volvió a rebotar y...

Y entró en el 10.

Bay se alejó de la mesa, cogió del hombro a la mujer que lo acompañaba y caminó hacia la barra del bar.

Nicholai recogió las fichas, que equivalían a poco más de cien mil dólares.

Bay acababa de abonar hasta el último céntimo de los lanzagranadas.

En el casino no se hablaba más que de la asombrosa racha de suerte del recién llegado.

Nicholai se acercó a la barra e invitó a una copa a todos los presentes.

—Qué bien ha jugado —lo felicitó De Lhandes.

—Ya lo creo —añadió Haverford secamente.

—Por las venas azules de los benditos pechos de Jane Russell, ¡ha sido espectacular! —se entusiasmó De Lhandes—. ¡Hubo un momento en el que tuve la sospecha de que las arterias escleróticas de mi vapuleado corazón, más parecidas al *pâté de foi gras* que a vasos por lo que discurre la sangre, estaban a punto de estallar! ¡Hombre, por el miembro palpitante de Thor, le aseguro que me aterrorizó! De todas maneras estoy feliz, feliz..., mejor dicho, no quepo en mí de alegría por su suerte paradigmática. *Santé!*

—*Santé* —brindó Nicholai.

—Nadie gana a este casino —añadió De Lhandes.

«A no ser que su dueño te deba una considerable suma de dinero negro y encuentre una forma inteligente y amena de pagarte», se dijo Nicholai.

Sin duda, la ruleta estaba trucada.

En la entrada del casino se produjo un gran revoloteo y sonaron murmullos de agitación. Los guardias de seguridad se encaminaron hacia el ruido procedente del exterior. Nicholai avistó un convoy de sedanes grandes, negros y brillantes que se detuvo en la puerta. El capitán Signavi se apeó e inmediatamente después un contingente de los Binh Xuyen, armados con metralletas, abandonaron el primer coche mientras otros soldados se apresuraban a formar un cordón desde los vehículos hasta la puerta.

—¿Es posible? —preguntó De Lhandes con recochineo—. ¿Es posible que se trate de una visita real?

El tercer coche se acercó al bordillo, los agentes abrieron la puerta trasera y un vietnamita de edad madura y con esmoquin blanco salió del vehículo mientras los guardias movían las cabezas de aquí para allá y miraban preocupados a su alrededor.

—Es Bao Dai —le explicó Haverford a Nicholai—, el emperador *playboy*.

El espía movió los dedos y remedó a un titiritero.

Bao Dai se volvió y se inclinó, evidentemente, para ayudar a bajar a la persona que aún no se había apeado.

—Espero que sea su última amante —dijo De Lhandes—. Corre el rumor de que es fantástica.

Nicholai contempló a la elegante mujer que salió del sedán.

Era fantástica.

Era Solange.

Llevaba un vestido negro muy escotado; la melena rubia, recogida; un solitario mechón escapaba del moño y descendía hasta su hombro.

Solange se cogió del brazo de Bao Dai y se dejó conducir a través del cordón de guardias, que tuvieron que hacer grandes esfuerzos para no mirar a la francesa alta y elegante que se había convertido en la última amante del emperador.

—Me han dicho que es actriz de cine —dijo De Lhandes—. Al menos así se describe.

—Me gustaría trabajar en esa película —repuso Haverford.

Aunque hizo grandes esfuerzos para no abofetear a ese estúpido, Nicholai notó que le ardían las mejillas. Cuando se tranquilizó miró a Haverford, que no mostró la más mínima señal de estar avergonzado.

—Yo no tuve nada que ver —explicó el americano con voz baja.

«Si tú no has sido, ¿quién se fue de la lengua?», se preguntó Nicholai.

—Está bien eso de ser emperador —opinó De Lhandes cuando Bao Dai y Solange entraron en el casino.

Nicholai vio que Bao Dai presentaba a Solange a varios capitostes y la contempló cuando extendió la mano para que se la besaran, sonrió, hizo comentarios ingeniosos y deslumbró. En su opinión, ella parecía demasiado cómoda en ese entorno, demasiado a sus anchas, y se enfadó consigo mismo por sentirse tan...

«Afróntalo, por sentirte tan "celoso"», se dijo. Sintió ganas de acercarse y matar a Bao Dai de un solo golpe.

La forma en que ese hombre la sobaba, le acariciaba el brazo y mostraba a todos los presentes que era de su propiedad le pareció repugnante y se molestó con Solange por permitirlo.

«¡Hipócrita! —se acusó a sí mismo—. Eres tan puta como ella, ambos os vendéis e interpretáis un papel. Si su actuación es soberbia, la tuya también, "Michel Guibert".»

—Supongo que no nos presentarán —dijo De Lhandes.

Haverford esbozó una sonrisa.

—No ocupamos un sitio tan privilegiado en la jerarquía.

El belga dejó escapar un suspiro y añadió:

—En ese caso, tendremos que desearla desde lejos.

—Malo para usted, bueno para Le Parc Aux Buffes —apostilló Haverford.

Las damas de compañía del casino estaban más allá de los medios limitados de De Lhandes, pero Le Parc Aux Buffes ofrecía un menú para cada presupuesto.

Fue entonces cuando ella lo vio. Alta, Solange miró por encima del hombro del emperador y reparó en Nicholai. Solo el observador más perspicaz podía reparar en el ligero temblor de reconocimiento de su mirada hasta que desvió sus ojos verdes hacia Haverford, pero Nicholai lo detectó.

Se acercó a ellos.

Bay Vien se sorprendió ante ese entrometimiento. Aunque miró a Bao Dai, Nicholai dirigió sus palabras a Solange:

—Soy Michel Guibert, con anterioridad de Montpellier y de Hong Kong. *Enchanté, mademoiselle.*

—*Enchantée, monsieur* —replicó Solange, y con la mirada le lanzó una advertencia antes de observar a Bao Dai.

El emperador reparó en el descortés acercamiento del *colon* a su querida, pero se apresuró a disimular su contrariedad.

—*Monsieur* Guibert, bienvenido a Vietnam. ¿Qué lo trae a Saigón?

—Muy amable, su excelencia —repuso Nicholai—. Quiero poner un negocio..., una manufactura.

—Estupendo —opinó Bao Dai—. ¿Qué fabricará?

—Se me ha ocurrido fabricar marionetas —contestó Nicholai, y miró a Bao Dai a los ojos—. Usted ya me entiende..., títeres.

Era un insulto intencionado; cuantos lo oyeron se dieron cuenta. Bao Dai se limitó a sonreír y preguntó:

—¿Qué clase de títeres?

—Diría que franceses. ¿O le parece mejor americanos?

—No sabía que los americanos fueran conocidos por esta actividad —intervino Solange.

—Pues así es, los usan los ventrílocuos. Me parece que los llaman..., tengo que pensarlo... —Nicholai miró al emperador a la cara—. Ay, sí, los llaman «muñecos». Son muy buenos. Parece que el muñeco habla cuando en realidad quien lo hace es el ventrílocuo. Si no lo supiéramos, aseguraríamos que...

—Sí, *monsieur*, creo que lo hemos entendido —dijo Solange, y se giró ligeramente para darle a entender a Bao Dai que quería poner fin a la conversación.

—Bueno, *monsieur* Guibert, le deseo la mejor de las suertes en su negocio —añadió Bao Dai—. Si podemos hacer algo para facilitarle las cosas, no dude en avisarnos. Nos gusta ayudar a los emprendedores.

—Ya lo creo, es lo que me han dicho —apostilló Nicholai—. Incluso en Laos dicen maravillas sobre su disposición a colaborar.

Bao Dai entornó los párpados un segundo. Cuando volvió a abrir los ojos, Nicholai se percató de que su mirada estaba cargada de ira contenida.

—*Monsieur* Guibert, ¿Te gusta apostar?

—Un poco, excelencia.

—Acaba de ganar una fortuna a la banca —terció Bay Vien.

—¿De verdad? —preguntó Bao Dai, y enarcó las cejas—. En ese caso, tal vez quiera participar conmigo en una partida privada.

—Me sentiré muy honrado.

—Prefiero los juegos en los que un jugador se enfrenta a otro.

—Yo también.

—Me alegro —aseguró Bao Dai—. Le diré una cosa, me he aficionado mucho al póquer.

Solange mantuvo la sonrisa forzada, pero Nicholai se dio cuenta de que estaba cabreada y de que lo miraba con una expresión que parecía decir «lárgate». El joven le sonrió.

—Las apuestas serán elevadas —puntualizó Bao Dai con la intención de abochornarlo.

Nicholai clavó la mirada en Solange y replicó:

—Me gustan las apuestas elevadas.

—Más concretamente, sin límite —insistió Bao Dai.

—Mejor que mejor.

—Organizaré una mesa de póquer en la sala privada —propuso Bay.

—¿Se reunirá con nosotros? —le preguntó Nicholai a Solange.

Por el casino corrió la voz sobre el insulto que el recién llegado le había lanzado a Bao Dai y sobre la inminente partida de póquer.

—Tenga en cuenta que esta partida no estará amañada —murmuró Bay Vien a Nicholai cuando pasó junto a su lado.

—Confío en que se ocupará de que no lo esté —replicó el joven, y se acercó a la barra.

—Por las barbas de Cristo, hombre, ¿se ha vuelto loco? —le soltó De Lhandes—. No se le ha ocurrido nada mejor que insultar al emperador. Ordenará que le corten la cabeza. Por el afecto que mi madre me habría prodigado si no se hubiese espantado tanto al ver lo que salió de su útero, debo reconocer, Guibert, que los tiene bien puestos. Tiene un par de cojones resonantes, grandes y magníficos.

—¿Qué cree que está haciendo? —quiso saber Haverford.

—Jugar al póquer —contestó Nicholai—. ¿Y usted?

—Supongo que lo mismo —reconoció Haverford, y fue a buscar a Bay Vien.

Bay era un hombre popular. Al cabo de unos minutos, Bao Dai lo llevó a un aparte y le dijo:

—Quiero que quede arruinado, que pierda hasta la última piastra que tiene a su nombre.

De Lhandes preguntó a todo aquel que estaba dispuesto a escucharlo:

—Por el brillante vientre de Buda, ¿a quién no le gustaría estar en esa sala?

En la mesa redonda se sentaron seis hombres: Nicholai, Bao Dai, Bay Vien, Haverford, Signavi y el repartidor de cartas.

Bay Vien precisó las reglas: el casino repartiría y una pieza redonda rotaría entre los jugadores para determinar el orden de las apuestas y el inicio de juego. El repartidor escogería entre el póquer de siete o de cinco cartas y, en la última variante, el juego se abriría con jotas o algo mejor. No habría tonterías como cartas extras ni comodines, ya que los quitarían de la baraja. Lo más importante de todo era que las subidas y las apuestas no tenían límite.

Nicholai tomó asiento junto a un vaso con whisky de malta solo y miró a Solange, que estaba de pie a espaldas de Bao Dai como una especie de talismán de la suerte. «Es humillante..., vejatorio, mezquino y degradante —pensó—. A menos que esté interpretando el papel que los americanos le han asignado..., de la misma manera que tú interpretas un personaje en su melodrama. ¿Cuál es su papel?»

Bao Dai acomodó sus fichas en varias pilas. Haverford estaba a la izquierda de Nicholai, y Bay, a su derecha.

Cortaron para la primera mano. Bay ganó y escogió la variante de cinco cartas.

Nicholai cogió las suyas.

Dos horas después, la sala estaba llena de humo y de tensión. Haverford había quedado prácticamente eliminado, lo mismo que Bay Vien. Signavi conservaba una modesta pila de fichas, pero Nicholai y Bao Dai eran los grandes beneficiados y tenían que enseñar las cartas para ver quién ganaba.

A Nicholai la partida le resultó muy tediosa, lo mismo que había sentido durante tres largos años entre rejas en los que escuchó a los guardias americanos mientras celebraban interminables partidas de ese juego infantil. Al póquer le faltaba sutileza y creatividad, y, comparado con el go, resultaba demasiado pueril. Consistía, lisa y llanamente, en el análisis de riesgos y la administración del dinero; además, las matemáticas básicas apuntaban a que, después de determinado número de manos, cinco jugadores recibían más o menos las mismas cartas. En ese aspecto, se parecía, aunque fuera un poco, al go, pues requería decisiones acerca del momento en el que ser agresivo y cuándo ceder.

Por otro lado, la lucha uno a uno contra Bao Dai le resultó irresistible. Se sorprendió de lo mucho que deseaba hacerse con el dinero del emperador y vencerlo en presencia de Solange.

«Hablando de sutilezas...», pensó.

Cogió sus cartas y vio que tenía una pareja de reinas y otra de dieces. Era suficiente para pedir carta y colocó las fichas al tiempo que Bao Dai subía la apuesta.

Recibió una carta: el diez de tréboles.

Bao Dai abrió juego. Nicholai vio y subió.

Haverford arrojó sus cartas sobre la mesa y masculló:

—Esta no es mi noche.

Signavi observó a Nicholai, cuya expresión era serena e inescrutable. Bufó con desdén y empujó sus fichas hacia el centro de la mesa.

Bao Dai sonrió y afirmó:

—Es un farol.

—Como prefiera.

El emperador dijo que lo veía y subió la apuesta.

Nicholai y Signavi igualaron y subieron.

Bao Dai mostró su juego: color, en este caso, rojo.

—*Full* —anunció Nicholai y recogió las fichas. Signavi dejó escapar una maldición de contrariedad. Bao Dai sonrió y Nicholai reparó en el tenue rubor de ira y frustración que tiñó sus mejillas. Miró a Solange, pero la mujer le volvió rápidamente la espalda, se acercó a la barra y pidió un whisky para Bao Dai.

Nicholai echó un vistazo a su montón de fichas. Tenía alrededor de dos mil piastras, es decir, unos ciento veinte mil dólares.

La pieza redonda estaba en manos de Bay Vien, que pidió una baraja nueva y escogió la variante de siete cartas. El repartidor mezcló los naipes. Bay Vien cortó.

Nicholai miró sus dos cartas tapadas.

No prometían nada bueno: el cuatro y el cinco de trébol.

Su primera carta descubierta fue la jota de corazones.

Bao Dai recibió la reina de diamantes y apostó.

Nicholai no se retiró.

En la ronda siguiente recibió el ocho de tréboles y a Bao Dai le tocó la reina de picas. El emperador levantó la cabeza, sonrió a Nicholai y añadió trescientas piastras. Nicholai puso las fichas porque quiso ver la siguiente carta: la jota de diamantes.

—Veo una pareja de jotas —anunció el repartidor.

Haverford se retiró.

Bao Dai sacó un dos. A pesar de que veía la mano más alta, añadió quinientas piastras a su apuesta. Nicholai lo vio y recibió el cinco de trébol.

El emperador obtuvo la reina de tréboles.

—Veo un trío. Ganan las reinas.

La expresión de Solange fue casi afligida. Bao Dai apostó quinientas piastras más, se acomodó en el asiento, miró a Nicholai y preguntó:

—¿Todavía prefiere los juegos en los que un jugador se opone a otro?

Aunque no sabía a ciencia cierta si se enfrentaba a un jugador o a un jugador y al casino a la vez, Nicholai respondió:

—Sí, por lo visto, mis preferencias no han cambiado.

—En ese caso...

Nicholai colocó fichas por valor de quinientas piastras para abrir el juego.

Bay Vien se retiró.

Con una pareja de dieces sobre la mesa, Signavi continuó en el juego y dijo:

—En el fondo, soy optimista.

Se acercaba el reparto de la última carta.

A Nicholai le tocó el seis de trébol; a Bao Dai, el nueve de picas.

—No puedo decir nada —informó el repartidor.

Bao Dai apostó trescientas piastras más.

Signavi arrojó sus cartas, reconoció que la suerte no le sonreía, se puso de pie, se acercó a la barra y se sirvió un Pernod.

—De modo que se trata de un asunto entre usted y yo —le dijo Bao Dai a Nicholai.

—Como tenía que ser —replicó Nicholai, y miró con insolencia y directamente a Solange, que le giró la cara.

—Me parece que la señora está cansada —añadió Bao Dai—. ¿Les parece bien que esta sea la última mano?

—A mí, sí —respondió Haverford.

Bay y Signavi se apresuraron a manifestar su acuerdo.

Bao Dai miró a Nicholai y enarcó una ceja.

—Vale, siempre y cuando haya un ganador y un perdedor —puntualizó Nicholai.

—Diría que se lo puedo asegurar.

«No me extraña», pensó Nicholai, y recordó que el aliado y socio del emperador había solicitado una baraja nueva y era el propietario del casino y del repartidor. «Esta noche he ganado una fortuna y aún me queda lo suficiente como para empezar de nuevo en la vida. El emperador tiene un trío. A juzgar por su forma agresiva de apostar, la mano le es favorable. Solo tengo una posibilidad de igualar sus cartas y necesito el siete de trébol. Las probabilidades están en mi contra.»

Bao Dai levantó el brazo y acarició el dorso de la mano de Solange.

Nicholai empujó las fichas hacia el centro de la mesa. Las cartas se repartieron.

Bao Dai amagó con coger la carta tapada, pero Nicholai propuso:

—No las miremos.

—¿Cómo dice?

—Excelencia, no miremos nuestras cartas —propuso Nicholai al tiempo que arrastraba todas sus fichas hacia el centro de la mesa—. Convirtamos esta mano en la última.

—Es un disparate —opinó Haverford.

Los ojos verdes de Solange brillaron como esmeraldas.

—Su adversario podría tener cuatro reinas y usted lo sabe —advirtió Haverford.

Nicholai ya lo sabía y miró a Bay en un intento de deducir si el juego estaba o no amañado.

No lo supo.

Bao Dai respiró hondo y empujó sus fichas.

—Veo —anunció. Miró a Bay y preguntó—: ¿Tengo crédito aquí?

—Por descontado —replicó Bay con tono de broma, pero su expresión era tensa, como si desease que el emperador no hiciera lo que temía que estaba a punto de hacer.

Lo hizo.

—Veo y subo dos mil piastras —añadió Bao Dai.

—No las tengo.

—Lo sé —reconoció Bao Dai afablemente—. Le dije que jugábamos sin límites. Lo lamentable es que usted no tenía nada que hacer en esta partida. He jugado con usted como si fuera..., como si fuera un títere.

Bay Vien no estaba nada contento. Signavi encontró motivos para contemplar la mesa mientras Haverford detectaba algo fascinante en el suelo. Sintieron vergüenza ajena por la actitud de Bao Dai, que acababa de humillarse a sí mismo.

Solange miró a los ojos a Bao Dai y su expresión fue de desdén. Resultó efímera, pues no tardó en recuperar su máscara de indiferencia, pero Nicholai la detectó y esa victoria le pareció suficiente.

—En ese caso, buenas noches —dijo Nicholai, y se dispuso a abandonar la mesa.

—Usted también tiene crédito aquí —intervino Bay y, sacando chispas por los ojos, miró a Bao Dai.

—¿Hasta un límite de dos mil piastras?

—Exactamente.

«¿El ofrecimiento de Bay es sincero o las cartas están marcadas y pretende tenderme una trampa incluso mayor? Te he salvado de un balazo —pensó Nicholai, y miró al jefe de los Binh Xuyen—. ¿Serás capaz de fastidiarme ahora?»

Nicholai volvió a tomar asiento.

Miró a Solange, que también lo observó.

—Igualo su apuesta —dijo.

Bao Dai dio la vuelta a sus cartas y mostró qué tenía.

La primera era la reina de corazones: póquer.

El emperador contempló a Nicholai y su expresión desdeñosa pareció decir: «Ya te dije que aquí no tenías nada que hacer. Es mi mano, mi bote y mi mujer.»

Nicholai giró la carta tapada que le quedaba: el siete de trébol.

—¡Dios mío, es rico! —exclamó De Lhandes.

Era verdad: Nicholai había obtenido suficiente dinero de Bao Dai como para tener la vida resuelta.

Había que reconocer que el emperador títere había asimilado sus pérdidas con mucha elegancia. «No es de extrañar, pues no tendrá dificultades para recuperar el dinero con las subvenciones que recibió de los americanos y con el porcentaje que cobra del juego, la prostitución y el tráfico de drogas», pensó Nicholai.

De todos modos, hacía falta valor para enfrentarse al poderoso Bao Dai; el nombre de Michel Guibert fue pronunciado por cientos de personas en Cholon incluso antes de que saliera del casino.

—Le buscaré guardias de seguridad —propuso Bay.

«Ha ganado demasiado dinero», pensó el jefe del hampa. Aunque por regla general los delincuentes de Cholon tenían miedo de desafiar a los Binh Xuyen cometiendo robos en su zona, semejante cantidad de dinero podía desencadenar una acción precipitada. Tal vez había alguien dispuesto a arriesgar su vida y la de sus familiares para alzarse con semejante fortuna.

—No es necesario —repuso Nicholai.

—Le aconsejo que guarde sus fichas en mi caja fuerte. Organizaré una escolta armada para que lo acompañe al banco por la mañana.

—Acepto y le estoy muy agradecido.

Haverford se acercó a Nicholai y le susurró al oído:

—Ha sido una tontería peligrosa.

—Estoy de acuerdo.

—Mañana a las cinco en punto en el bar Sporting.

—De acuerdo.

En la sala principal se produjo una actividad febril cuando Bao Dai se dispuso a retirarse. El emperador se volvió para mirar a Nicholai, saludó con la mano y esperó a que la guardia formara.

Solange miró a Nicholai por encima del hombro.

—¿Dónde vamos ahora? —quiso saber De Lhandes.

—A Le Parc Aux Buffes —respondió Nicholai con tono lo bastante alto como para que Solange lo oyese.

La mujer le volvió la espalda.

Avisada de la nueva riqueza de Guibert, Momma, la *madame* del prostíbulo, lo estaba esperando.

—*Bienvenue, monsieur* Guibert —trinó, y la papada le tembló a causa del esfuerzo—. ¡Enhorabuena! Su placer es el mío.

—Gracias.

«Mi placer es tu beneficio, pero no tiene importancia», se dijo Nicholai.

—Este establecimiento no es adecuado para un hombre distinguido como usted —añadió Momma—. Le ruego que me acompañe a la parte trasera, reservada a los clientes especiales.

Nicholai prácticamente percibió la envidia del belga.

—Señora, me figuro que mis amigos también son bienvenidos.

—No lo dude —respondió Momma, y amplió la sonrisa para incluir a De Lhandes—. Los amigos de *monsieur*...

La siguieron a través del patio y pasaron junto a guardias armados de los Binh Xuyen, que vigilaban a la larga fila de soldados que aguardaban pacientemente los servicios menos exclusivos. El prostíbulo era un modelo de entendimiento, y Nicholai contempló la naturaleza variopinta de las fuerzas francesas en Vietnam: paracaidistas de la metrópoli, soldados de la

Legión Extranjera que procedían de toda Europa, militares senegaleses desmadejados y vietnamitas bajos y fornidos.

Momma los condujo a otro edificio, rebuscadamente decorado al estilo *fin de siècle* colonial. A Nicholai le pareció grotesco y de mal gusto cuando lo comparó con la escueta elegancia de las casas japonesas de geishas.

La Casa de los Espejos era un establecimiento tan exclusivo que solo los más acaudalados conocían su existencia y podían permitirse la calidad de sus servicios. Al igual que en los mejores restaurantes franceses, si preguntabas el precio no tenías nada que hacer allí.

Momma agitó una campanilla y, en un abrir y cerrar de ojos, a sus espaldas se formó un pelotón de chicas, con opciones para cada gusto y predilección. En su mayoría eran asiáticas con *cheong-sams* ceñidos y de vivos colores o con *ao dais* de raso blanco, si bien un puñado de europeas en bata les sacaban una cabeza y media. Una de las europeas lucía melena rubia larga hasta los hombros y el camisón transparente apenas disimulaba sus pechos generosos.

La *madame* reparó en que Nicholai la miraba.

—Se llama Marie —susurró—. Es belga..., se parece a las francesas..., pero es más guarra.

Nicholai eligió a una china. Llevaba abotonado hasta el cuello el *cheong-sam* negro y floreado y había recogido su melena azabache en un moño alto.

—Ling Ling lo satisfará —aseguró Momma.

—No me cabe la menor duda —dijo Nicholai—. Tenga la amabilidad de cargar a mi cuenta la selección de mis amigos.

—Veo que es un buen amigo.

—Soy un hombre renacido —intervino De Lhandes, y repasó la fila de mujeres con la expresión de un *gourmand* famélico que estudia la carta en un restaurante parisino de cuatro estrellas. La indecisión lo torturó y no supo si decantarse por una esclava rellena de Belgrado o por una japonesa que parecía esculpida en alabastro—. Michel, no quiero que me considere glotón, pero...

—No me molesta gastar el dinero de Bao Dai —lo interrumpió Nicholai —. Quédese con las dos.

—¡Michel, por el priapismo de los papas!

Ling Ling cogió a Nicholai de la mano y lo condujo a sus aposentos. Se dio cuenta de que «Bonita Bonita» no era su verdadero nombre, pero no le preguntó nada para no vulnerar su intimidad. El seudónimo era un modo modesto de guardarse lo que quedaba de sí.

—¿Me desvisto o prefieres desnudarme? —preguntó la chica.

—Desvístete —pidió Nicholai, que no se dejó engañar por las características de la relación ni quiso simular afecto ni seducción; se trataba, simplemente, de una transacción comercial.

La china se desabrochó el *cheong-sam* y lo colgó en el pequeño armario. Nicholai se desnudó y Ling Ling colgó su ropa, lo cogió de la mano y se arrodilló con actitud de juego que, como bien sabía él, era una sutil inspección sanitaria. La muchacha se dio por satisfecha y lo tumbó sobre la cama. A Nicholai le agradó que el cuerpo de Ling Ling fuese delgado y ligero, lo que los chinos llaman «yegua flaca», un jardín zen más que el invernadero exuberante y generoso de Solange.

Nicholai se preguntó si en ese momento la francesa estaba en la cama con Bao Dai, si movía los hilos del títere y lo hacía bailar al son de sus encantos.

Se sorprendió ante esa ráfaga de celos. Era tan..., tan occidental, poco práctico e insensato. Centró su atención en la bella mujer desnuda que estaba tumbada en la cama y que lo contemplaba expectante.

—Por favor, suéltate el pelo —solicitó Nicholai.

Ling Ling se quitó el pasador esmaltado. La cabellera negra y brillante se deslizó por sus hombros. Contenta porque podían charlar en chino, la joven fue sincera a la hora de averiguar el resto de las preferencias de Nicholai:

—¿Te apetece comenzar por «el camino del medio» y acabar, quizá, «recogiendo el fuego al otro lado de la montaña»?

—En realidad, ni lo uno ni lo otro —respondió Nicholai.

—¿No me consideras atractiva?

—Me pareces muy atractiva, pero es tan delicioso oír el fantástico chino que hablas que lo más placentero es dedicar el tiempo a conversar contigo.

Ling Ling lo miró sorprendida y se dedicó a parlotear. Nicholai emitió sonidos para demostrar que la escuchaba y participó ocasionalmente en la charla, pero sus pensamientos estaban en otra parte.

«Tu descortesía con Bao Dai fue una estupidez, así como injusta tu cólera con Solange —se dijo—. Te has metido en la boca del lobo al enemistarte, a propósito, con el gobernante del país; y en lo que a tu actitud con Solange se refiere, ¿pretendías arrojarla a los brazos de otro? Podrás considerarte afortunado si está dispuesta a volver a verte.»

Esperó en el vestíbulo a que De Lhandes regresara de su comilona. Al cabo de un rato, el enano se balanceó pasillo abajo con gran flexibilidad en las piernas.

—Michel, ha sido muy, pero que muy generoso —dijo De Lhandes—. Si se me permite, lo ha sido en exceso, pero si la gratificación de los amigos más recientes es uno de sus vicios, pues aplaudo dichos vicios en todas sus formas y permutas sinuosas, hablando de lo cual...

—¿Es mediador de información? —lo interrumpió Nicholai.

—Así es —confirmó De Lhandes—. ¿Tiene información para mediar?

—Me gustaría obtener cierta información.

—Amigo mío, tendrá un descuento más que generoso —dijo De Lhandes—. Si me lo permite, me gustaría preguntarle sobre quién..., y hay que reconocer que tengo que preguntárselo y debo hacerlo, en el caso de que desee serle de utilidad.

En el taxi de regreso a Saigón, Nicholai explicó a De Lhandes qué necesitaba.

—Sigue en racha —aseguró el belga—. Por mi miembro viril felizmente agotado y cruelmente vapuleado, debo reconocer que sigue en racha.

«Eso espero», pensó Nicholai.

120

Solange se dijo que estaba tumbada en la playa de Frontignan y que Bao Dai era una pequeña ola que la cubría. Al final..., al final, la ola rompió.

Aguardó el rato de intimidad postcoital y alabanzas mutuas que las circunstancias exigían y luego cogió un cigarrillo.

—Da la sensación de que le interesas mucho —afirmó Bao Dai, y se levantó a buscar uno de sus pitillos y un vaso de whisky—. ¿Quieres una copa?

—Te lo agradezco, pero no quiero nada. ¿De quién hablas?

Bao Dai sonrió con actitud tolerante.

—Ya está bien, querida, créeme si te digo que por hoy estoy harto de juegos. Ambos sabemos que me refiero a tu apuesto compatriota.

—¿Al tal Guibert?

—Al tal Guibert.

Solange se levantó, se puso la bata de seda blanca y se ciñó el cinturón. Se sentó en el confidente Luis XIV y miró al emperador.

—Los hombres me consideran atractiva. ¿Tengo que pedir disculpas por eso?

—Únicamente si la atracción es mutua —respondió Bao Dai—. ¿Lo es? Solange se encogió de hombros.

—Tú mismo has dicho que es apuesto. El mundo está lleno de hombres guapos. Supongo que podrías ordenar que me arrancasen los ojos...

—¡Vaya labia que tienes!

—¿Qué más puedo hacer cuando te muestras tan necio? Querido, estoy contigo, no con él. Me siento dolida..., y pensé que te habías dado cuenta.

Bao Dai se acercó a Solange y le acarició la nuca.

La francesa odiaba su tacto.

—Lo siento. Supongo que se debe a que fue mucho lo que esta noche me quitó y temí quedarme también sin ti.

—¡Ahora sí que has dicho una soberana tontería! —replicó, y volvió la cabeza para besarle los dedos—. *Vous me faites briller.*

Un rato después, Bao Dai entró en su estudio privado, cogió el teléfono y ordenó:

—Matadlo.

Nicholai estaba tumbado boca arriba y se obligó a dejar de pensar en Solange.

Se concentró en crear un *go-kang* y repasó la evolución de la partida tal como estaba en ese momento.

Llegó a la conclusión de que su posición era fuerte pero efímera. Tenía dinero suficiente para emprender y desarrollar sus próximos movimientos, aunque no sabía qué debía hacer. La posesión de los papeles de Voroshenin era prometedora..., pero las promesas había que cumplirlas, lo que suponía una perspectiva difícil.

«No puedo confiar en la promesa de Haverford de conseguirme un pasaporte. Podría tratarse de un montaje con vistas a otro intento de liquidarme y, además, dejaría una huella que la CIA podría seguir. También están los documentos que el Viet Minh se ha comprometido a entregarme, pero me pregunto si los quiero y si así permitiré que los chinos sigan mis pasos. Sea como fuere, continuaré en mi prisión eterna y ambulante. Que todos piensen que necesito sus pasaportes. O que nosotros los necesitamos.»

Había sido tan difícil descifrar a Solange. Podría haber sido una extraordinaria jugadora de *go*..., «tal vez lo será en el caso de que decida acompañarme y lo logremos —reflexionó—. Por otro lado, se mostró indiferente, gélida, molesta y..., y realmente furiosa cuando le gané a Bao Dai».

¿Había sido todo fingido? ¿Fue la interpretación teatral de una excelente señorita de compañía o, en realidad, estaba con Bao Dai y había terminado con él? «Desde luego que no me hizo la más mínima señal en sentido contrario, aunque tengo que reconocer que, dada la situación, tuvo que mostrarse circunspecta. ¿Acaso fui yo la víctima de la "interpretación teatral de una excelente señorita de compañía"?»

Aunque las dudas le causaron un dolor sorprendente, pasó a examinar la posición de las piedras blancas que todavía lo rodeaban.

Había muchas y estaban en movimiento.

«En primer lugar, Haverford y los americanos. A pesar de que lo negara, lo más probable es que pretendiera que me matasen en Pekín y se quedara sorprendido y consternado al ver que sobrevivía. Puesto que he aparecido abiertamente en Saigón, ambos fingimos que, como mínimo, somos amigos y aliados.»

¿Volverían a intentarlo los americanos?

«En ese caso, ¿qué americanos? Es probable que Diamond fuera el responsable del atentado en el jardín de piedras de Tokio...» Tuvo la sensación de que eso había ocurrido en otra vida. ¿Volvería a intentarlo en Saigón, con o sin el consentimiento de Haverford?

«También están los franceses, sin duda nerviosos ante la idea de que un desconocido ronde por la operación de tráfico de opio. Desconfiarán, tal vez de forma letal, y si el ejército no se siente impulsado a actuar, cabe la posibilidad de que lo hagan las autoridades civiles, teniendo en cuenta que se verán en un buen aprieto en cuanto Moscú y Pekín descubran que Michel Guibert está vivo y en Saigón. ¿Y qué decir de L'Union Corse? El tráfico de opio es la fuente de su riqueza, lo que les permite adquirir hoteles, cabarés y restaurantes. Por mucho que parecen cooperar y solicitar su "parte del negocio" porque está en su naturaleza, en realidad "corso" es prácticamente sinónimo de "traidor".

»Y hablando de traición, ¿de verdad puedes confiar en Bay Vien, que ya ha cambiado de bando y que sin duda volverá a hacerlo? Pese a su carácter temporal, ¿la alianza con Bao Dai lo llevará a traicionarte?» En ese caso, ¿a quién te entregará? Bao Dai es la opción más evidente, pero conviene

recordar que, después de todo, Bay es chino, aunque haga varias generaciones que los chinos abandonaron el terruño. Cholon también es chino y seguramente está plagado de agentes controlados por Pekín, por mucho que Bay no lo sea.

»Sin duda, desde Pekín vendrán a por mí. En Moscú harán lo mismo. Aunque Leotov no se haya acobardado y no haya contactado con ellos, pronto descubrirán, si todavía no lo saben, que el asesino de Voroshenin está en Saigón. Está claro que el KGB no puede permitir que esa muerte quede sin vengar. Vendrán..., si no aquí, a otro lugar, y serán despiadados. Es imprescindible que "Michel Guibert" desaparezca; cuanto antes, mejor. Ojalá que Solange Picard desaparezca con él. Todo depende de lo que ocurra mañana. Resulta de lo más irónico que mi futuro dependa de Yuri Voroshenin.»

Nicholai guardó el imaginario tablero de go y se durmió.

En la Rué Catinat no se hablaba más que de Michel Guibert.

Hasta los camareros que le sirvieron el desayuno lo trataron con mayor deferencia. Nicholai se percató de que el personal del hotel y algunos huéspedes lo señalaban con discreción y hacían comentarios en voz baja.

Su nueva posición le causó mucha gracia.

A De Lhandes también le pareció divertida. Se presentó en el comedor con aspecto extraordinariamente renovado después de los excesos de la víspera, se sentó a la mesa de Nicholai y olisqueó el desayuno con ademán desaprobador.

—Por favor, amigo mío, esto es mierda, sobre todo tratándose de un hombre de su gusto y su riqueza. Estos cursos no reconocerían la *cuisine* por mucho que ascendiera por sus cavidades anales e interpretase melodías de Piaf. Pero si hasta convierten el desayuno en una catástrofe. ¿Le apetece un cruasán como debe ser?

—Diría que sí.

—En ese caso, sígame.

De Lhandes lo condujo hasta la esquina de la Rué Catinat con Le Loi, hasta un local llamado La Pagode, cuyos dueños se negaban tercamente a proteger la terraza con redes antigranadas.

—Los propietarios se comportan como si no hubiera guerra —dijo el belga—. Consideran que montar semejante vulgaridad es caer en lo más bajo. Mi amigo *nouveau riche*, así es como se mantiene la calidad.

Mientras compartían café con leche, cruasanes, que, en opinión de Nicholai, eran exquisitos, y mermelada de albaricoque, De Lhandes le pasó un sobre.

—Es exactamente lo que me pidió.

—Dígame cuánto...

De Lhandes agitó su mano menuda y no le permitió continuar:

—Cortesía de la casa, amigo mío.

—No puedo...

—No solo puede, sino que lo hará —apostilló el belga, tajante—. Por las antiguas campanas de Saint Germain, ¿no tengo derecho a devolver un obsequio a mi manera, con los medios de los que dispongo? Habría dicho Notre-Dame, pero, como comprenderá, la conexión con Quasimodo no me sienta del todo bien.

—Muchas gracias —dijo Nicholai.

—No se merecen.

A Nicholai le sorprendió que en ningún momento De Lhandes le preguntó para qué quería lo que había en el sobre o qué pensaba hacer con ello.

«Hacía mucho tiempo que no tenía un amigo», se dijo.

Entrada la mañana, Bay Vien fue a buscar en persona a Nicholai para que depositase sus ganancias en el banco. Viajaron en su coche particular, blindado, escoltados por guardias armados con metralletas.

—Es usted un amigo complicado —dijo Bay durante el trayecto.

—¿Por qué lo dice?

—Porque avergonzó al emperador en su ciudad y en presencia de su mujer.

«Mi mujer», puntualizó Nicholai para sus adentros y replicó:

—Usted me ayudó.

—Todos se fijaron en cómo la miraba —dijo Bay—. El emperador podría quitarle la vida solo por eso, por no hablar de la fortuna que le ganó.

—Probablemente le pediría a usted que lo hiciera.

—Tiene razón.

—¿Lo haría?

—Me sentiría mal —reconoció Bay—. Por muy *colon* que sea, lo considero un buen hombre y tiene cojones. Michel, no se confunda..., las personas como usted vienen y van, y yo tendré que vivir mucho tiempo con Bao Dai. Por lo tanto, si me pide que me deshaga de usted...

No hizo falta que terminara la frase.

—Le aseguro que lo comprendería —dijo Nicholai.

—Váyase de Saigón. Coja el dinero y lárguese..., mañana o, si puede, hoy mismo.

—Tengo asuntos pendientes aquí.

—¿Los lanzagranadas? —preguntó Bay—. No crea que he olvidado su propuesta de conseguir más, pero tendrá que hacerlo desde Laos, para eso no necesita estar en Saigón.

—Antes tengo que resolver otros asuntos.

—¿Qué clase de asuntos?

—Asuntos personales —puntualizó Nicholai.

—Espero que no se proponga ir detrás de esa mujer. Tengo un montón de francesas rubias...

—Ya he dicho que son asuntos míos —lo interrumpió Nicholai.

Bay lo contempló durante varios segundos.

—Hágalo deprisa, *xiao*. Resuélvalo enseguida y lárguese de aquí antes de que me vea forzado a hacer algo que no quiero.

Llegaron a la Banque de l'Indochine. Los guardias de los Binh Xuyen escoltaron a Nicholai y el dinero hasta el interior de la entidad.

Nicholai se reunió con el director del banco, un *colon* cincuentón, en un despacho privado.

—Por favor, quiero acceder a mi caja de seguridad —solicitó Nicholai.

Laval ya había oído hablar de Guibert, como todo Saigón.

—*Monsieur*, le ruego que me disculpe, pero no sabía que tenía una caja de seguridad en nuestro banco.

—Pues la tengo —repuso Nicholai—. Está a nombre de Yuri Voroshenin.

Deslizó el pasaporte de Voroshenin por encima de la mesa. Laval miró el documento y luego a Nicholai.

—Me han informado que *monsieur* Voroshenin ha fallecido hace poco.

—Como puede ver, está claro que ha sido desinformado.

—Esta situación es muy irregular.

—*Monsieur* Laval, la Banque de l'Indochine es muy irregular —añadió Nicholai.

Laval se sintió ofendido. Apoyó la espalda en el sillón y se pasó los dedos por la frente ancha.

—*Monsieur*, sea quien sea, ¿dispone de documentación adicional que certifique su identidad?

Nicholai asintió con la cabeza, sacó un sobre del bolsillo de la chaqueta y se lo entregó a Laval. El director lo cogió, lo abrió, se quedó blanco como el papel y farfulló:

—¡Es infamante!

—Estamos de acuerdo... y supongo que *madame* Laval también lo estaría.

—¿Dónde las ha conseguido? —preguntó Laval, pasmado ante las fotos que lo retrataban en la cama con una joven camboyana.

—¿Acaso importa?

—Esto no es obra de un caballero.

—Volvemos a estar totalmente de acuerdo. Estas copias son para usted; yo tengo otro juego a buen recaudo. Sin embargo, si esta identificación no es suficiente —añadió Nicholai y deslizó una pila de billetes por encima del escritorio—, cabe la posibilidad de que con «estas fotos» se dé por satisfecho.

Laval titubeó, cogió el fajo de piasras y las fotos, y los guardó en el bolsillo de la chaqueta.

De mala gana, el director de la entidad condujo a Nicholai hasta la cámara blindada y le entregó la llave.

Nicholai abrió la caja de acero.

Contenía libretas de cuentas bancadas de Suiza y Estados Unidos. Incluía acciones y títulos, y Nicholai lo consideró paradójico, pues se trataba de un comunista. No entendía nada de esos temas, por lo que abrigó la esperanza de que Voroshenin hubiera invertido sensatamente la fortuna de los Ivanov. También encontró los códigos de otras cajas de seguridad de Zurich, Bonn, París, Nueva York y Buenos Aires.

Nicholai no sabía qué contenían, pero ya tenía dinero suficiente como para financiar lo que se proponía hacer y como para que Solange y él viviesen con relativa comodidad y seguridad.

En lo que al tema de la seguridad se refiere, Nicholai se sintió encantado de encontrar lo que esperaba y lo que un hombre de la profesión de Voroshenin sin duda guardaría en un lugar inexpugnable: pasaportes.

Había un documento francés y otro alemán. Fue una ironía exquisita e involuntaria que también hubiese un tercer pasaporte, en este caso

costarricense, la nacionalidad que los americanos le habían prometido. Y hablando de ellos, Voroshenin había tenido la deferencia de incluir un pasaporte de Estados Unidos.

Estaba a nombre de «Michael Pine», residente en la neoyorquina Park Avenue.

Nicholai retiró el contenido de la caja de seguridad, lo guardó en su maletín y abandonó la cámara.

Laval lo estaba esperando.

—Por favor, me gustaría abrir una cuenta a este nombre —añadió Nicholai, y entregó el pasaporte americano al director de la entidad.

Laval abrió la cuenta. Nicholai se quedó con lo necesario para los gastos más inmediatos, depositó el resto y dio instrucciones a Laval para que lo transfiriese a la sucursal de Marsella.

Laval cumplió sus instrucciones al pie de la letra. Nicholai le deseó los buenos días y se fue.

Se reunieron en el despacho de Antonucci.

Mancini, Antonucci, Guarini, Rivieri, Sarti y Luciani, la totalidad de los dirigentes de L'Union Corse, se sentaron en torno a la mesa y prestaron atención a las palabras del invitado del capitán Signavi, el *amerloque* que se hacía llamar «señor Gold».

—El así llamado Michel Guibert es un valor activo de la Unidad Antidrogas Americana y ha sido enviado para infiltrarse en la conexión de heroína entre Indochina, Marsella y Nueva York —explicó Diamond.

Los corsos permanecieron en silencio unos segundos.

Transcurrido ese tiempo, Mancini opinó:

—Eso nos pasa por hacer negocio con forasteros.

—Parecía un joven respetuoso —intervino Antonucci, sacó un cigarro del humidificador y lo encendió con gran cuidado, sin revelar lo furioso que estaba por la mala pasada que el joven Guibert le había hecho.

—Son los tiempos que corren —terció Guarini a modo de consuelo.

—Hay algo más —añadió Diamond—. Su jefe es un americano que trabaja en Saigón con una tapadera del Servicio de Información de Estados Unidos.

—Haverford —masculló Mancini—. Lo sabía. —Se impuso otro silencio, bebieron los cafés expresos y fumaron lenta y deliberadamente—. Lo de Haverford tiene que parecer otra cosa, un robo..., habrá que usar a lugareños.

—¿Qué hay de Guibert? —quiso saber Antonucci.

—Es distinto, sabe cuidar de sí mismo —intervino Signavi.

Los hombres se ocuparon de digerir ese comentario.

—Le daré el trabajo a Cobra —anunció Antonucci.

Un francés taciturno y con sobrepeso aguardaba a Nicholai en el vestíbulo del Continental. Se incorporó lentamente del sillón y abordó al joven, que esperaba a que el recepcionista le entregase la llave de la habitación.

—¿*Monsieur* Guibert?

—Dígame.

El traje del desconocido estaba muy arrugado y sus intensas ojeras agudizaban la sensación de desgana colonial.

—Soy Patrice Raynal, del Servicio Francés de Documentación Exterior y Contraespionaje. Me gustaría hablar con usted.

—¿En el bar? —propuso Nicholai.

—¿Por qué no en su habitación? —preguntó Raynal—. Así tendremos intimidad.

Se trasladaron a la habitación de Nicholai. Raynal rechazó la bebida que le ofreció, se sentó en la primera silla que encontró y fue directamente al grano.

—Guibert, no me cae nada bien.

—¡Vaya! —exclamó Nicholai—. La mayoría de las personas esperan uno o dos días antes de decidir que les caigo mal.

—Porque no han tenido la ventaja de recibir telegramas hostiles de Moscú y de Pekín, en los que exigen su detención y extradición inmediatas, ni indagaciones del mismo tenor desde el palacio Norodom, reclamando la

identidad del francés que insultó al emperador e hizo desagradables insinuaciones a su acompañante. Tampoco han recibido informes de que vendió a los Binh Xuyen un cargamento de armas extremadamente letales y con toda probabilidad robadas ni de que realizó en avión un trayecto más que desaconsejable hasta Cap Saint Jacques.

—Los Binh Xuyen son sus aliados —afirmó Nicholai con tono afable.

El tono de Raynal sonó cansino:

—Como bien sabe, públicamente no lo son. El Gobierno francés no trata con piratas ni con traficantes de drogas. Guibert, esta misma mañana, incluso antes de que pudiera mejorar mi café con un chorrito vigorizante de coñac, tuve noticias de que cierto funcionario soviético, reconozco que de menor categoría y perteneciente a la delegación de Pekín, había perdido la vida en un hotel de mala muerte de Cholon, se supone que por suicidio, pero, como soy un cínico que las ha visto de todos los colores, no puedo dejar de pensar si su presencia en la misma ciudad solo es una coincidencia. Por lo visto tiene la costumbre de estar cerca cuando mueren los rusos.

Nicholai se sorprendió de la muerte de Leotov, pero su expresión no lo delató. Se preguntó si se debía a una sobredosis, a los rusos o a los chinos.

—Supongo que, sin ir más lejos, comparto esa coincidencia con algunos alemanes.

—Ingenioso —espetó Raynal—. A cada minuto que pasa me cae peor.

—¿Piensa detenerme? —preguntó Nicholai, harto de tantas fintas, aunque tuvo claro que la extradición a cualquiera de esas capitales comunistas supondría el fin de la partida.

—No —repuso Raynal—. No recibimos órdenes de Moscú ni de Pekín y, por ahora, tampoco de Washington. Por otro lado, ya no tiene nada que hacer en Saigón. Anoche consiguió un bonito regalo en el casino. Guibert, márchese lo antes posible.

—Bay Vien me dijo exactamente lo mismo.

—Y tiene razón —confirmó Raynal—. Lo que le ocurra me importa un bledo, simplemente no quiero que pase en mi parcela. Por decirlo con claridad, *lârguese. Va t'en.* —Se puso de pie y dio la sensación de que su

ropa estaba incluso más arrugada que cuando había llegado—. Antes de que se me olvide: deje en paz a la mujer de su excelencia.

Nicholai se acercó a la nota que había sobre la mesa de su habitación. En el caso de que la hubiese visto, Raynal no se había dado por aludido.

Abrió el sobre y leyó: «*Cine Catinat? A deux heures?*». Aunque no estaba firmada, la había escrito de su puño y letra.

Miró la hora. Tenía el tiempo justo para la cita en Sarreau y para ir después al encuentro con Solange.

126

Nicholai se acercó al mostrador de la farmacia Sarreau y pidió dos cajas de enterovioformo.

—¿Está mal del estómago? —preguntó el dependiente.

—De lo contrario no habría venido.

Pagó el medicamento, salió a la Rué Catinat y caminó hacia la piscina Neptuna.

El vietnamita que lo había seguido desde el hotel aún le pisaba los talones.

«Trabaje para el Viet Minh o para los franceses, habría que informar a sus jefes de que es un inepto —pensó Nicholai—, a no ser que lo que interese sea que lo descubran, en cuyo caso debería ser ascendido.»

Nicholai fue andando hasta la piscina.

Hacía un calor abrasador y la piscina estaba atestada. Los niños chapoteaban y molestaban a los nadadores que se empeñaban en hacer largos disciplinados en las calles señalizadas. Nicholai se situó bajo un plátano, en los bordes del pequeño parque, encendió un cigarrillo y paseó la mirada a su alrededor.

El seguidor hizo ademán de «desaparecer» en medio del gentío.

«Demasiados juegos para comercializar esos instrumentos de muerte», concluyó Nicholai.

Esperó un cuarto de hora, se hartó, se sintió contrariado y decidió que ya estaba bien. Se alejaba de la Neptuna cuando a su lado apareció un

vietnamita. Era un hombre muy bajo, que vestía camisa caqui, pantalón corto y sandalias de goma.

—Ha traído a un policía —se quejó el hombre.

—La policía suele venir por su cuenta —puntualizó Nicholai.

—Podría despistarlo fácilmente, pero usted... —insistió el vietnamita.

—Le pido disculpas por mi estatura.

—Compre cigarrillos.

—Ya es tarde para frenar mi crecimiento.

—Compre cigarrillos. —El vietnamita apuntó con el mentón hacia el estanco y se confundió con el gentío.

Nicholai caminó hasta el estanco. El propietario, un hombre mayor, le entregó un paquete de tabaco, en el cual habían anotado una dirección.

—Coja un *cyclo-pousse* —le aconsejó el anciano.

Nicholai volvió a salir a la calle y llamó a un bici-taxi. El primero de una larga fila que esperaba clientes se apresuró a recogerlo. Nicholai le dijo dónde iba y el chofer pedaleó hasta incorporarse al vertiginoso tráfico de Saigón.

Nicholai notó que el policía que lo seguía montaba en el siguiente bici-taxi, pero discutió con el chofer a gritos y sin dejar de agitar las manos. Cuando por fin logró que un chofer accediese a llevarlo, el vehículo de Nicholai ya había desaparecido.

Mientras cruzaban el puente Dakow para salvar el río Saigón y entrar en Cholon, Nicholai recordó un chiste malo: salvo en Shanghai, en todas las ciudades del mundo hay barrio chino.

Este no era distinto. Las casas de vecindad de tres plantas, pintadas de verde, azul y rojo intensos y con los diminutos balcones adornados con la ropa puesta a secar, se ladeaban sobre las estrechas calles como si estuviesen a punto de desplomarse. Daba la sensación de que en cada manzana había un pequeño templo budista o un santuario consagrado a un dios chino menor.

El chofer sorteó las calles atascadas y ruidosas y se detuvo frente a lo que parecía una sastrería. Cuando se apeó, Nicholai quiso pagarle, pero el taxista rechazó el dinero.

Entró en la tienda. De inmediato lo condujeron al cuarto trasero. Estaba alerta, pero no detectó peligro alguno. Al parecer, el Viet Minh no lo había llevado hasta allí para matarlo. Tal vez no sabía qué había pasado con las armas.

El hombre con el que se había cruzado cerca de la piscina ya estaba en la trastienda. No se identificó y soltó secamente:

—No acudió a la cita en Luang Prabang.

—No, usted es el que no acudió a la cita en Luang Prabang —puntualizó Nicholai.

—Asesinaron a nuestro hombre poco antes de que se presentara.

—Nadie me puede considerar responsable de esa negligencia.

—Es muy insensible.

—Me encargaré de que lo recuerde.

El enlace adoptó expresión de contrariedad ante la desagradable necesidad de verse obligado a tratar con ese mercenario.

—¿Dónde están las armas?

Nicholai llegó a la conclusión de que el Viet Minh no lo sabía o no estaba seguro. Necesitaba tiempo y espacio para concluir las maniobras en el tablero y colocar las piedras en posición.

—¿Dónde está mi dinero?

—Cuando recibamos las armas... —respondió el enlace del Viet Minh —. ¿Dónde están?

—En un lugar seguro —afirmó Nicholai.

—Hemos oído rumores según los cuales...

Por lo tanto, el Viet Minh estaba enterado de que Nicholai se había desplazado a Saigón en avión con los Binh Xuyen y los franceses, pero lo había confundido que estableciese contacto a través de la tienda de filatelia. «De lo contrario, el Viet Minh habría intentado matarme enseguida», dedujo.

—No hay que hacer caso de los rumores. Es una costumbre que relaja la moral.

—Se ha metido en un juego peligroso —advirtió el enlace—. Si ha vendido las armas a los Binh Xuyen, tendrá que responder de sus actos.

—Solo respondo ante mí mismo —replicó Nicholai—. Si no me equivoco, además del dinero está la cuestión del pasaporte.

—Recibirá el dinero cuando tengamos las armas y la nueva documentación cuando los lanzagranadas lleguen a su destino —añadió el enlace.

—¿Los recibirá Ai Quoc en persona?

El enlace no respondió.

Nicholai se dio cuenta de que era una respuesta bastante clara y de que tenía que tomar la ofensiva.

—Me proporcionará el dinero y la documentación en cuanto yo le entregue las armas.

—Me parece inconcebible.

—Déjese de tonterías, acabo de concebirlo —espetó Nicholai—. Puede parecerle improbable, inconveniente, incluso imposible, pero nunca inconcebible.

—Transmitiré su petición —accedió el enlace con tono cortante.

—No se trata de una petición, sino de una exigencia innegociable. — Nicholai se dio cuenta de que su actitud era demasiado occidental, antagónica y directa, pero no podía dedicar tiempo a la rebuscada cortesía asiática. Además, necesitaba que el Viet Minh creyese que la documentación le era imprescindible—. No vuelva a ponerse en contacto conmigo. Dentro de dos días me comunicaré con usted para que sepa dónde y cuándo haremos el canje. Si no trae el dinero, olvídense del trato. Si no trae la documentación, olvídense del trato. ¿Me ha entendido?

—Lo he entendido perfectamente.

—Me alegro —afirmó Nicholai—. Si me permite, tengo otro compromiso.

Cogió un *cyclo-pousse* para volver a la ciudad y se apeó cerca del cine Catinat.

La luz que se reflejaba desde la pantalla la tiñó de plateado.

Solange, que estaba sentada dos filas por delante, acomodó sus piernas largas en el estrecho pasillo, encendió un cigarrillo y miró la pantalla.

Simone Signoret era la protagonista de *París, bajos fondos*.

Se trataba de una historia del hampa en los tiempos de la *Belle Époque* que no interesó a Nicholai; se alegró cuando, al cabo de veinte minutos, Solange abandonó su butaca y dejó la sala. Esperó unos segundos y la siguió por la Rué Catinat. La francesa caminó deprisa, con grandes zancadas, y no miró hacia atrás hasta que llegó al hotel Edén Roe, donde se contempló en la puerta de cristal y lo vio reflejado.

Nicholai esperó a que Solange entrase, la siguió hasta el pequeño vestíbulo y vio al recepcionista vietnamita que sonreía al reconocerla y le entregaba su llave. De esa forma Nicholai se enteró de que esa era la dirección oficial de Solange, aunque supuso que pasaba la mayoría de las noches en palacio.

Solange subió en ascensor. Nicholai esperó y vio que la flecha de bronce situada por encima de las puertas se detenía en la segunda planta. Se dirigió a la pequeña tienda del vestíbulo, compró el *Paris Match* y leyó los titulares antes de dirigirse a la puerta de la escalera, franquearla y subir tras comprobar que ni el recepcionista ni el portero lo veían.

Atravesó el pasillo: la puerta de la habitación 231 estaba entreabierta. Esperó un par de segundos antes de entrar y dejó que sus sentidos

confirmasen que lo que percibía era el perfume de Solange.

Entró y cerró la puerta. Solange estaba de pie en la salita.

—Fue una tontería —afirmó la francesa y encendió un cigarrillo—, una tontería para nada interesante.

—¿A qué te refieres?

—A tu comportamiento de anoche.

«¡Qué bella es!», pensó Nicholai. Contempló su melena dorada, suavizada por la luz mortecina de la tarde, con la cadera inclinada por el enfado y los músculos de la pierna marcados por el tacón. Solange le dio la espalda, separó con los dedos las tablillas de la persiana de bambú y miró hacia la calle.

—¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que me muriera de hambre o viviese en la calle? —preguntó Solange.

—Yo no juzgo.

—¿Qué liberal eres! —se burló—. ¡Qué tolerante!

Nicholai se dio cuenta de que se merecía esa andanada. Preguntó.

—¿Te ha enviado Haverford?

—No —respondió Solange, que negó con la cabeza—. Fue otro, uno que se hace llamar «señor Gold». Organizó mi encuentro con Bao Dai. No sabía qué hacer. Desconocía si seguías vivo o habías muerto...

«Diamond es tan brutal como poco imaginativo —concluyó Nicholai—. Tiene la misma sutileza que un toro. Claro que los toros se vuelven peligrosos cuando se dan la vuelta, te enganchan y te cornean.»

—No te preocupes.

—Claro que me preocupo. Me han enviado para tenderte una trampa, ¿no? Aunque escapemos, me usarán para rastrearte. Nicholai, deberías olvidarte de mí. Vete y no vuelvas nunca más.

—No.

Solange volvió a mirar hacia la ventana. Nicholai concluyó que temía que la hubiesen seguido cuando salió del cine.

—Tengo que volver a la sala antes de que acabe la película.

—¿Para saber cómo termina?

Solange negó con la cabeza.

—La he visto dos veces y me hizo llorar.

—¿Y cómo reaccionarás esta vez?

—Es probable que vuelva a llorar.

Nicholai la abrazó y besó sus labios suaves y cálidos. Le apartó el pelo del cuello, lo besó y se vio recompensado con un suspiro. Entusiasmado, le bajó la cremallera del vestido y deslizó la mano por su espalda.

—No deberíamos hacer esto —murmuró Solange—. Es una locura. — De todas maneras, la francesa movió los hombros y dejó caer el vestido. Se desabrochó el sujetador y lo abrazó con los pechos al descubierto—. Me atraes tanto...

Nicholai la cogió en brazos y la condujo al dormitorio. La depositó sobre la cama, le quitó el vestido que se había enganchado a sus piernas y dejó al descubierto el liguero y las medias negras.

Solange separó las piernas, se quitó las medias y exclamó:

—¡Rápido!

Nicholai se bajó la cremallera del pantalón y cayó sobre ella. La penetró con un empujón y descubrió que ya estaba mojada y dispuesta a recibirlo. Solange lo aferró de las nalgas y lo estrechó contra sí.

—Córrete dentro de mí.

—¿Y tú?

—Por favor, quiero que te corras dentro de mí y con todas tus fuerzas.

La francesa tomó la delantera en la cópula y lo retuvo hasta que notó que Nicholai se inflamaba, alcanzaba el orgasmo y soltaba un gemido.

Permaneció tumbado y observó a Solange mientras se vestía. Estaba elegante hasta con la bata que se había puesto después de hacer el amor. La francesa se sentó en el borde de la cama y se puso las medias.

—¿Desayunamos mañana? —preguntó Nicholai—. He descubierto un lugar, La Pagode, donde sirven excelentes cruasanes.

—¿Me estás pidiendo una cita? —preguntó la francesa con ironía.

—Podemos ocupar mesas distintas —añadió Nicholai—. ¿O acaso el emperador te echará de menos?

—Estará ocupado con cuestiones políticas, intentando decidir si se deja mandar por los franceses o por los americanos.

—¿Y qué decisión tomará?

—Ninguna —replicó Solange, se puso en pie y pasó el vestido por sus caderas. Adoptó expresión de contrariedad, como si pensara que tenía las caderas demasiado anchas—. Los americanos decidirán por él..., mejor dicho, decidirán por todos.

—Por nosotros, no.

—¿Estás seguro? —Solange sonrió como una madre sonríe ante la fantasía heroica de un hijo pequeño.

—Claro.

La francesa se inclinó y lo besó.

—En ese caso, ¿qué decidiremos?

—Que estaremos juntos.

—¿En serio?

—En serio.

Ahora Nicholai tenía dinero, suficiente como para vivir felizmente con ella en un lugar seguro. Le habló de Voroshenin, de la vinculación que este había tenido con su madre y con la fortuna familiar, de la caja de seguridad, de las cuentas bancarias y de los pasaportes.

—Podemos ir donde nos apetezca, tal vez a Francia.

—Eso sí que me gustaría.

—Tal vez al País Vasco —añadió Nicholai—. ¿Te había contado que hablo vasco?

Solange se echó a reír.

—Nicholai, eso sí que es raro.

—Lo aprendí en la cárcel.

—Seguro... —ironizó—. Pues sí, hay que reconocer que el País Vasco es precioso. Podríamos comprar un *château* y vivir en paz... —La expresión de Solange se volvió más seria que nunca—. Te quiero.

—Te quiero.

La francesa se apartó de los brazos de Nicholai, fue a la salita, buscó el bolso y cogió el pintalabios. Regresó al dormitorio, se sentó frente al espejo

del tocador y rehízo su maquillaje.

—Me has corrido el pintalabios.

—Me alegro.

Solange se miró en el espejo y, satisfecha con su imagen, se puso de pie. Nicholai se levantó y la estrechó con todas sus fuerzas. La mujer aceptó el abrazo pero se apartó y lo mantuvo a distancia.

—Tengo que volver al cine.

—¿Cómo termina la película? —quiso saber Nicholai.

La risa de la francesa fue encantadora, y respondió que la heroína veía cómo mataban a su amante.

128

Aunque no le gustó bajar sigilosamente la escalera, Nicholai comprendió la preocupación de Solange, ya que Bao Dai no sería un cornudo comprensivo y, más que con él, se desquitaría con ella.

Deambuló calle abajo hasta el bar Sporting.

Haverford ya había llegado y bebía una cerveza bien fría. En la silla vacía que tenía al lado había una pequeña bolsa de papel.

Nicholai ocupó la mesa contigua y ambos miraron hacia la calle.

—En la ciudad solo se habla de usted —aseguró Haverford.

—Eso me han dicho.

—Es algo negativo en un hombre de su profesión. Por regla general y partiendo de la base de que es relativamente novato en esta actividad, conviene decirle que un «agente secreto» tiene que tratar de evitar la fama.

—Intentaré recordarlo. —Nicholai se volvió y miró a Haverford a los ojos—. Diamond ha traído a Solange a Saigón.

Haverford no lo sabía y la sorpresa, aunque quizá también la ira, demudó su expresión.

—Intenta rastrearlo.

—Debido a que...

—Nicholai, usted desapareció del radar —lo interrumpió Haverford—. Como sabe, la situación podría volverse extremadamente...

—No esperaban que sobreviviese en el templo de la Verdad Verde, ¿correcto? Diamond organizó todo para que me matasen.

Aunque a Nicholai le pareció imposible, lo cierto es que Haverford se sintió avergonzado.

—Nicholai, no fui yo.

—Los chinos me rescataron. ¿Por qué?

—Vaya usted a saber —respondió Haverford—. ¿Ha traído las armas hasta aquí? Vino a Saigón antes de saber que Solange estaba...

—Pues usted ya estaba aquí —afirmó Nicholai—. Ya lo sabía.

—Lo sospechaba —lo corrigió Haverford—. No sabía si usted estaba vivo o muerto...

—¡Qué curioso! Es la segunda persona que hoy me dice lo mismo.

—...Pero hice cuanto pude por entrar en la interesantísima mente de Nicholai Hel. Me senté frente al *go-kang* y jugué con sus piedras. Nicholai, era el único movimiento que le quedaba. —Tocó la bolsa que había dejado en la silla vacía y añadió—: Por decirlo de alguna manera, lo tiene en el bote. Aquí están el pasaporte costarricense a nombre de Francisco Duarte y las direcciones particulares de sus pretendidas víctimas. Váyase, lárguese enseguida y olvídense de Solange...

—Hoy no hace más que darme consejos.

—Es mi regalo de despedida —aseguró Haverford, y se puso de pie.

—¿Qué hay de Diamond?

—Me ocuparé de él. Tendré que librar una batalla entre servicios, pero lo lograré. Nicholai, se ha ganado la libertad. Disfrútela. *Sayonara*, Hel-san. Haverford se alejó andando.

Nicholai cogió la bolsa y miró el contenido. Tal como habían pactado, había un pasaporte y, lo que era todavía más importante, las señas de los que lo habían torturado en Tokio, Diamond incluido, en lo que le pareció una vida anterior.

Pidió una cerveza y la disfrutó a causa del calor asfixiante. La temperatura superaba los treinta y ocho grados y la humedad era tan alta como en la ducha. La atmósfera era agobiante y cualquier día empezaría a soplar el monzón. Deseó fervientemente perderselo y que para entonces Solange y él estuviesen en un avión, tal vez con destino a un lugar seco y soleado.

Fue tentador imaginar que podrían regresar a Japón. Tal vez la variedad de nuevas identidades se lo permitirían, pero se dio cuenta de que, por desgracia, el país había cambiado y ya no volvería a ser el mismo. Japón se había americanizado y no le apetecía verlo.

Además, tenía que resolver un pequeño asunto, mejor dicho tres asuntos, en Estados Unidos antes de decidir dónde instalarse. Claro que Solange querría una morada en la que vivir mientras él estuviese fuera.

Tal vez en Francia, quizás en un rincón del País Vasco.

«Al fin y al cabo, hablo ese idioma», se dijo.

Nicholai terminó la cerveza, pagó y salió a la calle. Solo había recorrido un par de manzanas cuando oyó que un coche se aproximaba a sus espaldas.

El sonido del motor cambió cuando el vehículo aminoró la velocidad para adaptarse a su paso. Nicholai no volvió la vista atrás, ya que se dio cuenta de que iban a por él y de que de nada serviría revelarles que lo sabía. Le bastó un vistazo a través del cristal de un escaparate para comprobar que se trataba de un Renault azul en el que viajaban el conductor y dos pasajeros.

Siguió andando. ¿De verdad pensaban cogerlo allí, en la Rué Catinat y al caer la tarde? ¿Le darían una paliza, lo secuestrarían o lo asesinarían? Puso el *Paris Match* sobre su pecho, fuera de la vista de los del coche, flexionó los brazos y lo enrolló hasta formar un cilindro rígido.

Entonces vio que dos hombres se le acercaban.

Uno de los desconocidos cometió un grave error: miró a Nicholai a los ojos. A renglón seguido elevó la mirada por encima de los hombros de Nicholai..., con lo que este supo que los pasajeros del Renault estaban en la acera, tras él.

«De modo que será un asesinato a navajazos..., o un secuestro, ya que el coche sigue avanzando en lugar de esperar a que los hombres terminen de apearse y salir pitando.» No se detuvo a comprobarlo.

En primer lugar se ocupó de los que tenía detrás. Movi6 la revista enrollada como si metiera el remo en el agua y golpe6 al primer atacante en la entrepierna; luego gir6 y movi6 la revista como un bate de criquet para

darle al segundo en el cuello. Ambos se desplomaron sobre la acera, el primero de dolor y el segundo desmayado.

Nicholai se agachó en la postura profunda del caballo, lanzó la revista por encima del hombro, alcanzó al tercer hombre en el ojo y le desencajó la órbita de la cuenca. El cuarto individuo se estiró y lo agarró del hombro. Nicholai soltó la revista, sujetó la mano del hombre, giró, le partió el brazo y lo arrojó al suelo.

Después echó a correr.

Abandonó la Rué Catinat y se internó por la calle lateral que apareció a su derecha. El coche lo siguió y las balas zumbaron cuando el conductor intentó esquivar el resto de los coches al tiempo que disparaba. Los transeúntes gritaron, se tiraron al suelo y se refugiaron en los portales, intentando librarse del plomo mientras Nicholai se abría paso como podía.

El Renault lo adelantó, subió a la acera y le cortó el paso.

El conductor apoyó la pistola en el borde de la ventanilla abierta y apuntó. Nicholai se arrojó al suelo y rodó hasta quedar bajo la portezuela del conductor del coche. El tirador movió la pistola de un lado a otro e intentó volver a localizar a su objetivo.

Nicholai se irguió, aferró la muñeca del tirador, empujó el brazo hacia abajo y lo partió a la altura del codo; luego lo levantó y empotró la culata de la pistola en la cara del hombre. Dio un salto, cogió del pelo al atontado conductor y le aplastó la cara contra la saliente de la ventanilla. Abrió la portezuela, lo arrastró hasta la acera y se sentó al volante.

Otro coche rugió calle arriba y por la ventanilla del asiento del acompañante se asomó un individuo que disparó con un subfusil Thompson.

Nicholai se tumbó sobre los asientos mientras las balas destrozaban el parabrisas y quedaba cubierto de cristales. Sujetó la pistola con una mano, estiró el otro brazo, abrió la portezuela del lado del acompañante y se dejó caer en el suelo. Con el coche acribillado como protección, reptó por la acera, levantó la cabeza y descubrió que ante él se había parado un sorprendido mensajero montado en motocicleta.

—Le pido mil disculpas —dijo Nicholai, se lanzó sobre el mensajero y lo apartó de la moto.

Montó de un salto y se largó a toda velocidad. El conductor lo vio y lo persiguió.

Nicholai se agachó tanto como pudo por encima del manillar de la moto y las balas zumbaron sobre su cabeza. Las sirenas de la policía resonaron más fuertes que los gritos y las exclamaciones de los transeúntes mientras Nicholai serpenteaba en medio del tráfico y el coche que lo perseguía le pisaba los talones.

Necesitaba crear un poco de espacio.

Pensó en el tablero de go, en el que existían dos maneras de lograrlo. La tradicional y previsible consistía en poner una piedra lejos del adversario: en este caso significaba acelerar con la moto para tratar de ganar terreno.

La otra vía aconsejaba eliminar la piedra más próxima del adversario.

Nicholai redujo la velocidad para permitir que el coche se aproximase, giró bruscamente el manillar, dio la vuelta y arremetió contra el Renault. Disparó con una mano, con la otra accionó el acelerador y se dirigió en línea recta hacia el sorprendido conductor, como un kamikaze decidido a vender su vida al precio más alto que quepa imaginar.

El tirador disparó una vez más antes de saltar del vehículo. El conductor se agachó tras el volante.

En el último momento, Nicholai giró, pasó a pocos centímetros del coche y se internó en medio del tráfico de la Rué Catinat. Se mezcló con el caos de la hora punta, bajó hasta el puerto, cruzó el puente y entró en Cholon.

El tigre gruñó.

Al principio Nicholai se sobresaltó porque no estaba en una selva perdida, sino en una ciudad densamente poblada. Al cabo de un rato recordó que Bay Vien tenía un zoo particular en su extensa finca de los límites de Cholon. Nicholai permaneció inmóvil unos segundos y luego avanzó junto a la alta tapia de piedra de la fortaleza urbana de Bay Vien.

Durante las horas crepusculares había permanecido oculto en los oscuros rincones de la pagoda Quan Am de la calle Lao Tu, en el corazón de Cholon. Los pocos peregrinos que entraron para rendir culto al Buda amithaba se inclinaron, entonaron *Namu Amida Butsu* y no le prestaron atención. Cuando el sol se puso y el distrito solo quedó iluminado por lámparas de aceite, Nicholai se arriesgó a salir. De todas maneras, recorrió las callejuelas estrechas y evitó las proximidades de Le Grand Monde y Le Parc Aux Buffes.

De momento, no podía saber quién había intentado matarlo o secuestrarlo. Podía tratarse de Bao Dai, de Diamond o de Haverford. El ataque tuvo lugar diez minutos después de que el americano se reuniera con él en el bar Sporting y se marchase. El siempre eficiente Ellis Haverford no había perdido un segundo.

De todas formas, Nicholai no lo sabía a ciencia cierta.

Tal vez tenía que ver con la Sûreté o con el Deuxième Bureau. Hasta podía haber sido el Viet Minh..., en el supuesto de que hubiesen llegado a la

conclusión de que los había traicionado.

Esperó a que cayera la noche y se dirigió a la finca palaciega de Bay Vien. «¿Y si fue Bay Vien quien decidió que me mataran? —se preguntó Nicholai—. En ese caso, soy hombre muerto.»

Pasó por una cocina al aire libre, cogió un trozo de carbón todavía tibio y se lo guardó en el bolsillo. Cuando llegó a la propiedad, se agazapó junto a la tapia, cogió el trozo de carbón, lo usó para ennegrecerse la cara y las manos y lo arrojó hacia los matorrales.

Una hilera doble de alambre de espino rodeaba la tapia de dos metros y medio de altura; sobre la piedra habían pegado con mortero astillas de cristal, en su mayor parte fragmentos de botellas de Coca-Cola. A un lado de la verja de hierro que protegía la entrada principal se alzaba una voluminosa torre de vigilancia y los reflectores barrían el terreno como en los patios de las cárceles.

No tenía más alternativa que saltar la tapia.

Le dio pena sacrificar la chaqueta hecha a medida, pero se la quitó, esperó a que el reflector terminase de trazar un arco y la echó sobre el alambre. Dio un salto, se sujetó a la chaqueta enganchada en las púas del alambre y escaló hasta lo más alto. Permaneció donde estaba, en un equilibrio precario, hasta que el reflector concluyó su siguiente recorrido y entonces se dejó caer.

Algo a sus espaldas se movió.

Nicholai ahogó un grito cuando la boa constrictor zigzagueó bajo su cuerpo y sus potentes músculos rozaron las costillas del joven. El ofidio rondaba los cuatro metros y brillaba a la luz de la luna. Volvió la cabeza, contempló unos segundos a Nicholai y movió la lengua para averiguar si ese ser sería una buena cena.

—No —murmuró Nicholai.

La boa se alejó mucho más despacio de lo que a Nicholai le habría gustado. Un *sensei* la habría considerado un presagio; por su parte, un *sifu* chino le habría dicho que imitase a la serpiente, ya que es uno de los cinco animales modélicos del kung-fu de Shaolin.

Por lo tanto, Nicholai se tornó serpentino cuando se deslizó por el cuidado jardín y el césped, humedecido por el rocío vespertino, le empapó la camisa. Se mantuvo pegado al suelo y permaneció inmóvil y con la cara contra el césped cada vez que el reflector lo iluminó.

Fue entonces cuando vio al tigre.

Se encontraba en una jaula, más o menos a quince metros a su izquierda.

Lanzó un gruñido ronco y amenazador, y Nicholai experimentó un miedo cerval, supuso que un vestigio atávico de los tiempos en los que nuestra especie habitaba en los árboles. Era hermoso contemplar los ojos del tigre, resultaban encantadores en el verdadero sentido de la palabra. Nicholai se sintió atraído por el felino.

«¿Es lo que suele ocurrir? —se preguntó—. ¿El puro pasmo te deja paralizado en el altar del sacrificio justo antes de morir? ¿Te percatas de la inmensa grandeza del mundo justo antes de dejarlo?»

Hizo frente a la furibunda mirada del tigre.

«Dos predadores que se encuentran en la noche...», pensó.

En ese instante evocó el secular adagio chino: «Cuando los tigres luchan, uno muere y el otro resulta mortalmente herido».

Decidió que le convenía recordarlo.

Saludó al tigre enjaulado con una inclinación de cabeza y reanudó su lento reptar.

Se detuvo a treinta metros de la casa y estudió a los guardias que patrullaban el perímetro. Había cuatro, que se entrecruzaban en sus recorridos alrededor de la casa. Armados con fusiles americanos, se movían sin hacer ruido y no hablaban cuando se cruzaban, se limitaban a mover la cabeza para confirmar que todo estaba en orden.

«Lo bueno de los guardias es que te señalan el objetivo», se dijo Nicholai. Cada uno cuadraba ligeramente los hombros y mantenía el fusil preparado al pasar frente a cierta ventana de la primera planta. A través de la cortina de esa habitación se veía una luz encendida. La ventana estaba abierta, aunque protegida por una reja de hierro.

Bay Vien estaba en casa, en su dormitorio.

Con paciencia infinita y con agradecimiento hacia los maestros japoneses que le habían inculcado esa virtud, Nicholai reptó lentamente en círculo alrededor de la vivienda y buscó un punto débil.

Lo encontró en la parte trasera, junto a la cocina.

En un taburete colocado al aire libre, al lado de la puerta abierta, estaba sentado el cocinero de chaqueta blanca. Cabizbajo y con los codos apoyados en los muslos, el hombre fumaba un cigarrillo.

Nicholai se acercó a rastras y percibió el aroma característico de la *nuoc mom*, la sopa de pescado que formaba parte de la dieta básica de los campesinos vietnamitas. Nicholai volcó su concentración en el sentido del oído y escuchó. El cocinero mantenía una relajada charla con alguien que se encontraba en la cocina. Por suerte, habló en chino, y Nicholai se enteró de que el que estaba adentro era un subordinado, un criado llamado Cho, y que la sopa estaba casi lista, por lo que el muchacho no debía desaparecer y echar un sueñecito en un rincón si deseaba conservar los testículos.

Nicholai esperó y cronometró la ronda de los guardias hasta que comprobó que se producía una pausa de treinta segundos en la puerta de la cocina.

Cerró los ojos y ordenó a su mente que le concediese cinco minutos de descanso. Consciente de que estaba fatigado por el combate en la calle y por su huida a Cholon, supo que debía recuperar energía, pues el siguiente ataque debía ser rápido y certero.

Cuando despertó, vio que el cocinero había terminado el cigarrillo y había entrado en la cocina. Se incorporó sobre los antebrazos y esperó la llegada del siguiente guardia. El centinela se acercó a la puerta de la cocina y... se detuvo cuando el cocinero se asomó y le entregó algo que parecía un trozo de pescado. El guardia se colgó el fusil del hombro, le dio las gracias, hizo un alto en el camino y comió.

«¡Maldición!», exclamó Nicholai para sus adentros, volvió a tumbarse y esperó.

Aunque el centinela comió deprisa, el ritmo de la rotación se rompió y los guardias tardaron media hora en recuperarlo. Solo entonces, Nicholai

aguardó a que un centinela pasase junto a la cocina, se puso en pie de un salto y corrió hacia la puerta.

Concentrado en remover la sopa, el cocinero no se enteró de nada. Nicholai le asestó un puñetazo en la nuca, lo cogió antes de que cayese sobre los fogones, lo arrastró hasta un rincón y lo depositó delicadamente en el suelo.

Habría sido más fácil matarlo, pero se trataba de un inocente y sabía que Bay Vien no perdonaría el asesinato de uno de los suyos.

Nicholai se situó detrás de la puerta que conducía a la casa y gritó en chino:

—¡Cho, perezoso inútil! ¡La sopa está lista!

El joven camarero se acercó corriendo, se topó con el golpe de *shuto* de Nicholai y se desplomó.

Nicholai se aplastó contra la pared hasta que el siguiente centinela pasó por el jardín; en un gancho de la despensa encontró una chaqueta de camarero un poco más grande, se acomodó en la cabeza el gorro negro y redondo, colocó dos cuencos de sopa en la bandeja y se dirigió a la escalera.

El guardia apostado al pie de la escalera asintió bruscamente y parpadeó al reparar en la peculiar altura del camarero.

Ya era demasiado tarde.

Nicholai le asestó un golpe de zarpa de leopardo, con los dedos doblados sin llegar a cerrarlos para formar el puño. Sus nudillos golpearon la nariz del guardia, con la fuerza suficiente para empotrar el hueso en el cerebro, pero sin la contundencia necesaria para matar. Nicholai lo cogió con el brazo en el que no llevaba la bandeja y lo depositó suavemente en el suelo para que el arma no hiciese ruido. Le quitó la pistola del calibre cuarenta y cinco, se la guardó en la manga y subió la escalera.

La sensación de proximidad le indicó que había otro guardia a la puerta de la habitación de Bay Vien.

El centinela oyó sus pasos y preguntó:

—¿Cho?

—Traigo la cena del amo.

—Ya tocaba.

Tal como Nicholai temía, la puerta se encontraba en la otra punta del pasillo, por lo que el guardia tendría tiempo de sobra para darse cuenta de que no era Cho. Maldijo su voluminosa osamenta occidental, hundió el mentón en el pecho y albergó la esperanza de ganar unos segundos decisivos.

Volvió a mirar hacia arriba, cogió una cuchara y la lanzó de la misma forma que una estrella ninja, al mismo tiempo que el centinela desenfundaba la pistola. La cuchara lo alcanzó en el ojo y le echó la cabeza hacia atrás.

El disparo salió para arriba.

Nicholai se acercó de un salto, lo sujetó de la muñeca con la que empuñaba el arma y tiró hacia adelante. En cuanto notó que el guardia reculaba, fluyó con él, se dejó llevar y le retorció el brazo en un círculo completo hacia atrás hasta que oyó que el hombro se le dislocaba. A continuación invirtió el movimiento, hizo tropezar al guardia, lo arrojó al suelo y le golpeó el cuello.

Pasó por encima del guardia tumbado, cogió su pistola y de una patada abrió la puerta de la habitación.

130

Bay se incorporó en la cama y con su pistola apuntó al pecho de Nicholai. La bella asiática que lo acompañaba se tapó con la sábana.

—Mis amigos suelen tocar el timbre —afirmó Bay.

—No estaba seguro de seguir siendo su amigo.

—Por si no lo sabe, bastará con que dé un grito para que los guardias vengan y lo arrojen al tigre —precisó Bay.

—Pero no vivirá para verlo.

El cabecilla de los Binh Xuyen frunció el ceño.

—Por el ruido deduzco que ha derramado la sopa.

—Eso me temo.

—Michel, es un engorro. —Bay Vien dio un codazo a la mujer que tenía al lado—. Querida, vístete y vete. Tengo que hablar en privado con este descortés invitado. —La mujer se estiró, rescató del suelo la bata y se la puso—. Baja y dile al cocinero que queremos sopa. Michel, ¿el cocinero sigue con vida?

—Sí.

—Vete.

La mujer pasó junto a Nicholai, que, pocos segundos después, la oyó corretear por el pasillo.

—La pistola pesa cada vez más —se quejó Bay—. ¿Bajamos las armas? No nos vamos a matar entre nosotros, ¿verdad?

—Supongo que no —replicó Nicholai, y bajó lentamente la pistola.

Bay Vien lo imitó.

—Con esa chaqueta está ridículo.

—Me siento ridículo.

—¿Le molesta que me vista?

—En realidad, prefiero que lo haga.

Bay Vien se levantó, se dirigió al cuarto de baño y poco después salió cubierto por una bata de seda negra con un dragón bordado en rojo y verde. Se ató el lazo a la cintura y al pasar junto a Nicholai propuso:

—Bajemos al comedor. —Pasó por encima del guardia atontado que seguía en el suelo y se masajeaba el cuello—. Inútil comemierda. Deberías convertirte en alimento de *Beauty*.

—¿Su tigre? —quiso saber Nicholai.

—Tigresa en realidad. ¿No le parece bellísima?

Nicholai lo siguió escaleras abajo. La sopa estaba deliciosa. Servida por un acobardado Cho y por el cocinero bastante resentido, llegó caliente y humeante a la mesa de teca del comedor. Bay Vien aseguró a Nicholai que había dicho al cocinero que le cortaría los huevos si se atrevía a escupir en la sopa de su invitado.

Bay movió hábilmente los palillos y cogió trozos del exquisito pescado.

—Se ha ido a la cama con la mujer del emperador... —dijo Bay, y negó con la cabeza—. No está nada bien. —Nicholai se dijo para sus adentros que no se trataba de la mujer del emperador, sino de la suya. El jefe de los piratas prosiguió—: En mi prostíbulo hay cincuenta y siete chicas francesas, pero se obstinó en conseguir precisamente a esa mujer.

—¿Lo sabe Bao Dai?

—No tengo ni idea, pero yo lo sé. Bao Dai me pidió que la vigilase. Por si le interesa, yo no se lo he dicho.

—¿Quién intentó matarme?

Bay se encogió de hombros.

—A mí no me mire.

—¿No se debe a una orden de Bao Dai?

—Tal vez, pero a mí no me la dio. Supongo que está contrariado porque no manipulé la baraja contra usted. Es posible que ya no confíe en mí.

—Tengo que pedirle un favor —añadió Nicholai.

Bay Vien se encogió de hombros y comió sopa. Al final dejó los palillos sobre la mesa, cogió el cuenco y sorbió el caldo.

—¿Se atreve a entrar por la fuerza en mi casa, golpea a mi personal, da un susto de muerte a mi acompañante, me apunta y me amenaza con usar un arma de fuego y, por si eso fuera poco, me pide ayuda? Encima lo hace después de quedarse con el dinero de mi socio más importante, tirarse a su mujer, provocar el caos y cargarse a gente en las calles de Saigón. Por no hablar de que lo hace después de cargarse a un ruso, o al menos eso se supone, y de que medio mundo clame por su sangre. Michel, tiene los cojones de acero. Debería meterlo en la jaula de *Beauty* y dejar que le hinque los dientes.

—Pero no lo hará —aseguró Nicholai.

—¿Qué es lo que quiere?

«Mi vida y, sobre todo, mi honor», pensó Nicholai.

—Vuelva a venderme las armas. Estoy dispuesto a ofrecerle modestos beneficios por las molestias que se ha tomado.

—¿También está dispuesto a morir?

—Sí.

Bay Vien lo observó atentamente durante varios segundos.

—Le creo. Dígame una cosa, en el caso de que le venda las armas, ¿qué se propone hacer con ellas?

—Entregárselas al cliente original.

Bay se mostró sorprendido.

—¿Al Viet Minh? ¿Por qué?

—Porque di mi palabra.

—Esa es la razón por la que usted debe hacerlo —puntualizó Bay—. ¿Cuál sería la mía?

—Sea lo que sea o lo que no sea, lo considero un hombre de honor y me debe la vida —respondió Nicholai.

—El Viet Minh es el enemigo.

—A día de hoy, sí —coincidió Nicholai—. Hace cuatro años eran aliados. ¿Qué pasará de aquí a cuatro años? Tarde o temprano, Bao Dai irá a

por usted y, si no lo hace, lo buscarán los americanos. Además, el Viet Minh ganará.

—Es lo que usted cree.

—Usted también —afirmó Nicholai—. De todas maneras, se trata de especulaciones. La única pregunta que cabe hacerse es si respetará la deuda que tiene conmigo.

—¿Ya le he dicho que es un amigo difícil?

—Sí.

—Le debo la vida —reconoció Bay—, pero eso es todo. Estamos en paz.

—Se lo agradezco.

—Lo sacaré de la ciudad —apostilló Bay—, al menos hasta que lo embarquemos o encontremos otra solución.

Nicholai negó con la cabeza.

—Tengo que volver a Saigón.

—¿Se ha vuelto loco? La mitad de Saigón lo busca para matarlo..., y la otra mitad lo busca para venderlo a los que quieren matarlo.

—Tengo que ponerme en contacto con alguien.

Bay adoptó expresión de contrariedad.

—¿Se refiere a esa mujer?

Nicholai no respondió.

131

La habitación del burdel era pequeña pero suficiente.

«Al fin y al cabo, las prostitutas acaban en los burdeles», pensó Nicholai.

Su cuarto estaba al final de un pasillo largo y estrecho; había una cama con dosel; tanto las paredes como el techo estaban revestidos de espejos.

«Nuestros huéspedes son narcisistas», había explicado Momma, que también dirigía ese local. Su silencio había sido generosamente comprado y garantizado con la promesa de que sufriría una exfoliación atroz en el caso de que se le escapara algo sobre la presencia de Nicholai. «Les apetece admirar desde distintos ángulos la belleza de su propio clímax.»

A Nicholai le resultó inquietante su autoimagen constante e ineludible. Mirara donde mirase, veía una versión un tanto distorsionada de su persona. Tampoco podía marcharse, por lo que estaba encarcelado en el dormitorio con baño incorporado y revestido de espejos, que incluía bañera, lavamanos y bidé. Le llevarían la comida a la habitación y ya podía olvidarse de estar al aire libre.

—En lo que al resto de sus necesidades se refiere, lo tengo todo pensado —explicó Momma con tono lascivo.

—No tengo más necesidades —puntualizó Nicholai.

—Las tendrá —aseguró la *madame*, y cerró la puerta al salir.

Haverford apostó un puñado de piastras a la ruleta, perdió, se hartó y decidió hacer noche en Le Parc Aux Buffes.

Salió a la calle en busca de un taxi y pensó en Nicholai Hel.

Todos los periódicos se habían hecho eco del espectacular tiroteo en plena calle y decían que el intento de asesinato y posible secuestro de Michel Guibert, el respetado empresario francés, había sido un acto terrorista cometido por el Viet Minh. A pesar de que había sobrevivido al ataque inicial, el hombre de negocios había desaparecido y los funcionarios franceses temían que hubiese caído en manos de terroristas comunistas.

Haverford se dio cuenta de que había sido obra de Diamond.

En ese momento, Hel estaba muerto o metido en una jaula para tigres y sometido a interrogatorio. También cabía la posibilidad de que estuviese con vida y oculto. En ese caso, se había esfumado, pues Haverford había pedido a todas sus fuentes que intentasen localizarlo vivo o muerto... y no habían encontrado nada.

Hel tampoco había tratado de establecer contacto, lo que significaba que Nicholai ya no confiaba en él; tal vez consideraba a los americanos responsables del intento de asesinato. Era un error encariñarse con un valor activo, pero lo cierto es que Haverford había acabado, como mínimo, por apreciar a Nicholai Hel.

La navaja brilló en la oscuridad.

De haber transcurrido otro segundo, le habría abierto el cuello hasta el hueso, pero Haverford la vio y se apartó. Sufrió el ataque de un segundo agresor, al que bloqueó con la muñeca, pero notó el navajazo y gritó de dolor y de furia.

Los marines lo habían adiestrado bien.

Aferró la mano que esgrimía el arma, se volvió, hizo volar al atacante por encima de su hombro y lo arrojó a la acera. El desconocido cayó boca arriba; Haverford le pisó el cuello y sacó la pistola del interior de su chaqueta.

El tercer asaltante huyó, pero el segundo volvió a intentarlo; Haverford le disparó al pecho.

Para entonces, los guardias de los Binh Xuyen habían salido de Le Parc Aux Buffes.

—Son ladrones —afirmó uno de los guardias.

—¿Está seguro? —preguntó Haverford. Respiraba con dificultad, la sangre le había empapado la manga de la chaqueta, el efecto de la adrenalina comenzaba a pasar y se dio cuenta de que no tardaría en sentir dolor. Miró el corte que tenía y dijo—: Tendrán que darme varios puntos.

Un atacante había muerto, el otro había huido y los Binh Xuyen esgrimieron las porras de bambú ante el que empuñaba la navaja.

—Vivo, lo quiero vivo —dijo Haverford.

El americano se dijo que sus agresores no eran ladrones, para nada.

Un ladrón que estuviese en su sano juicio no intentaría birlar una cartera a las puertas de Le Parc Aux Buffes; solo un loco trataría de robar a un cliente de Bay Vien.

Los guardias se llevaron al hombre a rastras.

Antonucci miró a sus chicas mientras tocaban. Había ambiente en el cabaré, pese a ser noche de jueves; se había llenado de paracaidistas franceses y legionarios que bebían a gusto, y Antonucci estuvo atento, pues no quería que armasen gresca en su local. De momento se comportaban y probablemente seguirían haciéndolo, ya que temían que les prohibiesen la entrada y así perder el derecho a contemplar a las guapas músicas. Seguramente más tarde se encaminarían a un prostíbulo para apagar las llamas que sus chicas habían encendido... y otra gente se beneficiaría.

«Amén, es pecado traficar con la carne», pensó Antonucci.

Encendió una cerilla e hizo girar la punta del cigarro sobre la llama. Eran cubanos, un habano de los de verdad.

Miró la hora y se dijo que para entonces aquel americano putaño estaría pagando por sus pecados. Habían enviado a tres de sus mejores hombres y les habían dado instrucciones de que pareciera un robo. A Bay Vien no le gustaría, pero que... se fuera a freír espárragos. Tarde o temprano tendrían que encargarse de esa rata de las calles de Cholon.

Matarlo sería mucho más difícil que cargarse al americano Haverford.

«Los *amerloques* son realmente chapuceros, torpes y patéticos cuando de intrigas se trata —pensó mientras aspiraba aquel aromático humo—. Hacen falta siglos, generaciones de conexiones familiares, para crear la cultura de la conspiración. Con su ingenuidad juvenil y su mestizaje, Estados Unidos es una herramienta roma que resulta imposible afilar. En

Asia es como un sordo en un concierto sinfónico. Ahora que Haverford yace en la calle, la policía francesa presentará sus disculpas, se encogerá de hombros con típica indiferencia gala y la Operación X seguirá adelante. El opio llegará a través de los militares franceses en lugar de por intermedio del Viet Minh, viajará en barco a los laboratorios marseleses donde lo convertirán en heroína y acabará por llegar a las calles de Nueva York. Ganaremos dinero y la vida seguirá como siempre..., al menos para algunos.»

Antonucci se dio el lujo de contemplar las estilizadas piernas de la saxofonista. «Puede considerarse afortunada de estar sentada. Se lo pensará mucho antes de volver a hacer ojitos a un apuesto desconocido.»

El corso se preguntó qué habría sido de Guibert. Era evidente que el artículo del periódico sobre la intervención del Viet Minh era un bulo francés. Circulaban rumores de que Guibert se lo había montado con la última amante de Bao Dai, por lo que había agravado su error de avergonzarlo en la mesa del casino y quedarse con su dinero. Vaya, Bao Dai había ordenado el asesinato de Guibert para recuperar los huevos, pero sus chicos la habían fastidiado. «El emperador tendría que haber apelado a nosotros», concluyó.

Antonucci volvió a concentrarse en Yvette, la saxofonista: «Es posible que esta noche le pegue un polvo para demostrarle que no estoy resentido. Es muy sensible, tiene la piel fina y todo la irrita».

Vio que Mancini franqueaba la puerta y lo buscaba con la mirada. En ese momento el jefe de L'Union Corse lo avistó y meneó la cabeza.

El gesto fue tan sutil que solo un viejo amigo podía saber su significado.

Antonucci se cabreó: el intento de cargarse al americano había fracasado.

Para De Lhandes había sido un buen día de cobro, tan bueno que pasó de largo ante Le Parc Aux Buffes y enfiló directamente a la Casa de los Espejos, donde dejó buena parte de las ganancias a cambio de una muchacha cingalesa de habilidades y belleza tan exquisitas que lo llevó a considerar la posibilidad de la existencia de una divinidad benévola.

El belga se vistió, besó a la muchacha en la mejilla, dejó una propina generosa sobre la mesilla de noche y salió. Se dijo que no era demasiado tarde para degustar una sopa *pho* en La Bodega.

«Así soy yo —pensó con nostalgia mientras cerraba la puerta—: tengo aspiraciones de *gourmand* y cartera de campesino que come lo que puede.»

Una manaza le tapó la boca, notó que unos brazos fuertes lo separaban del suelo y de repente se encontró en una habitación.

—Para variar, cierre el pico —le pidió Nicholai.

135

Haverford se agachó junto al atacante que quedaba, le puso un cigarrillo en la boca y lo encendió.

—¿Habla francés? —Aterrorizado, el hombre asintió—. Me alegro. Escuche, *mon ami*, le haré una propuesta. Puedo sacarlo de la mierda en la que se ha metido...,no estoy resentido, sé que solo fue un encargo, ¿no? También puedo marcharme y dejar que los Binh Xuyen se ocupen de usted. Decida.

—¿Qué tengo que hacer?

—Hacer, hacer, nada —precisó Haverford—. Solo tiene que decirme algo.

—¿Qué quiere que le diga?

—¿Quién lo ha contratado?

—Los corsos —reconoció el hombre con tono ronco.

—¿Quién...? —repitió Haverford, pues estaba sorprendido.

—L'Union Corse —contestó.

Mientras dejaba a De Lhandes en el suelo, Nicholai dijo:

—He puesto mi vida en sus manos.

Sabía que llevar al enano por los aires de esa forma había sido grosero y ofensivo, pero no tenía otra alternativa.

—¡Por el coño sifilítico de una fulana marsellesa...!

—Son muchos los que pagarían bien por conocer mi paradero — aseguró Nicholai.

—Es cierto —farfulló De Lhandes, todavía enfadado por la manera brusca en la que había sido tratado—. En ese caso, ¿por qué ha puesto su vida en mis manos?

—Porque necesito un aliado útil en el que pueda confiar.

—Reconozco que soy útil y, si a eso vamos, extraordinariamente útil — espetó el belga—. ¿Por qué cree que puede confiar en mí?

Nicholai se dio cuenta de que todo dependía de su respuesta, por lo que pensó muy bien en lo que estaba a punto de decir.

—Porque usted y yo somos iguales.

De Lhandes echó un vistazo a ese hombre apuesto, alto y de hombros anchos. Nicholai lo vio sacar pecho.

—Me cuesta creerlo.

—Pues créalo —replicó Nicholai. Una vez tomado ese camino, ya no podía dar marcha atrás. Tanto su vida como la del belga estaban en la cuerda floja, así que el enano tendría que salir de allí convertido en aliado o

no saldría. Nicholai tenía que ganarse su confianza o matarlo—. Mire más allá de las diferencias evidentes y se dará cuenta de que estamos hechos de otra pasta. —Se percató de que ese comentario capturaba la imaginación de De Lhandes y continuó—: Yo soy un occidental criado en Oriente y en Occidente, usted es...

Se dio cuenta de que debía elegir con sumo cuidado sus palabras, pero fue De Lhandes quien terminó la frase:

—Soy un hombre pequeño y feo en un mundo de personas altas y hermosas.

—Ambos estamos siempre fuera y miramos hacia dentro —replicó Nicholai—. Por lo tanto, podemos permanecer en la periferia del mundo de los demás y mirar hacia adentro o crear nuestro propio universo.

—¿Crear nuestro propio universo? —repitió De Lhandes con tono de mofa.

Nicholai se percató de que el belga estaba intrigado.

—Desde luego. Si está satisfecho con el que ya tiene, si le basta con algún que otro encuentro con una prostituta de categoría o con una exquisita comida que de vez en cuando alguien le echa como quien tira un hueso a un perro, adelante. De lo que hablo es de hacerse rico, de tener la clase de riqueza que permite llevar una vida digna y, por decirlo de alguna manera, de calidad.

—¿Cómo? —quiso saber De Lhandes.

—Es arriesgado.

—¿Acaso tengo algo que perder?

Nicholai pensó que el belga no tenía nada que perder, pero que él podía perderlo todo, incluida la vida. «Si te dejo salir de aquí y me equivoco, soy hombre muerto.» Comprendió que era demasiado tarde para echarse atrás y añadió:

—Necesito que haga algo.

Entregó a De Lhandes los papeles de Voroshenin y le pidió que se pusiera en contacto con Solange.

Bernard de Lhandes salió del prostíbulo y cogió un *cyclo-pousse* para regresar a la ciudad.

«¡Por las nalgas tumefactas de un obispo, se trata de una elección difícil!»

El paradero de Guibert valdría lo que una cingalesa, tal vez lo mismo que una mujer de las Seychelles, célebres por sus habilidades y secretos sexuales, más una cena con vino en Le Perroquet. Se le hizo agua la boca al recordar la carta de vinos que en cierta ocasión el *sommelier* le había permitido hojear.

Superaba todo lo imaginable.

Claro que, para disfrutarla, había que estar vivo y, a juzgar por la expresión de Guibert, eso ya no estaba tan claro. Por todo Saigón se hablaba de que se había librado de los asesinos y de que había dejado varios muertos en la calle.

Guibert no era un hombre al que traicionar.

«De todas maneras, si traficas con esta información concreta, no tendrás que preocuparte por su venganza. En realidad, la pregunta es a quién abordas, lo que depende de quién llevó a cabo el intento fracasado.»

Abundaban los rumores.

Había quienes decían que el propio Bao Dai había ordenado el asesinato como merecido castigo por haberle ganado en la mesa de juego; otros afirmaban que Guibert había logrado separar los muslos esbeltos y blancos

de la querida del emperador y que el ataque había sido un intento de Bao Dai por quitarse los cuernos.

«¡Por los brazos ausentes de la Venus de Milo, habría valido la pena morir a cambio de catar los encantos de Solange!»

De Lhandes se puso a pensar en las cosas prácticas. ¿A quién vendía el paradero de Guibert? Todos pagarían bien, sobre todo porque sabían que podían revender la información al mejor postor. Se planteó para qué venderla al por mayor cuando si lo hacía al pormenor resultaría mucho más lucrativa. En ese aspecto, Guibert tenía razón, no tenía por qué aceptar migajas.

Se recostó en el asiento y recapacitó.

El *cyclo-pousse* cruzó el puente y se internó en Saigón.

Antonucci observó a la rubia que se sentó en el taburete y que se sujetó las medias al ligero.

Estuvo en un tris de volver a tener otra erección, pero ya estaba satisfecho.

La chica había tocado muy bien el saxofón. Luego el corso la había tumbado sobre el escritorio y le había hecho cuanto le vino en gana, de modo que la música ya sabía quién era el jefe y no se sentía desatendida. Mientras esperaba a que la muchacha terminara de vestirse y se fuera, cerró el despacho y salió por la puerta de atrás.

Aunque no oyó nada, Antonucci notó la pistola que le apoyaron en la espalda.

—Viejo, ¿qué tal sus riñones? —preguntó un hombre en francés, aunque con marcado acento americano—. ¿Todavía mea bien? ¿Cómo se sentiría si accionase el gatillo?

—*Minet*, no sabe con quién se está metiendo —advirtió Antonucci—. Para desayunar me zampo varios rufianes como usted.

La culata de la pistola le golpeó la espalda y Antonucci se inclinó de dolor. El hombre lo empujó hacia la pared, le dio la vuelta y le apoyó el cañón de la pistola en la cara.

—¿Por qué? —quiso saber Haverford.

—¿De qué habla?

—¿Por qué me agredieron? —lo presionó Haverford—. ¿Fue idea suya o alguien acudió a verlo?

Antonucci escupió en el suelo.

—Es usted hombre muerto.

—Tal vez, pero usted se irá antes que yo —puntualizó el americano, y amartilló el arma.

Antonucci lo miró a los ojos y comprendió que hablaba en serio. Además, ¿qué importancia tenía lo que los *amerloques* se hacían entre sí? Moriría antes de faltar al juramento de confidencialidad hecho a otro corso, pero con esos le daba igual.

—Fue uno de los suyos —respondió con cierta fruición.

—¿Quién ha sido? —preguntó Haverford, a pesar de que ya sabía la respuesta.

—Utilizó el apellido Gold.

«Diamond no es más tonto porque no tiene tiempo», pensó Haverford.

—¿Qué le dijo el tal Gold?

—Dijo que usted se entrometería en nuestro negocio.

—En el negocio de la droga...

—Ni más ni menos. —Antonucci disfrutó con la cara de consternación del americano, rió y apostilló—: *Mimi*, ¿no lo entiende? Gold tiene una parte, recibe su tajada de cada kilo de heroína que entra en Nueva York.

Haverford notó que lo dominaba un frío ataque de ira.

—Cancele, detenga el contrato de Guibert —ordenó el americano.

—Es demasiado tarde.

—¿Qué dice?

Antonucci levantó la mano y la movió haciendo eses.

—Cobra anda por ahí.

Solange se sentó en un taburete, delante del espejo, y se aplicó cuidadosamente perfilador de ojos.

A Bao Dai le gustaba que su maquillaje estuviera más cargado, ya que le agradaba ese aspecto de actriz de cine rodeada de humo.

A Solange le daba exactamente lo mismo.

Sin embargo, por la mañana se preguntó durante cuánto tiempo Bao Dai la seguiría considerando interesante y atractiva. ¿Qué ocurriría cuando no tuviese nada nuevo que mostrarle y el emperador se hartase? Sabía que siempre ocurría lo mismo. Bao Dai le encontraría defectos, corregiría su dicción, criticaría su forma de vestir y diría que solo era una broma. Dejaría de celebrar sus ocurrencias, se impacientaría con el tiempo que tardaba en estar lista y desviaría la mirada hacia una nueva.

C'est l'amour.

En realidad, Saigón le daba igual. Había demasiada humedad y la atmósfera estaba cargada de intrigas. Parecía un invernadero y lo encontraba sofocante. A veces pensaba en volver a Francia, pero no a Montpellier, ciudad cargada de recuerdos, sino a París o a Lyon. El títere hablaba insistentemente de un viaje a París. Quizá podría mantener su interés hasta que llegaran a la capital francesa y, a continuación, hacer que se hartase de ella y la dejara.

Previo pago, por supuesto.

¿Será cierto que Nicholai Hel ha muerto?

La idea la golpeó como un puñetazo en el estómago. Le tembló el pulso y con la mano izquierda tuvo que sujetarse la muñeca derecha para que el perfilador de ojos dejara de temblar.

«¿Y si está muerto y yo tengo la culpa? ¿Descubrieron nuestro encuentro, el emperador se dio cuenta de que su corona tenía cuernos y, por celos, ordenó que matasen a Nicholai? No, de haberlo ordenado, Bao Dai habría sido incapaz de no contármelo o, como mínimo, de dejar escapar indicios. Por otro lado, su ardor en el dormitorio no había disminuido un ápice.»

Solange conocía el comportamiento de los hombres que sospechan que son cornudos. Se muestran hoscos y absurdos; desean tener relaciones pero no les apetece mojar la pluma en un tintero contaminado. Se mostraban enrabiados, se pavoneaban, se largaban o se metían en la cama, según la forma en que Solange los manipulaba. Sin embargo, Bao Dai había estado como siempre, alegre y desenfadadamente sensual.

Esa noche volvería a salir con él, saldrían a cenar fuera y, sin duda, luego acudirían a Le Grand Monde. También era indudable que acabarían en la cama, donde más le valía presentarle una sorpresa para mantenerlo interesado.

«Tengo que hacer eso a menos que se haya enterado, en cuyo caso podría darme una paliza o llevarme a un sitio para matarme.»

Si Nicholai no ha muerto, ¿dónde se ha metido?

Solange hacía esas reflexiones cuando alguien llamó suavemente a la puerta. Pensó que se trataba de la criada, que por fin traía la esponja que había pedido hacía una hora.

—¡Adelante! —gritó la francesa desde el cuarto de baño.

Entonces vio por el espejo a De Lhandes, el enano barbado.

—Deténgala —repitió Diamond.

—¿Con qué motivo? —preguntó Bao Dai.

—Si no hay otra explicación, por haberle faltado el respeto —insistió Diamond.

—Eso es vergonzoso, pero no se trata de un delito —opinó el emperador.

La discusión en el despacho privado de Bao Dai en palacio se había prolongado y el emperador empezaba a estar harto. Ese americano no le gustaba. Mejor dicho, los americanos no le gustaban, pero ahora eran los que pagaban las facturas y no tardarían en desplazar a los franceses, por lo que no le quedaba más remedio que escuchar. Tuvo la sensación de que «Gold» estaba personalmente resentido con Solange y Guibert. En lo que a la primera se refiere, era difícil sentir animosidad y, en cuanto al segundo, resultaba casi inevitable.

—Ella sabe dónde está —lo apremió Diamond—. Deme un puñado de hombres y permita que me la lleve y le arranque la verdad.

—¿Y si no se la dice? —preguntó Bao Dai.

—Me la dirá.

A pesar de lo que le dictaba la intuición, Bao Dai se vio obligado a reconocer que la idea tenía cierto atractivo. Al fin y al cabo, esa mujer le había puesto los cuernos, hecho que lo había afectado. Por si con eso no

bastase, su humillación no tardaría en convertirse en tema de cuchicheos de pésimo gusto y risillas malintencionadas de una punta a la otra de Saigón.

Por consiguiente, la idea de que Solange se viese sometida a los tiernos cuidados de Tigre lo entusiasmó.

Había razones de cariz más pragmático para recabar su ayuda a la hora de localizar a «Guibert». El flujo del opio conllevaba un río de oro. Si a eso sumaban los saludables incentivos aportados por los americanos, se trataba de una riqueza ingente. Sin embargo, los *amerloques* podían suspender los pagos si se enteraban de que se beneficiaba de la heroína que circulaba por las calles de sus ciudades.

Su posición en palacio era frágil. Quizá los franceses intentaran sustituirlo y, si no lo hacían, los americanos lo reemplazarían. Por no hablar de su aliado y socio criminal, Bay Vien, que a través de L'Union Corse lo ayudaba a sacar dinero del país. Ya contaba con abultadas cuentas bancadas en Suiza y tierras en Francia, España y Marruecos, en previsión de que los europeos lo sacaran del poder o, lo que era incluso más probable, de que el Viet Minh ganase la guerra.

Por otro lado, su seguridad se vería amenazada en el caso de que la Operación X quedase al descubierto, y cabía la posibilidad de que Solange estuviese conchabada con Guibert precisamente para revelarla.

—Cójala —accedió.

Diamond sonrió.

—Ahora mismo, excelencia.

—Pero hágale el menor daño posible —dijo Bao Dai, más para calmar su conciencia que con la expectativa de que ese hombre brutal se moderase.

—No dejaremos cicatrices —aseguró Diamond—. Su final parecerá un suicidio, quizá por sobredosis. No será la primera actriz francesa que...

—No quiero saberlo —lo interrumpió Bao Dai.

Entrar en la Casa de los Espejos sin que le vieran fue coser y cantar, incluso a plena luz de la mañana.

Agotadas por los ejercicios nocturnos, las prostitutas dormían profunda y dulcemente, por lo que los guardias apostados en el burdel también estaban soñolientos a causa del calor creciente. La humedad amortigua el sonido tanto como lo amplifica la sequedad, de modo que, esa húmeda mañana, Cobra salvó sin dificultades esas medidas de seguridad.

Necesitó tiempo y paciencia, como pasaba con todo en esta vida.

La habitación de la presa estaba al final del pasillo. Cobra ya lo sabía, pero no hacía falta, pues el tenue olor era perceptible incluso al otro lado de la puerta cerrada. Lisa y llanamente, el olor de un occidental es distinto al de un asiático, y a hora tan temprana no había más europeos en el prostíbulo.

Cobra se detuvo en el pasillo y aguzó el oído.

La presa dormía, por lo que le resultaría fácil.

No había pestillos en la parte de dentro de las puertas del burdel, por si los agentes de seguridad tenían que acudir de prisa en auxilio de una muchacha hostigada. Por lo tanto, se trataría de abrir la puerta sin hacer ruido, liquidar a quien correspondía mientras dormía y salir por la ventana.

Cobra avanzó y preparó la navaja.

La sensación de que alguien andaba cerca lo puso en alerta.

Nicholai meditaba e intentaba recuperar ese estado sereno de su infancia, hacía tanto tiempo perdido, cuando reparó en las pisadas que procedían del pasillo.

Fueron tan leves que casi resultaron indetectables.

Se preguntó si respondían al andar ligero de una señorita de compañía asiática. ¿Acaso Momma había enviado a alguien, pese a sus negativas? Permaneció quieto, aguzó el oído y permitió que la sensación de proximidad se centrara en el blanco. Cuando lo logró, los pasos cesaron.

Se impuso el silencio absoluto, pero Nicholai se percató.

No se trataba de una prostituta, sino de un depredador.

Se bajó de la cama del lado contrario a la puerta. Se tumbó contra el suelo de madera y esperó. Del pasillo le llegó la ligerísima huella de un aroma.

Pero la puerta no se abrió.

El cazador percibió la conciencia de la presa y retrocedió. Nicholai supo que no se trataba de un depredador corriente.

Cobra se enroscó entre los arbustos, al otro lado de la ventana.

Acababa de levantar la presa y, si huía, cogería ese camino. La presa no apareció.

Cobra esperó un rato y luego se alejó subrepticamente.

—*Monsieur*, ¿quería verme? —preguntó Momma.

—Quiero ver a Bay Vien —replicó Nicholai.

—No se puede decir que sea su mayordomo —espetó Momma, ligeramente molesta—. Además, me ha pedido que me ocupe de todas sus necesidades.

—De acuerdo. Necesito irme. Han descubierto que estoy aquí.

—¡Eso es imposible! —vociferó Momma, muy ofendida—. ¡Le garantizo que ningún miembro de mi establecimiento ha hecho el menor comentario!

«Lo más probable es que haya sido De Lhandes —pensó Nicholai—, de modo que moví la piedra equivocada y malinterpreté su carácter. Ya me ocuparé de él, pero ahora este local es peligroso y debo buscar otro lugar.»

—Señora, debo irme.

—¡Fuera no estará seguro!

—Dentro no estoy seguro —precisó Nicholai—. ¿Me envió una chica hace un rato?

—No, *monsieur*, usted mismo dijo que...

—A eso me refiero. ¿Ha enviado a alguien?

—No.

—Verá, alguien se acercó, estoy convencido de que con la intención de matarme.

Nicholai sabía que, quienquiera que fuese, era un profesional que se percató de que lo había descubierto y que le había tendido una trampa al otro lado de la ventana. Nicholai lo percibió mientras estuvo fuera, y más tarde, cuando tuvo la sensación de que se había ido, se asomó por la ventana y vio que los arbustos estaban ladeados y que aún quedaban ligerísimas huellas de pisadas.

Incluso había algo más..., algo que la sensación de que había alguien próximo le advirtió...

Momma tomó aire notoriamente afectada.

—*Monsieur*, estoy consternada! ¡Consternada! *Désolée!*

—Señora, no hace falta que me pida disculpas, pero necesito marcharme enseguida.

—Hablaré por teléfono con...

—¡Por el espumoso semen de Júpiter, señor, haga el favor de dejarme pasar!

Las palabras cargadas de indignación de De Lhandes llegaron a oídos de Nicholai desde la otra punta del pasillo.

—Tengo que pedirle que...

—Déjelo pasar —intervino Nicholai.

Segundos después, un De Lhandes más desmelenado que de costumbre entró en su habitación.

—Creí que me había traicionado —dijo Nicholai.

—Le aseguro que me lo pensé —replicó De Lhandes.

—¿Por qué no lo hizo?

—No lo sé muy bien, y si estuviera en su lugar (una idea excitante ahora que lo pienso), no seguiría por ese camino por temor a verme obligado a cambiar de parecer... (dicho sea de paso, esta indecisión es una verdadera imperfección mental...), me vería obligado a cambiar de parecer y a ofrecerlo como a un cerdo colgado de un gancho en la *boucherie*. ¿Qué le lleva a sospechar que actué como Judas?

Nicholai le explicó lo que había percibido en el pasillo. De Lhandes frunció el ceño y afirmó:

—Se trata de Cobra.

—Aunque por regla general sus incongruencias me parecen encantadoras...

—Corre el rumor, aunque en realidad es más que nada una leyenda, si bien la distinción entre ambas cualidades resulta, en el mejor de los casos, imprecisa cuando nos paramos a pensar que...

—¡Vamos, por Dios!

—La leyenda de alguien a quien llaman Cobra. Se le supone totalmente letal con una navaja y..., aunque me temo que no se trata de una buena noticia, en determinados círculos se comenta que los corsos son el principal empleador de Cobra.

—L'Union Corse...

—Eso es y, por la maldita sangre de Bonaparte, que hierva en el infierno —añadió De Lhandes.

«De modo que fueron los corsos —se dijo Nicholai—. Como el primer intento se convirtió en una parodia sangrienta, decidieron contratar a su mejor talento y volver a intentarlo.»

Se preguntó por qué, pero se dio cuenta de que no era el momento de buscarle respuesta a eso:

—¿La ha visto?

—Ha dicho que vendrá a su encuentro.

—¿Y los papeles?

—Michel, los papeles están a buen recaudo.

145

Diamond salió del hotel, frustrado y furioso.

La zorra rubia que le había puesto los cuernos al emperador no estaba en su habitación.

Desplegó gente por las calles de Saigón y dirigió personalmente la búsqueda de Nicholai Hel.

Bay Vien entró en el cuarto de Nicholai en el burdel y dijo:

—Tiene que irse ahora mismo.

—No me iré hasta que sepa algo de ella.

—La Süreté está a punto de llegar —lo apremió Bay—. No piense solo en sí mismo. Pone en peligro a todos los habitantes de esta casa. Seguiremos buscándola y haremos que se reúna con usted.

Nicholai se dio cuenta de que el cabecilla de los Binh Xuyen estaba en lo cierto y de que no tenía derecho a poner en peligro a otros seres humanos.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

Bay se lo explicó.

—¿Qué será de Solange? Cree que estoy aquí.

—Le diré que ha habido cambios —propuso De Lhandes.

—Y mis hombres se ocuparán de llevarla a su lado —dijo Bay.

«Voy a estar donde tengo que estar —pensó Nicholai—: en mi escondite..., en el manglar de los asesinos».

El Rung Sat se encontraba al sudeste de Saigón, al este de la desembocadura del río Soirap en el mar de la China meridional. Se trataba de una selva plagada de marismas, manglares, bosquecillos de bambú e infinidad de pequeños tributarios que formaban un laberinto impenetrable para todos aquellos que no conocían bien la zona.

Los Binh Xuyen la conocían a la perfección. Era su lugar de nacimiento y su refugio, donde habían surgido las antiguas incursiones piratas y adonde regresaban, el sitio del que sus famosos asesinos salían para colarse en la ciudad, matar y regresar sigilosamente.

Nicholai permaneció tumbado en el fondo del esquife que se deslizó río abajo y giró hacia el este por un pequeño canal de la espesa marisma. Para su sorpresa, comprobó que el terreno era de lo más variado: ora veías un tramo llano, bañado por el sol y cubierto de vegetación y algas, ora un manglar oscuro y denso, seguido de una muralla de bambú. El mismo patrón se repitió durante una hora y la embarcación aminoró el desplazamiento por canales más estrechos, rodeada de mangles que se alzaban a los lados y por encima, y que en ocasiones tapaban el sol, por lo que quedaron sumidos en la oscuridad diurna.

«Aquí cualquiera puede perderse —pensó Nicholai—. Puede perderse y no encontrar jamás la salida.»

Al final el esquife atracó junto a una casa flotante anclada contra una hilera de mangles. La casa flotante era ancha y de poca altura, con cubiertas

a proa y a popa y cabina en el centro. Con las metralletas colgadas del hombro, los guardias de los Binh Xuyen vigilaban. Bay Vien asomó por la puerta de popa de la cabina y se detuvo en la cubierta al tiempo que Nicholai se ponía de pie.

—Michel, no hace más que causar problemas —dijo, y lo ayudó a subir.

—¿Ya ha llegado? —quiso saber Nicholai.

—Todavía no —respondió Bay con tono impaciente.

Condujo a Nicholai al interior de la cabina, que disponía de una pequeña cocina con hornillos de gas, mesa y un par de sillas. Una estrecha escalera bajaba hasta el casco, donde había una pequeña bodega y la zona para dormir.

—Aquí estará a salvo hasta que lo traslademos a un barco.

El plan consistía en ocultarlos a Solange y a él en el manglar hasta la noche siguiente, cuando los trasladarían en bote a un carguero recién salido del puerto de Saigón.

—¿Ha sabido algo de ella? —insistió Nicholai.

—A veces es muy pesado —replicó Bay Vien.

—Responda a mi pregunta.

—No.

—Volveré a buscarla.

—En primer lugar, nadie lo acompañará; en segundo, no podrá volver solo; y, en tercero, por mucho que lo consiguiera, acabaría muerto —explicó Bay—. A partir de este momento, su karma es su karma. —Nicholai se dio cuenta de que el jefe de los Binh Xuyen tenía razón—. ¿Quiere té?

El negó con la cabeza, encendió un cigarrillo y se sentó en una de las sillas de bambú, junto a la pequeña mesa.

—Relájese —aconsejó Bay.

—Relájese usted.

—¡Vaya con los hombres enamorados! —exclamó Bay Vien, meneó la cabeza y con el mentón señaló la escotilla—. Duerma un rato.

—No tengo sueño.

—Le he dicho que duerma un rato.

Nicholai atravesó la escotilla y bajó a la bodega.

Allí estaban las cajas con los lanzagranadas.

Bay asintió y apostilló:

—Volveré a Saigón para ver qué pasa. Además, tenemos que sobornar a los sobrecargos.

—Lo pagaré yo.

—No le quepa la menor duda.

El cabecilla de los Binh Xuyen pidió que acercasen el esquife y partió.

Nicholai se tumbó en una de las camas e intentó descansar.

La promesa que le había hecho a Yu estaba casi cumplida y tenía dinero y documentación.

Solo le quedaba algo por hacer: llevar a Solange a un lugar seguro.

De Lhandes deambuló por el pasillo del cine. Michel había comentado que a Solange le encantaban las películas. La pantalla estaba oscura, por lo que supuso que se trataba de una cinta de cine negro, que no le gustaba nada. Prefería las comedias o los filmes de época, con grandes escotes y pechos generosos.

Una escena a plena luz del día iluminó la pantalla y la vio en la tercera fila. Se situó tras ella. Solange miraba la pantalla, lloraba y se enjugaba el llanto con un pañuelo.

—*Mademoiselle*, Michel la está esperando —susurró De Lhandes—. Salga por la parte trasera. Encontrará a unos hombres que la llevarán junto a él. —El belga notó que, abrumada por las dudas, Solange tensaba el cuello—. No tiene motivos para confiar en mí, salvo por el hecho de que soy un gran admirador de la belleza y, como todos los cínicos, un romántico frustrado. También soy amigo de Michel. *Mademoiselle* Solange, salga antes de que sea demasiado tarde.

De Lhandes esperó para ver qué hacía la francesa. Ella se puso de pie, descendió por el pasillo y abandonó la sala por la puerta trasera.

Guibert no estaba en la Casa de los Espejos.

Tampoco lo encontró en Le Parc Aux Buffes, en el Continental ni en Le Grand Monde. No dio con él en la Rué Catinat ni en el mercado central.

Había desaparecido.

Diamond recorrió las calles. Si no daba con él, buscaría a alguien que le dijese dónde podía estar.

150

Haverford deambuló por los estrechos callejones de Cholon.

Que los corsos hubieran enviado a otro asesino implicaba que Nicholai seguía vivo. Lo más probable era que Hel estuviese en un barrio cuyo idioma hablaba y cuyas costumbres conocía.

Nadie había visto un *kweilo* alto que coincidiera con la descripción de Hel... o, como mínimo, nadie estaba dispuesto a hablar.

151

Bernard de Lhandes quería cenar bien y se dedicó a leer los letreros colocados en las aceras donde figuraban los menús de precio fijo cuando los hombres abandonaron el coche de un salto, lo sujetaron y lo arrojaron al suelo del asiento trasero.

—¿Dónde está su amigo? —preguntó Diamond.

—No lo sé.

—Será mejor que me lo diga antes de que le haga mucho daño.

De Lhandes se dejó hacer mucho daño. Permitted que le afectasen órganos y le rompieran huesos, pero, al final, el dolor se volvió insoportable.

«Perdóname, Michel —se lamentó para sus adentros—. Por la sagrada sangre de san Juan, te ruego que me perdones.»

Les dijo lo que querían saber.

—¿En el Rung Sat? —preguntó Signavi.

—Es lo que dijo el enano cabrón —respondió Diamond—. Le garantizo que decía la verdad.

La información inquietó al paracaidista francés.

—El Rung Sat es territorio de los Binh Xuyen.

Diamond no quiso ni oírlo. Ya se había enterado de que L'Union Corse había fastidiado el ataque a Haverford, por lo que el insolente hijo de puta ahora estaba al tanto de su vinculación con la Operación X y el tráfico de heroína. Hel se las había apañado para salir de Saigón e internarse en el manglar de los asesinos, lo que significaba que contaba con la protección de Bay Vien.

—¡Me da lo mismo dónde está! —chilló Diamond—. ¡Tiene soldados, envíelos!

Signavi meneó la cabeza. Los americanos eran muy torpes y estaban acostumbrados a matar mosquitos a cañonazos.

—Cobra lo rastreará. Es mejor que no nos entrometamos.

—¿Está seguro? ¿Cobra es tan eficaz como los hombres que envió para cargarse a Haverford? —espetó Diamond—. Hágame caso, si escapa, «Guibert» se llevará consigo la Operación X. ¡Se terminó! ¡Estamos acabados! ¿Cree que Bao Dai se quedará tranquilo mientras ve cómo su dinero se va al carajo? —Notó que Signavi titubeaba y lo presionó—.

Sabemos que la mujer va al encuentro de Guibert. Envíe un equipo para que haga lo que tiene que hacer.

Signavi asintió con la cabeza.

John Singleton estaba sentado, estudiando el tablero de go.

Había cogido afición a ese juego durante su estancia en China. Como en Washington no encontró a nadie con quien enfrentarse como correspondía, optó por jugar solo, él mismo a ambos lados del tablero.

Suponía un buen ejercicio mental y lo disciplinaba para analizar una situación desde todos los ángulos.

Echó un vistazo al *go-kang* y evaluó la posición global de Nicholai Hel. La analizó desde todas las perspectivas y tuvo en cuenta sus orígenes, el asesinato tanto de Kang Sheng como de Voroshenin, su conexión con Peng por las armas, la red de espías de Haverford en Pekín, la salida de Hel de China a Laos y su vinculación con los Binh Xuyen.

Cambió de perspectiva para analizar la situación de Vietnam: la intensa actividad del Viet Minh en el norte, la quietud relativa en el sur desde el fracaso de la última ofensiva comunista, el hecho de que el peligrosísimo Ai Quoc estaba escondido, de que Hel había entregado las armas a Bay Vien en vez de a Ai Quoc, de que Haverford había servido en Vietnam durante la guerra...

Todo eso por no hablar de Diamond, de la presuntamente secreta Operación X, de su conexión con el tráfico de heroína organizado por los corsos, de su odio visceral y de su miedo hacia Nicholai Hel...

En ese momento, ambos agentes andaban sueltos por Saigón y sería fascinante ver quién se alzaba con los laureles. Le causó gracia pensar que

cada piedra del *go-kang* decidía sus movimientos y no veía la mano que la conducía hacia su destino.

Por su parte, Hel...

Hel parecía moverse por su cuenta y riesgo.

Nicholai oyó sus pisadas en los peldaños de la escotilla.

—¿Solange?

—Nicholai...

El perfume de la francesa le resultó embriagador.

El abandonó la cama y fue a su encuentro.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Solange—. Tenía tanto miedo de que...

La francesa se aplastó contra el pecho de Nicholai. La abrazó e inmovilizó la navaja que esgrimía poniéndole la mano a la espalda.

—*Per tu amicu* —susurró Nicholai.

La mujer se tensó ligeramente. Entonces ya no tuvo la más mínima duda... y se le partió el corazón.

—Eres tú —añadió Nicholai con la boca hundida en la melena de Solange—. Eres Cobra.

Nicholai la soltó y retrocedió un paso. A pesar de que en la cabina había escasa luz, la miró a los ojos y comprobó que no se había equivocado. Se había dado cuenta mientras la esperaba tumbado en la cama; debería de haberse dado cuenta antes.

«Cobra resulta letal con una navaja...»

L'Union Corse la había reclutado años atrás en Montpellier para que matase al coronel alemán. Le habían enseñado a usar la navaja y Solange le había rajado el cuello. Luego la trasladaron a la base corsa de Marsella y la usaron para otras misiones.

Solange mantuvo su vinculación con L'Union Corse, pero también empezó a trabajar por libre, tanto con su sexualidad como con el resto de sus habilidades. La noche del ataque en el jardín de Tokio, Solange se había acercado con un cuchillo en la mano.

¿Pensaba utilizarlo?

«Solo en caso necesario...»

Nicholai llegó a la conclusión de que Solange sabía perfectamente cómo usarlo.

Podría haberlo matado durante la cita amorosa en el hotel, pero se sabía observada y eso la habría convertido en sospechosa. Al día siguiente, De Lhandes había mencionado la Casa de los Espejos y allí fue como Cobra con la intención de matarlo. La sensación de proximidad le indicó a Nicholai que era alguien con quien ya había estado, pero solo en ese momento comprendió de quién se trataba en realidad.

La vida tal como es.

Satori.

—¿Te apellidas Picard o Picardi?

—Picardi —contestó Solange.

«Los corsos son los asesinos más eficaces del mundo...»

—¿Hasta qué punto es cierta la historia que me contaste? —quiso saber Nicholai.

—En su mayor parte es verdad. Si te sirve de consuelo, los fragmentos más dolorosos lo son.

No sirvió de nada.

—¿A cuántas personas has matado?

—Es probable que a algunas más que tú. —La francesa apartó la navaja de su espalda y la sostuvo a la altura de la cintura, ligeramente hacia atrás y fuera del alcance de Nicholai—. Me gano la vida como puedo, a veces como prostituta y otras veces como asesina. Dime en qué se diferencian.

—En el segundo caso, la gente muere.

—*Mon cher*, no creo que estés en condiciones de juzgarme desde una posición de superioridad moral —añadió Solange.

«Tiene toda la razón —pensó él—, toda la razón.»

—Debes de haber amasado una gran fortuna —apostilló Nicholai.

—He ahorrado —reconoció la francesa—. La vida de mis profesiones es muy breve. La belleza y la velocidad de reflejos duran poco. Supongo que tendré que jubilarme joven.

Nicholai supuso que jamás dejaría de ser bella, al menos para él. Los ojos verdes de Solange eran bellos y sorprendentes. La vio levantar ligeramente la cadera derecha y tensar los músculos de la pantorrilla.

—L'Union Corse te contrató para matarme —afirmó Nicholai.

—Te pedí que te alejaras de mí y no volvieres.

—¿Y ese fue mi pecado imperdonable..., amarte?

—Es lo único que una prostituta no puede permitir.

Los tendones de la muñeca derecha de Solange se tensaron. Fue un movimiento sutil, pero Nicholai lo notó.

¿Sería capaz de detener la estocada rápida como el rayo que sabía que se le venía encima? Puede que sí, puede que no. Si la bloqueaba, ¿contrarrestaría con la *hoda korosu* y mataría a Cobra?

Una vez más, puede que sí, puede que no. Nicholai retrocedió un paso.

—En ese caso, mátame.

La mirada de Solange se tornó dubitativa y recelosa. Nicholai la comprendió, ya que el pasado no le daba motivos para confiar en un hombre.

—Viviría y mataría por ti, de modo que morir por ti...

Solange meneó la cabeza y su cabellera dorada brilló a la luz de la lámpara.

—Por favor, Solange, libérame de esta prisión.

«Libérame como yo liberé a Kishikawa-sama.»

Nicholai cerró los ojos para transmitirle seguridad, así como para recuperar la tranquilidad y respirar hondo. Esta vida es un sueño, y cuando el sueño termina habrá otro, y después otro, en un ciclo interminable hasta alcanzar la iluminación perfecta.

Satori.

Oyó que la francesa movía el pie sobre el suelo de madera preparándose para la embestida y se aprestó a morir. Solange arremetió contra él... Y se

lanzó a sus brazos.

—¡No puedo! —se lamentó—. Que Dios me ayude, *je t'aime, je t'aime, je t'aime.*

—*Je t'aime aussi.*

Pese a los sollozos de Solange, oyeron sonoras pisadas en cubierta.

155

Eran ocho e iban en busca de las armas.

Los tipos vestidos de negro de las fuerzas especiales vietnamitas de Signavi saltaron a cubierta y bajaron por la escotilla.

Solange se apartó de los brazos de Nicholai, giró y cortó el cuello al primer soldado. Apartó el cuerpo del decapitado y acuchilló el vientre del segundo. El tercero intentó disparar, pero la francesa lanzó un navajazo descendente, le cortó los tendones de la muñeca y la pistola repiqueteó escalerilla abajo. Pasmado, el soldado se sujetó la muñeca que colgaba y miró a Solange, que aprovechó ese instante para hundirle el filo en el cuello. Otro tipo dio una voltereta por encima de la barandilla y se lanzó a por ella.

Nicholai lo alcanzó en pleno vuelo; el impulso los llevó a caer contra el mamparo. Lo sujetó de la camisa, lo empujó, cogió la pistola, le disparó y apartó a Solange justo antes de que una ráfaga de metralleta descendiera por la escalerilla. Los proyectiles rebotaron por la bodega mientras Nicholai la empujaba hacia el mamparo y la protegía con su cuerpo al tiempo que preparaba el arma y disparaba hacia la parte superior de la escotilla.

Oyó que los supervivientes se agrupaban en cubierta; luego percibió un chirrido metálico y vio la granada que entraba por la escotilla. Echó a Solange al suelo, dio un salto, sujetó la granada y la lanzó hacia arriba.

La estentórea explosión precedió los gritos de los hombres destripados. Luego se impuso el silencio.

—Quédate aquí —ordenó Nicholai.

Subió a cubierta y vio a los muertos. Un bote de fondo plano cabeceaba junto a la casa flotante. Oyó pisadas a sus espaldas, se volvió y vio a Solange, que aún esgrimía la navaja manchada de sangre coagulada y oscurecida.

—Te he dicho que...

—No me digas lo que tengo que hacer —lo interrumpió la francesa, cogió la metralleta de uno de los muertos y se la colgó al hombro—. Ni ahora ni cuando estemos en el País Vasco.

Solange calló cuando oyeron el sonido de las motoras y el golpe de los cascos en el agua.

Se acercaban a gran velocidad.

—Al menos ponte a cubierto —pidió Nicholai, y descendió rápidamente por la escalerilla.

Nicholai abrió una de las cajas, sacó un lanzagranadas, cogió el disolvente y retiró la capa de grasa protectora.

Incluso desde la bodega percibió que las motoras sonaban cada vez más cerca.

Cogió un trípode, con la otra mano sujetó el lanzagranadas y subió.

—*Mon Dieu!* ¿Qué pretendes hacer con eso?

—Enrosca el trípode en el cañón —pidió Nicholai—, *s'il vous plaît*. —Volvió corriendo a la bodega, buscó munición y regresó con dos cohetes—. Granadas antitanque de gran poder explosivo, de tres kilos y medio de peso, que se desplazan a una velocidad de ciento veinte metros por segundo y penetran veintiocho centímetros de blindaje desde una distancia de noventa metros. Al menos es lo que me han dicho.

—Hombres...

Nicholai avistó las luces de la primera motora y a los soldados que se encontraban a proa. Tuvo la sensación de que la embarcación estaba llena de gente.

Introdujo la granada por la parte posterior del tubo, se tumbó, acomodó el trípode y observó a través de la mira. Esperó a que la motora quedase

dentro de un radio inferior a los noventa metros, respiró hondo y apretó el gatillo.

El proyectil salió disparado, siseó en medio del aire de la noche y cayó en el agua, detrás de la motora.

Solange preparó la metralleta para disparar.

Nicholai se incorporó, recargó y se agachó de nuevo. Ajustó la mira, aguardó y disparó.

La embarcación estalló envuelta en intensas llamaradas.

Los hombres chillaron y se arrojaron al agua.

Solange frunció el ceño.

Otra motora se acercaba a toda velocidad.

Nicholai fue en busca de más munición, regresó y se preparó para disparar. La embarcación estaba tan cerca que fallar le parecía imposible.

Estaba tan cerca que vio la cara de Bay Vien.

Los hombres de Bay cargaron las cajas en el bote de fondo plano mientras el cabecilla estudiaba la carnicería cometida en cubierta y bajo ella.

—¿Han matado a los ocho? —preguntó Bay Vien. Nicholai afirmó con la cabeza—. ¿Los dos solos? —Nicholai volvió a asentir—. Vaya, vaya.

—¿Cómo nos encontró?

—Sometido a tortura, De Lhandes cantó.

—¿Ha muerto?

—Se recuperará —respondió Bay.

—Me alegro —replicó Nicholai, y comprendió que, cuando lo torturaron, su amigo lo traicionase.

Bay ordenó a gritos a sus hombres que se dieran prisa.

—No disponemos de mucho tiempo. Se presentarán con más soldados. Ahora es imposible embarcarlo en un carguero. La policía y los soldados registran todos y cada uno de los barcos. Se han desplegado en el puerto. Tal vez podamos embarcarla a ella, pero a usted es imposible.

—No me iré sin él —intervino Solange.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó Nicholai.

—Río arriba, por el delta —respondió Bay Vien—. Entregaremos las armas al Viet Minh y buscaremos la manera de sacarlo del país. Tal vez nos lleve cierto tiempo.

—Tiempo es lo que tenemos —afirmó Nicholai, aunque no estaba totalmente seguro.

—¿Ha dicho lanzagranadas? —preguntó Diamond.

Signavi confirmó que las granadas habían alcanzado dos motoras con sus hombres, que habían caído en el manglar de los asesinos.

«¡Maldito Nicholai Hel, deseo que muera envuelto en llamas!», dijo Diamond para sus adentros. «¡Maldito Haverford! ¡Traidor! Sin duda tuvo algo que ver con todo esto!»

—¿Tiene idea de adonde se dirige? —preguntó Signavi.

—Entregará los lanzagranadas al Viet Minh —respondió Diamond—. Guibert es agente de los chinos.

—Usted mismo dijo que era agente antidrogas americano.

—No sea ingenuo —se mofó Diamond—. Le he mentado.

Fuera lo que fuese Nicholai, era imprescindible encontrarlo y matarlo. Signavi asumió el mando de la operación militar de recorrer el delta hasta dar con Guibert y las armas. La entrega de dichas armas al Viet Minh podía cambiar el curso de la guerra.

—Lo acompaño —aseguró Diamond.

Odiaba las batallas, pero no volvería a tener otra oportunidad tan buena de liquidar a Nicholai Hel.

Haverford miró a De Lhandes, que yacía en una cama de hospital, y preguntó:

—¿Quién le ha hecho esta barbaridad?

—Uno de los suyos —respondió el belga, sumido en el atontamiento provocado por los analgésicos—. Por eso lo he mandado llamar. Espero que sea mejor que el resto.

Explicó a Haverford que había delatado el paradero de «Michel» y de Solange y perdió la conciencia.

Haverford abandonó el hospital preso de una fría furia.

Regresó a su despacho, buscó su pistola reglamentaria y salió a cazar a Diamond.

158

Ascendieron por el río, navegaron sin luces de posición, se escondieron de las patrullas navales y se ocultaron en canales, manglares y bosquecillos de bambú. Cogieron un minúsculo tributario, poco más que un arroyo, y se dirigieron hacia el norte hasta arribar al río Dengnai, al sur de Saigón. Lo cruzaron y llegaron a una pequeña aldea, cuyos habitantes los ayudaron a trasladar el cargamento a un camión tapado con una lona.

—¿Cómo se llama este sitio? —preguntó Nicholai.

—Binh Xuyen. —Bay Vien rió entre dientes—. En esta aldea estamos a salvo.

Bebieron té y comieron arroz con verduras encurtidas; volvieron a montar en el camión y se dirigieron hacia el interior. Dejaron el camión en la carretera y partieron a pie. La luz del día los encontró trasladando las cajas por los diques construidos sobre los arrozales, humeantes debido al vapor asfixiante que se producía poco antes de los monzones.

Extrañamente vestidos con la camisa y el pantalón negros y los sombreros cónicos de los campesinos vietnamitas, Nicholai y Solange avanzaban rodeados por la pequeña columna formada por los Binh Xuyen necesarios para trasladar la carga, un puñado de guardias armados y Bay Vien a la cabeza. La zona era peligrosa, pues se trataba de terreno llano y descubierto, observable por la vigilancia aérea francesa y vulnerable a las torres de vigilancia y los fortines que salpicaban el paisaje.

Era tan arriesgado que decidieron dejar los diques y desplazarse por los arrozales. Avanzar en medio del agua que a veces les llegaba a la cintura fue agotador, cubrieron metros con dolorosa lentitud y se vieron obligados a detenerse y flotar cada vez que oyeron el motor de un avión.

Nicholai pensó que, a ese ritmo, nunca llegarían al lugar de encuentro con el Viet Minh. Pese a su estoicismo y su resignación, era evidente que Solange estaba agotada. Las gramíneas le habían causado cortes en las pantorrillas y en los tobillos, y su mirada dejaba bien a las claras su cansancio.

—¿Estás bien? —preguntó Nicholai a la francesa.

—Fantástica —replicó Solange—. Me encanta dar un paseo por el campo.

La mujer lo adelantó.

Poco antes de mediodía, Bay Vien se reunió con ellos y dijo:

—Es demasiado peligroso. Tendremos que hacer un alto por hoy.

Aunque estuvo de acuerdo, Nicholai preguntó:

—¿Dónde?

—Más o menos a un kilómetro de aquí hay una *bled* —respondió Bay—. Los habitantes me son leales.

Nicholai entendió perfectamente lo que quería decir: si los habitantes de la pequeña aldea los traicionaban, los Binh Xuyen regresarían y los matarían. Sintió pena pero se hizo cargo de la situación. La responsabilidad colectiva forma parte de la tradición asiática.

Cuando llegaron a la *bled*, Nicholai y Solange se tumbaron en el suelo de una choza e intentaron dormir un rato. No había mucho tiempo para descansar, ya que volverían a ponerse en marcha en cuanto oscureciese, con la esperanza de avanzar antes de la salida de la luna.

Solange se quedó dormida; Nicholai permaneció despierto. Oyó el sonido de los aviones que los sobrevolaron. La tensión era palpable en la aldea, sobre todo cuando al atardecer oyó comentar que una patrulla de la Legión Extranjera se encontraba a medio kilómetro.

La aldea contuvo colectivamente el aliento.

Nicholai acercó la mano al metal cálido de la metralleta y esperó. No se dejaría capturar; había visto más de lo deseable de la sala de interrogatorios y de la celda. Si lo cogían tendrían que llevárselo con los pies por delante.

Se dio cuenta de que era una decisión egoísta. «Si existe la más mínima sospecha de que nos descubran, entregaré a Solange las libretas bancarias a nombre de Ivanov y la amenazaré con un arma para que piensen que la hemos cogido como rehén. De camino a la cárcel encontraré la manera de quitarme la vida.» Resuelta la cuestión, a través de las tablillas próximas al suelo de la choza, Nicholai vio que un teniente de la legión se detenía a la entrada de la aldea e interrogaba al hombre de mayor edad.

El aldeano se encogió de hombros, trazó un arco con el dedo y aseguró que los forasteros podían estar en cualquiera de las decenas de aldeas que había entre los arrozales. El joven teniente lo miró con escepticismo.

Nicholai se dio cuenta de que había apoyado el dedo en el gatillo de la metralleta.

El teniente miró varios segundos al viejo, este hizo lo mismo y por último el militar ordenó a sus hombres que se retiraran. Nicholai volvió a tumbarse y contempló a Solange, que dormía. Echó una cabezada; cuando despertó, anochecía. Pocos minutos después, Bay Vien llegó acompañado de una mujer que portaba cuencos con arroz y pescado al vapor. Solange se despertó, comieron y se dispusieron a reanudar la marcha.

Caminaron por los diques, protegidos por las ordenadas filas de moreras. Permanecieron en formación cerrada, siguieron literalmente los pasos de quien los precedía y avanzaron a buen ritmo hasta que la luna asomó y los iluminó. Entonces se separaron y se desplazaron a pares y a tríos; los exploradores se adelantaron y silbaron para indicar que el grupo siguiente podía continuar sin correr riesgos.

Los milicianos locales salieron a recorrer los diques y se desplazaron de aldea en aldea. En varias ocasiones, las patrullas quedaron al alcance de su vista, pero el grupo de Nicholai se tumbó en el suelo y, en el caso de avanzar, lo hizo reptando.

Fue como jugar al escondite letal a la luz de la luna, una partida de sigilo e ingenio. Nicholai se llevó una soberana sorpresa al descubrir que

Solange jugaba muy bien; se movió con vertiginosa gracia y en silencio, y él se rió para sus adentros al recordar que no solo era Solange, sino Cobra.

«Tiene más experiencia que yo en este tema», se dijo.

Aunque la noche pareció durar una eternidad, habían recorrido alrededor de quince kilómetros cuando el cielo adquirió ese tono gris pétreo que precede al alba y llegaron a una larga hilera de moreras que se alzaba a ochocientos metros de una pequeña aldea.

Bay hizo señas para que se agacharan y esperasen.

Al cabo de unos minutos, Nicholai oyó el agudo silbido que indicaba que podían avanzar y dio largas zancadas a lo largo del dique hasta alcanzar la protección relativa de los árboles, entre los cuales había un claro en el que se encontraba Xue Xin.

—Me alegro de volver a verlo —reconoció Nicholai.

—Y yo a usted —repuso Xue Xin.

Estaba muy cambiado, con la chaqueta de color caqui claro de oficial del Viet Minh y la cartuchera con la pistola colgada de la cadera.

—Usted sabía que volveríamos a encontrarnos —añadió Nicholai.

—Siempre lo supe —contestó Xue Xin—. Conozco su verdadera naturaleza.

«Mejor que yo», pensó Nicholai.

Estaba claro que su nombre no era Xue Xin, sino Ai Quoc.

Quoc había controlado la operación y había confiado en que Nicholai respetaría su acuerdo con el coronel Yu.

—Sabía que comprendería la verdad y vería las cosas tal como son —prosiguió Quoc.

—Pues ahora quiero una vida —puntualizó Nicholai.

Quoc dejó de mirarlo para observar a Solange y sonrió.

—Haremos todo lo que podamos para sacarlo de aquí, pero es posible que requiera un poco de paciencia por su parte.

—Me he convertido en la personificación de la paciencia.

—¿Por qué será que lo dudo?

—Quizá por su sabiduría parecida a la de los monjes —respondió Nicholai—. Me refiero a todo eso de cortar plantas trepadoras y respirar

hondo.

El cielo adquirió un tono coralino.

—Deberíamos irnos —añadió Quoc.

Nicholai se acercó a Bay Vien y le preguntó:

—¿Adónde irá?

—Volveré a Saigón y clamaré al cielo porque usted me ha robado las armas y se ha salido con la suya —repuso Bay.

—¿Le creerán?

—Sí... o, como mínimo, lo simularán, al menos durante unos días.

Después...

No concluyó la frase. Era evidente: nadie conocía el futuro, nadie podía decir lo que su karma le deparaba.

—Adiós —se despidió Nicholai—. Espero que volvamos a vernos en un tiempo mejor.

—Nos veremos —replicó Bay.

El cabecilla de los Binh Xuyen reunió a sus hombres y se fueron.

—Nosotros también tenemos que partir —explicó Quoc.

Sus soldados, treinta y tantos veteranos, ya habían cargado las cajas sobre las cañas de bambú y caminaban hacia el norte.

Quoc comenzó a cojear tras ellos.

Por el este apareció un avión.

El aparato voló a poca altura, dejó de tapar el sol y las ametralladoras de las alas acribillaron la hilera de árboles.

Tres hombres del Viet Minh fueron abatidos como soldaditos de plomo que caen de un estante.

Las balas partieron árboles y esparcieron trozos de madera como si se tratase de esquirlas.

Nicholai tumbó a Solange y se echó sobre ella. El terreno tembló a causa de las vibraciones del vuelo rasante del avión.

—¡Váyanse! —gritó Quoc mientras la nave alzaba el vuelo y se disponía a soltar otra ráfaga de disparos.

Nicholai se incorporó, ayudó a Solange a ponerse de pie y corrieron de la mano hacia el siguiente arrozal, intentaron atravesar el dique descubierto antes de que el avión se acercase. Las alas brillaron a causa del sol naciente cuando el aparato se ladeó, retornó y descendió como un halcón en plena cacería.

Lograron cruzar el dique, pero los dos soldados del Viet Minh que tenían detrás no corrieron la misma suerte y se convirtieron en blancos fáciles. Nicholai y Solange se deslizaron por el terraplén hasta el fango del arrozal y se sumergieron.

Nicholai no soltó la mano de Solange, contuvo el aliento e intentó detectar el chasquido asordinado del tableteo de las ametralladoras y el

sonido de los motores del avión al ascender. En cuanto percibió el gemido agudo se incorporó y, en compañía de Solange, cruzaron el arrozal.

Miró a su alrededor y vio que Quoc había sobrevivido al último ataque y señalaba un soto situado en la otra punta del arrozal. Por delante de ellos, los hombres que portaban una de las cajas llegaron a lo más alto del dique y desaparecieron de la vista. Otro soldado del Viet Minh se tumbó boca arriba en el dique y disparó al avión con su metralleta. El aparato se aproximaba por detrás de ellos.

Solange lo obligó a agacharse de un empujón, contuvieron nuevamente el aliento y percibieron las ráfagas que agitaron el agua a su alrededor. Cuando salieron a flote, el avión se elevaba ante sus ojos. Ladeó las alas y se alejó, al parecer porque se había quedado sin municiones o porque el combustible escaseaba.

Nicholai y Solange cruzaron el arrozal, subieron al dique y llegaron al soto donde los soldados del Viet Minh se reagruparon. Los portadores heridos cayeron al suelo y otros ocuparon sus sitios. Las cargas y las armas cambiaron de mano. Un soldado que, por lo visto, era un sanitario prestó los primeros auxilios, pese a que disponía de poco material. Varios hombres yacían muertos o agonizantes.

Nicholai encontró un fusil y lo cogió. Solange se colgó del cuello la correa de una metralleta. Caminaron hasta la otra punta del soto. Ante ellos se extendía un largo rectángulo de espadañas muy crecidas que, tanto a derecha como a izquierda, estaba bordeado por diques de arrozales. Más allá de las espadañas aparecía otro soto.

—En cuanto lleguemos a aquel sitio estaremos a salvo —afirmó Quoc, y señaló los árboles lejanos.

—¿Cómo? —quiso saber Nicholai.

—Desapareceremos.

Nicholai no estaba para lecciones de metafísica zen. Fuera o no un monje de verdad, por mucho que Quoc pensase que meditando se esfumarían, Nicholai necesitaba un plan más sencillo. El avión se había alejado, pero tuvo la certeza de que el piloto había enviado por radio su posición a las patrullas desplegadas en tierra.

Las tropas no tardarían en llegar ni se les acabarían las balas o el combustible. Los soldados franceses y los milicianos autóctonos que habían recorrido la zona de cabo a rabo convergerían de una forma limpia y ordenada y los rodearían. Los árboles protectores se convertirían en una trampa letal, a menos que Quoc tuviese un buen plan de escape.

—La Madre Tierra nos devorará —añadió Quoc.

A Nicholai le pareció poético pero muy poco práctico.

Como era previsible, su mente se decantó por otra metáfora, la del *go-kang*, y entonces lo vio con claridad meridiana: el grupillo de piedras negras no tardaría en formar una fila delgada, caminaría en dirección a los árboles presuntamente mágicos de Quoc y se reagruparía. Las piedras blancas, de las que había una cantidad muchísimo mayor, incluso en ese momento se congregaban en torno a las negras.

Los jugadores de go tienen una expresión para definir a un grupo aislado y rodeado de esas características: piedras muertas.

Nicholai se dio cuenta de que la superficie plana del *go-kang* se había convertido en un anacronismo. Los antiguos no habían previsto la potencia aérea moderna, poder que literalmente incorporaba otra dimensión a la partida. No podían imaginar las piedras flotando sobre el tablero y lanzando muerte y destrucción hacia abajo.

Se vio obligado a reconocer que el go tampoco era un modelo para la batalla. El *go-kang* era sereno, apacible y perfecto tanto en la organización como en la forma. El campo de batalla moderno resultaba caótico, ruidoso e infernal debido a la anarquía de la sangre, la matanza y la agonía.

«La modernidad ha destruido tantas cosas...», pensó Nicholai.

Obligó a su mente a concentrarse en la realidad de lo que sucedía sobre el terreno. Fuera o no una trampa, el soto de la otra punta estaba mejor situado que el que ahora ocupaban, y su tamaño creaba un perímetro defensivo mayor desde el cual librar la última batalla. Calculó que se encontraba a menos de ochocientos metros y que solo tardarían unos minutos en llegar.

Las espadañas se convertirían en un molesto impedimento, aunque sin duda habían abierto estrechos senderos entre las hierbas que llegaban a la

altura del pecho. El peso de las armas, sobre todo ahora que había menos portadores, los obligaría a avanzar más despacio.

Tal vez...

«No, a Quoc jamás se le ocurriría abandonar las armas y, pensándolo bien, a mí tampoco.»

El coste de llegar hasta allí había sido muy alto.

El silencio a sus espaldas le demostró que los hombres del Viet Minh estaban a punto de moverse. Se volvió y comprobó que dejarían allí a los camaradas muertos, de cuyos cadáveres habían retirado todo lo que podía ser útil.

—Su libertad se cobra un precio muy elevado —dijo Nicholai.

—Por cada enemigo que matamos, ellos asesinan a diez de los nuestros —respondió Quoc—. Al final, no tendrá importancia.

—No la tendrá..., salvo, tal vez, para esos diez.

—El individuo no representa nada si se lo compara con el conjunto —precisó Quoc.

Nicholai lo miró, vio su verdadera naturaleza y quizás algún fragmento de la propia.

—Está equivocado —insistió Nicholai.

—Acabará por verlo.

—Espero que no, espero no verlo nunca.

Si cada individuo solo formaba parte de la máquina, al cabo del día no quedaba nada más que la máquina. Así de inexorable, impersonal y demoledora era la modernidad. Se apartó de Quoc, cogió a Solange del brazo y se alejaron hasta quedar fuera del alcance del oído de los Viet Minh.

—Estaba pensando en la primera comida que tomaremos cuando lleguemos donde vamos —dijo Nicholai.

—¿De verdad? —preguntó Solange—. ¿Qué te apetecería?

—En Tokio preparaste un plato...

—En Tokio preparé varios platos —precisó Solange, y su boca grande esbozó una sonrisa.

Nicholai pensó que nada podía amortiguar el brillo de esos ojos verdes.

—Tal vez *coq au vin*.

—Cocina sencilla de la campiña francesa.

—La sencillez me parece maravillosa —dijo Nicholai—. ¿Con qué vino lo acompañamos?

Solange especuló sobre diversas opciones, las redujo a un puñado y le resultó imposible elegir. Hablaron de las verduras que tomarían de acompañamiento, de cómo las prepararían y se preguntaron qué iría mejor de postre, la *tarte tatin* o la *marquise au chocolat*.

—¿Invitamos a De Lhandes? —propuso Nicholai.

—Sí, por supuesto, pero debe irse inmediatamente después del café para que podamos hacer el amor.

—¡En ese caso, te garantizo que se irá!

Solange le dio un beso largo e intenso, lleno de amor.

Solo se habían adentrado cincuenta metros en las espadañas cuando comenzaron los disparos.

Nicholai se volvió hacia la izquierda y vio la fila de legionarios que subían al dique; a la derecha le pareció distinguir un militar de boina roja que daba las órdenes de disparar.

Era Signavi.

Nicholai apoyó el fusil en su hombro y devolvió el fuego; disparó hacia la izquierda sin dejar de avanzar. El soto era la única esperanza que les quedaba y debían seguir en movimiento, ya que quedar atascados entre las espadañas suponía una muerte segura.

Quoc también se dio cuenta y ordenó que una docena de hombres formasen una fila de protección a la izquierda para tratar de frenar la avanzada francesa y ganar tiempo a fin de llegar al soto con las armas. Los portadores eran extraordinariamente disciplinados y no se entretuvieron en disparar, siguieron de pie y ni siquiera se agacharon. Continuaron acarreado las cargas y cubriendo metros al trote.

Signavi vio la maniobra y ordenó que les disparasen. Varios portadores cayeron. Los demás se esforzaron por trasladar la carga y un par de hombres bajaron los fusiles y cogieron las cañas de bambú de los portadores abatidos.

Dos legionarios resultaron heridos cuando la línea de protección entró en acción. Nicholai vio que Signavi dirigía el pelotón hacia la izquierda,

hacia el soto, para cortar el camino a los soldados del Viet Minh. Si los franceses eran los primeros en llegar a la arboleda, todo habría terminado.

—¿Estás en condiciones de correr? —le gritó Nicholai a Solange.

La francesa asintió con la cabeza.

Despegaron, las espadañas les produjeron cortes en la cara y en el pecho cuando corrieron hacia el soto y se desviaron a la izquierda para bloquear a los franceses. Varios miembros del Viet Minh se les sumaron y salvaron la extensión de hierba mientras las balas silbaban alrededor de sus cabezas. Un hombre cayó, luego otro y dio la sensación de que habían alborotado un avispero y de que los coléricos insectos zumbaban en torno a ellos.

La mayoría logró llegar a una pequeña elevación situada encima de una ondulación del terreno y desde allí dispararon contra los legionarios que los flanqueaban, los obligaron a detenerse, a echarse al suelo y a devolver el fuego.

A espaldas de Nicholai, los portadores se aproximaron al soto.

Dirigió la mirada hacia el dique y vio que Signavi hablaba por la radio colocada en la mochila que uno de los soldados llevaba a la espalda.

«No, por favor, no», dijo Nicholai para sus adentros.

Levantó el fusil, apuntó, respiró hondo y disparó. La bala alcanzó a Signavi en la parte superior de la columna vertebral, por lo que se cogió la espalda y cayó.

Ya era demasiado tarde.

Un minuto después, Nicholai oyó el motor de un avión y luego lo vio, pero en esta ocasión el aparato no descendió para ametrallar, sino que permaneció a cierta altura hasta quedar directamente por encima del rectángulo de hierba, momento en el que dejó caer su carga: napalm.

Las espadañas se incendiaron en el acto y un muro de llamas rodó hacia ellos.

Los hombres se encendieron como teas, giraron desafortadamente y chillaron. Otros parecieron derretirse.

Nicholai cogió a Solange de la mano y echó a correr.

La ola de llamas avanzó tras ellos como un violento y rojo tsunami surgido de una pesadilla. Nicholai sintió que su espalda y su pelo se

quemaban al tiempo que el calor intenso parecía arrancarle el aire de los pulmones.

Arrastró a Solange y se internaron en el soto.

Quoc estaba treinta metros por delante y les hacía señas de que se acercaran.

Inexplicablemente, las hojas de los árboles comenzaron a caer. Sorprendido, Nicholai pensó que en primavera las hojas no suelen caer..., hasta que se percató de que las balas las arrancaban de las ramas y vio que los milicianos vietnamitas se les aproximaban desde el otro extremo del soto.

«Somos piedras muertas», pensó Nicholai.

Las llamas se aproximaban rápidamente a sus espaldas, los franceses se abrían paso por la izquierda y tenían a los milicianos por delante y a la derecha. «Si torcemos hacia delante, a la derecha o a la izquierda, nos toparemos con hombres armados. Y si nos quedamos aquí, moriremos abrasados», reflexionó Nicholai.

Sobrevivir no figuraba entre las opciones.

Solo podían elegir la forma de morir.

Quoc agitó con fuerza los brazos y gritó:

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

Nicholai lo observó con más atención, vio que un soldado del Viet Minh se agachaba a los pies de Quoc y... desaparecía. Se metía en la tierra. «Túneles», *dedujo Nicholai*.

«La Madre Tierra nos devorará.»

Al llegar al centro del soto, Nicholai divisó aberturas pequeñas y cuadradas. Los hombres del Viet Minh sacaban los lanzagranadas de las cajas y los introducían por las entradas del túnel.

—Vamos —dijo Quoc, y señaló el espacio cuadrado que se abría a sus pies.

Era bastante estrecho. Solange conseguiría entrar y era posible que Nicholai también pasase.

—Primero tú —dijo él.

Solange negó la cabeza.

—No puedo, soy claustrofóbica.

—Tienes que entrar.

Ayudó a Solange a introducirse por el agujero cuadrado y la vio mover los hombros y descender. Luego echó un vistazo al otro extremo del soto. Distinguió las facciones de los soldados. Se acercaban tan rápido que el Viet Minh no conseguiría meter el resto de las armas en el túnel. Aunque lo lograsen, no tendrían tiempo de tapar las entradas o de escapar por lo que, sin duda, era un inmenso y complejo laberinto de túneles.

Quedarían atrapados y los cogerían.

Y Solange iba con ellos.

Quoc interpretó mal su titubeo y preguntó:

—¿Usted también teme a los espacios cerrados?

Nicholai sonrió y recordó los felices tiempos en los que exploraba cavernas con sus amigos japoneses.

—No. —Señaló las tropas que se aproximaban—. Necesitamos más tiempo.

—Tiene razón.

—Cuide de ella —pidió Nicholai—. No forma parte de los «diez» suyos.

—Le doy mi palabra.

Quoc se apresuró a escoger a cinco de sus mejores hombres y Nicholai se dirigió con ellos hacia el extremo del soto. Los disparos se incrementaron, las ramas se partieron sobre sus cabezas y varios soldados cayeron. Cuando llegaron a las lindes del bosquecillo, uno de los Viet Minh se agachó y levantó un cuadrado de tierra.

Se tumbaron en el suelo y dispararon hacia el terreno descubierto.

Nicholai notó que un cuerpo caía a su lado y se topó cara a cara con los ojos verdes y llameantes de una enfadada Solange.

—Ya te he dicho que no pensaba irme sin ti.

—No vuelvas a hacérmelo.

La francesa apoyó la culata de la metralleta en su mejilla y comenzó a disparar.

Diamond se aplastó contra el suelo y se asomó en medio de la hierba para atisbar el soto: vio que Nicholai Hel había quedado atrapado entre las llamas cada vez más próximas y los disparos de los fusiles.

Abrigió la esperanza de que Hel se decantara por el fuego.

Al alcanzar los árboles, el fuego emitió un áspero rugido.

Nicholai se dio la vuelta y los vio arder; las llamas treparon por los troncos e incendiaron las ramas frondosas con un siseo sobrecogedor.

Un soldado del Viet Minh echó a correr desde el centro del soto e hizo señales.

Las armas ya estaban en los túneles.

—Ha llegado el momento de desaparecer —informó Nicholai.

Reptaron hasta la entrada del túnel.

Solange dudó, pero Nicholai la ayudó a descender. En cuanto vio que había pasado por el túnel, se introdujo en el agujero y sus hombros anchos rozaron la entrada. Cabía muy justo: durante unos segundos tuvo la sensación de que no lograría deslizarse. Su experiencia espeleológica le había enseñado a apretar los hombros; notó que Solange le tironeaba de las piernas y se deslizó por el pozo de entrada.

Tras ellos pasaron cuatro miembros del Viet Minh y el último cerró la entrada del túnel. El quinto dio su vida para sustituir el camuflaje exterior.

Nicholai se encontró en una pequeña cámara ovalada que comunicaba con un pozo horizontal estrecho, con la altura justa solo para moverse a gatas. Cada seis metros había farolillos, sin duda conectados a un generador, y por mucho que la luz era tenue, vieron lo suficiente como para desplazarse. Ayudó a Solange a entrar en el siguiente túnel y reptó tras ella.

Al cabo de un minuto, Nicholai oyó que las llamas estallaban sobre sus cabezas.

Habría sido una muerte espantosa.

—¿Estás bien? —le preguntó a Solange.

—Esto no me gusta nada.

—Lo sé.

Nicholai se tomó un respiro y siguió a la mujer hasta la cámara siguiente.

Era más grande y la altura les permitió ponerse de pie. Tres túneles horizontales partían en distintas direcciones. Descansaron unos segundos, después de los cuales un miembro del Viet Minh los condujo por otro pozo, se estiró y tiró de un cable hasta desenchufarlo, con lo que dejó a oscuras los túneles que ya habían recorrido.

Diamond maldijo cuando el túnel se quedó sin luz.

Había dado con la entrada rápidamente camuflada y había conducido a varios vietnamitas pozo abajo hasta llegar a la primera cámara. Reptaron hasta la cámara de los tres túneles y, una vez allí, se dividieron. Diamond se alejó con uno de los hombres y quedó convencido de que estaba en el túnel adecuado porque vio huellas recientes en el suelo de tierra y habría jurado que más adelante oyó movimiento como de roedores.

Iba por el buen camino cuando sobrevino la oscuridad.

Luchó contra el pánico que lo invadió, buscó la linterna que colgaba de su cinturón, la encendió y con el haz apuntó hacia delante. Reptó con la linterna en la mano izquierda y la pistola en la derecha.

Siguieron hasta lo que parecía un punto sin salida. Sin embargo, apareció otro túnel que se dirigía a la derecha; lo tomaron y repitieron el proceso de aparentes puntos sin salida, a través de los cuales el laberinto zigzagueó cerca de trescientos metros, por lo que Nicholai calculó que probablemente ya no estaban bajo el soto. Llegaron a una cámara con un túnel vertical y a través de una escala de madera descendieron alrededor de seis metros hasta una cámara de dimensiones mucho mayores.

—Este será su hogar durante los próximos dos días —anunció Quoc.

Se trataba de una especie de barracón. Las paredes estaban rodeadas de literas de madera y contenía sillas toscamente fabricadas, un poco de

material sanitario, botellas de agua y latas de alimentos, que estaban apiladas y organizadas con orden. Incluso había un estante con libros. Por un estrecho pozo de ventilación llegaba aire del exterior.

—Está bastante bien —bromeó Nicholai—, pero prefiero el Continental.

—Estoy seguro de que Mancini lo recibiría con los brazos abiertos —aseguró Quoc—. ¿Llamo para hacer la reserva?

—No estaría mal.

—¿Prefiere el hotel Pekín?

—A cada segundo que pasa, este me gusta más, siempre y cuando el precio sea razonable —apostilló Nicholai.

—Su cuenta ya está pagada —respondió Quoc.

—Es como una ciudad en pequeño —dijo Nicholai—. ¿Hasta dónde llega la red de túneles?

—¿Ahora mismo? Prácticamente a las afueras de Saigón. Cuando esté terminada llegará a los suburbios.

—Y entonces aparecerán desde el suelo con los lanzacohetes y tomarán la ciudad —dedujo Nicholai.

—Cuando llegue el momento y, si es posible, antes de que los americanos se presenten sin ser invitados. Permanecerán aquí unos días y luego los sacaremos, supongo que a través de Camboya, si les parece bien.

—Me parece perfecto —terció Solange.

La francesa cogió una botella de agua, bebió y se la pasó a Nicholai.

—Los dejaremos tranquilos —dijo Ai Quoc.

El jefe del Viet Minh y sus hombres abandonaron la cámara para ocuparse de los lanzagranadas.

Diamond llegó a un punto sin salida y tuvo la sospecha de que había elegido un falso túnel. Las ratas comunistas eran inteligentes. Se dispuso a retroceder, hizo un alto y notó una ligera corriente de aire. Apuntó a la izquierda con la linterna, vio el pozo de ventilación escondido y se dirigió hacia allí.

No tardó en llegar a otro punto muerto.

«¡Malditos cabrones de mierda!», se dijo.

Entonces vio el siguiente túnel.

Estaba en mitad de un laberinto zigzagueante cuando oyó un golpe seco por encima de su cabeza.

Nicholai miró hacia arriba.

Solange hizo lo mismo.

Clavaron la mirada en el techo como si pudieran ver lo que oían.

Un zumbido grave, un gemido y luego el estallido de las bombas.

Los bombarderos se situaron directamente sobre la red de túneles y descargaron su artillería sobre un rectángulo de unos ochocientos cincuenta metros cuadrados.

La cámara tembló y del techo cayó tierra.

Todo pareció detenerse un instante, sonó un espantoso golpe seco, las literas se desplomaron, lo mismo que las ordenadas pilas de provisiones, las paredes se estremecieron, cayó más tierra y las luces se apagaron.

Nicholai oyó que Solange decía:

—*Mon Dieu, mon Dieu...*

Buscó la mano de la francesa, la cogió y la arrastró al tiempo que mentalmente reconstruía la cámara y localizaba el túnel. Tenían que subir y salir enseguida; de lo contrario, los enterrarían vivos.

Encontrarían una muerte lenta y asfixiante en la más negra oscuridad.

—Nicholai...

—Va todo bien —aseguró él—. Estamos bien. No te separes de mí.

La condujo a la cámara siguiente. Estaba negro como una boca de lobo, la oscuridad se había vuelto cerrada y pegajosa, y se obligó a recordar el

plano del laberinto; le costó debido al sonido de las explosiones por encima de sus cabezas, a la tierra que caía y a la intensidad de los estallidos.

«Has estado muchas veces en una situación como esta, en muchas cuevas, en lugares incluso más cerrados, así que piensa.» Halló la entrada del túnel primero con la imaginación y luego con las manos. Se quitó la camisa y ató una manga a su cinturón y la otra al de Solange.

—Vamos, no nos pasará nada —aseguró.

Llegaron a la entrada del túnel y emprendieron el regreso.

Diamond escupió tierra de la boca y se limpió los ojos. «¡Malditos gabachos! —pensó—. ¿No saben que estoy aquí? ¿O tal vez lo saben y no les importa?»

—Vamos —ordenó al soldado que tenía detrás.

No obtuvo respuesta.

Estaba muerto.

Diamond echó a andar.

Nicholai tiró de Solange y el túnel se cerró en torno a ellos. Se toparon con una pared falsa tras otra, pero Nicholai vio claramente el camino con la imaginación y no dejó de animarla.

—Casi hemos llegado.

—Me alegro.

—Ya lo creo, yo también me alegro.

Diamond oyó voces que hablaban en francés.

Se detuvo, permaneció tendido y puso la pistola por delante de su cara.

La sensación de que había alguien cerca alertó a Nicholai. Había alguien justo delante, donde el túnel trazaba un ángulo recto.

Se detuvo.

—¿Qué diablos...?

—Shhhhh.

Un bombazo sacudió las paredes. Cayó tierra y el túnel se estrechó un poco más. A Nicholai le zumbaron los oídos y no oyó nada. Se arrastró boca abajo y en ese instante un fogonazo iluminó el túnel, lo que le permitió ver a Diamond.

Diamond se arrastró sin dejar de disparar. Nicholai estiró el brazo derecho tanto como pudo y agitó la mano en el aire hasta aferrar la muñeca de Diamond.

—¡Solange, dame la navaja!

Diamond pegó un tirón y liberó su mano.

Bajó la pistola y apuntó a la cara de Nicholai, que enseguida notó que la ráfaga de pólvora le quemaba la mejilla.

Nicholai volvió a estirarse en plena oscuridad y lanzó un puñetazo.

—¡Dame la navaja!

Solange se enroscó tanto como pudo en el limitado espacio del túnel. Empujó con las piernas y pasó junto a Nicholai, con la navaja por delante.

Diamond accionó el gatillo.

El fogonazo cegó a Nicholai, que reptó junto a Solange y oyó que Diamond se alejaba. Estaba a punto de seguirlo cuando oyó los gemidos de Solange.

Diamond tendría que esperar.

Se detuvo, se volvió hacia Solange y le preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí.

Fue entonces cuando notó la calidez pegajosa de su sangre.

Solange sangraba copiosamente a causa de la herida que tenía en un costado del cuerpo. Aunque en esa oscuridad estigia era imposible verlo, él

lo sintió.

La francesa también se dio cuenta.

—Te suplico que no me dejes morir aquí.

—No permitiré que mueras.

Otra explosión sacudió el túnel. Sus caras, sus ojos, sus narices y sus bocas se llenaron de tierra. Nicholai buscó a tientas el rostro de Solange, quitó la tierra, se puso boca arriba y reptó por el túnel, sin dejar de arrastrar a Solange.

Se movió con una lentitud pasmosa y notó que ella se desangraba rápidamente. El túnel estaba a punto de desplomarse, estaban medio enterrados y solo avanzaba palpando el camino, girando la cabeza e intentando percibir el olor del aire fresco.

Tenía que hacerlo. No podía permitir que Solange muriese.

Al cabo de una eternidad, detectó un ínfimo rayo de luz solar y percibió el hálito fugaz del aire. Insistió hasta que llegaron al pie de la entrada del túnel.

—Hemos llegado —jadeó.

Con una mano se agarró a las paredes del pozo y con la otra tiró de Solange. Escaló y cayó cuatro veces antes de ascender con la fuerza necesaria como para sustentar el peso de la mujer.

Nicholai se desplomó en la superficie y estrechó a Solange entre sus brazos.

—Amor mío, ya está —aseguró—. Lo hemos conseguido.

Ella permaneció inmóvil, floja y exangüe entre sus brazos.

Nicholai apartó un mechón de pelo dorado de sus ojos verdes y los cerró.

Entonces estalló otra bomba.

Nicholai despertó en una cama, con las piernas tapadas por sábanas limpias.

Haverford lo miró y dijo:

—Buenos días.

—¿Dónde...?

—Está en un hospital saionés —explicó Haverford—. Una patrulla de la Legión Extranjera lo encontró dando tumbos por el delta. Tenía conmoción cerebral, varias quemaduras de segundo grado, heridas de metralla y tres costillas rotas.

—¿Y Solange?

—Lo lamento profundamente.

De repente, Nicholai recordó lo ocurrido y lo dominó una pena profunda.

—¿Por qué no estoy encarcelado? —preguntó, paseó la mirada a su alrededor y vio que la habitación estaba limpia y muy blanca.

—Ah, bueno —replicó Haverford—. Ahora se llama Rene Dazin. Es un comerciante francés secuestrado por el Viet Minh. Amigo mío, tuvo la buena fortuna de que el bombardeo lo pusiera en libertad. Me refiero al mismo bombardeo que acabó con la vida de Michel Guibert.

—¿Quién se ha inventado esa historia?

—¿Quién va a ser? Yo. De todos modos, es posible que quiera salir del país en cuanto esté en condiciones de andar.

—¿Cuándo podré caminar?

—Aproximadamente dentro de un mes. Tengo un pasaporte nuevo para usted. Recupérese y luego desaparecerá.

Nicholai asintió con la cabeza, e incluso ese ligero movimiento le produjo dolor. Se alegró de que Haverford pensase que necesitaba un pasaporte, aunque lo cierto es que había guardado las identidades múltiples de Voroshenin y las había dejado al cuidado de De Lhandes. «Piensa que estoy atado de pies y manos, pero se equivoca.»

—¿Y Diamond? —quiso saber.

—Logró escapar —reconoció Haverford—. Es lo que suelen hacer las ratas.

—Me alegro —espetó Nicholai. Lo animó la idea de que Diamond no hubiese sido víctima de una bomba impersonal.

Decidió que le haría una visita personal a Diamond y le pediría cuentas, no solo por lo que le había hecho, sino por Solange.

Haverford se inclinó y le murmuró al oído:

—Ai Quoc también salvó la vida, y las armas están donde deben estar.

—Siempre colaboró con ellos —afirmó Nicholai. En ese momento vio todo con claridad. Haverford había jugado una interesantísima partida de go y lo había hecho muy bien.

—Desde que luchamos juntos contra los japoneses —precisó Haverford—. En mi caso, el interés es triple: los soviéticos y los chinos se pelean a punta de navaja, Mao se debilita y además surge la posibilidad de que Quoc tome Saigón y ponga fin a esta guerra antes de que nos veamos involucrados.

—¿Lo saben sus jefes?

—Supongo que sí. Mi jefe respeta la victoria, a mí me ascienden y envían a Diamond a los cuarteles de invierno. Nunca se sabe, es posible que usted y yo volvamos a reunirnos para tomar el té.

—Me encantaría.

—A mí también, amigo —confirmó Haverford—. *Sayonara*, Hel-san.

—*Sayonara*, Haverford-san.

Nicholai se recostó y miró por la ventana el bonito jardín del patio. Comenzaron a caer latigazos de lluvia plateada, lo que indicaba el inicio de la estación húmeda.

Mejor dicho, el inicio de muchas cosas.

Tenía una nueva identidad, los medios para llevar a cabo su venganza y acceso a la fortuna de los Ivanov, por no hablar del dinero que le había ganado a Bao Dai. Después de aclarar la situación con Diamond y sus secuaces, emprendería una nueva vida.

«Siempre y cuando exista una nueva vida sin Solange —pensó—. La hay, tiene que haberla porque sigues vivo y es tu karma. También es tu karma ser libre, totalmente libre a partir de ahora.»

Se preguntó qué podía hacer y cómo utilizaría su libertad. «Eres un asesino, un guerrero, un samurái..., no, no eres samurái porque no tienes amo. Eres *ronin*, un ser errante, un individuo. ¿Qué hace un *ronin*? ¿Cómo llevarás la vida que te ha sido devuelta? En primer lugar, matas a Diamond; a continuación, liberas al mundo de tantos Diamond como puedas. Acabas con los que asesinan inocentes, los que torturan, intimidan, cometen brutalidades y aterrorizan en nombre de unas "causas" en la que creen más que en su condición humana.»

Le pareció oír la voz de Kishikawa: «*Hai*, Nikko-san, es una buena forma de pasar la vida».

Miró por la ventana y vio que la intensa lluvia arrancaba una hoja de un árbol. La hoja revoloteó hasta el suelo y brilló, dorada y verde.

Satori.

NOTA

[1] Sonriente, en inglés *smiley*, es el apellido del espía británico creado por John le Carré. (*N. de la T.*)